



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

2

972.092  
H.673

Hilbert's Theorem on the

Resolution of Singularities

de Miquel

et de H. G.



1080009135



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DURANGO: 1859

IMPRESA DEL GOBIERNO A CARGO DE MANUEL GONZALEZ

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE MEXICO

CONTRA LA DICTADURA

DEL GENERAL SANTA-ANNA.

1853.—1855.

*Dicite justitiam moniti, et non temere Divos.*  
VINO. EN. LIA. VI.

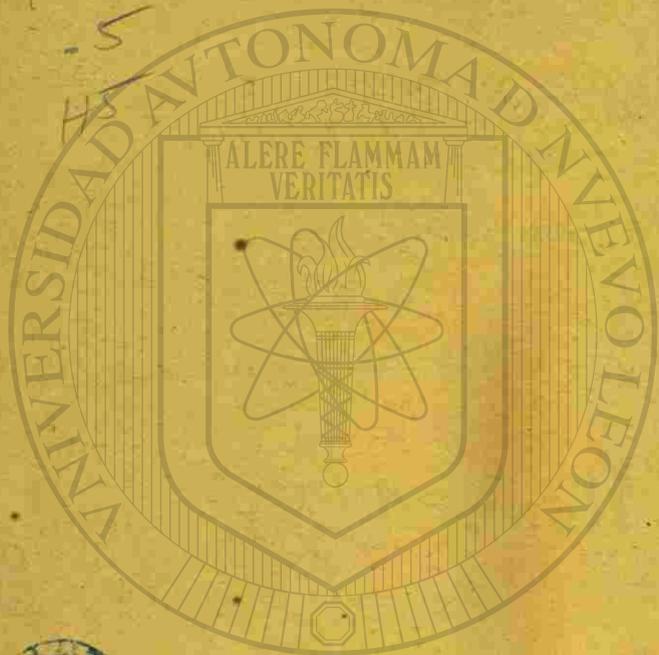


972.092  
#673

GR 7 nov 78

F1232

5



FSRH

9135



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PRÓLOGO.

El autor de este libro sabe que no se puede escribir bien la historia contemporánea, y sin embargo, se ha decidido á relatar los hechos de la última revolución, porque cree que de ello puede resultar algún provecho para la generación presente y para las futuras.

Tiene esta relación, además de otros, el inconveniente de haber sido hecha en presencia de los mismos acontecimientos; y no porque al autor le falte imparcialidad para dar á cada uno de los actores que han figurado en la escena, el papel que le corresponde, sino porque no todos ellos querían aceptarle, cuando fuera tal vez pobre y desairado.

Faltan por consiguiente aquí los retratos completos de los personajes, que son el mejor adorno de la historia, con sus perfecciones y sus defectos. Por hermoso que sea un rostro, tiene siempre lunares, y por severa que sea la historia, no se los puede echar en cara á los vivos: la historia contemporánea es una matrona algo adusta que dice las verdades aunque sean amargas, pero que no puede faltar á las conveniencias sociales, pintando en toda su desnudez hechos que repugnan, y descubriendo todas las miserias de los personajes que la oyen: su rigidez completa y absoluta se queda para los muertos.

Sin embargo, como una cosa es la verdad, y otra cosa son los miramientos que á los vivos se deben, en vano buscarán aquí sus alavanzas los que por sus hechos no las hayan merecido, y mucho menos las encontrarán los que se hayan hecho dignos de censura ó vituperio. Si hubiéramos podido hallar justificación á nuestro silencio, cuando era menester pronunciar fallos duros, nunca nos habríamos permitido el tributar elogios por acciones vituperables. „La historia es un testigo y no un adulador,” decía Carlos XII; y nosotros hemos tenido empeño en que la nuestra se recomiende por la verdad de sus testimonios, ya que no sea por otras cualidades.

Hay en esta relación unos hechos y unos hombres, que en cierto modo han entrado ya en dominio de la historia; y estos son los hechos y los hombres de la dictadura. Por eso se les ha juzgado con el derecho que tiene el historiador para ello, bien que procurando que este juicio no se

parezca en nada al inmenso gemido que exhala todavía la República con el dolor de las recientes heridas. Y sin embargo, no están aquí mas que apuntados aquellos hechos, y apenas se encontrará un rasgo de la fisonomía de aquellos hombres. Los que quieran conocerlos, pueden leer á Lisias que los retrató hace mas de dos mil años, y á Tácito que los reprodujo hace diez y ocho siglos; porque al cabo, los hombres de la dictadura, aunque han escandalizado mucho, no han hecho nada de nuevo; por mucho que discusra el génio del mal no ha de poder inventar un tormento desconocido para la raza humana.

Si á pesar de esto, hoy todavía quien nos acuse de haber recargado de notas negras el simple bosquejo de una época luctuosa, y si no le bastan para creernos las lágrimas del padre privado de sus hijos, las de la viuda desolada y las del huérfano abandonado, le diremos que vaya á los archivos donde están los tristes comprobantes de nuestra pálida relación: nosotros hemos citado la fecha de los documentos, y hemos reproducido sus mismas palabras: no tenemos la culpa de haber encontrado malas cosas que decir.

„Los hombres superiores merecen que la historia se pare á contemplarlos, porque son la gloria de nuestra especie;" (1) y por eso nosotros nos hemos parado algunas veces á contemplar á los personajes que mas notablemente figuran en el teatro que hemos tenido delante. Si uno de ellos se encuentra hoy en la cúspide del poder, no hemos de borrar lo escrito, por miedo de que se achaque á lisonja: no nos sentimos capaces de adular al débil ni de negar la justicia al poderoso, por un alarde de orgullo que pronto habian de abatir los acontecimientos que acaban de pasar delante de nuestros ojos. „La historia premia y castiga;" (2) y la que hemos escrito, no por ser nuestra, ha perdido la virtud de castigar con maldiciones á los que han hecho mal, y de premiar con aplausos á los que han hecho bien.

Por lo demás, harto lleno está este libro de espectáculos desgarradores, de iniquidades y miserias, de escenas de sangre y de lágrimas; y ha sido fortuna encontrar acciones generosas y rasgos de virtud que oponer á tantos motivos de afliccion y desconsuelo; porque „se detiene el historiador, al contemplar la virtud y el heroísmo, con la satisfacción que experimenta el viagero debajo del árbol que le brinda sombra y descanso." (3)

- (1) CESAR CANTU.—Historia universal.  
 (2) CHATEAUBRIAND.—Prólogo de los Natchez.  
 (3) CESAR CANTU.—Ib.

## CAPITULO PRIMERO.

## OJEADA SOBRE LA DICTADURA DE SANTA ANNA.

Las revoluciones de México.—Exageracion de principios.—La libertad y el orden.—Lucha entre dos partidos extremos.—Esperanza en el porvenir.—Revolucion de 1852.—Su origen y su objeto.—No escluia el principio de la libertad.—Necesidad de una dictadura ilustrada.—Llega Santa-Anna á la República.—Quebranta sus promesas.—Centralizacion política y económica.—Ejército.—Alcabalas.—Contribuciones directas.—Ley de conspiradores.—Sorteos y levas.—Regimientos zuizos.—Policía secreta.—Persecuciones.—Destierros y confinamientos.—Fausto inútil y dispendioso.—Acta de Guadalupe.—Proroga indefinida de facultades.—Tratado de la Mesilla.—Infraccion de los convenios del 8 de Febrero de 1853.—Ridiculeses y atrocidades.—Dureza de la represion.—Esplendor ficticio.—Esterilidad de la dictadura en lo administrativo y económico.—Uniformidad de pensamiento en el gobierno de Santa-Anna.—Vínculo que unia á los ministros entre sí y con su gefe.

Las revoluciones de México, como todas las del mundo en el siglo actual, tienen por causa la exageracion de los principios políticos. Huna de esa lucha encarnizada que entre si sostienen los hombres del pasado á los hombres del porvenir, ya dan por resultado la opresion del pensamiento amarrándole sin piedad á la cadena de las tradiciones, ya producen esos deplorables estravios de la razon que manchan la historia de las sociedades modernas, dejando sin freno ni valladar á las pasiones humanas.

Nada mas glorioso para la humanidad, que el empeño de sacudir trabas inútiles, para lanzarse libre y resuelta en el camino de su perfeccion: nada mas justo ni mas prudente que buscar en lo pasado las raíces del porvenir, para que no falte la base al nuevo edificio que se levanta. Pero el principio de libertad que invocan los que defienden lo primero, y el principio de orden que es la enseña de los que hacen lo segundo, han sido alternativamente exagerados por ambos partidos, convirtiendo unos al orden en instrumento de ab-

parezca en nada al inmenso gemido que exhala todavía la República con el dolor de las recientes heridas. Y sin embargo, no están aquí mas que apuntados aquellos hechos, y apenas se encontrará un rasgo de la fisonomía de aquellos hombres. Los que quieran conocerlos, pueden leer á Lisias que los retrató hace mas de dos mil años, y á Tácito que los reprodujo hace diez y ocho siglos; porque al cabo, los hombres de la dictadura, aunque han escandalizado mucho, no han hecho nada de nuevo; por mucho que discusra el génio del mal no ha de poder inventar un tormento desconocido para la raza humana.

Si á pesar de esto, hoy todavía quien nos acuse de haber recargado de notas negras el simple bosquejo de una época luctuosa, y si no le bastan para creérnos las lágrimas del padre privado de sus hijos, las de la viuda desolada y las del huérfano abandonado, le diremos que vaya á los archivos donde están los tristes comprobantes de nuestra pálida relación: nosotros hemos citado la fecha de los documentos, y hemos reproducido sus mismas palabras: no tenemos la culpa de haber encontrado malas cosas que decir.

„Los hombres superiores merecen que la historia se pare á contemplarlos, porque son la gloria de nuestra especie;" (1) y por eso nosotros nos hemos parado algunas veces á contemplar á los personajes que mas notablemente figuran en el teatro que hemos tenido delante. Si uno de ellos se encuentra hoy en la cúspide del poder, no hemos de borrar lo escrito, por miedo de que se achaque á lisonja: no nos sentimos capaces de adular al débil ni de negar la justicia al poderoso, por un alarde de orgullo que pronto habian de abatir los acontecimientos que acaban de pasar delante de nuestros ojos. „La historia premia y castiga;" (2) y la que hemos escrito, no por ser nuestra, ha perdido la virtud de castigar con maldiciones á los que han hecho mal, y de premiar con aplausos á los que han hecho bien.

Por lo demás, harto lleno está este libro de espectáculos desgarradores, de iniquidades y miserias, de escenas de sangre y de lágrimas; y ha sido fortuna encontrar acciones generosas y rasgos de virtud que oponer á tantos motivos de aflicción y desconsuelo; porque „se detiene el historiador, al contemplar la virtud y el heroísmo, con la satisfacción que experimenta el viagero debajo del árbol que le brinda sombra y descanso." (3)

- (1) CESAR CANTU.—Historia universal.  
 (2) CHATEAUBRIAND.—Prólogo de los Natchez.  
 (3) CESAR CANTU.—Ib.

## CAPITULO PRIMERO.

## OJEADA SOBRE LA DICTADURA DE SANTA ANNA.

Las revoluciones de México.—Exageracion de principios.—La libertad y el orden.—Lucha entre dos partidos extremos.—Esperanza en el porvenir.—Revolucion de 1852.—Su origen y su objeto.—No escluid el principio de la libertad.—Necesidad de una dictadura ilustrada.—Llega Santa-Anna á la República.—Quebranta sus promesas.—Centralización política y económica.—Ejército.—Alcabalas.—Contribuciones directas.—Ley de conspiradores.—Sorteos y levas.—Regimientos zuizos.—Policía secreta.—Persecuciones.—Destierros y confinamientos.—Fausto inútil y dispendioso.—Acta de Guadalupe.—Proroga indefinida de facultades.—Tratado de la Mesilla.—Infracción de los convenios del 6 de Febrero de 1853.—Ridiculeses y atrocidades.—Dureza de la represión.—Esplendor ficticio.—Esterilidad de la dictadura en lo administrativo y económico.—Uniformidad de pensamiento en el gobierno de Santa-Anna.—Vínculo que unia á los ministros entre sí y con su gefe.

Las revoluciones de México, como todas las del mundo en el siglo actual, tienen por causa la exageracion de los principios políticos. Huna de esa lucha encarnizada que entre si sostienen los hombres del pasado á los hombres del porvenir, ya dan por resultado la opresion del pensamiento amarrándole sin piedad á la cadena de las tradiciones, ya producen esos deplorables estravios de la razon que manchan la historia de las sociedades modernas, dejando sin freno ni valladar á las pasiones humanas.

Nada mas glorioso para la humanidad, que el empeño de sacudir trabas inútiles, para lanzarse libre y resuelta en el camino de su perfeccion: nada mas justo ni mas prudente que buscar en lo pasado las raíces del porvenir, para que no falte la base al nuevo edificio que se levanta. Pero el principio de libertad que invocan los que defienden lo primero, y el principio de orden que es la enseña de los que hacen lo segundo, han sido alternativamente exagerados por ambos partidos, convirtiendo unos al orden en instrumento de ab-

surdas tiranías, y erigiendo otros á la libertad en protectora de atroces libertinajes.

En la conciliación de estos dos principios estriba, sin embargo, toda la perfección de los sistemas de gobierno; y á este gran bien aspiran las modernas sociedades en medio de esas agitaciones terribles que revelan su ansia de mejoras, de bienestar y perfeccionamiento. Si no hay todavía un pueblo en la tierra, que haya alcanzado tan precioso bien, debese á las exageraciones: los partidarios del orden no aciertan á sostenerle sin cerrar la puerta á todas las esperanzas del porvenir: los partidarios de la libertad no saben elogiársela sin borrar todos los recuerdos de lo pasado: y de aquí esas interminables luchas y esas represalias sangrientas, que por la inevitable ley de las reacciones, han convertido á cada país en un campo de batalla, donde unos á otros se destrozan sus hijos.

Sin duda está en los designios de la Providencia conceder este beneficio al linaje humano, cuando tan claramente se le ha revelado á su entendimiento, y tan ardentemente se le hace desear á su corazón; cuando permite que por él se derramen tanta sangre y tantas lágrimas; y cuando debiendo ser éste el más precioso fruto de la civilización moderna, ha querido que esta desarrolle ante nuestro siglo asombroso todas sus maravillas. La mayor de todas será ésta: obra del trabajo y de la filosofía, su consecución no puede hacerse esperar mucho tiempo, puesto que ha conyado ya medio siglo de afanes y dolores, y que ha valido más que veinte siglos para la verdadera filosofía, este periodo de tremendos desengaños.

México tomó parte, desde que se hizo independiente, en esta lucha universal, y no es por desgracia entre las naciones la que menos ha sufrido sus estragos. En toda su historia se hecha de ver palpablemente que la exigencia de principios es la causa de las revoluciones; pero nunca tal vez se ha puesto en tanta evidencia esta verdad como en el periodo cuyos acontecimientos vamos á escribir. Justa en su origen y histórica en sus hechos, la revolución que echó por tierra la dictadura de Santa-Anna en 1855, puede ser magnífica en sus resultados, si los mexicanos saben aprovecharse de las lecciones que contiene.

En 1852 se había exagerado tanto el principio de libertad, que el gobierno de aquella época se encontró sin recursos para reprimir la revolución promovida por los partidarios del órden amenazado. El sistema federal, mal aplicado y peor comprendido en la República, había llevado la descentralización hasta el punto de erigir á los Estados en

otras tantas entidades independientes y soberanas; y como al mismo tiempo había encadenado á la autoridad suprema con trabas invencibles, fácilmente pudieron los descontentos alarmar la opinión pública, y promover una revolución armada, ponderando los verdaderos peligros que corría el órden, y con él la unidad y la integridad de la nación. Víctima de su respeto á la mal entendida ley, y á las formas constitucionales, tantas veces atropelladas, el general D. Mariano Arista abandonó el poder, y la revolución quedó triunfante.

Esta se había hecho á nombre del órden, que corría peligro entre las exageraciones de la libertad; pero el objeto de los revolucionarios de 1852 no había sido precisamente establecer el principio que invocaban, con esclusión del principio opuesto, sino proteger al que entonces se encontraba abatido y menospreciado, para que más tarde se pudiera amalgamar con el otro. Así es que si en el plan de Jalisco y aun en los convenios de 6 de Febrero de 1853 se adoptó el sistema unitario como una necesidad de entonces, no por eso querrá la revolución que el principio de la libertad quedase descartado del régimen político, puesto que en aquellos convenios no solo se fijaban ciertos límites á las facultades omnímodas del nuevo jefe, sino que se le imponía la obligación de convocar un congreso al año de haber empezado á ejercer sus funciones, para que se constituyese el país conforme á su voluntad, á sus antecedentes y á sus necesidades.

Tal vez la República necesitaba entonces una dictadura ilustrada como aquellas á que recurrió algunas veces el pueblo romano para conservar su independencia, sostener el lustre de sus armas, y hacer posible y saludable la libertad política. Pero hé aquí que cuanto México se libere de la opresión de las facciones, vino á parar, por uno de esos cambios repentinos de que ofrecen harto ejemplos las revoluciones modernas, no en manos de un bando político, que esto habría sido quizás tolerable, sino en manos de personalidades egoístas y viciosas. La dictadura de Santa-Anna no fué lo que la revolución había querido, puesto que aquel gobierno hizo pesar más duramente que ningún otro sobre los gobernados, la inmoralidad, la injusticia y todas las iniquidades que son consiguientes al abuso del poder.

Don Antonio López de Santa-Anna había residido desde fines de 1847 en Turbaco, pequeña población de la Nueva-Granada. Llamado por la revolución de 1852, oyéronse en sus labios palabras de fraternidad y de reconciliación cuando arribó á las playas de su país natal, en Abril del año siguiente. Creyeron en ellas los mas, porque pensaron que la soledad del destier-

ro, la experiencia de los años y el espectáculo de la patria añorada, habrían ilustrado y purificado al hombre. Si fué aquello una hipocresía ó un rasgo pasajero de buena fé, no hay para qué averiguarlo; lo cierto es que se engañaron los que creyeron, y acertaron los pocos que no tuvieron fé en aquellas palabras. Ninguno, sin embargo, pudo imaginarse días de tanto luto y de tanta magnitud como las que después vinieron.

Apenas tomó en sus manos las riendas del poder, cuando manifestó el general Santa-Anna que se había llevado el viento las palabras conciliadoras que había proferido en Veracruz. El 20 de Abril llegó a la capital, y siete días después dió principio aquel sistema de inútiles é irritantes persecuciones, que no cesó sino con su caída: la primera víctima fué el general Arista, contra quien se fulminó una orden de destierro el 27, mandándole salir violentamente de la República sin concederle el tiempo necesario para hacer algunos preparativos de viaje. (1)

El principio del orden que se había invocado para hacer la revolución, exija el restablecimiento de la unidad política y administrativa, y la creación de un ejército respetable para sostener la nueva política que el gobierno adoptaba. En consecuencia, ninguna sorpresa causaron los decretos de 11 y 14 de Mayo, por los cuales se determinó la centralización del poder público y de las rentas todas de la nación; ni tampoco la habría causado el del día 20, sobre arreo del ejército, á no ser porque en él se disponía que éste constara de noventa mil hombres entre fuerza permanente y activa; número excesivo de soldados para un país tan escaso de población y tan pobre de recursos. El restablecimiento de las alcabalas, decretado poco después, al mismo tiempo que por el segundo de los decretos citados, se había dispuesto la continuación de todas las contribuciones existentes, dió á conocer que bajo el punto de vista económico, no había que esperar reformas muy saludables del nuevo gobierno. Por el contrario, se impusieron después contribuciones inoportunas á la propiedad y al trabajo, hasta rayar en ridiculas y extra-

(1) Era entonces Don Lucas Alamán ministro de relaciones. Este tuvo conocimiento de la providencia que se iba á dictar contra el general Arista; y como según la orden, el general debía salir para el destierro en cuanto la recibiera, Alamán le escribió una carta avisándole reservadamente lo que se había determinado, á fin de que tuviera tiempo de hacer algunos preparativos necesarios para el viaje. Por esta acción, que llegó después á noticia de Santa-Anna, hubo un disgusto entre él y su ministro de relaciones, quien sufrió una severa reprensión, con no poco gusto de alguno de sus compañeros, que le tachaba de poco feroz con los liberales.

vagantes algunas de ellas, sin dejar por eso de ser odiosas y vejatorias (2)

El 2 de Junio de 1853 muere D. Lucas Alamán, que era ministro de relaciones y jefe del gabinete: poco después baja al sepulcro el general D. José María Tornel, ministro de la guerra: el ministro de hacienda D. Antonio de Haro y Tamariz, deja su cartera á principios de Agosto. Y entonces fué cuando quedó definitivamente formado un ministerio á medida de los deseos del general Santa-Anna. Hasta entonces se habría podido creer que el desarrollo del poder público, y las medidas de represión que se dictaban, tenían por objeto salvar la patria, purgándola de revoltosos: desde entonces, habiendo desaparecido los que por sentimientos, por opiniones, ó por carácter, oponían algún dique á los desmanes de la nueva política, la persecución no conoció límites, y los habitantes de México no pudieron ya exhalar un suspiro ni murmurar una queja, sin que al punto los amagase el sable de un soldado ó la mano de un esbirro.

El 1.º de Agosto se espidió una ley que se llamó de conspiradores, según la cual, los reos de este delito debían ser someramente juzgados en consejo de guerra, y fusilados inmediatamente. El espíritu de persecución interpretó aquella ley de una manera harto injusta: palabras y hechos bien inocentes fueron calificados de conspiración, y muchos ciudadanos que no habían cometido semejante delito, perecieron víctimas de la bárbara crueldad con que aquella ley fué aplicada.

Los principales cuidados del gobierno desde el mes de Junio de 53 hasta fines de aquel año, se redujeron á crear el ejército, á organizar la policía secreta, y á dar prestigio á la autoridad por medio de formas estereotipadas.

El prurito de crear en poco tiempo una respetable fuerza armada, produjo resultados funestos, abriendo la puerta á la relajación de la juventud y de la disciplina militar, y llevando la miseria y la desolación al seno de las familias, con el infuso sistema de levas que nunca llegó á evitar el sistema de sorteos. Arrastrados sin piedad á los cuarteles los artesanos, los jornaleros y los labradores, quedaron sin brazos los talleres, las fábricas y la agricultura. Llegó á tanto el afán del gobierno en este punto, que no retrocedió ante la afrenta de pretender asalariar soldados extranjeros que vieran á sostenerle: el pensamiento de hacer venir tres re-

(2) La contribución de puertas y ventanas, la de los perros y otras, son una prueba bien palpable de lo que aquí se dice.

gimientos suizos, fué uno de los primeros que sugirió al gobierno dictatorial su intencion liberticida; aunque los pasos que á este fin se dieron fueron estremadamente reservados, no lo fueron tanto que dejara de traslucirse el propósito, suscitando violentas murmuraciones y amargas quejas, bien que sofocadas por el terror que ya en onces inspiraba la dictadura. (3)

En cuanto á la policía, se pasaron en aquel tiempo diferentes circulares á los gobernadores y comandantes generales de los departamentos, mandándoles que la organización lisa, á fin de que por ella fueran vigilados y espialos los sospechosos, entre los cuales contaba el gobierno, sin mas averiguacion, todos los que habian pertenecido á la guardia nacional. Con este motivo se multiplicaron las delaciones, las venganzas privadas, los confinamientos y los destierros. Pasaron de quinientas las personas confinadas á diferentes puntos de la República y desterradas fuera de ella, durante la administracion del general Santa-Anna, sin contar con los echados á presidio, ni con los échados en el ejército por no ser adictos á la administracion. (4)

Con fecha 10 de Agosto de 53, pasó el gobierno una circular á los comandantes generales, mandándoles que no permitiesen á los confinados vivir en las capitales de los departamentos ni en poblaciones de alguna importancia, sino que los obligáran á estar "en lugares insignificantes;" y esta orden se repitió con fecha 6 de Setiembre, previniéndoles que vigilaran con mucho cuidado á los confinados, y que cada semana dieran cuenta de ellos para que el gobierno supiera si continuaban residiendo en los mismos puntos. Continuas eran las órdenes que se daban á las autoridades para que persiguieran á los *desafectos*, á los *sospechosos*, á los que *murmuraban* del gobierno, y era comun en estas disposiciones añadir máximas parecidas á esta, que se le inculcaba en una comunicacion de 25 de Agosto, al comandante gene-

(3) El gobierno de Santa-Anna negó mas tarde haber tenido el proyecto de hacer venir soldados suizos. Véase, sin embargo, en el Apendice Núm. 1, un documento que lo comprueba.

(4) Por orden de 1.º de Diciembre de 1853, fueron condenados á servir ocho años en las tropas de línea, nueve vecinos de Jico, de quienes se decía que habian intentado matar al general Santa-Anna en 1845, cuando fué aprehendido en aquel pueblo. El 3 de Marzo de 1854 fueron mandadas por un año al presidio de Chapala diez personas decentes de Guadalupe, que pertenecian á la "Sociedad de la Esperanza," establecida en aquella ciudad.

ral de Veracruz: "Un funcionario público debe cerrar los ojos y obrar sin consideracion alguna."

Todas las órdenes de destierro ó confinamiento eran expedidas por la seccion de operaciones del ministerio de la guerra. Bastaba una malévolá denuncia, una calumnia infame, un simple anónimo, para que los esbirros fueran á sacar de su casa á un hombre honrado, á un anciano inofensivo, á un ciudadano inocente. Vez hubo en que se dieron órdenes de destierro contra personas muertas hacia muchos años, y contra otras que lejos de ser desafectas al gobierno, estaban empleadas en las primeras oficinas del Estado; porque alguno quiso ver, dirijiendo al presidente una acusacion andaima, hasta dónde llegaba la lijereza con que se decretaban aquellos castigos.

Por lo que hace al prestigio de la autoridad, ninguna persona imparcial dejaba de reconocer la conveniencia de restablecerle; pero el gobierno de Santa-Anna se excedió en esto tambien, habiendo consagrado gran parte de su tiempo y un sin número de sus disposiciones á prevenir la forma de los tratamientos, las ceremonias de los actos públicos y otras exterioridades que dan al poder un esplendor ilusticio.

Al paso que la dictadura avanzaba de este modo en sus proyectos de dominacion absoluta, inquietábala el recuerdo de que su omnipotencia tenia un tiempo limitado. Segun el plan de Jalisco y los convenios de 6 de Febrero, no habia de durar mas que un año el poder discrecional, y este plazo se iba á cumplir en Abril del año siguiente. Era menester desbaratar aquellas estipulaciones: y los amigos de la situacion encontraron modo de hacerlo, levantando el 17 de Noviembre una acta en Guadalajara, en la cual se pedia que la plenitud de facultades que tenia el presidente, continuára por un tiempo indefinido.

Levantáronse en todos los puntos de la República actas de adhesion á este plan, haciéndose en él diles entes modificaciones, todas dirigidas á ensalzar al jefe del Estado. En una se decía que tomara el título de Generalísimo Almirante, en otras el de Capitán General, en otras el de Príncipe, y no faltó pueblo que solicitara el que se coronara como Emperador.

Pasadas estas actas al consejo de Estado, y oído su dictámen, estudióse un decreto con fecha 16 de Diciembre por el cual se declaró que el presidente continuaria con sus facultades omnípotas por todo el tiempo que lo juzgá necesario; que en el caso de fallecimiento ó imposibilidad física ó moral, podria escoger sucesor, asentando su nombre, con las re-

tricciones que creyera oportunas, en un pliego cerrado y sellado, que se depositaria en el ministerio de relaciones; y que su tratamiento seria el de *Alteza Serenísima*, como anexo al cargo. El general Santa-Anna no admitió el empleo de Capitan General ni el sueldo de sesenta mil pesos que habia consultado el consejo.

Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, se agitaba el negocio de la Mesilla. Con motivo de la posesion de aquel territorio, situado en los confines de Chihuahua, se habian suscitado dificultades con el gobierno de los Estados Unidos; y el de México no habia sabido zanjarlas sino celebrando un tratado por el cual se cedia á la vecina república, no solamente el valle en cuestion, sino otra gran porcion del territorio nacional, mediante una indemnizacion de veinte millones de pesos. En aquel tratado se libertaba además á los Estados-Unidos de las obligaciones que les imponia el art. 11 del de Guadalupe, por el cual habian quedado comprometidos á hacer la guerra á los bárbaros del Norte, alejándolos de las fronteras mexicanas, y á pagar las reclamaciones que tuvieran que hacer los habitantes fronterizos, á consecuencia de la nueva posicion en que vinieron á encontrarse.

Harto desventajoso era para México el tratado de la Mesilla con estas condiciones; pero mucho mas lo fué cuando quedó reducida á la mitad de la indemnizacion que habian de pagar los Estados-Unidos por tantas ventajas. Con mengua de su decoro, el gobierno de México consintió primero en que la indemnizacion se redujera á quince millones, sin cuya circunstancia no daba su aprobacion el senado de Washington, y consintió despues en que no fueran mas que diez, cuando de nuevo le plugo al gobierno americano exigir otra rebaja.

A fines de 1853 el gobierno de Santa-Anna habia rasgado ya sus títulos de legitimidad, si es permitido decirlo así, infringiendo las condiciones con que le habia sido entregada la autoridad suprema, por la revolucion consumada en 1853. Por el plan de Jalisco y los convenios del 6 de Febrero no habia de durar la dictadura mas que un año; (5) y se habia prolongado por tiempo indefinido en el decreto de 16 de Diciembre; el gobierno tenia que respetar la integridad nacional; (6) y esta condicion habia sido quebran-

(5) . . . . . "No pudiendo en ningun caso ni por ningun motivo demorar la publicacion de la convocatoria mas de un año." (Art. 2.º de los convenios de 6 de Febrero).

(6) Segun estaba prevenido en el convenio de 6 de Febrero de 1853, cuando el general Santa-Anna tomó el mando, se le

tada con la venta del territorio de la Mesilla: tenia que respetar las garantías individuales; (7) y habia despreciado esta restriccion decretando confinamientos, destierros y aun muertes, sin ninguna forma judicial que sirviera de amparo á la inocencia: tenia que conservar incólume la independencia judicial, (8) y la habia atacado de mil maneras, depouiendo de la magistratura que ejercian en la Suprema Corte de Justicia á D. Juan B. Ceballos y á D. Marcelino Castañeda; (9) destituyendo despues á todos los ministros del tribunal de la guerra porque no agradó al poder uno de sus fallos; resolviendo por un decreto el negocio de la casa de Lizardi que es

exigió juramento en esta forma: „Jurais á Dios defender la independencia é integridad del territorio mexicano, y promover el bien y prosperidad de la nacion conforme á las bases adoptadas en el plan de Jalisco y el convenio celebrado en 6 de Febrero último en esta capital por las fuerzas unidas." El general Santa-Anna respondió poniendo la mano sobre los Santos Evangelios: „Si juro." Y el presidente de la Suprema Corte añadió estas palabras: „Si así lo hiciéreis, Dios os lo prémie, y si no, él y la nacion os castiguen."

El artículo 8.º del citado convenio disponia: „En el caso . . . de que sea preciso hacer algun tratado urgente con las potencias extranjeras, el gobierno obrará precisamente de acuerdo con el consrjo de Estado."

(7) El segundo considerando del convenio de 6 de Febrero, decia que debia establecerse un poder investido de las facultades necesarias para salvar los intereses mas sagrados de un pueblo, sin que por eso se erija un déspota que destruya la libertad política y las garantías individuales que tanto aman los mexicanos, y que seria afrentoso se destruyesen en una nacion civilizada."

(8) . . . . . "Haciendo en él (en el poder judicial) las reformas convenientes, sin atacar su independencia." (Art. 1.º de los convenios de 6 de Febrero).

(9) Fueron depuestos porque no admitieron el nombramiento de caballeros de la Orden de Guadalupe. Don Marcelino Castañeda dijo que su escasa fortuna no le permitia llevar con el conveniente decoro aquel distintivo. Don Juan Bautista Ceballos tuvo el valor de manifestar que no convenia aquella institucion á la República, y que no tenia fe en la consecucion de los fines que se habia propuesto el presidente en el restablecimiento de la Orden. Destituido Ceballos, se ausentó poco despues de la República, sin aguardar á que el gobierno le desterrara, y publicó en Nueva-Orleans en Febrero de 1854, una larga y curiosa contestacion á los cargos que le habia hecho el ministro de relaciones por su negativa; contestacion en la cual se rebaten con energia, con dignidad y hasta con gracia los conceptos del ministro. Véanse en el Apéndice bajo el Núm. II, las comunicaciones relativas al nombramiento de caballero y á la destitucion de Ceballos.

taba en la Suprema Corte de Justicia (10) y espidiendo frecuentes órdenes de sobreesamiento siempre que convino á sus fines.

A estas infracciones patentes de los pactos en virtud de los cuales ejercía Santa Anna el poder supremo, se podría añadir la perenne infracción del artículo 10 de los citados convenios. En él se estipulaba una amnistia general para todos los reos políticos, y se imponía al gobierno la obligación de emplear indistintamente á todos los ciudadanos, sin que fuera obstáculo para ello el haber contrariado la revolución última, y sin que pudiera servir de mérito el haber trabajado por ella. La persecucion que sufrieron los desafectos al nuevo orden de cosas, y su exclusion de los destinos públicos, declarada terminantemente por varias circulares, y puesta en práctica sin escepcion alguna bajo el gobierno de Santa Anna, fueron la infracción mas palpable de las prevenciones de aquel artículo.

No se puede perdonar al general Santa-Anna y á sus ministros el haber pasado una gran parte del tiempo en hablar de fiestas y procesiones, de bailes y tertulias, y de ceremonias de pura etiqueta, discurrendo largamente sobre los colores de sus libreas, sobre el sitio que debian ocupar sus coches y los de sus señoras en los paseos y lugares públicos, sobre los asientos que debian tener en las funciones religiosas. Muchas de sus providencias estaban consagradas á estas puerilidades, y al modo de ostentar mejor sus mantos y sus cruces, sus bordados y oropeles. Al mismo tiempo hablaban de prisiones y confinamientos, de destierros y ejecuciones de justicia; porque aquellos hombres, tan amigos del solaz y del placer, tan bien hallados con la ociosidad y con la molición, eran, sin embargo, duros de corazón, y tenian la fiebre del esterminio cuando se trataba de asegurar lo que ellos llamaban orden público, con el castigo de los que en su concepto podian perturbarle.

Grave error fué el del gobierno de Santa-Anna, y notable desdicha de México, pensar que de este modo se daba prestigio á la autoridad, cuando los medios que para ello se empleaban, por ridículos y por atroces, eran á propósito mas bien para convertirla en objeto de desprecio y de odio.

(10) Este negocio ha sido arreglado satisfactoriamente por la actual administración, la que anuló el decreto de 30 de Setiembre de 1854 del gobierno de Santa Anna, por el cual se reconoció la emisión de bonos hecha por la casa de Lizardi en Londres cuando era agente del gobierno mexicano. En la suprema corte se ventilaba la cuestión de si los bonos habian sido emitidos con autorizacion ó sin ella.

Habia que crear un ejército; pero no era justo dejar á las familias sin apoyo arrebatándoles los hijos y los hermanos. Habia que cuidar del orden; pero era indigno de nuestra civilizacion organizar la policia secreta con sus espías, sus delatores y sus esbirros; era infame poner asechanzas al ciudadano en el círculo de sus negocios, de sus relaciones amistosas y hasta en el recinto del hogar doméstico; era bárbaro ordenar la delacion, como se ordenó una vez bajo severas penas. (11) Habia que desplegar severidad y rigor para extirpar de una vez el gérmen de las revoluciones; pero era inícuo desterrar á los desafectos fuera de la República, á confinarlos lejos de sus hogares, dejándolos á sus familias hambrientas y desoladas; era cruel enviar á los habitantes de tierras frias á los climas ardientes y mortíferos del Sur, ó confinar á los habitantes de éstos á los departamentos del Norte; era inhumano obligar á los desgraciados proscritos á que viviesen en poblaciones insignificantes (12) donde no encontraban medios de subsistir; era en fin una crueldad imponer estos confinamientos á los enfermos, á los ancianos, á las mugeres y á los jóvenes que apenas habian entrado en la adolescencia. (13)

Por otro lado entraba en los designios de la revolucion de 1852 fortificar convenientemente el poder público, y no habia hombre imparcial que dejara de reconocer la necesidad de restituir á la autoridad suprema el respeto que la habian arrebatado las exigencias democráticas; pero era difícil hacerlo, decretando para la pobre capital de una

(11) En 29 de Julio de 1854 se publicó un bando contra los que murmuraran del gobierno, censuraran sus disposiciones, ó publicaran malas noticias; y en él se imponia una multa de 200 pesos á qualquiera que viendo cometer estas faltas, no denunciara á sus autores. En cuanto al espionaje, muchas veces y por largo tiempo se ejerció sobre personas conocidamente adictas á los principios que proclamaba el gobierno. La libreria de D. José María Andrade, en el portal de Agostinos estuvo mucho tiempo vigilada por individuos de la policia secreta. No siempre tendrian que contar cosas placenteras al que los enviaba, porque el dueño del establecimiento, con su dura franqueza y con su independiente carácter, mas de una vez censuraria los desaciertos de los gobernantes.

(12) Esto se dispuso en una circular de 10 de Agosto de 1853, y se repitió despues en otras muchas.

(13) Don Luis de la Rosa, Don Juan Múgica y D. Joaquín Zurco, estaban gravemente enfermos cuando fueron desterrados de la capital. Doña Melchora Hernandez y un hijo de D. Santos Degollado, confinados tambien, prueban que la persecucion no respetaba la debilidad del sexo ni lo inofensivo de la edad.

República afijida, las ceremonias y etiquetas de una monarquía opulenta; y era una puerilidad suponer que la autoridad sería más respetada, solo porque á los ministros se les diera en lo privado el tratamiento oficial, ó porque sus criados se distinguieran de los otros en el color de una librea ó de un lazo, ó porque se hicieran excepciones en los reglamentos de policía en favor de sus cocheros, ó en fin porque sus familias ocuparan tal ó cual asiento en una función religiosa. (14) En algo se han de distinguir los que mandan de los que obedecen, y es preciso confesar que la respetabilidad del poder público reside en gran parte de estas señales exteriores; pero el gobierno de Santa-Anna se escudó en esto como en todo, y el buen sentido de la nación no pudo ver sin desprecio y sin pesadumbre, que se perdiera el tiempo en tales pequenezes, y que se gastaran en espectáculos de vana pompa y de un fausto insultante, los fondos del exhausto erario, mientras que yacían en la miseria los buenos servidores del país, y perecían de hambre en algún rincón la viuda y el huérfano.

No fué más feliz la dictadura en la parte administrativa y económica de su gobierno. Sin haber hecho ninguna reforma útil en el ramo de hacienda para restablecer el crédito público, contentóse con establecer una centralización voradora que dejó sin medios de subsistencia á las localidades, y con imponer odiosas contribuciones que agobiaron á la agricultura, á la industria y al comercio, sin dejar por eso de favorecer el fraude en sus formas más repugnantes, haciendo negocios que llenaron de escándalo á la República: (15) trastornó la instrucción pública con un plan de estudios que puso en ridículo los honores y los grados literarios: (16) com-

(14) Uno de los ministros consentía en que sus amigos ó conocidos le hablaran de *Escelencia* en asuntos privados, como estaba dispuesto. Las libreas de los ministros eran amarillas, y ningún particular podía usarlas iguales; sus cocheros y lacayos se distinguían por un lazo de determinado color que debían llevar en ciertas ocasiones en el brazo izquierdo; sus coches podían salirse de la línea en los paseos públicos; sus señoras tenían asientos de preferencia en los templos, cuando había grandes solemnidades.

(15) El corto tiempo en que se gastaron los 7 millones que recibió el gobierno por el tratado de la Mesilla, y las cantidades que se entregaron á ciertas personas bien conocidas por los negocios que siempre han hecho con el erario, prueban que se hicieron muy poco en cuenta los fueros de la moral y los intereses de la nación.

(16) En virtud de aquel plan, el gobierno prodigó el grado de doctor como la cruz de Guadalupe. Contábase que cuando se estudió el plan de estudios, estuvieron los ministros una tarde en

prometió las relaciones del país con las naciones extranjeras por falta de prudencia y de tacto, ó por rasgos pueriles de una vanidad ridícula: (17) sembró en fin la consternación y el espanto en todas las clases de la sociedad, aun entre aquellas que menos podían temer de un gobierno que aparentemente se había erigido en su protector. (18.)

Es admirable la constancia con que el gobierno dictatorial llevó adelante hasta su fin este sistema político, si sistema se puede llamar la serie de errores y de excesos que acaba de bosquejarse. No parece sino que entre el dictador y sus ministros había una perfecta conformidad de ideas y pareceres, ó que estaban unidos todos por los vínculos de un entrañable afecto. Sin embargo, es indudable que el general Santa-Anna miraba con desprecio á sus ministros, y que éstos se mantenían en su gracia á costa de humilla-

tera encerrados en un salón del palacio, discutiendo larga y formalmente sobre los colores que habían de tener las borlas de los nuevos doctores creados por aquella ley.

(17) Basta recordar lo que pasó con el ministro plenipotenciario de Inglaterra, por haber dispuesto el gobierno que asistiera el cuerpo diplomático á una tertulia en la Lonja, y las dificultades que se suscitaron después con las legaciones de Francia, España y los Estados-Unidos.

(18) El obispo de Michoacán, que era presidente del Consejo de Estado, se fué á su Diócesis en el mes de Agosto de 1853, después de haber visto el mal camino que tomaba el gobierno; y como antes de retirarse desaprobó aquella política, y aconsejó inútilmente al general Santa-Anna que la reformara, estuvo en desgracia desde entonces, y con los mismos temores que podían tener los enemigos de la administración. Muchas personas del clero secular y regular fueron perseguidas. El presbítero D. Musio Valdovinos escribió una vez una carta particular á D. Antonio Haro, en la cual censuraba la conducta de los ministros. Encontrada esta carta entre los papeles de Haro, cuando fué cauteada su casa por la policía, su autor fué llamado ante el presidente y los ministros, ásperamente reprendido y amenazado, obligado á dar explicaciones sobre los conceptos vertidos en una carta familiar sobre la cosa pública, y comprometido delante de aquel formidable aparato de poder, á dar una satisfacción á los que allí se erijían en jueces después de darse por agraviados. El presbítero Valdovinos solamente pudo escaparse de un destierro ó cosa semejante, manifestando que había escrito aquello sin reflexionar mucho en lo que decía, pero que no era más que una opinión privada, emitida sin ánimo de ofender á los ministros. Lo que había dicho de ellos era tanto, que no se habrían conformado con aquella satisfacción, si se hubieran encontrado inocentes de las faltas que les atribuía. Prefirieron intimidarle, para que después guardara silencio.

ciones: el lazo que los unía, era por parte de él la conveniencia de tener esclavos sometidos ciegamente à su voluntad, y por parte de ellos la vanidad de una posición que si les costaba el sacrificio del amor propio delante del dictador, tambien les proporcionaba ocasion de desquitarse descargando sobre los demas el peso de su soberbia. Ellos decian sin embargo, que permanecian allí por evitar mayores males. Además de esto, entre los ministros nunca hubo conformidad de ideas; y fue pública por el contrario la profusa enemistad que existió siempre entre el de la guerra y el de relaciones; equanimidad que más de una vez habia estallado de una manera estruendosa, à no haberlo impedido el general Santa Anna con la superioridad absoluta que sobre ellos ejercia.

¿Ómo, pues, aquellos hombres, afortunados, pudieron concurrir de una manera tan perseverante y tan agra à que se realizara el pensamiento culminante de la dictadura? Solo se puede explicar esto, aplican lo à nuestros hombres lo que decia el orador Lysias de los treinta tiranos de Atenas: "estaban divididos no por los intereses de la patria, sino por los de la tiranía, y se disputaban el derecho de optar à la República." (19)

No escribimos la historia de la dictadura de Santa Anna, y por lo mismo nos abstenemos de consignar aquí el pormenor de los hechos que se han recordado. Era sin embargo indispensable, ya que tenemos que manifestar las causas de la revolucion, echar una mirada sobre aquel periodo, puesto que los errores y los desmanes que en él se cometieron, dieron lugar à los acontecimientos que vamos à referir.

## CAPITULO SEGUNDO.

### PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

Disgusto general.—Primeras tentativas contra la dictadura.—Terribles escarmientos.—General quietud.—Terror.—Consecuencias de la exageracion del orden.—Miseria de las localidades.—Lisonjeros y aduladores.—Departamento de Guerrero.—Temores y recelos del gobierno.—Las autoridades del Sur.—Envío de tropas à Guerrero.—Pretexto de la medida.—Disgusto en el Sur.—Primeros proyectos de revolucion.—Los precipita la entrada de las tropas.—Alvarez Moreno, Villareal.—Orden de prision contra este.—Conferencias entre los caudillos.—Sábalo el gobierno, y aparenta confianza.—Primeras órdenes para observar y perseguir à los de Guerrero.—Orden de bloquear à Acapulco.—Instrucciones dadas al general Perez Palacios contra Alvarez.—Pronunciamientos de las autoridades del Sur.—Sale Moreno de Chilpancingo, y renuncia.—Reunion de tropas del Sur en el Peñaguirre.—Resuélvense à pronunciarse.

MAL podia sufrir el yugo de tan desafortunada tiranía una nacion de carácter activo y pueroneroso, que si no estaba bastante bien educada en las costumbres de la libertad política, tenia estímulos de sobra en sus hábitos de libertad civil, para rechazar indignada tanta opresion y tanto vilipendio. Así fué que desde muy temprano y aun antes que el poder dictatorial desplegara aquel lujo de represion que se notó despues, hicieron en Puebla, Guanajuato, Yucatan y Veracruz, tentativas mas ó menos formales para sacudir un yugo que desde entonces se presumia ya insostenible; pero el gobierno las sofocó tan rápidamente, é hizo tan terrible escarmiento en sus autores, que al parecer no quedaron bríos en los amigos de la libertad para levantar de nuevo la cabeza. [1]

Desde entonces pudo la dictadura consagrarse sin obstáculos à echar los cimientos de su poder, de una manera indestructible; y tal vez lo habria conseguido, si la Provi-

(1) Los que promovieron las conspiraciones de Veracruz y Yucatan, fueron fusilados. Fué muy sentido el jéren D. Sebastian Molas, jefe del movimiento de Yucatan, cuya sangre fué la primera que se derramó en las conspiraciones contra la dictadura de Santa Anna.

(19) Lysias, Alegato contra Erastobanes, uno de los Treinta Tiranos.

ciones: el lazo que los unía, era por parte de él la conveniencia de tener esclavos sometidos ciegamente à su voluntad, y por parte de ellos la vanidad de una posición que si les costaba el sacrificio del amor propio delante del dictador, tambien les proporcionaba ocasion de desquitarse descargando sobre los demas el peso de su soberbia. Ellos decian sin embargo, que permanecian allí por evitar mayores males. Además de esto, entre los ministros nunca hubo conformidad de ideas; y fue pública por el contrario la profusa enemistad que existió siempre entre el de la guerra y el de relaciones; equanimidad que más de una vez habia estallado de una manera estruendosa, à no haberlo impedido el general Santa Anna con la superioridad absoluta que sobre ellos ejercia.

¿Ómo, pues, aquellos hombres, afortunados, pudieron concurrir de una manera tan perseverante y tan agra à que se realizara el pensamiento culminante de la dictadura? Solo se puede explicar esto, aplican lo à nuestros hombres lo que decia el orador Lysias de los treinta tiranos de Atenas: "estaban divididos no por los intereses de la patria, sino por los de la tiranía, y se disputaban el derecho de optar à la República." (19)

No escribimos la historia de la dictadura de Santa Anna, y por lo mismo nos abstenemos de consignar aquí el pormenor de los hechos que se han recordado. Era sin embargo indispensable, ya que tenemos que manifestar las causas de la revolucion, echar una mirada sobre aquel periodo, puesto que los errores y los desmanes que en él se cometieron, dieron lugar à los acontecimientos que vamos à referir.

## CAPITULO SEGUNDO.

## PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

Disgusto general.—Primeras tentativas contra la dictadura.—Terribles escarmientos.—General quietud.—Terror.—Consecuencias de la exageracion del orden.—Miseria de las localidades.—Lisonjeros y aduladores.—Departamento de Guerrero.—Temores y recelos del gobierno.—Las autoridades del Sur.—Envío de tropas à Guerrero.—Pretexto de la medida.—Disgusto en el Sur.—Primeros proyectos de revolucion.—Los precipita la entrada de las tropas.—Alvarez Moreno, Villareal.—Orden de prision contra este.—Conferencias entre los caudillos.—Sábalo el gobierno, y aparenta confianza.—Primeras órdenes para observar y perseguir à los de Guerrero.—Orden de bloquear à Acapulco.—Instrucciones dadas al general Perez Palacios contra Alvarez.—Pronunciamientos de las autoridades del Sur.—Sale Moreno de Chilpancingo, y renuncia.—Reunion de tropas del Sur en el Pe-regrino.—Resuelven à pronunciarse.

MAL podia sufrir el yugo de tan desafortunada tiranía una nacion de carácter activo y pueroneroso, que si no estaba bastante bien educada en las costumbres de la libertad política, tenia estímulos de sobra en sus hábitos de libertad civil, para rechazar indignada tanta opresion y tanto vilipendio. Así fué que desde muy temprano y aun antes que el poder dictatorial desplegara aquel lujo de represion que se notó despues, hicieron en Puebla, Guanajuato, Yucatan y Veracruz, tentativas mas ó menos formales para sacudir un yugo que desde entonces se presumia ya insostenible; pero el gobierno las sofocó tan rápidamente, é hizo tan terrible escarmiento en sus autores, que al parecer no quedaron bríos en los amigos de la libertad para levantar de nuevo la cabeza. [1]

Desde entonces pudo la dictadura consagrarse sin obstáculos à echar los cimientos de su poder, de una manera indestructible; y tal vez lo habria conseguido, si la Provi-

(1) Los que promovieron las conspiraciones de Veracruz y Yucatan, fueron fusilados. Fué muy sentido el jéren D. Sebastian Molas, jefe del movimiento de Yucatan, cuya sangre fué la primera que se derramó en las conspiraciones contra la dictadura de Santa Anna.

(19) Lysias, Alegato contra Erastobanes, uno de los Treinta Tiranos.

dencia pudiera consentir que se consolidara la injusticia para ser el azote de un pueblo inocente. La centralización política y administrativa llevada hasta sus últimos extremos, es decir, un sistema constante de agresión contra la libertad individual y los derechos de las localidades, fué el principal medio que el gobierno empleó para acrecentar y asegurar su poder omnimodo. El elemento militar, como que le debía en cierto modo su existencia, y realmente le era deudor de su desarrollo y de su brillo, era el más poderoso auxiliar de sus planes, y no había peligro de que le fuera infiel, por mucho que se ensañara la opresión en las otras clases de la sociedad.

En fin, todo callaba y retrocedía ante la voz y ante los pasos de la dictadura: ella daba sus leyes, y sus leyes eran acatadas en medio de un general silencio: ella avanzaba osadamente contra toda libertad, y no había ya hombres libres que le atajaran el paso. Y como si todo se hubiera conjurado á favor de ella, y en contra de la nación, sus mismas providencias atroces, y hasta sus disposiciones ridículas, eran apoyo de su dominación y servían eficazmente á sus proyectos, confundiendo tal vez el terror que escitaban sus venganzas, con la veneración y el respeto de una autoridad severa, y creando en torno suyo una aureola de esplendor y un valladar de poderosos intereses con aquellas medidas que tanto lisonjaban el amor propio ó el interés de ciertos individuos y de ciertas clases.

Los que no vieron aquella situación, no pueden formarse una exacta idea de lo que pasaba, y mucho menos si escuchan hoy las maldiciones que dirigen á la dictadura todos los ciudadanos, todas las clases y todos los partidos. Aunque sea triste consignarlo, es preciso decir que el general Santa-Anna no solo tuvo el apoyo de santanistas y conservadores, sino también el de muchos liberales que no se desdijeron de servir con celo á aquella administración, ni de dar su voto á favor del poder unitario, ni de llevar la cruz de Guadalupe. Si despues que cayó la tiranía, han querido todos pasar por Brutos y por Catones en punto á dignidad republicana, no por eso deja de ser verdad que andaban muchos entonces menos erguidos que ahora, tomando parte en el coro general que entonaba las alabanzas del ídolo. La historia no se maravilla de esto, despues de haber visto las flaquezas de la raza humana en todos los periodos de su afanosa existencia; y si aquí se consignan hechos semejantes, es porque ellos revelan por un lado el espíritu de la época, esplican por otro la larga duración de la dictadura, y hacen resaltar el mérito de los que osaron

atacarla hasta vencerla. Si no hubiera sido una especie de moda desdeñar la libertad y adular al despotismo, y si no hubieran entrado en ella inñitos ciudadanos de los que hoy lo negarian, el gobierno de Santa-Anna no habria subsistido veinte y siete meses, escandalizando á la República con sus desafueros; la revolucion no habria sido una empresa heroica por las dificultades que tuvo que vencer, y no habria razón para escribir con letras de oro en los anales de México el nombre de sus caudillos. La nación aceptó la dictadura, guardó silencio ante sus desmanes, humilló la cerviz ante sus agresiones; y cuando los valientes, que no habían incensado á Baul, arrojaron el guante en el Sur, no solo tuvieron que luchar contra una masa enorme de fuerza física, sino contra la opinión que había reconocido, aceptado y aun aplaudido los desafueros porque estaban disfrazados con hermosos nombres, y vestidos con deslumbradoras galas.

Sin embargo, el empleo mismo de aquel sistema agresor, cuya aplicación parecia ser la base más sólida de la omnipotencia del general Santa-Anna, fué el principio de su ruina. Se había exagerado el principio del orden: era preciso que saltara el principio de libertad, como un resorte comprimido por mano impotente.

Corrian los primeros meses de 1854. Todos los departamentos de la República se habían sometido, de grado ó por fuerza, al terrible poder central que se levantaba en México; el dictador tenía ya en todos ellos con el nombre de gobernadores y comandantes generales, una especie de procónsules que eran otras tantas columnas de la dictadura militar; la fuerza de las localidades había desaparecido, y en ninguna parte se hacia ya sentir otra fuerza que la del centro, de donde partía todo, y á donde todo iba á parar, como si en la faz de la nación todo hubiese de recibir su sér de la dictadura, y como si para ella sola debiese vivir todo lo que tenía existencia.

Entretanto, aumentábase espantosamente el número de los ciudadanos, que por amigos de la libertad, ó por celosos de decero de su país, gemían en los calabozos, ó andaban mendigando el pan del destierro en tierras estrañas; y un silencio de muerte reinaba por todas partes, sin que se escuchara más ruido que el de insultantes fiestas, y la voz de los aduladores que postrados á los piés de la dictadura, la entonaban alabanzas, ó hacían la crónica de sus regocijos. No había una voz independiente que se alzara contra la opresión: solo protestaban contra ella en el rincón del hogar doméstico, las lágrimas de la esposa que lloraba al esposo perseguido, y el llanto de los hijos que reclamaban al padre.

desterrado. Parecía completo el triunfo de la tiranía, y resuelta para siempre la servidumbre de los mexicanos.

Del gobierno de Santa-Anna podía decirse lo que un orador griego decía de los arcontes puestos por Lisandro para oprimir á los atenienses: que "no se podía asistir sin peligro á los funerales de sus víctimas;" y aunque por dicha de la civilización cristiana no hubiera bajo la dictadura ningún hecho que pudiera autorizar la exacta aplicación de aquella frase, sobraron otros que probaban cuán peligroso era honrar la memoria de los muertos que no habían estado en su gracia. Cuando murió el general D. José Joaquín de Herrera, todos los periódicos, sin distinción alguna, le rindieron el tributo de respeto que merecía por sus virtudes; y esto disgustó tanto al gobierno, que hizo publicar en su *Diario Oficial* varios artículos contra el general difunto, no sin dar á entender á los escritores públicos la indignación con que había visto el presidente los elogios que se le habían tributado. Y se trataba de un veterano de la Independencia, de un general que había sido presidente de la República, de un ciudadano que había ocupado dignamente los primeros puestos del Estado, de un hombre de bien que no había sacado de su larga carrera sino un nombre sin mancha, y la mortaja con que acababan de enterarlo!

La dictadura no solo hizo pesar su yugo de hierro sobre los actos de la vida civil, sino que penetró con los caprichos de su autoridad hasta en lo más recóndito del hogar doméstico, para imponer sus mandatos á las acciones de la vida privada. Después que llegó á su apogeo el desarrollo de aquel poder sin límites ni barreras, fué ya imposible á los ciudadanos entregarse á las expansiones de su corazón entre las cuatro paredes de su casa, para obsequiar á un amigo, para tributar honores al talento, al genio ó á la gloria. Si aquellos actos irritaban la envidia, la vanidad ó cualquiera otra de las pasiones del gobierno, una ó den suya, terminante y severa, llegaba hasta el seno de las familias para prohibirlos. La República parecía ya una cárcel ó un cuartel, donde nadie se movía sin permiso del alcalde ó del general en jefe. (2)

(2) Cuando llegó á México el célebre poeta español D. José Zorrilla, los habitantes de esta capital le recibieron con un entusiasmo que rayó en delirio. Personas de todas clases y condiciones, de todos los colores y de todos los partidos, se empujaron á porfía en obsequiarle: banquetes, tertulias, días de campo, se dispusieron para tributar al poeta el homenaje de la admiración que desde muchos años antes había escuchado en her-

Los mexicanos pedían al cielo desde el fondo de su corazón, un hombre que los libertara de aquella servidumbre; y si aparentemente revelaba contento y satisfacción el deslumbrador aparato que rodeaba á los hombres del poder, había en realidad millares de familias desoladas, que desde el abismo de sus padecimientos ansiaban, como Dido, que brotase de su seno un vengador contra los autores de su desdicha. (3)

Había un departamento, que ya fuese por sus circunstancias topográficas, ya por las autoridades que mandaban en él, ya por sus antecedentes históricos, inspiraba grandes recelos al gobierno en medio de su poder sin límites y de la sumisión general. Este departamento era el de Guerrero. Cuna de la libertad mexicana, y tierra natal de ilustres patriotas que siempre la habían defendido, aquel departamento podía no someterse á los caprichos del poder arbitrario que tan rápidamente se desarrollaba: los antecedentes de sus hombres públicos, las asperezas de sus montañas, la fecun-

moso genio entre todos los amantes de la gloria literaria: los poetas mexicanos pulsaron la lira para saludar al bate español, y todos los amigos de lo sublime y de lo bello querían, en fin, testificar que no les era indiferente el cantor de la *Virgen* y de *Granada*. Después de las demostraciones que podían considerarse como públicas, algunos individuos querían tener el gusto de obsequiar á Zorrilla en sus casas, y estaban preparándose para ello, cuando una orden superior vino á impedirlo. El gobierno había llevado á mal aquellas demostraciones, sin duda porque consideraba robados á sí mismo los aplausos que se tributaban al poeta. Entre sus admiradores había muchos altos empleados, y uno de ellos fué llamado á la presencia del presidente para sufrir una áspera reprensión por haber tomado parte en los obsequios hechos á Zorrilla. Profundamente irritado, habló el dictador de la vergüenza que era para los mexicanos manifestar tanta admiración por un hombre como aquel: dijo que si para los demás era una vergüenza, en los empleados del gobierno era una falta gravísima tomar parte en aquellos aplausos, como si tanto mereciera un poeta. "Basta ya, añadió, basta ya de entusiasmo necio! Y vaya vd. á decir á todos los que piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!" El empleado tuvo que ir á las casas donde sabía que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se le hicieran; y la prohibición fué puntualmente respetada. Después el poeta fué arrestrado ante el jefe de la policía, á dar una declaración sobre unos versos que se le atribuyeron entonces, en los cuales no se hablaba bien del general Santa-Anna, y que no eran obra suya.

(3) Exorare aliquis nostris ex ossibus ultor.

*Virg. Eneid. Lib. 17.*

didad de su suelo, parecían brindar con seductoras voces á los enemigos de la dictadura, para que fuesen á levantar allí un estandarte por la libertad.

El gobierno lo temía, y no había una consideración que pudiera disipar sus temores. Es verdad que las autoridades del departamento habían sido nombradas por el gobierno; que éste las acariciaba con las más lisonjeras frases, y que las autoridades correspondían urbanamente á las muestras de afecto que el gobierno les daba: pero nadie ignoraba tampoco que aquellos nombramientos se habían hecho á más no poder, y que no eran sinceras aquellas recíprocas manifestaciones, puesto que Santa-Anna y sus ministros aborrecían de muerte á las autoridades del Sur, y que éstas no estaban contentas con la política dictatorial. El peligro era grave: Podían aprovecharse de esta situación los descontentos, que no eran pocos aunque no se contaran más que los perseguidos: podían rebelarse las mismas autoridades, que no se mantenían en la obediencia sino á fuerza de obsequios que no podían agradecer porque eran forzados, y de finezas que no se podían estimar porque eran fingidas.

Relaciones tan mal seguras, y sostenidas por tales medios, entre el gobierno de un país y sus autoridades subalternas, debían romperse al menor soplo, y eran una amenaza continua para el orden público de entonces, ó por mejor decir para el poder ya tranquilo, y al parecer asegurado, de la dictadura. Resolvió, pues, el dictador enviar al departamento de Guerrero un cuerpo de tropas, con cuyo auxilio pudiese abandonar sus forzadas contemplaciones, é imponer la ley á las temidas autoridades del Sur.

Para llevar á cabo esta medida se necesitaba un pretexto, y el gobierno le encontró en los rumores que entonces se esparcieron, sobre que una expedición de piratas, organizada en California, y á las órdenes del conde de Raousset (4) se aproximaba á las costas de la República con el objeto de atacar el puerto de Acapulco, y de invadir el territorio nacional, desembarcando por allí ó por cualquiera otro punto de la costa.

Dijose entonces, y no sin razón, como se verá después, que este rumor había sido inventado por el gobierno de Santa-Anna para encubrir sus verdaderas miras: lo cierto es que nunca se confirmó la especie, ni asomó por ninguna parte la menor señal de la expedición á que se refería; y es lo cierto también que no fué otro el pretexto que hubo para

(4) Mas adelante se dirá quién era este personaje, y el fin que tuvo.

el envío de tropas, que dió lugar á que estallase la revolución en el departamento de Guerrero.

Ya desde antes, los caudillos que después la promovieron y la fomentaron con tanta gloria, habían pensado en ella como en un recurso indispensable para libertar al país de la opresión en que gemía; pero careciendo de recursos para dar un paso tan aventurado, y no teniendo establecida ninguna de las relaciones que debían considerar indispensables, ni siquiera formado el plan bajo cuyo nombre hubieran de hacerse las primeras resistencias, habían diferido para más adelante, el golpe que les obligó á precipitar la entrada de las tropas del dictador en el departamento.

Es evidente que el gobierno no ignoraba los proyectos que fermentaban en el Sur contra su dominación, y que desconfiaba profundamente del general D. Juan Alvarez, gobernador y comandante general de Guerrero, del general D. Tomás Moreno, segundo cabo de aquella comandancia, del coronel D. Florencio Villarreal, jefe político y comandante principal de Costa-Chica, y de otras muchas personas que tenían influjo y prestigio en aquel departamento.

El 31 de Octubre del año anterior (1853) había destituido al coronel Villarreal, dándole orden para que se presentara en la capital inmediatamente; y como una enfermedad grave que entonces padeció aquel jefe, le sirvió de buen pretexto para no cumplir esta orden, el gobierno se la repitió muchas veces, mandándole con fecha 11 de Febrero de 1854, que se pusiera en camino para la capital, "aunque sea en camilla." El 13 del mismo mes, dióse orden al comandante general del departamento para que le arrestara y le remitiera; y por último, el 15 mandó el gobierno al comandante general de Oajaca, que comisionara al teniente coronel Don Francisco Armengol, residente en Jamiltepec, para que cogiera "vivo ó muerto" á Villarreal en Ometepe, ó donde se hallara.

Sabia el gobierno que Don Faustino Villalva estaba en Cacahuamilpa con 150 hombres amenazando pronunciarse, según comunicación del comandante principal de Cuernavaca, fecha 13 de Enero; que el 3 del mismo mes había estado Villarreal con el general Alvarez en la hacienda de la Providencia para tratar de la revolución, según resultaba de una información levantada en Puebla el día 23; que los dos caudillos habían tenido otra entrevista el 20 en la estancia de San Márco; y que se trataba de oponer resistencia á sus tropas, puesto que el comandante de batallón Don Francisco Suarez había dado aviso el 2 de Febrero, de que el

gobernador y comandante general de Guerrero le había mandado situarse con su batallón en Mescala para aquel fin.

Aunque sabía todo esto el gobierno, continuaba aparentando confianza en las autoridades del Sur. Desempeñaba entonces interinamente los destinos de gobernador y comandante general, el general Don Tomás Moreno, habiéndose retirado poco tiempo antes de sus posesiones el general Don Juan Álvarez por falta de salud. Don Tomás Moreno recibió, pues, varias comunicaciones, en las que se le hablaba de los proyectos piráticos de Raousset sobre Acapulco; y con fecha 10 de Febrero se le comunicó que para evitar un golpe de los aventureros, iba el 2.º batallón activo de Puebla á guarnecer la plaza, donde debía quedarse de jefe político y comandante principal el coronel Don Rafael Espinosa. Se prevenía al comandante general de Guerrero, que auxiliase á aquellas tropas en todo lo que hubiesen menester, y e le hacían recomendaciones para que cuidase de la conservación del ólen público en Tlaxiúco y en otros pueblos donde decía el gobierno que había amagos de trastornos.

Al mismo tiempo era desterrado el coronel Don Benito Haro, que se hallaba en la capital, y cuyo regreso había pedido el general Moreno, como necesario en el departamento de Guerrero para organizar y disciplinar un cuerpo de tropas. Casi al mismo tiempo (15 de Febrero) se daba orden al comandante general de Oaxaca para que organizara una seccion de 400 infantes y 100 caballos, que á las órdenes del general Don Luis Noriega, 2.º cabo de aquella comandancia se situara en Jamiltepec, "para obrar contra los sublevados de Guerrero." Pocos dias despues (el 22) recibia ólen el general Don Angel Perez Palacios para marchar al mismo departamento á tomar el mando de las fuerzas que se habían enviado allá, y que eran el 2.º activo de Puebla y el 11.º de línea. "Puede suceder," le decía oficialmente el ministro de la guerra Don Santiago Blanco, "que por las circunstancias en que se halla el departamento de Guerrero, sea necesario que V. S. se encargue de su gobierno político y militar, y para este evento le acompaño una óden en que se nombra á V. S. para uno y otro destino."

Dió el gobierno á Perez Palacios largas instrucciones que debían servirle de norma en su conducta contra los proyectos del general Alvarez, á quien debía vigilar muy cuidadosamente; y aun se indica á V. S., "le decía el ministro en el oficio citado, "que lo mande arrestar, y remitir á esta capital." La tal indicacion era la siguiente, contenida

en la 5.ª de las instrucciones: "Declarada la sublevacion, y satisfecho de que el general Don Juan Alvarez sea la causa de ella, procurará asegurarlo, mandándole en seguida á esta capital; pero esta operacion procurará que se haga hábilmente, para que no se escape un hombre que puede hacer mucho mal." En la instruccion 3.ª se le mandaba hacer lo mismo con el General Moreno, "si obra de una manera insidiosa." Además de esto en carta particular de 24 de Febrero, decía el mismo Blanco á Perez Palacios estas palabras: "Obré V. con mucha malicia... de ninguna manera esterne el verdadero objeto de su mision... divulgue que lleva las mejores intenciones."

Por último, con fecha 24 de Febrero, el gobierno previno al comandante de marina del Sur, Don Pedro Diaz Miron, que tuviera listo un buque para bloquear á Acapulco, "pudiendo ser necesario (decia la comunicacion oficial) en el caso de que se llegue á alterar el órden en algun punto del departamento de Guerrero;" y en 27 del mismo mes ya se le dió terminantemente la órden para establecer el bloqueo con dos buques que fueron la *Carolina* y el *Guerrero*.

De este modo, el gobierno desde mucho antes que estallara la revolucion del Sur, y al mismo tiempo que aparentaba la mas perfecta armonia con aquellas autoridades, había dictado todas las medidas necesarias, no solo para reprimir un movimiento, sino tambien para asegurar á sus autores. En las relaciones de los individuos unos con otros, no es permitido obrar de esta manera: no queremos averiguar hasta qué punto varían las reglas de la franqueza y del bien parecer, tratándose de las relaciones de un gobierno con sus súbditos, sin negar por eso que el gobierno de Santa-Anna estaba en su derecho tomando las convenientes precauciones.

Las autoridades del Sur no se dejaron cojer en los lazos que el gobierno les tendia. El pundonoroso general Don Tomás Moreno salió de Chilpancingo con direccion á la costa en la madrugada del 24 de Febrero, en cuyo dia entró allí el 2.º activo de Puebla. Su coronel Don Francisco Casío, participando este hecho al ministro de la guerra en carta particular de la misma fecha, decía que el general Moreno se había marchado, "porque le dijeron que yo tenía órden del supremo gobierno para prenderle." Tres dias despues Moreno sobre la marcha en Jalisco, renuncia su empleo de 2.º cabo de la comandancia general de Guerrero fundando esta resolucion en motivos de delicadeza.

Entretanto marchaban á su destino las tropas del dictador; pero al llegar el coronel Espinosa el 26 de Febrero

á la hacienda de Buenavista, recibe noticias de que en la cuesta del Peregrino le estaban esperando fuerzas enemigas para atajarle el paso; y suspende su marcha.

Eran exactos los informes que tenia el coronel Espinosa. Los habitantes del Sur habian descubierto las verdaderas miras del gobierno. El general Alvarez se las habia manifestado en una proclama dirigida el 24 de Febrero á sus soldados reunidos en la Providencia, y les habia hecho ver la futilidad de los pretextos de aquella invasion, cuyo verdadero objeto era uncirlos al yugo de la tiranía, asegurando á las personas que tan serios temores habian inspirado al gobierno dictatorial.

Entonces fué cuando los hombres del Sur vieron llegada la hora de dar el grito que hacia tiempo meditaban, y cuando se comprometieron, sin mas recursos que su despecho y su brío, en una de las empresas mas arriesgadas que se registran en la historia de las revoluciones de México.

## CAPITULO TERCERO.

### PLAN DE AYUTLA.

Don Ignacio Comonfort.—Sus antecedentes su carácter y opiniones.—Motivos de resentimiento que tenia con el gobierno de Santa-Anna.—Los que tenian Villareal, Alvarez y Moreno.—Entrevista de Comonfort y Alvarez.—Primer pensamiento de un plan.—Marcha Comonfort á la Providencia.—Plan de Ayutla.—Es proclamado por Villareal.—Vuelve Comonfort á Acapulco.—Adóptase allí el plan.—Reformas que en él se hicieron.—Invitaciones á los generales Alvarez y Moreno.—Aceptan.—Marchan al Peregrino.—Proclaman á sus tropas.—Efectos que produjo el plan.—Lo que hizo el gobierno.—Calumnias contra la revolucion y sus caudillos.—Proclama de Alvarez sobre la supuesta connivencia con Raoussset.—Marchan fuerzas del gobierno contra el Sur.—Fuerzas y recursos del gobierno.—Fuerzas y recursos de la revolucion.

CUANDO entraron en el Sur las tropas del gobierno, hallábase en Acapulco el coronel D. Ignacio Comonfort, que habia sido administrador de aquella aduana, y acababa de ser destituido. Hombre de puros antecedentes y de reputacion inmaculada, era tambien distinguido por su esmerada educacion, por sus nobles sentimientos y por su amor á la libertad. Aunque separado hacia tiempo de las contiendas políticas, habia visto con profundo dolor la opresion de su patria; y, ora manifestase abiertamente su odio á la tiranía con la franqueza de las almas nobles, ora se recelase de él por sus antecedentes, el gobierno dictatorial, que no perdía ocasion de ajar á sus enemigos, resolvió destituirle, dejando correr la voz de que la causa de aquella medida era el delito de mala versacion. Herido en lo mas delicado de sus sentimientos, Comonfort aunque contento de no servir á una administracion tiránica, rechazó con nobleza el agravio, y pidió que se le formara el correspondiente proceso para poner en claro su conducta. Los acontecimientos de la revolucion, que se precipitaron, impidieron que llegara oportunamente á Acapulco la respuesta del gobierno á esta demanda; pero aque-

á la hacienda de Buenavista, recibe noticias de que en la cuesta del Peregrino le estaban esperando fuerzas enemigas para atajarle el paso; y suspende su marcha.

Eran exactos los informes que tenia el coronel Espinosa. Los habitantes del Sur habian descubierto las verdaderas miras del gobierno. El general Alvarez se las habia manifestado en una proclama dirigida el 24 de Febrero á sus soldados reunidos en la Providencia, y les habia hecho ver la futilidad de los pretextos de aquella invasion, cuyo verdadero objeto era uncirlos al yugo de la tiranía, asegurando á las personas que tan serios temores habian inspirado al gobierno dictatorial.

Entonces fué cuando los hombres del Sur vieron llegada la hora de dar el grito que hacia tiempo meditaban, y cuando se comprometieron, sin mas recursos que su despecho y su brío, en una de las empresas mas arriesgadas que se registran en la historia de las revoluciones de México.

## CAPITULO TERCERO.

### PLAN DE AYUTLA.

Don Ignacio Comonfort.—Sus antecedentes su carácter y opiniones.—Motivos de resentimiento que tenia con el gobierno de Santa-Anna.—Los que tenian Villareal, Alvarez y Moreno.—Entrevista de Comonfort y Alvarez.—Primer pensamiento de un plan.—Marcha Comonfort á la Providencia.—Plan de Ayutla.—Es proclamado por Villareal.—Vuelve Comonfort á Acapulco.—Adóptase allí el plan.—Reformas que en él se hicieron.—Invitaciones á los generales Alvarez y Moreno.—Aceptan.—Marchan al Peregrino.—Proclaman á sus tropas.—Efectos que produjo el plan.—Lo que hizo el gobierno.—Calumnias contra la revolucion y sus caudillos.—Proclama de Alvarez sobre la supuesta connivencia con Raoussset.—Marchan fuerzas del gobierno contra el Sur.—Fuerzas y recursos del gobierno.—Fuerzas y recursos de la revolucion.

CUANDO entraron en el Sur las tropas del gobierno, hallábase en Acapulco el coronel D. Ignacio Comonfort, que habia sido administrador de aquella aduana, y acababa de ser destituido. Hombre de puros antecedentes y de reputacion inmaculada, era tambien distinguido por su esmerada educacion, por sus nobles sentimientos y por su amor á la libertad. Aunque separado hacia tiempo de las contiendas políticas, habia visto con profundo dolor la opresion de su patria; y, ora manifestase abiertamente su odio á la tiranía con la franqueza de las almas nobles, ora se recelase de él por sus antecedentes, el gobierno dictatorial, que no perdía ocasion de ajar á sus enemigos, resolvió destituirle, dejando correr la voz de que la causa de aquella medida era el delito de mala versacion. Herido en lo mas delicado de sus sentimientos, Comonfort aunque contento de no servir á una administracion tiránica, rechazó con nobleza el agravio, y pidió que se le formara el correspondiente proceso para poner en claro su conducta. Los acontecimientos de la revolucion, que se precipitaron, impidieron que llegara oportunamente á Acapulco la respuesta del gobierno á esta demanda; pero aque-

La respuesta de la cual no tuvo conocimiento el interesado sino mucho mas tarde, (1) forma uno de los títulos de su gloria, no precisamente porque la cifra el hombre honrado en su honradez, sino porque el gobierno de Santa-Anna, negándose á obsequiar las peticiones de Don Ignacio Comonfort, diciéndole simplemente que le habia desistido por *traidor y desleal*, y amenazándole con el patíbulo, espresó los verdaderos motivos de su ojeriza y de su venganza; motivos que honraban siempre á Comonfort como hombre, como ciudadano y como patriota, aunque no hubiera dado tan gloriosa cima á su heroica empresa.

Es digno de notarse que los principales caudillos de la revolucion del Sur, tenían grandes motivos de resentimiento contra el gobierno dictatorial, que los habia ofendido de mil maneras. Se acaba de ver el agravio hecho á Don Ignacio Comonfort: se ha visto tambien la persecucion que el gobierno habia declarado al coronel Villarreal; y en cuanto á los generales Alvarez y Moreno, poco debian, en verdad, á un gobierno que primeramente habia fingido honrarlos por temor que les tenia, y que despues los habia hecho el blanco de sospechas y asechanzas. Harto justa era ya sin esto la empresa que acometian, puesto que se encaminaban á libertar al país de una tiranía ignominiosa; pero tambien todos ellos ofensas personales que poner en la balanza de la revolucion queda libre de toda mancha, aun para aquellos que dan la preferencia á las obligaciones privadas del hombre sobre los deberes públicos del ciudadano.

A fines de Febrero, D. Ignacio Comonfort partió de Acaapulco á verse con el general Alvarez que se hallaba en Texca. Pintóle con todo el entusiasmo de un hombre libre, resentido además por la reciente injuria, las miserias de la nacion oprimida por tiranos implacables; la ofensa hecha á los hombres buenos del Sur con la entrada de aquellas tropas, que no era sino una invasion de enemigos; la gloria de los que combaten por la libertad y por la honra, y la necesidad de dar principio inmediatamente á una revolucion tan gloriosa y magnífica, cuando llena de peligros y dificultades. No necesitaba tanto el anciano general para dar el grito de guerra contra la tiranía: despues como estaba á hacerlo, y vien-

(1) Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. III, la solicitud de Comonfort, á consecuencia de su destitucion, y la respuesta de gobierno. De esta respuesta no tuvo conocimiento el interesado sino despues de concluida la revolucion, y cuando ya se habia triunfante en la capital de la República.

do en e resuelto ánimo de su interlocutor una garantía del triunfo, le prometió reunir al momento sus gentes para la lucha, y dar al levantamiento el prestigio de su nombre y de su aventajada posicion en aquellas comarcas.

Pero Comonfort no era hombre que sacrificase las conveniencias sociales y el decoro de su empresa á los arrebatos del ardor patriótico, ni al ciego entusiasmo que le inspiraba una causa justa; y considerando que el movimiento debia tener una bandera, y que en ella debia estar escrita la ley de la revolucion á que iban á dar principio, manifestó al general Alvarez la necesidad de formar un plan que sirviera de núcleo á las opiniones de todos los descontentos con la dictadura, que fuera el centro reconocido de los que se sublevaran contra ella, y que explicara terminantemente el motivo y los fines del paso que iban á dar. Tan indispensable consideraba esto Don Ignacio Comonfort, que sin ello no se habria decidido nunca á salir á la palestra, temeroso de que el país tomara el alzamiento por una rebelion culpable, y á los sublevados por unos bandidos, si antes no manifestaban los motivos de su conducta y los objetos que se proponian, por medio de un documento solemne, que fuese como se ha dicho, la ley de la revolucion.

De acuerdo en este punto ambos personajes, Comonfort propuso marchar personalmente á la Providencia para conferenciar allí con algunos amigos sobre la sustancia y los términos del plan que se debia proclamar. Partió en efecto; y reunido en la hacienda de la Providencia con unas cuantas personas que deseaban tambien sacudir el yugo, (2) despues de una corta discusion, porque el tiempo urgia, se pusieron de acuerdo en los artículos del plan, que fué redactado allí mismo, y proclamado despues en la Villa de Ayutla, á 1.º de Marzo de 1854. (3)

Se ha dicho que la revolucion debió á Don Ignacio Comonfort, hasta la materialidad de haber redactado por sí mismo el plan de Ayutla, en la conferencia que acaba de mencionarse. La historia no tiene necesidad ni obligacion de averiguar estas pequenezes que nada importan; pero cumple con el primero de sus deberes, consignando el hecho de que Don Ignacio Comonfort, tomó una parte principal en la formacion del plan revolucionario, que restituyó á México su libertad perdida; presidiendo de este modo al nacimiento de la revolucion, el hombre que estaba destinado á des-

(2) Eran el general Don Tomás Moreno, el Lic. D. Trinidad Gomez, D. Diego Alvarez y D. Eligio Romero.

(3) Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. IV—el plan de Ayutla

empeñar en ella un papel tan importante, y á ser una de las mas bellas figuras del cuadro en que se representáran sus hechos.

El autor del plan y sus compañeros determinaron que fuese el coronel Don Florencio Villareal quien le proclamase, en lo cual obsequiaron gustosamente las indicaciones que les hizo, solicitando la merecida honra de ser él quien primero arrojase el guante á la tiranía, que le habia hecho objeto de tan obstinadas persecuciones. Razones de otra naturaleza aconsejaron tambien esta determinacion, atendida la posicion que Villareal guardaba entonces ante los militares que debian suscribir el nuevo plan político. Proclamóle, pues, el citado coronel como comandante en jefe de las fuerzas reunidas al efecto, dirigiendo en seguida á los habitantes de Costa Chica una proclama, en la cual les manifestaba los fines que se habia propuesto, y los invitaba á tomar parte en una empresa que tenia por objeto defender la causa de los pueblos oprimidos, sus derechos y su tranquilidad, redimirlos de odiosas é insostenibles contribuciones, y librarlos del contingente de sangre que imponia la ley de sorteos. En la misma fecha Villareal dirigió un oficio al comandante principal de Acapulco, acompañándole una copia del plan proclamado, é invitándole á prestar su apoyo al levantamiento.

Al mismo tiempo que se proclamaba en Ayutla el plan revolucionario, D. Ignacio Comonfort tomaba el camino de Acapulco, con el objeto de hacer que se adoptase en aquel puerto, y de disponer todo lo conveniente para las grandes consecuencias que de aquel paso se esperaban. Iba pensando por el camino en el modo de hacer de aquel plan una obra digna de abrir honrosamente la puerta á la nueva época de regeneracion que la República aguardaba; y su ilustrado talento, unido á la pureza de su amor patrio, le sugirió las reformas que habia menester para ello.

Era comandante principal de Acapulco el coronel Don Rafael Solís, quien reunió el día 11 de Marzo en el castillo de San Diego, á los jefes y oficiales de aquella guarnicion, así como á varios individuos de tropa permanente, guardia nacional y matrícula de aquel puerto; y habiéndoles manifestado que el objeto de la reunion era resolver lo conveniente sobre la invitacion que habia recibido del coronel Villareal, todos convinieron en adherirse al plan de Ayutla, con las reformas que Don Ignacio Comonfort habia propuesto, levantándose en la misma fecha una acta, que vino á ser el verdadero plan político adoptado por la revolucion hasta su fin.

En los preliminares de la acta de Acapulco se encuentran frases muy honoríficas para Comonfort; y bien se echá

de ver todo el respeto que ya desde entonces merecían los individuos de aquella junta, y todo el aprecio que hacian de sus eminentes cualidades, en la circunstancia de haber solicitado su parecer y su apoyo, y en la resolucion que tomaron de nombrarle aquel mismo dia gobernador de la fortaleza, y comandante principal de la plaza y su demarcacion.

El habia tenido ya tiempo para meditar detenidamente la gravedad de los pasos que se estaban dando, siendo el fruto de sus meditaciones conocer que habia importantes vacios que llenar en el plan formado precipitadamente en la Providencia, y proclamando con la misma precipitacion en Ayutla, por la urgencia de las circunstancias. Se propuso, pues, reformarle en los términos que aconsejaba la prudencia, para que produjese los buenos resultados que se deseaban; y las modificaciones que hizo en él, y que constan en la acta de Acapulco, le dejaron tan completo en la forma y en el fondo, cuanto era entonces menester para que sirviese de norma y de bandera á la revolucion empézada.

Tanto en el plan primitivo de Ayutla como en el reformado en Acapulco, estaban consignadas las causas de la revolucion y los fines principales de ella; pero faltaba en el primero la manifestacion esplicita de que el objeto del levantamiento, no solo era derrocar la tiranía, sino tambien restituir al pueblo la libertad de constituirse conforme á su gusto y á sus necesidades, sin imponerle condicion alguna, tásita ni espresa, con respecto á la forma de gobierno. Este punto de tanta trascendencia habia quedado algo oscuro en el plan primitivo, y podia dar lugar á dudas peligrosas. Por tal motivo, Comonfort manifestó á la junta de Acapulco, que el plan de Ayutla "necesitaba algunos ligeros cambios, con el objeto de que se mostrara á la nacion con toda claridad, que aquellos de sus buenos hijos que se lanzaban en esta vez los primeros á vindicar sus derechos tan escandalosamente conculcados, no abrigaban ni la mas remota idea de imponer condiciones á la soberana voluntad del pais, restableciendo por la fuerza de las armas el sistema federal, ó restituyendo las cosas al mismo estado en que se encontraban cuando el plan de Jalisco se proclamó; pues todo lo relativo á la forma en que definitivamente hubiere de constituirse la nacion, deberá sujetarse al congreso que se convocará con este fin, haciéndolo así notorio muy esplicitamente desde ahora."

Conforme á estas razones, se reformó el plan de Ayutla en Acapulco el día 11 de Marzo de 1854. (4)

(4) Véase en el Apéndice bajo el Núm. V—el plan de Ayutla reformado en Acapulco.

El mismo día Comonfort dirigió á sus soldados una proclama, en la cual les explicaba sencillamente la causa y el objeto del movimiento, escitándolos á portarse como dignos defensores de una causa tan justa. (5)

Los generales Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, que se hallaban en Venta Vieja, correspondieron con entusiasmo á la invitacion que Comonfort les hizo conforme á lo acordado en el plan, y es notable la respuesta que dió el primero con fecha 13 al nuevo gobernador y comandante principal de Acapulco. El viejo soldado del Sur no sólo aceptaba el cargo de primer jefe de las tropas pronunciadas contra la tiranía, sino que aseguraba estar pronto á sacrificarlo todo por la libertad de su patria, manifestando que desde entonces las tropas de su mando se llamarían *Ejército restaurador de la libertad*. (6)

El día siguiente marchó al Peregrino, y allí dirigió á sus tropas una proclama donde se descubre que el hielo de la edad no había apagado el ardor de sus años juveniles, cuando se trataba de combatir por la libertad de la patria. (7)

El general Moreno, nombrado segundo en jefe del *Ejército restaurador de la libertad*, dirigió tambien la palabra á los soldados; y su voz tranquila, como la conciencia del que obra bien, fué un anuncio de que la causa del pueblo debía contar con un feliz resultado, teniendo entre sus defensores á un ciudadano tan digno y á un militar tan pundonoroso. (8)

El plan de Ayutla produjo un efecto mágico en todos los puntos de la nacion á donde pudo llegar. Y así en él una tabla de salvacion contra la ruina de la República; y la gran mayoría de los mexicanos que habían aceptado la dictadura como una necesidad de las circunstancias para restablecer el orden, desengañada ya de que este principio no servía sino de pretexto á los mas atroces desfueros, empezó á hacer votos por el triunfo de una empresa que ofendía al pueblo su libertad, y sus garantías á los ciudadanos.

Adhirieron al plan revolucionario todos los pueblos del Sur que pudieron manifestar libremente sus deseos, muchos de la Costa Chica, casi todos los de la Costa Grande, y le secundaron poco despues los del Sur de Michoacan, donde lanzó el primer grito un viejo patriota, que fué tambien la

(5) Véase esta proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. VI.

(6) Véase esta comunicacion en el *Apéndice* b. j. el Núm. VII.

(7) Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. VII.

(8) Véase su proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. IX.

primera victima inmolada allí á las terribles justicias del gobierno.

Buen cuidado tuvo éste de ocultar la existencia del plan de Ayutla, y con mas empeño disimuló todavia los resultados que había producido en los pueblos que habían llegado á conocerle. Hasta entonces la dictadura había explotado sagazmente en su favor la conviccion general de que el origen de todas las desgracias de México habían sido los pronunciamientos y las revoluciones; y el país había soportado tal vez, en gracia de la paz que tanto deseaba, los primeros desmanes del poder absoluto. Pero cuando éstos llegaron á su colmo, y al lado de ellos se vió un resquebrajamiento de esperanza; cuando se vió que no se alcanzaba la paz ni aun á costa de sufrir aquel pesado yugo, el pueblo acogió con alegría el medio que se le presentaba de sacudirle, y la revolucion encontró apoyo en los hombres imparciales que pudieron sustraerse al influjo de las mentiras con que el dictador y sus satélites procuraban engañar á la República.

Ellos se habían estremecido de furor, y tal vez de miedo, al ver cuanto tenían de seductoras, para un país esclavizado, las promesas del plan de Ayutla. Escondieron pues, cuanto les fué posible aquel documento y sus consecuencias, publicando en su lugar las mas atroces calumnias contra los caudillos de la revolucion y sus secuaces, á quienes llamaban bandidos y facinerosos, asegurando á la faz de la nacion, que no tenían ningun plan político.

Entre las falsas especies que entonces se inventaron para desacreditar á la revolucion, fué una la de que el general Alvarez y sus compañeros estaban en connivencia con el conde de Raousset, para facilitarle la entrada en la República, y entregar el territorio nacional á una horda de aventureros. Sápelo á tiempo el caudillo del Sur; y despreciando las otras injurias con que el gobierno pretendía desconectar su empresa, pensó que era conveniente desmentir aquella especie vergonzosa, para que no quedase la menor duda de que la causa popular estaba libre de semejante mancha. Hizolo así con nobleza y dignidad, en una proclama dirigida á sus tropas en el Peregrino á 15 de Marzo, denunciándoles la torpeza y villanía de aquella calumnia inventada por el gobierno de México. (9) Mas adelante se verá que no le faltaba razon al general Alvarez, para atribuir en esta proclama á sus enemigos el delito de traicion con que trataban de afrentarle.

(9) Véase en el *Apéndice* bajo el Núm. X.

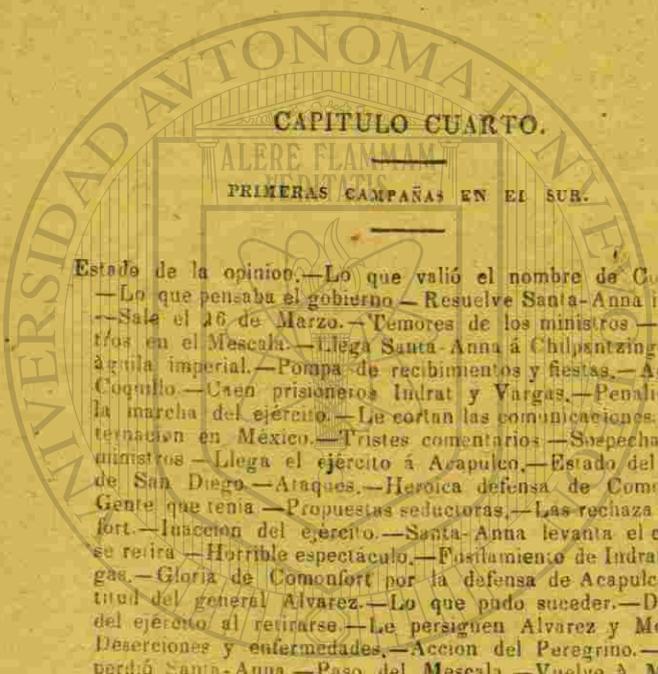
Entre tanto, fuerzas considerables del gobierno marchaban con dirección al país pronunciado, habiendo dado órden el general Santa-Anna para que de todos los departamentos limítrofes con el de Guerrero, avanzasen tropas contra los enemigos. El general Don Angel Perez Palacios recientemente nombrado gobernador y comandante general del departamento de Guerrero en lugar de Alvarez, habia recibido órden de situar su cuartel general en Chilpancingo, para cuyo punto habia marchado con otras fuerzas el general Don Miguel Blanco, hermano del ministro de la guerra. El general Don Luis Noriega avanzaba de Oajaca sobre Ometepepec, donde tenia órden de situarse como jefe político y comandante principal de Costa Chica, con encargo de perseguir á Villarreal y de aconsejar en una proclama á los habitantes de aquella demarcacion, que no se adhirieran al pronunciamiento como los de Costa Grande. Al mismo tiempo marchaba de Morelia para Huetamo el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde, que llevaba el encargo de observar á los sublevados del Sur desde aquel punto. Y por último, los comandantes generales de los departamentos de México y Puebla, tenian estrechas órdenes para reforzar sus pueblos limítrofes con el de Guerrero, y para vigilar cuidadosamente los movimientos de los pronunciados.

Contaba entonces el general Santa-Anna con un ejército de cuarenta mil hombres; con los mejores generales de la República, que le eran adictos; con todos los recursos que tiene un gobierno, poco escrupuloso en materia de impuestos; con los millones que habia de valerle el tratado de la Mesilla; con el desconcepto que pasaba sobre la revolucion, hijo del poco fruto de las revoluciones pasadas; con el terror que habian difundido por todas partes las persecuciones de la dictadura; con la ausencia de los hambres libres que gemian en el destierro, y con el desaliento de los otros que aunque permaneciesen en sus hogares, andaban acobardados por las apariencias de aceptación general que habia tenido aquel órden de cosas.

Contra toda esta suma de poder y de fuerza, la revolucion solo podia oponer un puñado de hombres mal alimentados y peor vestidos; un plan político que contenia promesas li-songeras, pero promesas iguales á otras muchas que se habian hecho siempre, y que nunca se habian cumplido; los votos secretos pero estériles de los amigos de la libertad; las breñas inaccesibles del Sur, y el heroico esfuerzo de los caudillos que se habian arrojado á la palestra.

A la vista de tan mezquinos elementos, y cuando se

acercaba el instante de verse frente á frente el gobierno y la revolucion en lucha tan desigual, fué preciso tener mucha fé en el porvenir, para no presagiar un funesto resultado á la comenzada empresa.



Estado de la opinión.—Lo que valió el nombre de Comonfort.—Lo que pensaba el gobierno.—Resuelve Santa-Anna ir al Sur.—Sale el 16 de Marzo.—Temores de los ministros.—Encuentros en el Mescala.—Llega Santa-Anna á Chilpancingo.—Una águila imperial.—Pompa de recibimientos y fiestas.—Acción del Coquillo.—Caen prisioneros Indrat y Vargas.—Penalidades de la marcha del ejército.—Le cortan las comunicaciones.—Consternación en México.—Tristes comentarios.—Sospedhas de los ministros.—Llega el ejército á Acapulco.—Estado del castillo de San Diego.—Ataques.—Heroica defensa de Comonfort.—Gente que tenía.—Propuestas seducitoras.—Las rechaza Comonfort.—Inacción del ejército.—Santa-Anna levanta el campo, y se retira.—Horrible espectáculo.—Fusilamiento de Indrat y Vargas.—Gloria de Comonfort por la defensa de Acapulco.—Actitud del general Alvarez.—Lo que pudo suceder.—Destrozos del ejército al retirarse.—Le persiguen Alvarez y Moreno.—Deserciones y enfermedades.—Acción del Peregrino.—Lo que perdió Santa-Anna.—Paso del Mescala.—Vuelve á México.

Aunque el gobierno aparentaba despreciar la revolución del Sur, estaba muy lejos de considerarla tan impotente como decía. Los primeros encuentros que sus tropas tuvieron de sostener con los pronunciados, vinieron á revelar desde luego, que en el terreno de las armas había que luchar con gens decidida; y por lo tocante á la opinión, si bien el país estaba sangado de revueltas, y entraba de mala gana en un nuevo movimiento revolucionario, podía éste contar con los votos de la nación, no menos cansada de llevar á cuestas el peso de la dictadura.

Las primeras calificaciones que de la revolución se hicieron en los órganos de la prensa, y en los documentos oficiales, habían causado desfavorable impresión entre los buenos amigos de la libertad y del orden, porque ni unos ni otros podían aprobar un levantamiento tumultuario sin plan

político, ni secundar las miras de una demagogia sin freno, que viniese á desconceptuar la causa del pueblo, ni menos tomar parte en una simple rebelion que podia ser hija de resentimientos personales ó de venganzas privadas.

Pero estas malas impresiones primeras se disiparon pronto, porque no tenían por fundamento sino las calumnias que los enemigos de la revolucion propagaban. El plan de Ayutla bien que á escondidas y con el mas profundo sigilo, por el terror que infundian las venganzas del gobierno, fué revelando poco á poco á toda la República la justicia y la legitimidad de los proyectos libertadores que se anunciaban; y la revolucion disipó todas las dudas que podian ofrecerse acerca de la pureza de sus intenciones, desde que pudo manifestar al país que tenía entre sus corifeos á Don Ignacio Comonfort. Lo que valió este nombre á la revolucion del Sur, hizo recordar á muchos en aquella época, lo acontecido en Francia con la revolucion de 1848: „Lamartine ha tomado parte en ella,” decian sus amigos; y estas palabras tranquilizaban á los que veían en aquel movimiento una funesta renovacion de los horrores demagógicos.

No estaba tan ciego el gobierno que no viese todas estas circunstancias, ni el dictador se consideraba tan seguro en su asiento, que dejase de temer á tales enemigos. Así que, despues de esforzarse cuanto pudo para mantener viva en la opinion pública la mas profunda aversion á las revoluciones, y despues de pintar á la del Sur como una empresa demagógica y vandálica, resolvió caer sobre ella con todo su poder para darle un golpe del cual no pudiera recobrase.

El dictador no quiso confiar á ninguno la realizacion de este proyecto, y determinó llevarle á cabo por sí mismo, poniéndose al frente de una brillante division que pasaba de 5,000 hombres de todas armas, con la cual salió de México el 16 de Marzo de 1854, con direccion al Sur.

No dejó de causar notable sensacion aquella salida, que segun las especies propagadas por los amigos del gobierno, distaba mucho de estar justificada por las circunstancias. Tantos preparativos, tantos pertrechos militares, tantos hombres de armas, no estaban en correspondencia con la pequenez de los enemigos á quienes iban á combatir, y menos se conciliaba todavía con esto la circunstancia de que al frente de tan lucida expedición se pusiera el mismo jefe del Estado, arriesgando en un clima ardiente y mortífero, y entre enemigos despreciables y bárbaros, aquella vida que segun la fraseología servil de la época, era tan interesante y tan preciosa.

Lo cierto es que entonces se le reveló por primera vez al país la importancia de la revolución del Sur, ya porque la gravedad de aquellas medidas la estaba claramente manifestando, ya porque se supieron y se comentaron en el público ciertos secretos de palacio y de gabinete, que pintaban lo crítico de la situación á que habían dado lugar los acontecimientos de Guerrero.

Los ministros de Santa-Anna se habían opuesto á su salida, con todo el empeño que les permitian sus hábitos de ciega sumisión; mas no pudieron hacerle desistir de su propósito, y después no pudieron disimular la honda inquietud que aquella ausencia les causaba. Temían que animados con ella los descontentos, promoviesen alguna insurrección en la capital, y ellos se consideraban sin fuerza para reprimirla. Temían que Santa-Anna no volviera, ó porque se lo impidiese algun revés de la campaña, ó porque cayese en alguna celada de los enemigos, ó porque perdiese la vida en alguna sorpresa, ó por cualquiera otra de las mil causas que podían ocurrir improvisamente. Hasta la solemnidad de ciertas prevenciones que se hicieron antes de emprender la marcha, dió nuevo pábulo al pavor de los ministros y de sus allegados. El presidente había dejado cerrado y sellado en el ministerio de relaciones, un pliego en el cual estaban designadas conforme al decreto de 16 de Diciembre, la persona ó personas que debían sucederle en el mando para el caso de que no pudiera volver. Aquello era una especie de testamento, que arrojaba cierto color fúnebre sobre las cosas que estaban pasando.

Entre tanto, el general Santa-Anna, al frente de sus brillantes tropas, caminaba para el Sur, con el aparato de un rey y la pompa de un conquistador. La adulación había dispuesto en todas partes magníficos recibimientos, y los periódicos de la capital se llenaban con la relación pomposa de aquellas demostraciones. Iban con el ejército personas que cuidaban exclusivamente de que no faltaran estas apariencias, y escritores encargados de poner en su punto tales lisonjas.

El ejército atravesó los distritos de Cuernavaca, Tascó é Iguala, sin ver más que espectáculos alagüeños, ni escuchar otro ruido que el de los aplausos que se tributaban á su jefe, y no tuvo ningun mal encuentro hasta que llegó á las orillas del Mascala. El terrible guerrillero Don Faustino Villalva se había situado en las márgenes de aquel río, con la investidura de comandante militar de la demarcación, que le había dado ya el general en jefe del pronunciamiento, y allí aguardaba denodadamente á los invasores del Sur, con

ánimo de darles un buen golpe, dos veces los atacó al pasar el río por diferentes puntos, y en ambos encuentros les causó grandes pérdidas, haciéndoles muchos muertos y prisioneros, y quitándoles considerable botín de las inmensas provisiones que llevaban.

Después de esto, llegó el general Santa-Anna sin tropiezo alguno hasta Chilpancingo, donde estaba situado el cuartel general. Allí, como en todas partes, fué objeto de las mas estravagantes adulaciones; y merece ser contada una puerilidad que revela por cierto lado el carácter, ó mas bien, el espíritu de la época. En una gran revista, una soberbia águila (que se llamó imperial), se cernió largo tiempo sobre las tropas; y después de describir varios círculos, cual si buscara una presa en que cebarse, ó un ser á quien saludar de parte de Júpiter, abatió repentinamente su vuelo, parándose cerca del dictador, sin que la espantara el brillo de las armas ni el ruido de tanta gente reunida. La reina de las aves no se dejó tocar de nadie, sino del afortunado general; y así entonces como después, solo con él se mostraba tratable y sumisa, mientras que conservaba su de-den de soberana y sus salvajes instintos con todos los demás que osaban acercarse á ella.

Los periódicos de México publicaron unas comunicaciones de Chilpancingo, en las cuales se relataba este hecho. De él se habló seriamente y se hicieron comentarios para deducir los futuros destinos del dictador. ¡Y nadie se atrevió á protestar solemnemente contra una farsa que ultrajaba las creencias y la civilización del siglo, resucitando en medio de nosotros la superstición de los augurios paganos!

Después de algunos dias pasados en regocijos y fiestas, Santa-Anna emprendió su marcha en dirección á Acapulco, no sin encontrar por el camino diferentes partidas de gente armada, que si no eran suficientes para atajarle el paso, por el excesivo número de sus tropas, bastaban para molestarle, y favorecer la desertion de sus soldados, que fué muy considerable desde que penetraron en aquellos climas ardientes é insalubres.

Ninguna resistencia formal hicieron los pronunciados, hasta que Santa-Anna llegó al Coquillo, porque además de no tener aún la conveniente organización para comprometer una campaña campal con la gruesa fuerza que invadía sus tierras, entraba en sus miras dejarla avanzar por aquellos parajes desolados, donde los ardores del sol, las enfermedades del clima, la escasez de recursos y las demás penalidades de una marcha tan imprudentemente emprendida, habían de

débilitarla en términos de ser fácil después darla un golpe mortal en ocasión mas oportuna.

Creyeron, sin embargo, que podían dar una buena lección á su orgulloso enemigo al tiempo que pasára el río Papagayo; y le aguardaron con este fin en el punto llamado el Coquillo, donde se trabó el día 13 de Abril una pequeña acción, que aunque de insignificantes consecuencias, bastó, sin embargo, para dar á conocer al general Santa-Anna, que se las había con gente resuelta y valerosa. Su arrojo, sin embargo, no les impedía tener prudencia, y ésta les aconsejó retirarse después de algunas horas de combate, dejando el paso libre á los enemigos para que fuesen penetrando en los lugares donde les aguardaban derrotas mas seguras. Algunos muertos y heridos por una y otra parte, fueron el resultado de la acción del Coquillo, quedando prisioneros en poder de Santa-Anna, dos desgraciados oficiales, llamado el uno Don José Miguel Iadart, capitán de la primera compañía de San Marcos, y el otro D. Nicanor Vargas, capitán de plana mayor del batallón de Costa Chica.

Después de la función de armas del Coquillo, el ejército del general Santa-Anna continuó su marcha sobre Acaapulco, hostilizado siempre por los pronunciados, que aparentaban retroceder delante de él, con el objeto de inspirarle una pénea continua. El dictador y todos sus generales se dejaron engañar por aquellas apariencias; y siguieron adelante menospreciando á un enemigo que huía, sin que les hiciera caer en la cuenta de su error, la circunstancia de verle á todas horas y en todas partes, ni la de encontrarlo todo arrasado, sin víveres para la tropa, los caballos y las acémilas, y sin agua para apagar la sed, como si toda la comarca fuera un desierto. Por fin, el 19 de Abril, después de una marcha en la cual sufieron las tropas penalidades increíbles, Santa-Anna llegó á las goteras de Acaapulco con un ejército harto mermado ya por las enfermedades y las deserciones, pero que pasaba todavía de 5,000 hombres de todas armas.

Poco después que Santa-Anna salió de Chilpancingo, los pronunciados se interpusieron entre su ejército y aquella ciudad, cortándole enteramente las comunicaciones; y á consecuencia de esto, transcurrió mas de un mes sin que en la capital se supiera nada del dictador ni de su gente. Fue de ver como se aumentaba por grados la conternación, á medida que se pasaba el tiempo sin tener noticia del ejército expedicionario, cuando se creía que su marcha había de ser una serie de continuas victorias. Parecía que la tierra se había tragado á aquellos 5,000 hombres y á su jefe, y corrían

los mas extraños rumores, que el miedo de los unos, y la alegría de los otros, interpretaban siempre de una manera desfavorable. Ya se decía que los pronunciados del Sur los habían derrotado completamente aguardándolos en una emboscada; al trepar por algun desfiladero, ó al atravesar algun río: ya se sospechaba que se habían perdido en aquellas breñas inaccesibles, donde no había caminos ni veredas mas que para las bestias feroces: ya se temía que hubiesen perecido todos de hambre, de fatiga y de sed, en algun desierto abrasado por el sol, donde no habían encontrado ni un manantial que los refrescara, ni un árbol que les diera sombra. En fin, todo lo que se decía sobre la suerte del ejército, era siniestro y terrible para los que de él esperaban el exterminio de la naciente revolución y el aseguramiento del poder unitario.

Los ministros del dictador se veían mas que nadie acojados por estos temores, cuya realización podia dejarlos de repente entregados á su impotencia: pero el temor de los ministros tomó muy diferente sesgo, segun dijo entonces la voz pública; sus sospechas fueron mas allá que las sospechas de la multitud: ésta no presagiaba mas que desgracias para el dictador y su gente; los hombres del gabinete temieron una falsía; desconfiaron del hombre á quien habían ensalzado como un ídolo; sospecharon que podia celebrar con los rebeldes alguna transacción que los precipitara de sus puestos; y aun se dijo que habían osado abrir el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones, por ver si encontraban en él algun medio de calmar los temores que los atormentaban. Tal fué por lo menos el rumor que corrió entonces, harto justificado en cuanto á las sospechas, por el carácter receloso de las personas que formaban el gabinete, bien que no haya datos para atestiguar el hecho que se les atribuyó, de la apertura del pliego.

Debilitado por la fatiga y las privaciones, pero fuerte todavía por el número, por la disciplina y por el valor, llegó como hemos dicho, el ejército de Santa-Anna á los suburbios de Acaapulco, el 19 de Abril de 1854, entre once y doce de la mañana, y se situó al Norte de la ciudad por el rumbo de las Huertas, hasta un punto que se llama el Farellon.

Desde el 16 Don Ignacio Comonfort había de larado la plaza en estado de sitio, reuniendo en la autoridad militar todas las atribuciones de las autoridades civiles; prohibiendo la salida de la ciudad sin pasaporte de la inspección de policía; declarando obligados á los varones de diez y seis hasta cincuenta años á tomar las armas, ó á prestar

cualquiera otro servicio que se les exigiera; sometiendo á un consejo de guerra á los que auxiliáran al enemigo; y ofreciendo, por último, toda clase de proteccion á los agentes consulares de las naciones amigas, á quienes se dejaba en libertad para fijar su residencia donde quisieran.

El 19, Comonfort dirigió la palabra á sus soldados, invitándolos á pelear hasta vencer ó morir por la libertad, por la patria y por la gloria, pero recordándoles que en la hora del triunfo debían tratar como hermanos á los soldados enemigos. Para éstos tuvo también el defensor de Acapulco, palabras de afecto y de conciliacion, con las cuales les pintó la triste gloria de triunfar defendiendo á la tiranía, y la desdicha de perecer por ella (1).

Hecho esto, se encerró en la fortaleza con sus valientes compañeros, y esperó al enemigo con la calma de un justo y la resolucion de un héroe.

Heroismo era menester para no desmayar á la vista de tanta fuerza enemiga y de tanta debilidad propia. Temblaban de espanto los habitantes de Acapulco al contemplar las terribles consecuencias de una desgracia que tenían por inevitable. ¿Cómo había de defenderse un puñado de hombres en un castillo desmantelado, contra mas de cinco mil combatientes, los mejores soldados que entonces tenía la República, mandados por la flor de los generales mexicanos? Era segura una derrota; y en tal caso, ya veían aquellos habitantes á sus amigos los defensores de la fortaleza, perecer en horrible carnicería á manos del vencedor, y á la ciudad tratada como pueblo enemigo.

Sobrada razon había para hacer estas tristes reflexiones, porque el castillo de San Diego era indefendible en el estado en que se hallaba. Hacia tres meses que el gobierno le había mandado reconocer por el ingeniero D. Manuel Aljobin, quien le había encontrado desprovisto de todo, sin pertrecho ninguno, sin municiones, sin un cañon capaz de sufrir tres disparos, y en tal estado de ruina, que calculó sería necesario gastar setenta y dos mil pesos para hacer en él las reparaciones mas indispensables.

No había gastado tanto el nuevo gobernador de la plaza, porque estaba bien escaso de recursos, y tenía que emplear los pocos con que contaba, en la subsistencia de su corta guarnicion. Su actividad, sin embargo, y sus desvelos habían hecho en la fortaleza cuantas mejoras habían sido posibles durante un mes de trabajo y de constancia; de tal suerte, que cuando las tropas de Santa Anna llegaron allí

(1) Véase esta proclama en el Apéndice bajo el Núm. XI

el 19 de Abril, pudo recibirlos á cañonazos, con el objeto de no permitirles tomar posiciones ventajosas en las cercanías.

Colocadas á consecuencia de esto, fuera del alcance de los fuegos del castillo, nada hicieron durante todo el dia, sino poner en los puntos avanzados unas banderas blancas, como en señal de parlamento; pero Comonfort mandó que el castillo hiciera fuego contra estas señales, y fueron quitadas.

Santa Anna pudo creer que un ataque repentino y á deshora sobre la fortaleza, bastaria para que se le rindiera la pequeña guarnicion que la defendia. Dispuso en consecuencia, que 900 hombres pertenecientes en su mayor parte á la brigada de Costa Chica, dieran un asalto á las tres de la mañana del 20. Esta operacion fué ejecutada con habilidad y arrojo; pero el intrépido defensor de Acapulco volaba, y había tomado bien sus medidas para no ser sorprendido. Tres líneas de defensa estaban establecidas y se habían cubierto con avanzadas todos los puntos por donde el enemigo pudiera penetrar en la plaza. En la línea exterior había cuatro fortines que tenían los nombres de Alvarez, Moreno, Comonfort y Solís. Una de las columnas asaltantes atacó por el rumbo de Rio Grande, donde estaba de avanzada la primera compañía del batallon de Galeana, la cual al replegarse al centro de las fuerzas del castillo, arrastró consigo un gran número de enemigos que fueron hechos prisioneros al acercarse al fortin Solís, adonde había acudido oportunamente el coronel Don Rafael Solís, á cuyo cargo estaba la línea exterior de defensa.

Aclaraba el dia cuando el combate se hizo general en toda esta línea; y Comonfort, que desde que oyó los primeros tiros á las tres de la mañana, había estado recorriendo todos los puntos para animar á los soldados y dictar las disposiciones convenientes, mandó que 50 hombres de San Gerónimo y la compañía de matriculados, á las órdenes del ayudante D. José María Suarez, saliesen á batir á los enemigos por un flanco, y que hiciese lo mismo la compañía de Galeana, á las órdenes del capitán D. Carlos Hartz. Al mismo tiempo, Comonfort cuidaba de que el fuego de las baterías no cesara un momento, para proteger los fortines, llevando su actividad hasta el punto de ayudar él mismo á cargar y disparar las piezas, por la escasez de artilleros.

Reñido fué el combate durante cuatro horas, porque los de Santa Anna atacaban con brío, y los de Comonfort se defendían valerosamente; pero al cabo de aquel tiempo, y ya bien entrado el dia, la columna de ataque estaba destrozada. Una parte de ella se retiró hácia la ciudad, pero las guerrillas enviadas por Comonfort la desalojaron de allí, y la persiguie-

ron tenazmente hasta que se perdió por los cerros vecinos al campo de Santa-Anna.

Corta fué la pérdida de hombres por una y otra parte, aunque los defensores cogieron un gran número de prisioneros que fueron llevados á la fortaleza. Pero realmente Santa-Anna perdió allí su poder, puesto que teniendo tanta gente á su disposición, determinó retirarse despues de esta infuctuosa tentativa, delante de los vacilantes muros de San Diego, defendidos por menos de 500 hombres.

El mismo día 20, á las cuatro de la tarde, se presentó en la fortaleza el general D. Manuel Céspedes como parlamentario, en compañía de Don José Gener, empleado de la casa de Escandon, llevando un oficio del general Santa-Anna, en el cual se intimaba la rendición del castillo en el término de doce horas, bajo el concepto de que sería tomado á viva fuerza en caso contrario. Comonfort se negó á recibir aquella comunicacion; y á las instancias que Céspedes le hacia para ello, y á las primeras indicaciones de transaccion que aventuró, respondió con amable urbanidad, pero con entereza: „señor general, yo no puedo recibir ese oficio ni dar proposición alguna de transaccion sin prévio „permiso del Sr. Alvarez, que es nuestro general en jefe; „le daré parte de todo, y veremos. Entre tanto, quedan por „mi parte abiertas las hostilidades, y puede Vd. decir al general „Santa Anna que ataque cuando guste la fortaleza, en el con- „cepto de que nosotros la hemos de defender á todo trance.”

Esta respuesta era tan categórica, que el parlamentario conoció la inutilidad de insistir mas en el asunto. Tenian, sin embargo, todavía Céspedes y Gener no recurso harto poderoso para tentar la entereza de Comonfort, y empezaron diestramente á ponerle en práctica, conforme á las instrucciones que se les habian dado. Hablaron del poder del gobierno, reconocido por toda la nacion, y aceptado hasta por sus mismos adversarios políticos; ponderaron con juicio los estragos de las revoluciones, el poco fruto de la sangre que en ellas se derrama, y la ninguna gloria que resulta de sacrificarse en ellas; dijeron que la iniciada en el Sur no tenia probabilidades de triunfo, supuesto que en ningún punto de la República, fuera de allí, habia sido secundada; y viniendo á parar en hacer una comparacion entre las fuerzas que tenia Santa-Anna sobre Acapulco, y las que defendian la plaza, concluyeron diciendo que era una locura resignarse á perecer allí con un puñado de hombres cuando el Sr. Comonfort podia quedar bien con su patria y con su conciencia, aceptando propuestas honorificas que le haria el gobierno para que abandonase una empresa desesperada.

Estas indicaciones habian sido hechas con tanta corte- sía y tanto decoro; que el gobernador de Acapulco, aunque se apresuró á rechazarlas, no encontró razon para enojarse por ellas. Hubo, pues, lugar para que los dos enviados del campo de Santa-Anna, se esplayaran mas en la conversacion sobre las circunstancias del país, el estado de la revolución, los sacrificios que se habian hecho por ella y los recursos con que contaba. Supieron que Comonfort habia gastado ya en aquella fecha, cerca de cincuenta mil pesos de su peculio y de su crédito; y entonces, tomando Gener la palabra, dijo que tenia orden de poner á disposición del gobernador de Acapulco la cantidad de cien mil pesos, para que cubriera los compromisos que en la empresa habia contraído, y como una indemnizacion de los gastos y sacrificios que habia hecho por ella; que aquella suma, garantizada por la casa de Escandon, se pondría en el punto que el Sr. Comonfort designase, dentro ó fuera de la República, en la inteligencia de que él podria vivir libremente en su patria ó en el extranjero, honrado siempre por el gobierno de su país, y mereciendo la gratitud de sus conciudadanos, á quienes habria libertado de una guerra civil, interminable y desastrosa. Gener dijo tambien que podria Comonfort continuar en Acapulco con el mismo destino de gobernador y comandante principal de la demarcacion.

Comonfort respondió:

„Agradezco al general Santa-Anna esas ofertas, mas no puedo admitirlas, porque no he de faltar á los compromisos que me ligan con la revolucion, ni á los de la amistad que tengo con el Sr. general Alvarez.”

„Bueno fuera eso,” replicaron Céspedes y Gener, si el general Alvarez hubiera de auxiliar á Vd. en el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos de positivo que no ha de venir en auxilio de Vd., porque ni piensa en ello, ni podria hacerlo aunque lo intentára, estando de por medio un ejército de cerca de seis mil hombres, que ha de estorbárselo.”

„Yo sé que vendrá,” repuso Comonfort con seguro acento; y viendo que la conversacion se prolongaba demasiado, añadó para terminarla: „es en vano insistir en ello: mi conciencia de ciudadano y de amigo me prohibe abandonar una causa que he jurado sostener en union de mis compañeros; y si perezco en la demanda, llevaré al sepulcro el consuelo de haber sacrificado mi vida en las aras de la patria y de la libertad.”

Nada habia que replicar á tan terminantes palabras; y Céspedes se retiró con su acompañante, despues de haber pe-

dió que se le permitiera volver el día siguiente para saber el resultado del parte que el gobernador había dirigido al general Alvarez; á lo cual accedió Comonfort, no sin advertir, que por su parte quedaban abiertas las hostilidades.

A las ocho de la noche, una pequeña fuerza destacada del campamento de Santa Anna, avanzó por los Pozitos en ademán de internarse en la ciudad; pero advertido á tiempo por la incansable vigilancia del gobernador, mandó que los Fortines hicieran fuego con dos piezas ligeras y los enemigos tuvieron que retirarse.

El 21 á las cuatro de la tarde, sin que nada hubiera ocurrido en todo el día, volvió á presentarse en la fortaleza el general Céspedes con otra comunicacion de Santa Anna, que tampoco quiso recibir el gobernador Céspedes; pero, sin embargo, á nombre de su jefe, que se suspendieron los fuegos hasta las seis de la mañana del siguiente día, porque á aquella hora se esperaba la respuesta del general Alvarez á una comunicacion que se le había dirigido; á lo cual accedió Comonfort, en tanto que las fuerzas enemigas no hicieran movimiento alguno, pues de lo contrario él no podría abstenerse de batirlas.

Por la noche, un bote de los buques de guerra que bloqueaban el puerto se dirigió al Farallon, sin duda para llevar á Santa Anna alguna comunicacion del comandante. Al regresar fué perseguido en un espacio de dos millas, por los felúas que al efecto envió el gobernador de la plaza, resultando heridos dos oficiales que iban en él, y algunos de la tripulacion.

Los días 22 y 23 de Abril se pasaron sin que nada ocurriera de notable: el ejército de Santa Anna en sus posiciones sin hacer el menor movimiento, pero sufriendo una espantosa desertion; los defensores del castillo, esperando por momentos el ataque, pero maravillados de aquella inaccion incomprensible. El 24 se movió hacia Icacos una seccion de infantería, y el 25 Santa Anna trasladó todo su campo de las Huertas á las lomas del Herrador, que son unas alturas mas retiradas aún de la plaza.

Comonfort no podia explicarse aquello; y en cuanto cerró la noche mandó una partida á las órdenes del capitán D. Juan Hernandez, para que reconociera la posicion del enemigo, y le hiciera fuego con el objeto de desvelarle y fatigarle. Hernandez cumplió bien las órdenes que llevaba: hizo fuego toda la noche al ejército, y se retiró antes de amanecer.

Apenas asomaba la aurora del 26 de Abril, cuando el campo de Santa Anna se movió todo entero de las lomas del

Herrador. Las familias de Acapulco se estremecieron, viendo llegada la hora de un ataque decisivo y los intrépidos defensores de la fortaleza se prepararon á vencer ó morir como buenos. Lo último era lo mas probable: ¿quién resistia al empuje desesperado de mas de cinco mil hombres?

Comonfort observa desde lo mas alto de la fortaleza los movimientos de Santa Anna, y no puede creer lo que ven sus ojos: observa con mas atencion todavia, llama á sus amigos; y... no hay duda, el ejército abandona sus posiciones, y se aleja de Acapulco. Manda una guerrilla esploradora: el capitán Hernandez que vá con ella, avanza por las Huertas, llega á las lomas del Herrador: todo estaba desierto Santa Anna habia levantado el campo, y se retiraba.

Un espectáculo horroroso heló la sangre en las venas de los valientes que formaban la partida esploradora. Pendientes de los árboles, y horriblemente desfigurados por las balas asesinas, estaba en una espesura del Herrador los cadáveres sangrientos de Indart y Vargas; veíanse á sus pies amontonadas en horrible confusion hediondas inmundicias, pedazos de entrañas y repugnantes osamentas; y esparcidos en torno de aquel monumento execrable, hallábanse diferentes ejemplares de las proclamas y otros documentos que los caudillos de la revolucion habian publicado en aquellos días.

Los capitanes Indart y Vargas habian caído prisioneros en la accion del Coquillo el día 13 de Abril, como ya se dijo antes. El 25 habia dispuesto el general Santa Anna que se les formara cruz; y habiendo sido condenados á muerte por el consejo de guerra, habian sido fusilados á las siete de la mañana del día 26. Dijose que habia asistido á la ejecucion el mismo presidente de la República, acompañado de su estado mayor.

La precipitacion, la falta de formalidad, y la lijereza con que se instruyó la causa de estos desgraciados, se conocen á primera vista con solo mirar el cuaderno que se guarda en el ministerio de la guerra. Todo en aquellas actuaciones está revelando á la vez la violencia y la frialdad con que se arrastró al suplicio á dos prisioneros de guerra: basta la mala letra de la sumaria, hasta las faltas de ortografía que se encuentran á montones en cada renglón, están diciendo á voces el menosprecio con que se vieron las fórmulas legales para quitar la vida á aquellos infelices.

Los soldados de Acapulco que los encontraron colgados en la enramada de la manera que se ha relatado, volvieron al puerto sobrecogidos de horror, á contar á sus compañeros el espectáculo que habian visto; y seguramente entonces renovaron el juramento que habian hecho de no sol-

tar las armas hasta no ver restablecidos en el gobierno de la República, los sentimientos de justicia, de humanidad y de civilización, que al parecer faltaban en el gobierno dictatorial.

La defensa de Acapulco será siempre un título de gloria para el general Comonfort. Encerrado en una ciudad abierta y en un castillo desmantelado y viejo, casi sin víveres y sin municiones, con un puñado de hombres cuya mayor parte no tenían de soldados sino el valor y el denuedo, espera á pie firme á cinco mil combatientes, se bate con ellos como un león, rechaza noblemente propuestas seductoras, dá un golpe de muerte á la dictadura de Santa-Anna, y asegura á la revolución un triunfo espléndido, haciéndola aparecer á los ojos del país y del mundo, noble por sus miras, heroica por sus hechos y poderosa por las virtudes de sus defensores.

Cuando Céspedes dijo á Comonfort que el general Alvarez no le daría auxilio, decía una verdad; y el gobernador de Acapulco lo sabía bien, cuando le contestó tan resueltamente que aquel auxilio llegaría. De manera que cuando Comonfort recibió al ejército á cañonazos, y le hostilizó con tanto arrojo, y le rechazó con tanto brío de sus murallas mal seguras, apenas debía abrigar la menor esperanza de buen éxito, no teniendo ni la décima parte de gente que sus enemigos, y constándole que no podía ser auxiliado. No fueron, pues, vanas palabras, sino palabras salidas del corazón, las que dijo al general Céspedes para poner fin á la primera conferencia: „...si perezo en la defensa, llevaré al sepulcro el consuelo de haber sacrificado mi vida en las aras de la patria y de la libertad.”

Lástima fué que el general Alvarez no hubiera podido atacar, por hallarse enfermo, al ejército de Santa-Anna durante los siete días que estuvo sobre Acapulco, como fácilmente habría podido hacerse por la retaguardia y por los flancos, aprovechando los accidentes del terreno para tomar posiciones ventajosas. Si en la mañana del 20 de Abril, cuando la brigada de Costa Chica atacaba el castillo de San Diego, hubiera atacado Alvarez al ejército enemigo en las Huertas, habría sido tan completa como segura la derrota de Santa-Anna; éste no habría vuelto á México, y se habría anticipado mas de un año el triunfo de la revolución. Cuánto sangre se habría ahorrado y cuántas lágrimas! Pero el general Alvarez se hallaba postrado en cama por una enfermedad en las piernas, que no le permitió moverse en aquellos días.

Al retirarse el ejército de Santa-Anna, destrozó todas

las rancherías de las inmediaciones de Acapulco, y redujo á escombros las poblaciones y haciendas que encontró al paso. Los pueblos de las Cruces, de la Venta, Dos-Arroyos, Cacahuatpec y algunos otros, fueron incendiados. Infinitas familias de aquellas aldeas, que habían huido á los montes, atemorizadas por la guerra, se encontraron al volver, sin un techo en que abrigarse de la intemperie. Por muy comunes que sean en las guerras civiles estas venganzas, nunca la razón las puede disculpar, ni dejan de ser un aignominia para quien á ellas se abandona.

Las fuerzas del general Alvarez habían permanecido en unas alturas al N. E. de Acapulco, y como á cuatro leguas de aquel puerto, hasta el día 21, en que tuvo orden el general Moreno de ocupar con su brigada la garita del Poniente y la Poza de los Dragos, mientras que otras fuerzas se situaban en Pueblo Nuevo, Carabali y los Cajones. Alvarez había pensado atacar improvisamente al ejército de Santa-Anna en la noche del 26; pero cambió de pensamiento desde el 25, en vista de los movimientos que se notaron en el campo enemigo; y entonces dispuso que el general Moreno hostilizara á éste en su retirada, y que el coronel D. Encarnacion Alvarez se adelantara por la montaña con alguna fuerza para situarse en el Peregrino.

Lo hizo bien el general Moreno, pues que á escepcion de Venta Vieja, cuyo lugar incendió el ejército de Santa-Anna sin obstáculo alguno, le atacó con denuedo en todos los demás puntos del tránsito, haciéndole pagar bien caras las devastaciones del Egido, Cacahuatpec y Dos Arroyos.

La retirada del ejército era penosa. El hambre y la sed devoraban al mismo tiempo á los hombres y á los animales. Por el camino iban dejando, como una cauda fatídica un reguero de muertos, y de moribundos que preferían aguardar la muerte tendidos en el campo, á luchar con sus agonías. Los valientes del Sur los hostilizaban sin cesar, y en cada escaramuza veían los de Santa-Anna disminuir el número de sus compañeros y el escaso fondo de sus provisiones, que pasaban á manos de sus enemigos. La tenacidad de éstos, los ardores del clima, la desolación de la tierra que iban pisando, y hasta el espectáculo de sus propios incendios, inspiraban sombrías reflexiones á los soldados del ejército de Santa-Anna, que sufrían, no obstante, con heroica resignación todas aquellas penurias.

Así llegaron el 30 de Abril á las faldas del Peregrino, pico elevado que se levanta repentinamente sobre aquellas sierrras, y que entonces debió parecer á los de Santa-Anna co-

mo el fantasma gigantesco que se apareció á los Lusitanos en el Cabo de las tormentas para atajarles el paso.

La batalla del Peregrino, dada el día 30 de Abril, fué una de las mas notables de la época, porque en ella perdió mucho el dictador, no obstante que se la hizo pasar en el público por una gran victoria, y que como tal fué celebrada.

Empezaba á desfilarse el ejército por la cuesta meridional de aquel cerro en la mañana del 30, cuando fué repentinamente detenido por el coronel D. Encarnacion Alvarez, que por el lado izquierdo del camino, y desde un parapeto que habia levantado á toda prisa en la cumbre, sostuvo contra él un fuego vivísimo por mas de tres horas, haciéndole retroceder tres veces, y obligándole á montar la artillería, cual si se tratara de dar una verdadera batalla.

Oyendo los tiros de cañon el general Moreno que habia venido picando la retaguardia al ejército enemigo, apresuró el paso para llegar á tiempo en auxilio de sus compañeros, y lo consiguió precisamente cuando éstos acababan de suspender sus fuegos desde la cumbre. Moreno con los suyos quiso tomar las alturas de la Agua del Perro; pero los de Santa-Anna que se vieron de súbito amagados por la retaguardia, se apresuraron á ocupar aquel punto, y lo consiguieron por estar mas cerca que los otros. Desde allí y desde otras dos alturas que estaban á la izquierda, rompieron el fuego sobre las guerrillas de Moreno que se hallaban á la mitad de la cuesta. Este hizo entonces abanzar la seccion del centro á las órdenes del coronel Don Miguel Garcia, y la de reserva mandada por el coronel Don Diego Alvarez; y empeñose un combate que duró hora y media, y que, sostenido con ardor por las tropas del Sur, hizo que las de Santa-Anna abandonaran el ventajoso punto que tenían, retirándose á toda prisa hasta la venta del Peregrino, distante una legua del lugar del combate.

En esta refriega, el general Santa-Anna tuvo que montar á caballo y ganar á galope las alturas, para no caer en manos de las tropas que atacaron su retaguardia. Una parte de su caballería estaba en las casas de la Agua del Perro, y fué arrollada por las fuerzas de los coroneles Alvarez y Garcia, cuando llegaron allí persiguiendo al arma blanca á los enemigos que habian abandonado las alturas.

Santa-Anna perdió en esta jornada mas de trescientas resacas, la mayor parte cargadas de víveres, municiones, armas y equipajes, y entre ellas 24 caballos enillados. El general Moreno dió algunos de estos animales á los vecinos de aquellas inmediaciones, y les cedió tambien los víveres que el ejército de Santa-Anna habia dejado esparcidos por el campo.

¡Bien lo necesitaban los pobres, pues todas sus habitaciones habian sido reducidas á cenizas!

El botin fué inmenso; y el general Santa-Anna, sin pensar siquiera en recobrarle, aunque su pérdida iba á aumentar enormemente los trabajos del ejército, continuó su retirada sin mas obstáculos hasta Chilpancingo, adonde llegó el día 4. De allí salió el 7, y en el paso del Mescala volvió á ser atacado por D. Faustino Villalva, perdiendo en la accion otras cien mulas cargadas de víveres y pertrechos, amen de varios muertos, prisioneros y heridos.

Por último el 16 de Mayo entró el general Santa-Anna en la capital, de regreso de su expedicion al Sur, y pasó bajo un arco de triunfo.

## CAPITULO QUINTO.

### PROGRESOS DE LA REVOLUCION.

Cómo esplicó el gobierno su retirada.—Efectos del bloqueo de Acapulco.—Pérdida de los buques.—Regocijos en México por la supuesta victoria del Peregrino.—Se aprueba el tratado de la Mesilla.—Curiosa escena en palacio con este motivo.—Lo que dijo el gobierno.—Lo que dijeron los periódicos.—Muerte del general Bravo.—Lo que dijo el Boletín oficial de Acapulco.—No hay datos para asegurar el atentado.—Hecho notable.—Entrada triunfante de Santa-Anna.—Arco de triunfo.—Crisis ministerial.—Progresos de la revolucion en el Sur.—Guerrilleros.—Movimientos militares.—Medidas de terror que toma el gobierno.—Las que dictó el caudillo de la revolucion.—Comonfort salva la vida á Holzinger y Zambonino.—Confiscacion de los bienes de los pronunciados.—Una propiedad de Comonfort.—Pronúncianse los pueblos de Tlapa.—La revolucion en Michoacán.—Don Gordiano Guzman.—Su prision.—Es fusilado.—Impresion que causó aquella muerte.—Diaz Salgado.—Huerta, Pueblita, Rángel.—Movimientos y combates de estos guerrilleros.—Accion del llano del Cuatro.—Toma de la Aguililla.—Disgusto del gobierno con Ugarte.—Le reemplaza Torrejon.—Don Manuel Andrade, general en jefe.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero, porque se aumentan los pronunciados.—Faustino Villalva en el cerro del Limon.—Accion del 22 de Julio.—Muerte del guerrillero.—Notable accion de su hijo Don Jesus.—El cura de Cacalotenango.—Es fusilado Don José María Ramos en Morelia.—Pronunciamiento de ciudad-Victoria.—Rumor que corrió entonces.—Desembarco del conde Raousset en Guaymas.—Es derrotado y hecho prisionero por el general Yañez.—Su fusilamiento.—Causa formada á Yañez.

Se ha hablado en el capítulo antecedente del terror que causó en México entre los amigos del gobierno la falta de noticias del ejército del Sur. Esta ansiedad duró hasta el día 5 de Mayo, en cuya fecha se supo que el presidente habia llegado á Acapulco, se habia retirado, y debia llegar á Chilpanzingo el día anterior.

El general D. Santiago Blanco, ministro de la guerra,

### DE LA REVOLUCION.

51

habia dicho en sus partes que el ejército se retiraba de Acapulco porque no tenia artillería gruesa para batir el castillo, pero que los rebeldes quedaban bien escarmentados con las derrotas que habian sufrido, y bien bloqueado el puerto por lo cual no tendrian mas remedio que rendirse muy pronto.

Esta esplicacion de una retirada tan imprevista, era poco satisfactoria para los que algo entendian de achaques de guerras, pues decian que si Santa-Anna no habia llevado artillería gruesa para batir el castillo, ¿por qué habia ido á tomarle, exponiendo tanta gente en aquella expedicion? En cuanto al bloqueo, todo el mundo presumia que no podia ser eficaz, estando encomendado á dos buques pequeños, de construccion endeble y mal servidos, cuya permanencia en las aguas de Acapulco no sirvió mas que para poner en ridículo al gobierno. La prueba de esto es que el bloqueo fué forzado por todos los buques que quisieron hacerlo, como sucedió el 27 de Abril con el bergantin-goleta ecuatoriano *La Panchita*, que entró en el puerto á pesar de los fuegos de uno de los buques bloqueadores, hallándose aún el ejército de Santa-Anna en aquellas cercanías; y como sucedió despues con los vapores americanos de San Francisco y Panamá, que nunca dejaron de tocar en Acapulco en sus travesías, á la vista de los buques mexicanos. La *Carolina* y el *Guerrero* no estuvieron siempre sobre Acapulco, pues solo lo hicieron tres cortas temporadas desde el mes de Abril hasta el de Setiembre. Poco despues (en Octubre) fueron victimas ambas embarcaciones de una de las furiosas tempestades que tan frecuentes son en aquellas costas durante el equinoccio de otoño. Los inteligentes habian previsto esta desgracia, desde que vieron la imprudencia del gobierno, que mandaba estacionar indefinidamente en tan peligrosos puntos dos barcos tan poco á propósito para aquel servicio.

Desde la hacienda de Buenavista habia participado el ministro de la guerra con fecha 3 de Mayo, tres días despues de la accion del Peregrino, que el 30 del mes anterior habian obtenido las armas del gobierno en aquel punto "el mas señalado triunfo sobre los facciosos," los cuales habian sido "desalojados á la bayoneta huyendo en completa dispersion," y que rechazados tambien los que habian atacado al ejército por la retaguardia, no les habia quedado mas recurso "que retirarse en desordenada fuga."

Quando se recibió esta noticia en la capital, se tocaron las campanas y se hicieron otras demostraciones de júbilo por la supuesta victoria; y si bien no hubo muchos que creyeran en ella, ni aún acaso los mismos miembros del gabinete, el gozo de éstos fué sincero, porque aunque el presi-

dente no volviera triunfante, al fin volvía para continuar en su gobierno, lo cual era siempre para ellos un bien positivo, por más que quedara en pie la revolución.

El 5 de Mayo fué día de plácemes para los ministros de Santa Anna. Casi al mismo tiempo que tuvieron noticia de que *había parecido* el ejército, del cual nada se había sabido durante un mes, como si se le hubiera tragado la tierra del Sur, supieron que al fin había sido aprobado por el senado de los Estados Unidos el tratado de la Mesilla. La incertidumbre de la suerte que correría aquel negocio, los tenía en extremo acobardados, porque después de haber visto que el gobierno de Washington no había pasado por la indemnización estipulada primitivamente, ni por otra rebaja propuesta por él mismo y consentida por el gobierno de México, temían que al fin y al cabo los Estados Unidos negaran definitivamente su aprobación, en cuyo caso iba á ser sobremanera apurada la posición del gobierno, que no contaba con otro recurso.

Que temían esto nada más, lo prueban ciertos pormenores de una cena que tuvo lugar en palacio, y que trascendió en el público. Hallábanse juntos los ministros congratulándose por las noticias que se habían recibido del Sur, cuando el telégrafo anunció la llegada del vapor *Tejas* á Veracruz con la noticia de que había sido aprobado el tratado de la Mesilla. Todos ellos dieron muestras de la mayor satisfacción por un suceso que venía á salvarlos por algún tiempo de angustias pecuniarias; y habiendo indicado alguno de los que estaban presentes, que no era caso de tanta alegría, porque si bien la aprobación era cierta, también la indemnización había quedado reducida á diez millones, los ministros respondieron á una voz, dirigiéndose unos á otros miradas estrañamente gozosas: "¡Vaya aunque sea con cinco millones, y aunque sea con menos nos conformamos."

Mucho se murmuró entonces por causa del tratado; y el gobierno para dar al público una satisfacción que nadie le pedía, hizo publicar en el *Diario Oficial* y en otros periódicos, artículos en los cuales se manifestaba que si la indemnización había quedado reducida á la mitad, era porque también se había hecho rebaja en la extensión de los terrenos que se cedían á los Estados Unidos. Otros artículos se publicaron consagrados á espresar el contento que el gobierno sentía por la terminación de aquel negocio, no sin zaherir amargamente á los mexicanos desterrados en la República vecina, á quienes se apellidaba traidores por haber dirigido, según se decía, al gobierno de los Estados Unidos una protesta contra el tratado, y se les denostaba con aire de triun-

fo, diciendo que de nada habían servido sus amaños para impedir la aprobación.

El público se enteró bien de lo que era el negocio, porque todos los periódicos publicaron un artículo de la *Crónica*, periódico español de Nueva York, en el cual se ponía en claro *lo que perdía México*. Aquel periódico había defendido abiertamente hasta entonces al gobierno de Santa Anna; pero lo de la Mesilla le hizo enmudecer, dejándole como sonrojado ante los americanos. Por esta causa, cuando la dictadura dispuso más tarde, que se examinaran en las aduanas marítimas todos los periódicos que vinieran del extranjero, para no dejar pasar los que contuvieran doctrinas contrarias á la política dominante, mandó que todos los ejemplares de la *Crónica* fuesen quemados en cuanto se recibiera. Conocía que había de vengarse del sonrojo que la había hecho pasar, y no se engañaba, porque aquel periódico hizo después al gobierno de Santa Anna una guerra á muerte.

Es harto difícil justificar á la dictadura de la responsabilidad que contrajo por el tratado de la Mesilla. Cuando un cuerpo de tropas norte-americanas ocupó aquel territorio, el gobierno dió reservadamente orden al general Trias, comandante general de Chihuahua, para que se retirara sin hacer resistencia alguna, porque no había fuerzas suficientes que oponer á los invasores. El general Trias, que estaba dispuesto á rechazarlos, cumplió aquella orden, formulando una enérgica protesta contra la invasión, según también se le había mandado; y casi al mismo tiempo el gobierno abrió negociaciones con la legación americana, de las cuales resultó el tratado, que se firmó en México dos ó tres meses más tarde, es decir, el 30 de Diciembre de 1853. Aprobado en Washington el 26 de Abril del año siguiente, y ratificado en México el 31 de Mayo, fué promulgado solemnemente el 20 de Julio. Los pormenores de aquel negocio no corresponden á esta historia. La que refiere los hechos de la dictadura, tendrá acaso que revelar secretos de mala ley, y dirá también como se gastó en pocos días el mezquino precio de aquella venta.

Mientras estaba el ejército de Santa Anna sobre Acapulco, había muerto en Chilpancingo el 22 de Abril, el general Don Nicolás Bravo, uno de los hombres más respetables y más generalmente queridos de cuantos ha tenido hasta ahora México independiente. Tan modesto en su porte como esclarecido en virtudes públicas y privadas, mereció que todos los hombres de todos los partidos lloraran su muerte, y que por ella se pusieran de luto. El presidente Santa Anna mandó que le llevara la tropa por tres días, cuando llegó,

diez días despues, á la ciudad de Bravo, que así se llama hoy la antigua Chilpanzingo, por ser patria de aquel ilustre ciudadano y de su familia.

En aquellos días apareció una proclama del general Bravo á los habitantes del Sur, aconsejándoles que abandonarían la revolución y prestarían obediencia al gobierno; y con este motivo, el *Boletín oficial del Ejército Restaurador de la libertad*, que se publicaba en Acapulco, dijo cosas que verdaderamente estremecen, sobre la muerte de Bravo. Dijo que al pasar por Chilpanzingo el general Santa-Anna, había exigido del ilustre veterano que le ayudara con su influjo y experiencia en la campaña que emprendía, y que Bravo se había negado á ello protestando sus enfermedades; que le había excitado á que dirigiese la palabra á sus compatriotas contra la revolución, y que habiéndose negado tambien, se le forzó en el lecho (del dolor á que firmara un manifiesto, so pena de ser conducido preso á Iguala; que poco satisfechos Santa-Anna y los suyos de la forzada condescendencia de Bravo, dispusieron deshacerse de él, cuando ya estuvieran distantes de Chilpanzingo, para alejar toda sospecha; que al efecto redoblaron con él sus atenciones, le hicieron grandes ofrecimientos, y le comprometieron á que aceptara los cuidados de un cirujano del ejército, á quien quedaba recomendada su curacion; que el general Bravo, admitiendo aquella prueba de fingida amistad, no sospechó un momento que su existencia y la de su esposa quedaban en peligro; que este era el secreto de la desaparición del general, y que la historia esclarecería y relataría los pormenores del atentado.

Hay que advertir que la esposa del general Bravo, por una singular coincidencia, falleció el mismo día, y casi á la misma hora que su marido.

En cuanto al atentado, creemos nosotros que las pasiones son capaces de todo; que no hay crimen á que no se abandonen los tiranos, y mas que ellos, los reptiles que siempre los rodean; que los tiempos de revolución son tiempos en que se perpetran los que mas deshonran á la humanidad; pero tambien sabemos que en tales tiempos los parti los suelen achacarse unos á otros culpas que no cometen; que sobran atentados verdaderos en la administración de Santa-Anna, para que sea menester atribuirle los falsos ó dudosos; que no necesita de esto para justificarse, la revolución que derribó aquella tiranía; y que la historia se alegra de no tener que consignar en sus páginas hechos tan atroces, como este, cuando para ello le faltan los datos indispensables.

Más averiguado está otro hecho de aquellos mismos días, que puede contrapetar en la opinion la horrible sospecha de

que se acaba de hablar. Mientras el general Santa-Anna estaba en el Sur, un extranjero que habia recidido en la República, y que entonces se hallaba en los Estados- Unidos, le dirigió una carta en la cual le decia que si le daban dos mil pesos, podría embarcarse para Acapulco, tomar parte en la revolución del Sur, ganar la confianza de los principales caudillos, y hacerlos desaparecer por medios ocultos que estaban en su mano.

Al mismo tiempo el extranjero escribió al general Don Ignacio Basadre, indicándole la propuesta que hacia al presidente. Este habia dejado á Basadre el encargo de dirigirle al Sur las cartas que tuviera del interior de la República; pero le habia dicho que abriera las que le viniesen del extranjero. En virtud de esto abrió la que contenia aquella proposición infame.

Horrorizado á la vista de ella, Basadre escribió al general Santa-Anna, remitiéndole aquel documento, y diciéndole que no solo debia rechazar una propuesta que le ofendia, sino que debia cortar desde entonces toda relacion con el que habia osado hacérsela. Santa-Anna dió á Basadre el encargo de contestar al extranjero, y de decirle, que no solo no aceptaban sus horribles servicios, sino que desde entonces quedaba cortada con él toda relacion.

El que así se ofrecia por vil precio á cometer fríos asesinatos, habia sido desterrado de la República por el gobierno de Santa-Anna; pasaba en los Estados Unidos por amigo de la revolución; y no solo podia vender lo causa que aparentemente defendia, sino que podia deshonrarla. El general Basadre procuró que los otros desterrados en la República vecina, supiesen aquel caso, para que no se fíaran inocentemente de tal monstruo.

Ya se dijo que el general Santa-Anna habia entrado en la capital el 13 de Mayo, de regreso de su campaña del Sur. Para recibirle se hicieron grandes preparativos: se levantó en medio de la plaza mayor un arco triunfal lleno de trofeos y emblemas militares, y pasó por debajo como un triunfador; hubo fiestas é iluminaciones, y se pronunciaron discursos liasonjeros; de tal manera que les costaba trabajo á los habitantes de la capital el creer que todo aquello no era mas que una superficie brillante con que se procuraba encubrir los desastres y las miserias pasadas.

Dos días despues un violento huracán que se desató en el valle de México, derribó el arco de triunfo, convirtiéndole en un monton de lastimosas ruinas; y este incidente dió lugar á no pocas chanzas, que cortieron de boca en boca, aunque con el recato que aconsejaba el miedo. No im-

pidió esto, sin embargo, que la retirada del Sur se comparara con la retirada de los *Dies mil* de Jenofonte, ni que se encontraran palpitanes semejanzas entre aquella campaña y la de Napoleón en Rusia, porque en ambas había estado el mundo largo tiempo sin saber de los ejércitos expedicionarios. Dejando aparte estas exageraciones, no se puede negar que el ejército dió en aquella expedición brillantes pruebas de un valor, de una constancia y de un sufrimiento, dignos de mejor causa.

No todo fué regocijo en las regiones del poder después que regresó del Sur el general Santa-Anna. Habíale dicho algo en el camino acerca de los comentarios que sus ministros hacían durante su ausencia, en el tiempo que habían estado sin tener noticias suyas; y el enojo que esto le produjo, hubo de aumentarse á su llegada, con lo que le dijeron algunos de sus amigos, que trabajaban incesantemente por arrojarse del gabinete á Bonilla, Aguilar y Lares, ministros de relaciones, de gobernación y de justicia. Hubo, pues, una especie de crisis ministerial, que quedó prontamente resuelta en favor de los ministros, porque sin duda mediaron explicaciones que dejaron al dictador satisfecho.

La revolución del Sur, en lugar de disminuirse, se había aumentado poderosamente desde la malhadada expedición de Santa Anna. Por todas partes paludaban guerrilleros que caminando á la lijera y prácticos en los caminos, caían súbitamente y con la velocidad del rayo sobre los destacamentos del gobierno; los derrotaban en un punto, y corrían á muchas leguas de allí para hacer lo mismo en otro cuando menos eran esperados; de tal suerte que no dejaban un momento de sosiego á los jefes de las partidas ni á las guarniciones. Los capitanes Don Juan Antonio y Don Juan de Nava, el comandante Don Martín Ojendiz, el capitán Don José María González, el patriota Don Pascual Asensio Torres y otros muchos, brotaron como por encanto de las breñas del Sur, y dieron que hacer por todas partes á las tropas del gobierno, sin dejarles punto de reposo. Sobre todos, Don Faustino Villalva llegó á ser el terror del enemigo en las márgenes del Mesquite, por donde no pasaba correo que no interceptara, ni convoy que no persiguiera.

El general Noriega que había entrado en Ayulla el 3 de Mayo, abandona aquella población poco después por orden del gobierno, retirándose á Ometepe; y algo más tarde huye de allí el coronel Tejada al aproximarse las fuerzas de los generales Alvarez y Villareal que ocuparon aquel punto.

Don Jesús Villalva, hijo del guerrillero Don Faustino, se pronuncia en el distrito de Tasco, derrota á la caballe-

ria de los Romanes, quitándoles armas y caballos, entra en Apetlanca y amenaza á Teloloapan.

El capitán González ataca al comandante Ríos en Tlacotepec, le hace fusilar, y engruesa su guerrilla con los soldados de la guarnición, pronunciándose en seguida Teicla del Río y otros pueblos de aquellas inmediaciones.

Ojendiz derrota á Tejada y Salado en el cerro de Mecatepec, y Juan de Nava obtiene un triunfo sobre una gruesa fuerza salida de Chilpancingo, en las inmediaciones de Quechultenango, quitándole una parte del convoy que llevaba para Ayulla.

Y sin contar otros encuentros, Don Faustino Villalva amenaza á Iguala á fines de Mayo, y se le pasa el batallón de Matamoros, enviado en auxilio del comandante principal de aquel punto.

Consecuencia de estos movimientos tan rápidos y tan felices, fué que proclamáran el plan de Ayula casi todos los pueblos del departamento de Guerrero, levantando actas de adhesión, y marchándose á engrasar las filas del ejército restaurador de la libertad, todos los que podían tomar las armas.

El gobierno quiso contener esta sublevación que crecía de una manera tan alarmante, y adoptó para ello los medios que menos convenían: apeló al terror, que tanto exasperaba los ánimos, y que siempre exacerba las revoluciones. Ya desde antes había dispuesto que las propiedades de los enemigos del gobierno, fueran ocupadas para mantener á las tropas que perseguían á los rebeldes; y con fecha 24 de Mayo se comunicó por el ministerio de la guerra al comandante general de Guerrero, una orden en que se le decía: „que todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se coja con las armas en la mano, debe ser fusilado.”

Ordenes de esta naturaleza se daban con frecuencia á los jefes militares, y casi siempre tuvieron puntual cumplimiento, por más que repugnáran á los sentimientos de muchos; porque si se perdonaban otras desobediencias, nunca dejaban de castigarse irremisiblemente las faltas que en este punto se cometían.

Semejantes medidas pudieron dar á la lucha un carácter espantoso, y hubo á veces sangrientas represalias; pero no dejan de formar extraño contraste con las disposiciones y la conducta del gobierno, las providencias y el proceder de los caudillos principales de la revolución, que respondían con medidas de humanidad y con rasgos generosos, á los arrebatos de venganza de la dictadura. Siempre fueron respetados y considerados por ellos los prisioneros de guerra: po-

Las veces hicieron fusilar á los gefes que caían en sus manos, y siempre dejaron en libertad á la tropa, para que tomara partido con ellos, ó se retirara á sus hogares. Esto habia sucedido ya con los prisioneros del Mezcala, del Coquillo y de Acapulco, no obstante que pudo agriar los ánimos de una manera formidable el trágico fin de Indart y Vargas. Por lo demás, el general Alvarez dictaba incesantemente á los gefes de los cuerpos las mas estrechas órdenes para que se respetaran religiosamente las propiedades por donde quiera que pasaran las guerrillas.

El país echaba de ver estos contrastes, y hasta los menos adictos á la revolucion, no podian menos de aplaudir los rasgos de generosidad de que daban muestra los principales caudillos de ella. Se habló mucho entonces de lo acontecido con Don José María Zambonino y Don Sebastian Holzinger, comandante militar el primero de la demarcacion de Acapulco, y el segundo capitán de marina en aquel puerto. Ambos habian contrariado con todas sus fuerzas los proyectos revolucionarios, desbaratando en cuanto les fué posible los planes que formaban los caudillos del Sur, para organizar el alzamiento; y por esta causa el general Alvarez, despues de haberlos tenido presos en Acapulco, los habia confinado á la isla de Caballos. Allí estaban cuando Santa Anna marchó al Sur y despues de su retirada, espuestas incesantemente á ser víctimas de las represalias que provocaba el gobierno, ó á perecer de otro modo bajo el clima mortífero de aquella isla. Cuando se supo el fusilamiento de los capitanes Indart y Vargas, todo el mundo tembló por Holzinger y Zambonino, que parecian víctimas destinadas á vengar aquella sangre. Salvólos entonces de una muerte segura, como ya lo habia hecho antes, D. Ignacio Comonfort, empeñando para ello todo su influjo con el general Alvarez. No contento con esto, y viendo el riesgo que corrían aquellos dos hombres de perder su existencia, solicitó repetidas veces del general en gefe, que se los entregara para dejarlos libres: Alvarez se resistió largo tiempo á obsequiar aquel deseo, hasta que un día Comonfort le dijo que si algo merecia por la defensa de Acapulco, la pedia por única recompensa, que le entregara los dos presos. Vencido Alvarez por tantas instancias, accedió por fin á los deseos de Comonfort, no sin pronosticarle que su generosidad habia de tener mala recompensa.

En cuanto estuvieron en poder de Comonfort, Holzinger y Zambonino quedaron libres para tomar el partido que quisieran; y escusado es decir que hicieron á su libertador las mas ardientes protestas de agradecimiento. Ambos salie-

ron de Acapulco á los pocos dias; y pasado algun tiempo, regresaron á la capital.

Cuando en ella se supo este suceso, todo el mundo le comentó de acuerdo con las ideas de nobleza y de humanidad, que son propias de un pueblo generoso y cristiano, sin que bastara todo el empeño del gobierno y de sus ciegos admiradores para impedir que el nombre de Comonfort se pronunciara con gratitud y con respeto. Si este nombre solo habia sido una garantia para la revolucion desde que se le vió figurar en ella, doble estimacion la dieron el rasgo que acababa de relatarse, y otros muchos parecidos, reflejándose la aureola de popularidad que rodeaba al caudillo generoso, en la causa que tan noblemente defendia.

Preciso es añadir que el pronóstico del general Alvarez salió cierto: la generosidad de Comonfort no fué bien recompensada. Holzinger y Zambonino volvieron á lidiar contra la revolucion, y blandieron las armas contra el hombre que les habia salvado la vida. (1)

En virtud de las órdenes que el gobierno habia dictado sobre destruccion y confiscacion de propiedades, no solo fueron incendiadas ó confiscadas las de los que le hacian la guerra con las armas en la mano, sino que sufrieron la misma suerte las haciendas de algunos que no habian cometido mas delito que ser de contraria opinion á la politica dominante, y tomar silenciosamente el camino del destierro cuando el poder se los mandó. D. Ignacio Comonfort fué una de las víctimas de aquella legislacion estraña. Con fecha 27 de Junio el comandante principal de Costa Chica participó al gobierno desde Ometepac, que habiendo sabido que Don Manuel Santa María, vecino de aquel pueblo, como albacea y heredero de su padre Don Francisco, tenia en su poder siete mil y trescientos pesos pertenecientes á Don Ignacio Comonfort, le habia exigido esta cantidad; que Santa María se la habia entregado, y que la habia invertido en el sostenimiento de la tropa, conforme á las órdenes superiores. El ministro de la guerra contestó á esta comunicacion, diciendo simplemente que el gobierno quedaba enterado.

A fines de Junio se pronunciaron Acatepec y otros pueblos del distrito de Tlapa; y habiendo llamado al capitán

(1) Don Sebastian Holzinger fué nombrado con fecha 20 de Agosto de 1854, comandante de la escuadrilla que bloqueaba á Acapulco; y entre las largas instrucciones que le dió el gobierno, muchas de ellas se reducian á que ofreciera empleos y dinero á los que entregaran la plaza.

Don Juan Francisco Mariano para que los auxiliara en su empresa, éste tuvo un encuentro en el cerro de las Minas con las tropas que salieron de la cabecera del distrito, quedando mas de la mitad de éste por la revolucion, á consecuencia de aquel combate que tuvo lugar el 1.º de Julio.

Al mismo tiempo que en el Sur, la revolucion tomaba poderoso incremento en el departamento de Michoacán. Desde el mes de Enero el antiguo patriota Don Gordiano Guzman habia reunido algunas fuerzas en el Potrero cerca de Coahuayano; y el 27 de Febrero el gobierno habia dado orden para que se le persiguiera, y fuese remitido preso á la capital, porque estaba de acuerdo con los anarquistas del Sur. Guzman habia formado ya tres compañías, pero estas mismas le abandonaron el 23 de Marzo en la hacienda de la Orilla, desde donde fué conducido preso á Huétamo, en cuyo punto estaba el coronel Bahamonde. Con Guzman estaban su hijo Don Antonio, Don Pedro Nava, Don Juan Garcia, Don Juan Villaseñor, y Don José María Ramos, que era su secretario. Los dos primeros fueron puestos en libertad por el comandante de Zacatula; y en cuanto á los otros, el comandante general de Michoacán, conforme á las órdenes que tenia del gobierno, mandó á Bahamonde que los remitiera á Morelia para formarles la correspondiente sumaria, menos Don Gordiano Guzman que debia ser fusilado inmediatamente, segun lo habia determinado el gobierno hallandose ausente Santa-Anna en el Sur. Esta orden se cumplió el 11 de Abril en Cutzamala; y un sentimiento de inesplicable terror agitó los espíritus en todo el departamento, al saberse que las balas de una sentencia implacable y fria habian traspasado la venerable cabeza de aquel anciano, á quien habian respetado las balas de tantos combates. Don Gordiano Guzman habia tomado parte en la primera guerra de la independencia, y habia figurado siempre desde entonces como uno de los mas valientes caudillos populares, aunque vivió constantemente en la soledad del campo y lejos de las intrigas políticas. (2)

No por este sacrificio se destruyó en Michoacán el germen de la revolucion, sino que brotó mas activo y vigoroso en la tierra regada con aquella sangre. Desde el mes de Abril se habia pronunciado en el Sur de aquel departamen Don

(2) El general Santa-Anna se alegró, sin duda, de la muerte de Gordiano Guzman; pero hablando de ella una vez con algunos de sus amigos, y delante de todos sus ministros, dijo terminantemente estas palabras: „Gordiano Guzman era un pícaro que bien merecia la muerte; pero yo no le mandé fusilar.”

Antonio Diaz Salgado, que tanto dió que hacer despues al gobierno en los confines de Guerrero, México y Michoacán, combinando sus operaciones con los guerrilleros Berdeja y Tavares en las inmediaciones del rio de las Balsas. A principios de Mayo se pronunciaron en Coeneo Don Epitacio Huerta y Don Manuel Pueblita en compañía de Rangel, y de algunos otros que tanta celebridad adquirieron en aquella campaña, y que hicieron rivalizar á Michoacán con Guerrero en los servicios prestados á la revolucion.

En vano el gobierno se desvela dictando medidas terribles, poniendo en accion todos sus recursos, y regañando á los gefes militares. Diaz Salgado ataca á Huétamo, y tiene Bahamonde que retirarse de allí á treinta leguas de distancia; toma á Istapa de la Sal en compañía de Pinzon, Guzman y Tejeda, derrotando al coronel Romero, haciendo fusilar á dos capitanes y poniendo en libertad á cuarenta y cuatro soldados cogitos en la accion; derrota á Don Rosendo Moreno en San Miguel Anuco, y prepara una serie de operaciones que dieron por resultado la adhesion al plan de Ayutla, de todos los pueblos de Michoacán limítrofes con Guerrero.

Por su parte, Rangel, Huerta y Pueblita derrotan al escuadron activo de Querétaro en las inmediaciones de Uruapan; se cubren de gloria en el Llano del Cuatro; toman el pueblo de la Aguililla, y reducen al último extremo de desesperacion á las fuerzas del gobierno mandadas á perseguirlas.

La jornada del Llano del Cuatro fué notable por el resultado con que se batieron allí ambas fuerzas. El coronel Huerta se dió personalmente la accion, dando una carga á la lanza, que no pudieron resistir los del gobierno, aunque respondieron á ella con inulito arrojo. En la toma de la Aguililla fué tambien notable la brillante accion del capitán Don Pascual Rodriguez: al frente de 150 hombres saltó sobre los parapetos, cargando á fuego y sangre sobre los contrarios, y se hizo dueño del punto en medio de un monton de hombres que yacian por el suelo, recién sacrificados en el furor de la pelea.

Desde que vió el gobierno que la revolucion empezaba tan pujante en Michoacán, comenzó á disgustarse con el comandante general del departamento, y ya desde el mes de Mayo habia dirigido agrios extrañamientos al general Ugarte, que desempeñaba aquel destino, porque no hacia fusilar inmediatamente á los enemigos del gobierno que caian en sus manos. Todo lo malo que le acontecia, lo achacaba el gobierno de Santa Anna á la lealtad de sus autoridades, sin advertir que si le iba mal en los puntos donde los gefes guardaban á la humanidad algunas consideraciones, no le iba ma-

por en otros donde se aplicaba á toda su satisfaccion el sistema terrorífico que habia adoptado.

Para hacer la guerra á los pronunciados envió á Don Manuel Andrade como general en jefe de las tropas que debían operar en el Sur del departamento, y poco despues nombró comandante general á Don Anastasio Torrejon, á quien dió instrucciones terribles para desterrar y matar á los conspiradores y á los rebeldes, encargándole que no anduviera en contemplaciones de ninguna especie con ellos.

Nada de esto impidió que la revolucion hiciera progresos en Michoacan, ni que se extendiera por otros departamentos, como en el de México donde se pronunciaron Sultepec y Temascaltepec, así como tampoco fué parte para que dejara de progresar en el de Guerrero, donde se encontraban cada dia mas poderosos los enemigos de la dictadura.

Tan mal paradas iban por allí las cosas de la guerra, que á principios de Julio se hizo un fuerte extrañamiento al comandante general porque se aumentaban los fueros; y las disculpas que dió Perez Palacios, demostraban claramente que aquel mal no consistía en falta de celo por su parte, sino en sobra de desprestijio por parte del gobierno, y de ardor en sus enemigos.

Los Villalvas principalmente habían llegado á ser el terror de la comarca en las márgenes del rio que eran el teatro de sus operaciones. Don Faustino habia juntado ya por el mes de Junio de 1854, mas de mil trescientos hombres que operaban en diferentes puntos de la demarcacion del Mescala, y se habia fortificado en el cerro del Limon, desde donde podia hacer gran daño á los enemigos. Dispuso el gobierno, en consecuencia, que una brigada de mil quinientos hombres y dos piezas de montaña, á las órdenes del general Zuloaga, fuese á desalojar de allí al formidable guerrillero y á su gente; y con este motivo tuvo lugar uno de los mas sangrientos combates de la época.

Zuloaga salió de Iguala con sus soldados, y llegó el 12 de Julio al cerro del Limon, antes que Villalva pudiese reunir para la mejor defensa de aquel punto, sus diferentes guerrillas que andaban diseminadas por otros puntos de la demarcacion militar; de manera que cuando llegó al Limon la brigada enemiga, Villalva no tenia á sus órdenes inmediatas mas que unos descientos hombres. A pesar de esto, esperó á pie firme al enemigo, y le hostilizó constantemente durante los ocho dias que Zuloaga empleó en examinar el terreno, y en ocupar los puntos de donde debía partir á dar el golpe decisivo.

El coronel Villalva defendía la altura principal con se-

tenta hombres; su hijo el comandante Don Jesus ocupaba otra inmediata con treinta, y el resto de la fuerza se hallaba bastante lejos de allí á las órdenes de los capitanes Bustamante y Rebolledo.

Zuloaga atacó casi al mismo tiempo á los dos Villalvas al amenercer del dia 21, cargando sobre el punto principal con mil hombres, y sobre el otro con quinientos, llevando cada una de las dos secciones una pieza de artillería. Los dos guerrilleros hicieron prodigios de valor; más de una vez retrocedieron las columnas asaltantes, pasadas de aquella desesperada resistencia; el combate habia durado ya cuatro horas, sin que desmayaran un punto los defensores del cerro; y tal vez la revolucion habria logrado aquel dia el mas glorioso de sus triunfos, si los valientes del Limon no hubieran tenido la desgracia de perder á su jefe en la refriega.

Don Faustino Villalva se batía como un leon, animando á los suyos con la voz y con el ejemplo, cuando un casco de granada le hirió mortalmente en el rostro: cayó al suelo sin sentido, y pocos instantes despues espiró; los suyos, desfallecidos de fatiga, escasos de municiones, y aterrorizados con la muerte de su caudillo, no pensaron ya en prolongar una resistencia que era enteramente inútil; y los de Zuloaga ocuparon el cerro del Limon á las nueve de la mañana del 21 de Julio, sin que los valientes derrotados de aquel dia hubiesen podido recoger el cadáver ensangrentado de su jefe.

Cuando Don Jesus Villalva echó de menos á su padre, juntó vengar su muerte, pero no se entregó á un llanto estéril. Comprendió al punto las nuevas obligaciones que aquella desgracia le imponía; juntó los restos de su abatida gente; alzó su voz y blandió su espada para animarla; abandonó con ella el lugar del desastre; y atravesando apresuradamente el rio al pié del cerro del Limon, tomó el camino de la Brea para reunirse allí con Don Juan Alvarez.

Conocióse entonces que Don Jesus Villalva no era solamente un guerrillero de gran corazon, sino tambien un jefe de notable inteligencia. Sabia el quanto valia en aquellas comarcas el nombre de su padre, y cuan grande podia ser el desaliento que causaria en ellas la noticia de su muerte. Determinó, pues, ocultarla quanto le fuese posible; y el dia 22 á las cuatro de la tarde escribió en Tomislahuacan un parte dirigido al general en jefe, en el cual tomaba el nombre de su mismo padre, referia las ocurrencias del dia anterior, y manifestaba las razones que habia tenido para retirarse del cerro atacado. El fugido Don Faustino Villalva decía que habia recibido un lijero golpe en la cara; que su

hermano Don Manuel había perecido en el combate; que su gente se había dispersado por un error de su corneta de órdenes; que había perdido 200 hombres el enemigo; que había reunido ya casi en su totalidad la sección de su mando; que en pocos días iba á triplicar su fuerza; y que podía ocupar con dobles ventajas el Limón, si el general en jefe se lo ordenaba.

La fición de este parte en aquellas circunstancias, reveló el entusiasmo de un hijo por el autor de sus días, el amor de un partidario á su causa, y la noble ambición de un valiente por la gloria. Ya se verá que el joven caudillo llevó dignamente la herencia de su nombre guerrero, en los mismos lugares que habían sido el teatro de las hazañas de su padre.

La cabeza de este fué llevada á Mescala; y clavada en un poste, á trescientos pasos de aquel pueblo, estuvo así hasta la noche del 26 de Diciembre, en que una partida de pronunciados logó quitarla de allí, después de una refriega con el destacamento del gobierno. El digno hijo de Villalva y sus valerosos compañeros, pudieron de este modo hacer los últimos honores al triste resto de su padre y de su caudillo.

Don Jesús Villalva tenía tan buenas relaciones por todo aquel rumbo, que nunca dejaba de saber los movimientos de los enemigos, y era imposible sorprenderle. El gobierno de México se dedicó con tenaz empeño á perseguirle, dictando frecuentes órdenes para ello á los gefes militares, y empleando numerosos espías para averiguar el misterio de sus movimientos felices y el de la imposibilidad de darle un golpe. En una ocasión fueron aprehendidos Don Manuel Gómez, cura de Calatzenango, y otras siete personas que mantenían relaciones con el joven guerrillero; y con fecha 14 de Julio el gobierno previno al comandante general del departamento, que aquel sacerdote y los demás individuos implicados en el mismo delito, fueran juzgados con arreglo á la ley de conspiradores, y castigados (es decir, fusilados) *sin consideracion á categoria ni juicio*. (3)

Respecto á ejecuciones, el 16 de Julio se hizo una en Morelia, que aterrorizó á los habitantes de aquella ciudad y de todo el departamento. Condenado á muerte por un consejo de guerra Don José María Ramos, toda la ciudad se interesó por él para que se suspendiera la ejecución mien-

(3) Con fecha 5 de Setiembre de 1853. Santa Anna había expedido un decreto, declarando que no había hecho en los delitos de conspiración.

tras se pedía la gracia de indulto; pero las autoridades se negaron á ello, á pesar de las instancias del obispo de aquella diócesis y de otras personas notables. El obispo por medio del telégrafo pidió desde Sinaloa al gobierno la suspensión de la sentencia, ínterin se despachaba la solicitud de indulto hecha por la familia del sentenciado, por el provisor y otras personas; y el gobierno contestó, también por el telégrafo, que se suspendiera la ejecución, *si Ramos no había sido condenado por conspirador ó por ladrón en cuadrilla*. Esto era negarse terminantemente á obsequiar la rúplica del obispo, porque el gobierno sabía bien la causa de la sentencia. No hubo misericordia y Ramos fué fusilado antes que se recibiera en Morelia aquella contestacion, que de nada habría servido por otra parte para evitar el sacrificio de aquel infeliz. Era un hombre honrado y bienquisto en Michoacán, y su muerte dejó en la orfandad á una numerosa familia. Fué condenado á muerte por haber acompañado á Don Guadalupe Guzmán, su favorecedor, en las desgraciadas tentativas que hizo contra los tiranos de su patria.

El 13 de Julio Don Juan José de la Garza se pronunció en Ciudad Victoria, capital del departamento de Tamaulipas. El gobierno envió contra él fuerzas numerosas, que pusieron sitio á la ciudad, la cual fué abandonada á los pocos días por los pronunciados, después de haberse defendido valerosamente contra triple número de hombres. A pesar de esto, la chispa de la revolucion quedó encendida en Tamaulipas, y en actitud de comunicarse á los vecinos departamentos como sucedió poco mas tarde.

Sufrió mucho Ciudad Victoria en aquel sitio, porque las tropas del gobierno llevaban órdenes terribles para entrar en la poblacion á sangre y fuego. Palmo á palmo la defendieron los valientes que mandaba Garza, y palmo á palmo fueron entrando en ella los sitiadores, empleando para ello los mas atroces recursos de la guerra, el incendio y la destruccion de los edificios. Hubo calles enteras que quedaron reducidas á escombros; se perdieron muchas vidas y desaparecieron muchas fortunas. Por fin Garza y los suyos tuvieron que retirarse, y las tropas del gobierno ocuparon aquella ciudad desolada, entre cuyas ruinas yacian muertos sus vecinos.

Don Juan de la Garza con los restos de su gente se fué al Norte del departamento, donde mantuvo vivo el fúculo de la revolucion, contribuyendo después poderosamente á su triunfo en aquella parte de la República.

Corrió entonces una especie, que revelaba bien á las claras los sentimientos de que estaban animados los hombres del gobierno dictatorial. Cuando se enviaron tropas sobre Ciu-

dad Victoria, el gobierno tenía la seguridad de que los pronunciados habían de sucumbir, y todos tenían que este había de ser el resultado, á no ser que otros pueblos de Tamauipilas secundáran el movimiento de la capital. Hablaban de esto un dia los ministros con el general Santa Anna, y ponderaban indignados el crimen de la ciudad rebelde, que tan fácilmente se había sometido á las torpes exigencias de un puñado de facciosos: decían en tono hiperbólico, que era menester destruir y sembrar de sal para escarmiento de otras poblaciones que pudieran verse en el mismo caso; y escitado con esta convesacion, el presidente tuvo uno de aquellos arrebatos, que tan frecuentes eran en su carácter: dijo que había de levantar una hora en medio de la plaza de Ciudad Victoria, y que había de situar cañones en las boca-calles, para batir á metralla á todos los vecinos, á fin de que los rebeldes vieran la suerte que les aguardaba. Ninguno de los ministros dijo una palabra contra aquellos bárbaros propósitos: si alguno de ellos los desaprobaba en su corazón, ninguno se atrevió á contradecirlos. Quizá se habrían puesto en práctica, si no hubiera estado presente un ciudadano, que sin pertenecer al gobierno, solía levantar la voz allí en favor de la humanidad y de la civilización. Era el general Don Ignacio Basadre.

Aquí corresponde relatar un hecho, que aunque no pertenece á la revolución, objeto de esta historia, debe figurar en ella por su importancia, y porque vino á revelar una de las principales pasiones que hicieron tan impopular á la dictadura. El conde de Raousset Boulbon, súbdito francés, desembarcó en Guaymas en el mes de Julio de 1854, á la cabeza de trescientos franceses que había organizado en California. Era comandante general de Sonora el general Don José María Yañez; y una noche á deshora se presentó en su habitación el aventurero, solo y desarmado. Habló mal del gobierno, de quien decía que le había engañado villanamente, y dijo sin rodeos que venia en busca de una reparación de los perjuicios que se le habían hecho. Respondióle el general Yañez con dignidad y le declaró su resolución de desbaratar con las armas ó de cualquier modo sus proyectos.

Salió Raousset de allí, y fué á disponer su gente para atacar á Yañez, mientras que éste por su lado se puso á organizar la corta fuerza que tenía, para batir á los invasores. Estos eran trescientos, todos franceses, gente decidida, y entusiasmada además por el genio emprendedor y las palabras de fuego de su caudillo, que les había ofrecido una existencia de placeres en las opulentas regiones que iban á conquistar. No eran tantos los hombres de Yañez, aunque á

ellos se reunieron algunos vecinos de Guaymas, que quisieron tomar parte en la lucha con los enemigos extranjeros.

Puesto Yañez á la cabeza de su gente, y dirigiendo el conde Raousset á la suya, trabose un combate sangriento en el cual se hicieron prodigios de valor por una y otra parte. Los franceses peleaban por la vida; los mexicanos por la independencia y por la honra: unos y otros eran valientes; unos y otros tenían caudillos esforzados, que los animaban con la palabra y con el ejemplo: Raousset, aunque capitán entonces de aventureros; era digno adversario de Yañez. Por fin despues de algunas horas, de combate, traspasó el general mexicano: los invasores y su caudillo fueron hechos prisioneros, y quedaron todos á merced del vencedor.

Yañez hizo formar cañon al conde Raousset, que fué condenado á muerte, y fusilado el 12 de Agosto. Los franceses fueron perdonados por el general á nombre del gobierno, mientras éste determinaba lo que fuese de su agrado.

La victoria de Guaymas tuvo lugar el 13 de Julio, y en la capital se supo á principios de Agosto. Causó en toda la República extraordinario contento, y aplaudióse con entusiasmo al general victorioso. Era aquel un triunfo que no solo halagaba el amor propio de los mexicanos, sino que venia á sacarlos de las inquietudes que aquella expedicion les causaba. No era la primera vez que Raousset pisaba en son de guerra el territorio de la República, ni que hacia armas contra sus autoridades: en 1852, acanallando una partida de franceses que iban á proteger la explotacion de las minas de Arizona, se había descompuesto con el comandante general de Sonora, con quien había venido á las manos en Hermosillo; y el comandante general, que lo era Don Miguel Blanco, había estado muy distante de tener la misma fortuna que Yañez en Guaymas. Estos antecedentes hacian temer que el atrevido aventurero triunfase fácilmente de las escasas fuerzas que podian resistirle en 1854, en los mismos lugares donde con doscientos cincuenta hombres se había burlado de cerca de dos mil en 1852. Por eso fué tan grande el júbilo con que se recibió la noticia de su derrota.

En cuanto al gobierno, la primera impresion de gozo que le causó la noticia, fué superior á la que experimentó la generalidad de los mexicanos. Raousset había apelado al descontento público, había invocado la libertad contra la tiranía, y había manifestado mas deseos de saciar su venganza derrocando al gobierno, que de satisfacer su ambicion apoderándose de una parte del territorio. Victorioso en Guaymas, no solo se hacia dueño de Sonora y de los departamentos vecinos, sino que podia traer la guerra al interior de la Re-

pública, sublevar las pasiones contra un poder mal querido, y causar por fin una general conflagración. La cuestión era de vida ó de muerte para el gobierno, y éste conoció claramente que Yañez le había salvado de una ruina segura. Así pues, el primer impulso del dictador fué premiar con largueza el servicio que acababa de prestar el vencedor de Guaymas, y en ello estaban de acuerdo todos los ministros menos uno.

Este se presentó por la noche al general Santa Anna; y en vez de participar de la común alegría, y de tomar parte en los plácemes y congratulaciones á que daba lugar el caso, expresó á ponderar la popularidad inmensa que había adquirido Yañez por un acontecimiento feliz que no se debía ni á su pericia ni á su valor; ponderó lo peligrosa que podía ser aquella popularidad tratándose de un jefe que residía tan lejos de la capital de la República, y que había dado pruebas de ser poco cumplido en obedecer los mandatos del gobierno; y concluyó manifestando que lejos de ser acreedor á ningún premio, aquel general merecía un severo castigo por su inobediencia, por su imprevisión, y por haber comprometido el resultado de un lance que no había sido dichoso sino por el valor de la tropa y de los vecinos de Guaymas, á pesar de las faltas que el comandante general había cometido.

Duro se le hacía al general Santa Anna decretar castigos para quien en los primeros momentos de su gozo había juzgado digno de recompensas; pero el ministro cargó la mano en lo del aura popular, diciendo que toda la nación aplaudía al general afectuado, como si fuera el primer hombre de México. La pasión más fuerte del general Santa Anna se despertó entonces con su implacable violencia; y el ministro para que no desmayara en los injustos propósitos que veía casi asomar en el alterado semblante del presidente, le habló de Manlio, el cónsul romano que hizo matar á su propio hijo porque había dado una batalla contra la orden que tenía, no obstante que había alcanzado una gran victoria.

Dos días después los habitantes de México, llenos de asombro, vieron que en el *Diario Oficial* se viciaba con la mayor acritud la conducta de Yañez, que se le destituyó de su destino de gobernador y comandante general de Sonora, y que se le sometía á un consejo de guerra. Los ministros, que le habían aplaudido como todos los demás, al recibirse la noticia de su triunfo, le olubra y entonces á la par con su señor y con su compañero; y algún tiempo después se publicó un folleto que se atribuyó al de relaciones, en el cual estaban recopilados los cargos que el gobierno hacía al general Yañez.

Entre ellos figuraban como muy principales, el no haber asegurado á Raousset cuando se presentó en su casa, solo y desarmado; el haberle dado tiempo de prepararse para el combate; el no haberle fusilado inmediatamente después de prenderle, sin formarle causa, y el no haber hecho lo mismo con todos los demás franceses que cayeron prisioneros: es decir, que el gobierno acriminaba á Yañez por que había sido caballero, valiente, humano, político y generoso.

La inutilidad de los cargos acabó de glorificar al vencedor de Guaymas. Todos sus compatriotas, aunque por entonces guardaron silencio, le hicieron justicia en el fondo de su corazón; y los franceses residentes en la República, le dieron un voto de gracias por su conducta noble y generosa. Escusado es añadir que sus jueces le hicieron también justicia, absolviéndole.

Tenemos que volver un poco atrás para explicar los acontecimientos que se han referido.

Raousset había quedado profundamente despechado desde que había tenido que abandonar la República en 1852, después de su inútil triunfo de Hermosillo; y andaba reclutando gente en California para imbadir con ella á México. Súpolo el gobierno de Santa-Anna desde los primeros días de su instalación; y queriendo librarse de aquel enemigo peligroso, hizo que llegaran á su noticia, por medio de la legación francesa, los deseos que tenía de tratar con él sobre un vasto proyecto de colonización en la frontera del Norte, para lo cual se le proporcionarían todos los recursos que fueran necesarios. Raousset respondió que inmediatamente iba á ponerse en camino para México; y entonces fué cuando los periódicos ministeriales anunciaron que aquel hombre, admirador del general Santa-Anna, y prendado de la política de su administración, no solamente había abandonado sus proyectos piráticos, sino que ponía al servicio de México su talento y su espada.

Poco tiempo después vino Raousset á la capital, donde el gobierno le entretuvo largo tiempo, hablando inútilmente del proyecto de colonización. Los días se pasaban entretanto, sin que nada se hiciera, y sin que el gobierno diera trazas de cumplir las ofertas que directa ó indirectamente había hecho á Raousset: tratábase de cierta cantidad de dinero para establecer una colonia militar en Sonora y en otros departamentos fronterizos. Instaba el conde al gobierno, y el gobierno le entretiene con buenas palabras, hasta que al fin, estrechado éste fuertemente á dar una resolución, acabó por ofrecer á Raousset el grado de coronel en el ejército.

El arrogante francés se dió por ofendido de aquella sa-

hido; vió en ella el complemento de una burla que se le había hecho desde el principio para entretenerle aquí; y salió de México ardiendo en ira y meditando proyectos de venganza. Embarcóse en Acapulco para California, y empezó á reclutar gente con una actividad febril para volver á las costas de México. El cónsul francés de San Francisco ayudado por el mexicano, desbarató una vez sus planes; pero él volvió á la tarea con una constancia incansable, y reunió al fin la gente con la cual le hemos visto desembarcar y sucumbir en Guaymas.

Desde que Raousset se presentó al general Santa-Anna, conoció que nada tenía que esperar de él; y á su vez Santa-Anna, desde que vió al conde, se propuso no hacer con él ningún arreglo. Así es que mutuamente se engañaban mientras Raousset permaneció en México, cuando el uno solicitaba seriamente lo que sabía no le habían de conceder y el otro entretenía unas esperanzas que no tenía ánimo de realizar. A Santa-Anna le habrían convenido mucho un valor y una ambición vulgares: un valor capaz de sostener diarias luchas con los bárbaros y los aventureros de la frontera, y una ambición que se conformara con el primer destino de una colonia militar. Pero Santa-Anna conoció que el valor y la ambición del conde Raousset rayaban mas alto, y no se atrevió á dar un rincón de tierra al que era muy capaz de alzarse con toda. Aquel hombre no había nacido para obedecer, sino para mandar, ó para morir desastrosamente como murió.

El conde de Raousset Bourbon, verdadero héroe de novela, personaje enteramente dramático, era un jóven como de 36 años de edad, de familia ilustre, de gallarda presencia, finos y cortesanos modales, claro talento y buena instrucción. Valiente hasta la temeridad, y ambicioso hasta el extremo, no llevó por buen camino aquellas cualidades: bien empleadas, le habrían hecho vivir lleno de gloria, como uno de los mas famosos paladines de la época; mal empleadas, le llevaron á morir como un aventurero, ó como un pirata.

## CAPÍTULO SESTO.

## PELIGROS DE LA REVOLUCION POR FALTA DE RECURSOS.

Vuelven los del Sur á tomar las armas despues de labrar sus tierras.—Mentiras que se inventan en México.—Trata el gobierno de seducir á algunos caudillos.—Toma de Coyuca.—Alvarez y Villareal en Costa Chica.—Rápidos movimientos de Jesus Villalva.—La montaña de Tlapa.—Don Rosendo Moreno en Ajuchitlan.—Triunfos de Diaz Salgado, Huerta, Pinzon y Puebla.—Horrores de la guerra.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Medidas que toma para salvarlos.—Devastaciones.—Incendio de Tierra-Colorada.—Es fusilado Don Ignacio Campos.—Incendio de la Brea.—Instrucciones al general Castillo.—Permenores de su expedicion.—Da órden el gobierno para tomar caballos de particulares ó de las haciendas.—Ataque de Morelia.—Muerte del general Echeagaray.—Ingratitud del gobierno.—Escasez de recursos en el Sur.—Afanes de Comonfort.—Proyecta un viage al Norte para proporcionarse recursos.—Se embarca para San Francisco de California.—Inutilidad de sus diligencias allí.—Pasa á Nueva York.—Nuevas dificultades.—Vindica á la revolucion por los periódicos.—Horribles afecciones.—Nueva tentacion.—Rechaza propuestas halagüeñas.—Don Gregorio de Ajuria.—Préstamo que hace á la revolucion.—Vuelve Comonfort á Acapulco con armas, municiones y pertrechos de guerra.—Su saludo á los surianos.—Oportunidad de aquellos auxilios.—Zuloaga en la Costa Grande.—Accion del Calvario.—Llega Zuloaga á la hacienda del Nuzco.—Le sitian allí Alvarez, Villareal y Moreno.—Barberena en San Marcos.—Proclama de Alvarez á la brigada Zuloaga.—Estado de la revolucion al terminar el año de 1854.

DURANTE tres ó cuatro meses, los habitantes del Sur habían estado delicados é sus faenas del campo. Aquellos hombres que con tanto heroismo habían hecho frente al ejército de Santa-Anna en el Coquillo, en Acapulco, en el Peregrino, y que tanto habían sufrido en sus pepueñas fortunas por los incendios y devastaciones con que asolaron su tierra las tropas del gobierno, soltaron las armas luego que se

hido; vió en ella el complemento de una burla que se le había hecho desde el principio para entretenerle aquí; y salió de México ardiendo en ira y meditando proyectos de venganza. Embarcóse en Acapulco para California, y empezó á reclutar gente con una actividad febril para volver á las costas de México. El cónsul francés de San Francisco ayudado por el mexicano, desbarató una vez sus planes; pero él volvió á la tarea con una constancia incansable, y reunió al fin la gente con la cual le hemos visto desembarcar y sucumbir en Guaymas.

Desde que Raousset se presentó al general Santa-Anna, conoció que nada tenía que esperar de él; y á su vez Santa-Anna, desde que vió al conde, se propuso no hacer con él ningún arreglo. Así es que mutuamente se engañaban mientras Raousset permaneció en México, cuando el uno solicitaba seriamente lo que sabía no le habían de conceder y el otro entretenía unas esperanzas que no tenía ánimo de realizar. A Santa-Anna le habrían convenido mucho un valor y una ambición vulgares: un valor capaz de sostener diarias luchas con los bárbaros y los aventureros de la frontera, y una ambición que se conformara con el primer destino de una colonia militar. Pero Santa-Anna conoció que el valor y la ambición del conde Raousset rayaban mas alto, y no se atrevió á dar un rincón de tierra al que era muy capaz de alzarse con toda. Aquel hombre no había nacido para obedecer, sino para mandar, ó para morir desastrosamente como murió.

El conde de Raousset Bourbon, verdadero héroe de novela, personaje enteramente dramático, era un jóven como de 36 años de edad, de familia ilustre, de gallarda presencia, finos y cortesanos modales, claro talento y buena instrucción. Valiente hasta la temeridad, y ambicioso hasta el extremo, no llevó por buen camino aquellas cualidades: bien empleadas, le habrían hecho vivir lleno de gloria, como uno de los mas famosos paladines de la época; mal empleadas, le llevaron á morir como un aventurero, ó como un pirata.

## CAPÍTULO SESTO.

## PELIGROS DE LA REVOLUCION POR FALTA DE RECURSOS.

Vuelven los del Sur á tomar las armas despues de labrar sus tierras.—Mentiras que se inventan en México.—Trata el gobierno de seducir á algunos caudillos.—Toma de Coyuca.—Alvarez y Villareal en Costa Chica.—Rápidos movimientos de Jesus Villalva.—La montaña de Tlapa.—Don Rosendo Moreno en Ajuchitlan.—Triunfos de Diaz Salgado, Huerta, Pinzon y Puebla.—Horrores de la guerra.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Medidas que toma para salvarlos.—Devastaciones.—Incendio de Tierra-Colorada.—Es fusilado Don Ignacio Campos.—Incendio de la Brea.—Instrucciones al general Castillo.—Permenores de su expedicion.—Da órden el gobierno para tomar caballos de particulares ó de las haciendas.—Ataque de Morelia.—Muerte del general Echeagaray.—Ingratitud del gobierno.—Escasez de recursos en el Sur.—Afanes de Comonfort.—Proyecta un viage al Norte para proporcionarse recursos.—Se embarca para San Francisco de California.—Inutilidad de sus diligencias allí.—Pasa á Nueva York.—Nuevas dificultades.—Vindica á la revolucion por los periódicos.—Horribles aflicciones.—Nueva tentacion.—Rechaza propuestas halagüeñas.—Don Gregorio de Ajuria.—Préstamo que hace á la revolucion.—Vuelve Comonfort á Acapulco con armas, municiones y pertrechos de guerra.—Su saludo á los surianos.—Oportunidad de aquellos auxilios.—Zuloaga en la Costa Grande.—Accion del Calvario.—Llega Zuloaga á la hacienda del Nuzco.—Le sitian allí Alvarez, Villareal y Moreno.—Barberena en San Marcos.—Proclama de Alvarez á la brigada Zuloaga.—Estado de la revolucion al terminar el año de 1854.

DURANTE tres ó cuatro meses, los habitantes del Sur habían estado delicados é sus faenas del campo. Aquellos hombres que con tanto heroismo habían hecho frente al ejército de Santa-Anna en el Coquillo, en Acapulco, en el Peregrino, y que tanto habían sufrido en sus pepueñas fortunas por los incendios y devastaciones con que asolaron su tierra las tropas del gobierno, soltaron las armas luego que se

vieron libres, para empuñar los instrumentos de la labranza. Poco trabajo y poco tiempo bastan en aquel clima privilegiado para que la tierra dé sus frutos; pero entonces Dios bendijo con mas especialidad los trabajos de aquellas gentes; de tal modo, que á fines de Agosto pudieron ver logradas sus cosechas y asegurada su subsistencia para el año entrante, quedando en aptitud de volver á empuñar las armas para seguir sosteniendo la causa que habian emprendido.

Entre tanto, el gobierno de México, sin dejar de dar impulso á los movimientos militares, y continuando en su sistema de devastaciones contra las comarcas pronunciadas, habia intentado contener los progresos de la revolucion, propagando falsedades que no sirvieron mas que para poner en evidencia su mala fortuna. Hizo correr la voz de que habia muerto el general Alvarez á consecuencia de una enfermedad en las piernas; de que habia fallecido tambien el general Villareal, por efecto de las heridas que habia recibido en el Coquillo; de que habia entre los caudillos de la revolucion grandes enemistades; y pintó, en fin, á los pronunciados del Sur dispersos como ovejas sin pastor, divididos entre sí por miserables rencillas, y próximos á espirar por falta de recursos para subsistir, y de medios para continuar la lucha. Casi al mismo tiempo que empleaba estos medios, puso en práctica otros para atraerse á algunos gefes revolucionarios, haciéndoles ventajosas propuestas, si abandonaban su causa y se adherían al gobierno; y entre otros, fué solicitado de este modo Don Pascual Ascensio Torres, que se hallaba fortificado en el cerro del Gallo, y que rechazó noblemente las proposiciones que se le hicieron, renovando sus propósitos de vencer ó morir por la causa de la revolucion.

Desde el 9 de Julio habia tomado á Coyuca Don Anacleto Tabares, y allí se reunieron por el mes de Agosto fuerzas considerables que se fortificaron en los cerros inmediatos con el objeto de hostilizar constantemente á la guarnicion de Ajuchitlan, que estrechaba por todas partes, y careciendo de recursos, se encontraba en el mayor aprieto.

En el mes de Agosto da principio una serie de operaciones tan rápidas é imprevistas, que no puede menos de romperse con ellas el hilo de la narracion histórica, del mismo modo que desbarataron ellas todos los cálculos y planes del gobierno.

El comandante de Teloloapan Don Jesus Valladares, es derrotado y muerto por el comandante Lagunas al tiempo que iba á quemar el pueblo de San Miguel. Alvarez y Villareal, al frente de una fuerte division, compuesta de aquellos buenos surianos que acababan de soltar el arado y la azada, se

dirijen á la Costa Chica con ánimo de atacar al coronel Tejada que se habia fortificado en Ayutla; éste huye de allí, y entran en la villa el 5 de Setiembre los caudillos del Ejército libertador; destruyen las fortificaciones que Don Manuel Aljovin habia levantado, y abandonan la poblacion el 10, quedándose Villareal por Costa-Chica para perseguir á Barberena y Tejada, á quienes deja incomunicados entre sí, el primero en Ometepec y el segundo en Cruz Grande, mientras que Alvarez regresa á la Providencia para reunir fuerzas considerables al Oriente de los Cajones, y amenazar á Quechultenango y Mochitlan.

El intrépido Jesus Villalva no sociega un punto, y los gefes del gobierno le encuentran por todas partes. Amenaza á Iguala en compañía de Don Agapito Beltran y de Don Higinio Rebollo, y el comandante de aquel punto dice al gobierno con fecha 13 de Setiembre, que no tiene fuerzas para resistirles: entra en Tenango, ataca la hacienda de Huacachinantla, pasa á Ostutla y Mestilán, y derrota al coronel Castrejon en el Tepehuaje: amenaza á Chiautla de la Sal, poniendo en alarma á todo el distrito de Cuernavaca, y cae como el rayo sobre las tropas del gobierno en la Cruz de Contlalco, haciendo en ellas gran destrozo.

Pronúnciase al mismo tiempo todos los pueblos de la montaña de Tlapa; y el capitán Gonzalez, enviado á recorrer la sierra para volverlos al orden, no encuentra en Acatepec mas que treinta y tres viejos, por haber volado á las armas toda la juventud de aquellos pueblos. Moreno continua sin recursos en Ajuchitlan, y tiene encima las terribles guerrillas de Berdeja, fortificado en el puerto de Coyuca, de Tavares que se halla en San Miguel Amuco, y de otros guerrilleros que lograron cortarle la comunicacion con el cuartel general de Chipalcingo. Muévense, en fin, en todas direcciones los caudillos del Sur, y ganan terreno por todas partes.

No es menos dichosa la actividad de los pronunciados de Michoacan y del departamento de México, Diaz Salgado ataca en las Cuevas, entre Zirándaro, y Huetamo, la vanguardia del general Andrade compuesta de mil hombres, y le hace varios muertos, entre los cuales se encuentra el general Don Pedro Quintana. Castañeda que se habia pronunciado en el departamento de México y otros caudillos, amenazan á Sultepec y Zacualpan. Huerta hace una correria por Guanajuato, y volviendo á Michoacan, ataca en union de Puebla y de Garcia á los del gobierno en Indaparapeo, toma á Uruapan despues de dos dias de combate, una de sus secciones se apodera del valle de Santiago en el departamento de

Guanajuato. Pinzon entra en Ario, y huye Cano de allí con trescientos hombres, pronunciándose en seguida el pueblo. Entra Puebla en Puruándiro, abandonado también por los enemigos al acercarse las fuerzas del guerrillero: atacan todos juntos á Morelia, derrotan á Don Miguel Andrade en Chilchota, y entran en Angangueo.

Nada ganarian la guerra ni la política con la relación circunstanciada de todos estos encuentros, en los cuales, si bien hay que admirar rasgos de valor en los combatientes, no puede menos de deplorarse la sangre que se derramaba en una lucha de hermanos. Enfurecidos unos y otros con la resistencia y con ese frenesí atroz que es el mal géneo de las guerras civiles, mas de una vez mancharon sus triunfos con bárbaros destrozos y con escenas de sangre, como lo hicieron los del ejército libertador en el Valle de Santiago, y los del gobierno en Paracho y otros puntos. Solo había la diferencia de que tales desmanes en los primeros eran efecto muy triste pero natural de la lucha, mientras que en los segundos era la aplicación de un sistema adoptado firmemente y con repetición prescrito por el gobierno que los mandaba.

Hacia el mes de Agosto, el gobierno había gastado ya los siete millones que había recibido por el tratado de la Mesilla, y eran grandes sus apuros teniendo que mandar tropas á los departamentos de Guerrero, Michoacán, San Luis Potosí, México, Tamaulipas y otros donde ardía la revolución. Las providencias que dictó para salvar aquellas dificultades, empeoraron su posición en vez de mejorarla. Una de ellas fué repetir á los comandantes generales de los departamentos la orden de que procedieran á confiscar los bienes de los pronunciados para acudir con el producto de ellos á los gastos de la guerra; y por otra circular autorizó á los gefes militares para que tomaran en las haciendas los ganados y demás objetos que necesitaran para sus tropas.

Más atroces aún que estas medidas, eran las órdenes que solian darse á los gefes para difundir el terror en las comarcas pronunciadas, y el implacable rigor con que eran fusilados los partidarios de la libertad que caían en manos del gobierno. El 7 de Octubre el coronel Camargo se dirigió á la hacienda de Tierra Colorada, con orden de reducir á cenizas. Habían huido de allí todos los hombres á la aproximación de las tropas, y solo se encontraron con mujeres desoladas y niños inocentes, que en vano se arrastraban á los pies de aquellos soldados, pidiéndoles que les dejaran un techo en que abrigarse. No hubo clemencia: las órdenes separamas se cumplieron: la hacienda fué incendiada, y en pocas horas no era mas que un monton de escombros

y de cenizas, sobre las cuales se veían vagar las mugeres y los niños, llorando sin consuelo una desventura que no podían comprender.

El 26 del mismo mes fué fusilado Don Ignacio Campos, vecino de Tixtla, no obstante las representaciones que hicieron en su favor los vecinos de aquella ciudad, abonando su conducta y recomendándole á la indulgencia del gobierno por sus buenos antecedentes. Esta popularidad de la víctima era tal vez lo que mas enojo causaba al gobierno. No fueron escuchadas las súplicas del vecindario, ni encontraron conmiseracion los clamores de una esposa, de una madre anciana y enferma, de una hermana y de cinco hijos pequeños: Campos murió fusilado, dejando en la miseria á toda esta familia que no tenia mas amparo que él.

El 1.º de Noviembre recibe orden Don Severo Castillo para ir con una fuerte seccion á la hacienda de la Brea, á destruir (decia el oficio del ministerio de la guerra) "esta madriguera del criminal Don Juan Alvarez, y cuantos recursos de subsistencia tengan por allí los facciosos." Y como si se tratara de estrechar una plaza fuerte ó de comprometer alguna batalla campal con un grande ejército enemigo, se dieron órdenes á otros gefes militares para que obrasen en combinacion con aquel movimiento, y protegiesen la operacion encomendada á Castillo, llamando la atencion de los pronunciados por diferentes puntos y á grandes distancias. Zuloaga debia dirigirse hácia Costa Grande, Rosas Landa á los limites de los departamentos de México y Guerrero, Bahamonde debia situarse en Cutzamala, Barberena debia ocupar el Peregrino, y Tejada el Coquillo.

Dando por seguro el golpe, en virtud de unas combinaciones tan vastas, el gobierno dió á Castillo instrucciones harto notables para que puedan ser pasadas en silencio. En la tercera de ellas se le autorizaba para ofrecer un premio al que entregara al general Alvarez y á sus dos hijos: "ofreciendo (decia el ministro de la guerra) hasta mil ó dos mil pesos al que lo entregue." En la cuarta se le autorizaba también para ofrecer premios á los que entregaran la plaza de Acapulco, y particularmente se le decia que ofreciera al general Moreno su propio empleo, si cometia aquella traicion. En la sétima se le prevenia que procediera severamente contra los que habian pertenecido á la revolucion, aunque los aprehendiera en sus casas, y contra los pueblos y autoridades que de cualquier modo hubieran acogido á los reveldes, "arreglándose (decia la instruccion) á las leyes y órdenes de la materia, particularmente en cuanto á la ocupacion y aplicacion de sus bienes."

Los deseos del gobierno se cumplieron de una manera horrorosa, que faltó poco para que les saliera muy cara á sus soldados. Algunos de ellos encontraron en la casa principal de la hacienda una porcion de barriles de pólvora, que retiraron de allí antes de dar principio á su tarea. Entonces cada uno tomó su antorcha y prendió fuego al caserío por mil partes diferentes; y mientras que las llamas lo devoraban todo, estendióse la division por los campos vecinos, para matar el ganado que pacía en ellos, y no dejar con vida un animal de los que acompañan al hombre en su trabajo ó le sirven de alimento.

Los habitantes de la rancharía habían huido de aquel lugar de desolacion, y desde las espesuras donde habían ido á buscar un asilo para su existencia, estuvieron contemplando aquella espantosa ruina de sus fortunas, viéndose de repente infinitas familias privadas de su hogar y de sus bienes por los emisarios del gobierno.

La devastacion fué completa; pero antes de retirarse de allí la division, vieron sus gefes que no todo había sido consumido por las llamas. Clavado en un poste y respetado por ellas había un papel que parecía haber sido puesto allí por la misma mano que escribió en la pared del festín de Baltasar, las amenazas celestiales: „¡Temblad! decía el papel, ¡asesinos é incendiarios! ¡ya nos veremos!”

La division de Castillo hizo aún mas destrozos en las poblaciones del tránsito, incendiando entre otros caseríos, la congregacion de Zolapa; pero habiéndose reunido fuerzas para perseguirla, precipitó su marcha para Chilpancingo, á donde regresó el 10 de Diciembre.

Los guerrilleros de Michoacan crecian diariamente en fuerza y en prestigio, mientras que la posicion del gobierno era cada vez mas crítica, sin que hubieran bastado á mejorarla todas las providencias que dictaba para ello. Algunas de éstas tenían un carácter verdaderamente desesperado, y como tales habrían sido consideradas, á no ser porque todo el mundo sabía ya, que el gobierno de Santa-Anna era poco escrupuloso en los medios para lograr sus fines. Viendo la rapidez de los movimientos de las fuerzas pronunciadas en aquel departamento, quiso formar un gran cuerpo de caballería, pero como le escaseaban los recursos, dió orden al comandante general para que lo hiciera, recomendándole la mayor actividad, y diciéndole en comunicaciones de 7 y 11 de Noviembre, que cumpliera con aquella orden. „aunque sea to-  
“mando caballos de particulares ó de las haciendas pues para todo se le ha facultado.”

Prueba de la pujanza á que había llegado la revoluc-

cion en Michoacan, fué la resolucion que tomaron sus caudillos de atacar á Morelia el 24 de Noviembre. Reuniéronse al efecto las brigadas de Huerta, Pueblita y Pinzon, incorporándose la del segundo en la del primero; y despues de combinar el plan de ataque, emprendieron la marcha el 23, caminaron toda la noche, y llegaron á la vista de la capital el 24 á las cinco de la mañana. Habían determinado que Huerta y Pueblita se presentarían por el rumbo de Santuaguito, al mismo tiempo que Pinzon debía aparecer en la loma de Santa María; pero éste no llegó á tiempo por habersele estorbado lo malo del camino, y los otros dos tuvieron que esperar mas de tres horas á la vista de la ciudad, sufriendo el fuego de la artillería enemiga, y dando lugar á que la guarnicion se preparara bien á la resistencia. A pesar de este primer contratiempo, la ciudad habría caído en poder de aquellos valientes caudillos, á no ser por el oportuno refuerzo que recibió la guarnicion. Huerta y Pueblita se apoderaron de la garita de Chicacuaro, y Pinzon un poco mas tarde de la de Santa María: unos y otros llegaron hasta la plaza, en cuyas boca-calles se presentó su formidable caballería, arrollando á los enemigos en todas direcciones, y haciendo en ellos grandes destrozos, mientras que la infantería, apoderada de las alturas principales, hacía tambien mucho daño á los defensores de la plaza. Pero cuando ésta iba ya á sucumbir, se presentó de refuerzo el general Tabera con su brigada, compuesta de 1,500 hombres y seis piezas de artillería, lo cual obligó á los caudillos revolucionarios á retirarse, cuando eran ya casi dueños de la ciudad.

Murió en el combate de aquel dia el general Don Domingo Echeagaray, traspasado por una bala al pretender rechazar una de las columnas que entraban en la plaza. Aquel mismo dia había tomado el mando político y militar de Michoacan, en lugar de Torrejon que había sido destituido. Los partidarios de la revolucion hicieron justicia al general Echeagaray, diciendo que había perecido como un valiente: su gobierno, el gobierno por quien se había sacrificado, apenas tuvo una palabra que decir para deplorar su muerte ni honrar su memoria.

Tan distante estaba de pagar este tributo de justicia á los que le servían con desgracia, que habiendo nombrado despues de aquel acontecimiento, comandante general de Michoacan á Don Manuel Noriega, le decía el ministro en una de sus comunicaciones, para escitarle á perseguir activamente á los rebeldes y á no tener piedad con los *desufectos*, que sus antecesores habían sido „cobardes, ineptos, criminales y de

conducta infame." En aquella misma comunicacion, que era del 30 de Noviembre, se le prevenia al comandante general de Michoacan, que á nadie se pagaría mas que á los militares.

A principios de Diciembre de 1854, recibió la revolucion en el Sur un impulso poderoso. Lo pudieron notar hasta los que menos enterados se hallaban de la fuerza misteriosa que iba desarrollando aquellos acontecimientos. Era que estaba ya otra vez en el foco de la revolucion, para infundir aliento y brío á sus defensores, el hombre que tan buen principio habia sabido darla con su talento, con su prudencia y con su valor: Don Ignacio Comonfort habia regresado á Acapulco el 7 de Diciembre, de vuelta de su espedicion á los Estados Unidos. Conviene referir las causas de este viaje y los pormenores de él, porque es uno de los hechos mas interesantes de aquella época. El viaje de Comonfort á los Estados Unidos salvó á la revolucion, y acabó de revelar á México las virtudes de este ciudadano.

Asombro causaba á todos los habitantes de la República el que los pronunciados del Sur pudiesen sostenerse tan ariosos en su empresa contra un gobierno tan poderoso como el de Santa Anna, cuando á éste le costaba tanto trabajo hacer frente á sus compromisos, no obstante ser dueño de todas las rentas de la nacion, del producto de sus infinitas contribuciones, de cuantos préstamos, y por último, de los siete millones que le valió el tratado de la Mesilla. A pesar de esto, se ha visto ya cuales eran los medios que empleaban para llevar adelante la lucha; medios vejatorios, que si bien estaban en la cuerda de una política desatentada, no por eso dejaban de revelar las escaseces y penurias del erario.

¿Como, pues, se mantenian los caudillos del Sur, que no contaban con ninguno de los elementos del gobierno? ¿Como alimentaban y vestian á sus tropas? ¿Como las proveian de municiones, armas y pertrechos de guerra? ¿Qué hacian para subvenir á los enormes gastos que exige una campaña, en la cual importa mas tal vez lo que se inutiliza y se pierde, que lo que se aprovecha y se consume?

Desde luego se comprende que las fértiles tierras del Sur, aunque de prisa y mal cultivadas por sus habitantes, produjesen suficientes frutos para cubrir las pocas necesidades de aquellos soldados labradores tan sóbrios como valientes; bien sabido es que creaban poco el alimento y el vestido de los buenos soldados de la libertad. ¿Pero como se cubrian las necesidades de la guerra? ¿Como se prevenian de armas y municiones?

Aquí está el secreto que causaba maravilla, y que todavía no pueden explicar bien los que ignoran cuantos afanes y desvelos costó al defensor de Acapulco el proveer á estas necesidades. Bien quisto en la ciudad por sus virtudes, bien relacionado y estimado por sus prendas, pudo á los principios encontrar abiertas las arcas de sus numerosos amigos, despues que se le acabó, muy pronto, una pequeña suma que pudo realizar de su propiedad privada. (1) Pero ni aquel recurso podia durar mucho tiempo, fundado como estaba en el crédito particular de una persona, ni el pobre puerto de Acapulco tenia de ningún modo elementos para subvenir al cúmulo de atenciones que sobrevinieron mas tarde. Entonces fué cuando Don Ignacio Comonfort tuvo que desplegar todos los recursos de su actividad y de su génio, para proporcionar á los otros caudillos de la revolucion los medios de sostener la empresa, y para dar de comer á la pequeña guarnicion de la plaza que le estaba encomendada. Lo consiguió por algun tiempo aunque á costa de grandes vigias y de sacrificios bien extraños; (2) pero llegó un dia en que el gobernador de Acapulco vió próximo el momento de una miseria espantosa para la causa popular, y de un triste fin para la revolucion tan gloriosamente empezada. Los recursos se habian agotado allí: era preciso buscarlos en otra parte y de cualquier modo.

Contribió entonces Don Ignacio Comonfort el proyecto de hacer un viaje á San Francisco de California, para ver si allí encontraba modo de hacer un empréstito que sacara á la revolucion de los conflictos en que iba á verse; y comunicó su pensamiento al general Alvarez, pidiéndole permiso para ponerlo en práctica. Trabajo le costó al general acceder á ello, como quien conocia la importancia de Comonfort, que era el alma de la comun empresa por la sabiduria de sus consejos y el auxilio de su resuelto carácter; pero cedió al fin á las instancias de su compañero, y á la conviccion que le infundió, de que era necesario aquel viaje para evitar las angustias que se les preparaban, y el desastroso fin de la causa que defendian.

(1) La primera suma que entró en las cajas de la revolucion, fueron mil pesos que Don Ignacio Comonfort pudo reunir vendiendo un rancho de su propiedad.

(2) Voz hubo en que el gobernador de Acapulco, viéndose sin un real para la guarnicion, tuvo que ir de casa en casa, comprometiendo á las señoras sus amigas á que le dieran tal cual moneda que en sus almohadillas tenían guardada, y reuniendo de este modo lo puramente indispensable para dar de comer á los soldados.

Salió, pues, Comonfort de Acapulco por el mes de Junio, y pasó á San Francisco. Allí solicitó de cuantas maneras pudo, un préstamo para la revolucion; pero como por una parte habia pocos que tuvieran fé en ella, y como por otra le era preciso dirigirse á gente estraña, no encontró quien obsequiara sus deseos de la manera que habian menester su delicadeza y su patriotismo. Muchos hubo que le ofrecieron cuantos fondos fueran necesarios para llevar acabo la empresa, pero todos querian hipoteca de alguna parte del territorio nacional, ó exijan otras condiciones que no podia admitir quien llevaba por norte la seguridad y el decoro de su patria.

Perdida toda esperanza en San Francisco, pasó á Nueva York, harto desconsolado por el mal éxito de sus primeras tentativas, pero sacado del fondo de su alma enérgica las esperanzas que siempre le alentaban. No fué allí por lo pronto mas afortunado que en San Francisco. Los extranjeros le exijan siempre condiciones que no podia aceptar un buen ciudadano; y los que no lo eran, se negaban redondamente á comprometer sus capitales en una empresa que juzgaban desesperada. Tras de no conseguir su objeto, el héroe o defensor de Acapulco tuvo que devorar en Nueva York la amargura de ver desconceptuada una empresa que le debía el ser y los mejores dias de gloria que habia tenido. Habian llegado hasta allá las calumnias esparcidas por el gobierno dictatorial contra la revolucion, y habian tenido la fortuna de hacer mella en los ánimos, de tal modo que aun los enemigos de la dictadura consideraban lo del Sur como un levantamiento sin concierto ni plan fijo, y sin ninguna probabilidad de buen resultado. Comonfort, en medio de sus angustias, tuvo que vindicar á la revolucion de las malas especies que se hacian correr sobre ella, y lo hizo victoriosamente por medio de algunos periódicos de Nueva York. Su nombre, que habia llegado á la República vecina, rodeado del aplauso y del respeto de todos los hombres imparciales, bastó para devolver el prestigio á la causa con que estaba ligado.

Contra entretanto el tiempo, y aumentábanse las angustias de Comonfort á medida que se pasaban los dias sin lograr nada. Pensaba en la revolucion, que podia espirar de un momento á otro, porque le faltaban todos los elementos de vida; pensaba en sus heroicos compañeros, que tal vez estaban luchando sin esperanza con los ejércitos de la dictadura y con los horrores de la miseria; pensaba en su buena guarnicion de Acapulco, que acaso le aguardaba desnuda y hambrienta para no ser víctima de las venganzas del gobierno. Todo esto le atribulaba y le oprimia el corazon, tan-

to mas sensible al dolor de tales reflexiones cuanto mas generoso y esforzado para arrostrar los peligros; y acababa de completar su afun el espectáculo de los pobres desterrados, á quienes veia por allí suspirando por la patria, y pendientes del éxito de aquella empresa para volver á sus hogares.

En medio de esto una nueva tentacion vino á poner á prueba la rectitud de sus opiniones y la pureza de sus sentimientos. Personas de cuenta, comisionadas por el gobierno de Santa-Anna, le hablaron para que se separara de la revolucion, ofreciéndole una legacion en Europa, la que él quisiera elegir. Precisamente le hicieron esta proposicion en los momentos en que mas afligido estaba por la inutilidad de sus esfuerzos, y por la indiferencia con que veian la causa revolucionaria hasta los que pasaban por amigos de ella; pero él, firme en su propósito, y resuelto á sucumbir con la causa que habia abrazado: dió las gracias á los que le hacian aquellos ofrecimientos; y continuó sus penosas diligencias en solicitud de los recursos que por ninguna parte encontraba. Fué menester muy sólida virtud para desechar un puesto honorífico, que siempre lo es representar á su patria en el extranjero, para encontrarse detras de aquella negativa, con las incertidumbres y congojas á que le tenian condenado la pobreza y el descrédito de la revolucion que le merecia tantos sacrificios. En esta ocasion como en todas venció en la fuerte alina de Comonfort el amor de la patria y de la gloria, como en el romano de quien habla Virgilio. (3)

Hallábase casualmente en Nueva York Don Gregorio de Ajuria, buen amigo de Comonfort, á quien veia diariamente arrastrando por allí sus moribundas esperanzas. Preguntábase con frecuencia por el éxito de sus pasos, y siempre las respuestas del caudillo se reducian á manifestar que habian sido inútiles todos los que habia dado para realizar sus proyectos. Un dia entró Ajuria en la habitacion de Comonfort, y le encontró mas afligido que nunca: todo su empeño habia sido vano; y perdida ya hasta la última esperanza, estaba resuelto á embarcarse para venir á perecer con los suyos. Ajuria, aunque extraño enteramente á la política, era enemigo de todo poder opresor, como lo son todas las almas rectas; veia con interés los esfuerzos de una revolucion que tenia por objeto restituir al país sus justas libertades; habia admirado la entereza de su amigo en negarse á pasar por condiciones deshonorosas ó peligrosas para su patria; y

(3) Vincet amor patriæ laudumque immensa cupido.  
VIRG. EN. LIB. 6.

le encontraba allí, casi derramando lágrimas de desesperación en esa tierra, sin que toda su abnegación sirviera de nada para aliviar la suerte de aquella patria oprimida. Ajuria se conmovió á la vista de aquel hombre que parecía llevar sobre sus hombros los destinos de un pueblo; contempló silenciosamente un rato aquel solemne dolor, que solo podían causar los infortunios públicos en el intrépido corazón de quien siempre había sido superior á las desgracias privadas; pareció que de repente había formado alguna resolución generosa, y dijo marchándose: «pronto vuelvo.»

Quedóse Comonfort meditando á solas su pronto regreso á la patria, y conformándose en el propósito de morir por ella al lado de sus compañeros. Uno de sus amigos que estaba presente, había tal vez adivinado el pensamiento de Ajuria, y comunicó al caudillo sus esperanzas. Para quien tantas había ya perdido, no debían servir de mucho las que solo se fundaban en una presunción; y el resultado fué que el noble caudillo volvió pronto á caer en su silencio, para pensar en el modo de suplir con su esfuerzo personal, y con el sacrificio de su vida, la falta de los recursos que la fortuna le negaba.

No se había equivocado en su presunción la persona que había acompañado á Comonfort en aquellos momentos. Ajuria volvió á poco rato, y dijo resueltamente al caudillo: «puede Vd. contar con la cantidad necesaria para llevar á su país los efectos que ha menester su empresa; disponga Vd. del dinero cuando guste.» Al oír este generoso ofrecimiento, Comonfort vió en su amigo al salvador de la causa popular: su primer impulso fué aceptarlo sin vacilación alguna; pero, delicado y fino como siempre, pensó al momento que podía ser demasiado costoso aquel sacrificio de la amistad; recordó las negativas de otras personas que con mas razón pudieran haberle auxiliado; trajo á la memoria los peligros y azares de la revolución, lo incierto y remoto del triunfo; y á su sensible corazón se presentó la posibilidad de que quedase arruinada una familia, si la empresa se malograba. Impulsado por estas reflexiones, dijo á Ajuria: «antes de aceptar lo que Vd. me ofrece, quiero saber, amigo mio, si en este préstamo va toda su fortuna; porque si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que Vd. pueda quedar arruinado; dígame Vd. con franqueza.»

— «Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir trabajando.»

— «Entonces lo acepto, dijo Comonfort, y lo agradezco, como estoy seguro de que lo ha de agradecer mi patria.»

Apresuró Comonfort cuanto pudo, la compra de víveres, municiones y pertrechos de guerra; cargó un buque con aquellos efectos; y embarcándose con ellos, pareciéndole las horas siglos, con el ansia de llevar á sus compañeros aquel tesoro, llegó á Acapulco, como se ha dicho ya, el 7 de Diciembre de 1854.

Con los brazos abiertos, y llenos del mas puro regocijo, recibieran los habitantes de Acapulco al ilustre jefe. Todos le amaban como un padre y como un hermano, y entonces les traía tambien la salvación y la esperanza. El los saludó á todos con la sencilla franqueza del camarada y el tono afectuoso del amigo. Las palabras que les dirigió el día 8. fueron á encender de nuevo en sus corazones los nobles sentimientos de amor á la patria, á la libertad y á la gloria. Son estas:

Surianos:

«Ya me teneis de nuevo á vuestro lado. Desde el extranjero donde velaba por los valientes hijos del Sur, me acordaba tambien con exactitud los pasos del enemigo, y me presentaba entre vosotros precisamente cuando las huestes del tirano se aproximaban, cuando el peligro renace, y cuando hay que batirse.»

«Soldados: recordad los hermosos dias de Abril, y nada os temais: el enemigo, mas fuerte entonces que ahora, huyó temeroso de nuestras murallas: nosotros, menos débiles ahora que entonces, por todos los elementos y recursos con que contamos, no seremos menos afortunados.»

«Surianos: los hijos de un pueblo libre nunca deben ser vencidos: contad con esto, con el amparo de la Divina Providencia, y la lealtad de vuestro compañero y amigo.»

Llegaron tan á tiempo los recursos que Don Ignacio Comonfort trajo del Norte, que sin ellos habria sido harto difícil impedir que la revolución fracasara. Mucho habian hecho y mucho podian hacer todavia sus intrépidos defensores; pero su valor y su constancia no habrian dado otro resultado que conducirlos á un sacrificio estéril, si oportunamente no hubieran tenido los elementos necesarios para ostentar con provecho aquellas virtudes. El gobierno habia echado de ver las penurias en que los hombres del Sur se hallaban envueltos; y para aprovecharse de tan buena ocasion, habia puesto en movimiento gran parte de sus fuerzas, mandando á Zuluaga que avanzara por la Costa Grande desde Ajuchitán, y Barberena por la Costa Chica desde Oriztepec hasta el Coquillo y el Peregrino. Combinado con estos movimientos estaba el de Castillo, que tuvo orden de avan-

zar de frente hasta la Brea, donde ya hemos visto los destrozos que hizo por orden del gobierno.

Trataba este de estrechar á las diferentes partidas de pronunciados, para comprometerlas en alguna batalla campal, donde tuvieran que sucumbir por falta de pertrechos, y al frente de fuerzas muy superiores en número; y este plan se habria realizado infaliblemente, si Comonfort tarda unos días mas en regresar del Norte, sin que lo pudiera impedir todo el ardor patriótico y guerrero de los hijos del Sur. Las huestes hambrientas y desnudas de la revolución, no habrían podido resistir el embate de mas de diez mil hombres de tropas escogidas, que marchaban por diferentes puntos, provistos de todos los elementos necesarios para hacer la guerra.

Encuétrase una prueba harto palpable de esta suposición en los primeros incidentes de la campaña que el gobierno quiso abrir en Noviembre. Zuloaga sale de Ajuchitlan, toma el camino de la costa y llega al Calvario: Don Tomás Moreno le sale al encuentro con su gente; pero esta gente carecia de lo necesario para una batalla, y era menester que lo supieran todo el valor y el denuesto. El general les habla; y sus palabras revelan desde luego á la par que un profundo dolor por las devastaciones de aquella tierra, lo duro de los sacrificios que tan noblemente arrostraban aquellos soldados. (4) Dase el combate del 9 de Diciembre en el Calvario cerca de Petatlan: los del Sur hacen prodigios de valor, ponen en el mayor aprieto á la brigada enemiga, y dan muerte á mas de ciento cuarenta individuos de ella; pero al fin tienen que retirarse, abandonando una buena posición por falta de municiones: "con sentimiento, decia Moreno en su parte, he tenido que retirarme de una posición tan ventajosa, porque la falta de municiones me obliga á dar este paso. Seguramente con parque suficiente, mañana derrotaría completamente al enemigo. — Luego que se me provea de municiones suficientes, trataré de batir á Zuloaga, &c."

Las municiones que necesitaba el general Moreno, se habian agotado tan completamente en el Sur, que ya era de todo punto imposible continuar la campaña; y todo induce á creer que el digno general habria sucumbido con los suyos en Tecpan, á donde se retiró, si no hubiera llegado Comonfort tan á tiempo para evitar un desastre.

Pronto se advirtió la eficacia de los auxilios recién llegados. En un momento se armaron y proveyeron de todo lo necesario tres fuertes secciones, que marcharon á reforzar á

(4) Véase el Apéndice Núm. 12.

Moreno, á las órdenes del general Villareal, del coronel Don Encarnacion Alvarez y del mismo general en jefe que tomó despues el mando de toda la division. Zuloaga continuó su marcha por la costa, hasta que hizo alto el 13 de Diciembre en la hacienda de Nuzco. Entonces fué cuando Zuloaga se vió sitiado por todas partes por las fuerzas del Sur, incomunicado con el cuartel general de Chilpancingo, sin viveres ni provisiones para mantener la tropa, viendo que ésta se le diezaba diariamente por la desercion y las enfermedades, y sin esperanza alguna de recibir auxilios del gobierno que le tenia abandonado hacia un mes.

El general Alvarez conoció cuan ventajosa era la posición de su ejército respecto de la pequeña brigada que se hallaba cercada por todas partes sin que pudiera ser socorrida, por encontrarse todos los destacamentos y guarniciones que tenia el gobierno en el Sur, harto apurados para atender á su propia defensa. Podia destrozarse en un momento á sus enemigos; pero queriendo evitar la efusion de sangre, prefirió aguardar á que ellos mismos se entregáran, y para apresurar este momento, dirigió á sus soldados y á los de Zuloaga una proclama en la cual brillan los sentimientos mas humanos y generosos. (5)

No era menos penosa que la de Zuloaga, la situación en que se encontraba Barberena en San Marcos: privado tambien de recursos, circunvalado por fuerzas enemigas, y sin poderse comunicar con los de su bando, habria tenido tambien que sucumbir, si la principal atención de los caudillos del Sur no se hubiera fijado preferentemente en la brigada Zuloaga.

El año acababa de una manera bien triste para el gobierno, y bien lisonjera para la revolucion. El 12 de Diciembre se habia pronunciado en Huamustlan Don Marcial Caamaño, levantando una porcion de pueblos cuya insurreccion quitó á Chilapa los auxilios que podia recibir de Puebla. El 19 habia hecho lo mismo en Huajuapán el coronel Don Francisco Herrera, que logró encender desde allí en la próxima comarca de las Mistecas, la chispa revolucionaria. Cuautla se habia pronunciado tambien el dia 14, quedando sus habitantes comprometidos por la revolucion, aunque fué despues recobrada la ciudad por tropas del gobierno. Chilapa estaba sitiada por Don Mariano Nava que acababa de entrar en Tixtla de Guerrero, derrotando á doscientos hombres que habian ido allí á reclutar gente, y quitándoles una pieza de á 12. Don Jesus Villalva amenazaba á Iguala, al

(5) Véase el Apéndice Núm. 13.

mismo tiempo que en las márgenes del Mescala interceptaba las comunicaciones entre Chilpancingo y la capital. Tasco y Teloloapan se encontraban amagados por otras fuerzas, mientras que una parte de las del joven guerrillero recorrían el distrito de Cuernavaca, infundiendo el terror por todas partes entre las tropas del gobierno. En fin, la revolución ardía ya como una inmensa hoguera en la mayor parte de los departamentos de la República, y cada día eran menores los recursos con que contaba el gobierno para apagarla.

Tuvieron algo de providencial aquellos acontecimientos, puesto que de otro modo era imposible que hubiera cambiado en tan pocos días la faz de la revolución. Encontrábase ésta herida de muerte por falta de recursos; marchaban contra ella fuerzas muy superiores, cuya sola presencia había bastado para aniquilarla, exánime y abatida como había quedado; todos creyeron que había llegado su última hora; hasta sus hombres más esforzados, si no desmayaban, habían empezado á desconfiar del triunfo. Ya hemos visto cuáles fueron las causas que hicieron cambiar de repente el aspecto de las cosas; y cual fué el instrumento de que se valió la Providencia para realzar sus designios sobre México. El cielo había dado á Comonfort la estereza y la virtud de un héroe, para resistir á tentaciones seductoras; le había dado un amigo que le favoreció en sus horas de quebranto; había dado vientos prósperos al bajel que le restituyó á la patria, y le había hecho llegar á tiempo para infundir nuevos bríos en los ánimos atribulados de los suyos.

## CAPITULO SETIMO.

## CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES

Circular del gobierno para las juntas populares — Preguntas que habían de hacerse á los ciudadanos. — Libertad para votar y para escribir. — Carta reservada á los gobernadores. — Votacion del 1.º de Diciembre. — Votos algunos por Alvarez. — Son declarados conspiradores. — Resultado de la votacion. — Triunfos de los ministros. — El general Basadre. — Nuevas providencias terribles. — Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco. — Pronunciase. — Entrégase Zuloaga como prisionero. — Injusticia del gobierno. — Toma de Huétamo. — Fusilamiento de Bahamonde. — Ingratitud del gobierno con él. — Entran los pronunciados en Juchitlan. — Más órdenes terribles. — Represalias. — Circular de Alvarez para impedir las. — Acérquese Alvarez á Chilpancingo. — Proclamas á la guarnicion y al vecindario. — Carta al comandante general de Guerrero. — Sale otra vez Santa-Anna para el Sur. — Sus disposiciones. — Prision del coronel Moreno. — Es fusilado. — Instrucciones al comandante principal de Iguala. — Vuelta de Santa-Anna á México. — Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpancingo. — Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al ejército libertador. — Le reemplaza Lázcano. — Bando horrible contra Tixtla. — Medidas humanas de Alvarez. — Rumor falso acerca de ellas. — Don Plutarco Gonzalez. — Don Santos Degollado. — Don Luis Ghilardi. — Una comunicacion del prefecto de Zamora. — Va el coronel Santa-Anna á Michoacán. — Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos. — Publica la en Acamburo y en Taretan. — Don Cipriano de las Cagigas. — Entra Degollado en Puruándiro. — Excesos que se cometen. — Pronunciamiento de Zamora. — Las tropas del gobierno en Zitácuaro. — Atrocidades. — Irritacion de los indígenas. — Don Joaquin Urquiza.

El gobierno de Santa Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era porque todos los medios que para ello empleaba, no servian sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacerbar más la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolucion avanzaba y crecia por donde quiera, qui-

mismo tiempo que en las márgenes del Mescala interceptaba las comunicaciones entre Chilpancingo y la capital. Tasco y Teloloapan se encontraban amagados por otras fuerzas, mientras que una parte de las del joven guerrillero recorrían el distrito de Cuernavaca, infundiendo el terror por todas partes entre las tropas del gobierno. En fin, la revolución ardía ya como una inmensa hoguera en la mayor parte de los departamentos de la República, y cada día eran menores los recursos con que contaba el gobierno para apagarla.

Tuvieron algo de providencial aquellos acontecimientos, puesto que de otro modo era imposible que hubiera cambiado en tan pocos días la faz de la revolución. Encontrábase ésta herida de muerte por falta de recursos; marchaban contra ella fuerzas muy superiores, cuya sola presencia había bastado para aniquilarla, exánime y abatida como había quedado; todos creyeron que había llegado su última hora; hasta sus hombres más esforzados, si no desmayaban, habían empezado á desconfiar del triunfo. Ya hemos visto cuáles fueron las causas que hicieron cambiar de repente el aspecto de las cosas; y cual fué el instrumento de que se valió la Providencia para realzar sus designios sobre México. El cielo había dado á Comonfort la estereza y la virtud de un héroe, para resistir á tentaciones seductoras; le había dado un amigo que le favoreció en sus horas de quebranto; había dado vientos prósperos al bajel que le restituyó á la patria, y le había hecho llegar á tiempo para infundir nuevos bríos en los ánimos atribulados de los suyos.

## CAPITULO SETIMO.

## CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES

Circular del gobierno para las juntas populares — Preguntas que habían de hacerse á los ciudadanos. — Libertad para votar y para escribir. — Carta reservada á los gobernadores. — Votacion del 1.º de Diciembre. — Votos algunos por Alvarez. — Son declarados conspiradores. — Resultado de la votacion. — Triunfos de los ministros. — El general Basadre. — Nuevas providencias terribles. — Desesperada posicion de la brigada Zuloaga en Nuzco. — Pronunciase. — Entrégase Zuloaga como prisionero. — Injusticia del gobierno. — Toma de Huétamo. — Fusilamiento de Bahamonde. — Ingratitud del gobierno con él. — Entran los pronunciados en Juchitlan. — Más órdenes terribles. — Represalias. — Circular de Alvarez para impedir las. — Acércase Alvarez á Chilpancingo. — Proclamas á la guarnicion y al vecindario. — Carta al comandante general de Guerrero. — Sale otra vez Santa-Anna para el Sur. — Sus disposiciones. — Prision del coronel Moreno. — Es fusilado. — Instrucciones al comandante principal de Iguala. — Vuelta de Santa-Anna á México. — Motivos que tuvo Alvarez para no atacar á Chilpancingo. — Estrañamiento al comandante general de Guerrero porque no atacó al ejército libertador. — Le reemplaza Lizcano. — Bando horrible contra Tixtla. — Medidas humanas de Alvarez. — Rumor falso acerca de ellas. — Don Plutarco Gonzalez. — Don Santos Degollado. — Don Luis Ghilardi. — Una comunicacion del prefecto de Zamora. — Va el coronel Santa-Anna á Michoacán. — Circular para que no se llamen pronunciados sino bandidos. — Publica la en Acamburo y en Taretan. — Don Cipriano de las Cagigas. — Entra Degollado en Puruándiro. — Excesos que se cometen. — Pronunciamiento de Zamora. — Las tropas del gobierno en Zitácuaro. — Atrocidades. — Irritacion de los indigenas. — Don Joaquin Urquiza.

El gobierno de Santa Anna intentaba en vano conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza; y era porque todos los medios que para ello empleaba, no servian sino para poner en mayor evidencia las faltas de su política, y para exacerbar más la indignacion de los ánimos. Como vió que la revolucion avanzaba y crecia por donde quiera, qui-

no dar de nuevo á su poder un baño de popularidad que quitara los pretextos á los que contra él se levantaban, y con este fin espidió una circular por el ministerio de gobernacion, en la cual se decia sustancialmente que supuesto que la revolucion con sus progresos habia puesto algo en duda si los mexicanos tenian ó no plena confianza en el presidente, éste que queria obsequiar siempre la voluntad nacional, disponia que el dia 1.º de Diciembre de aquel año se reunieran juntas populares en todas las ciudades y pueblos de la República, bajo la presidencia de los gobernadores, comandantes generales y demás autoridades respectivas de cada punto, para que allí los ciudadanos espresaran *con absoluta libertad* su opinion, su voluntad ó su parecer sobre las dos preguntas siguientes:

“1.º Si el actual presidente de la República ha de continuar en el mando supremo de ella con las mismas amplias facultades que hoy ejerce.

“2.º En caso de que no continúe con las mismas amplias facultades con que en la actualidad se halla investido, ¿á quien entrega inmediatamente el mando.”

En la misma circular se decia que el general Santa-Anna estaba resuelto á no continuar en el mando sin la plenitud de facultades que hasta entonces habia tenido, cuya idea estaba, por otra parte, claramente indicada en la segunda de las preguntas.

A los periódicos se les concedia libertad para emitir, solamente el dia 1.º de Diciembre, su opinion sobre las dos propuestas cuestiones.

Al mismo tiempo el ministro de la gobernacion dirigió reservadamente una carta á los gobernadores de los departamentos, en la cual les decia que ellos debian comprender perfectamente cual era el verdadero objeto de aquella medida, y que á ellos les tocaba disponer las cosas de modo que no se malograra el buen resultado que apetece el gobierno. Aunque estos conceptos estaban embozadamente espresados en la carta del ministro, no lo estaban tanto que dejaran de haberle causado verguenza, si se hubieran publicado entonces. Nadie dudó jamás de las verdaderas miras que el gobierno se propuso en la convocacion de las juntas populares; y sin embargo, cuando se publicó mas tarde aquella carta, todavia se escandalizaban muchos de ver allí patentes los amaños con que se habia pretendido hacer burla de la nacion.

Verificóse la votacion el 1.º de Diciembre; y aunque ninguno creia en la verdad de aquella ceremonia, hubo algunos que se apresuraron tomarla por lo sério, que respondieron no á la

primera pregunta, y que propusieron para ocupar la presidencia, al general Don Juan Alvarez ó á otros ciudadanos.

Con fecha 11 de Diciembre se espidió una circular, mandando que fueran presos y juzgados como conspiradores, los que habian dado su voto al general Alvarez; y como habia sido menester escribir el voto y entregárselo firmado á la autoridad respectiva, porque así lo disponia la circular, el gobierno supo bien quiénes eran las nuevas víctimas de su nueva persecucion.

Escusado parece añadir que el resultado de todo aquello, fué que se quedaran Santa-Anna y sus ministros lo mismo que antes, sin que de nada les sirvieran, para evitar su impopularidad, los miles de votos que tuvo el dictador, segun se vió despues, el 1.º de Febrero, cuando el consejo de Estado publicó el cómputo de los sufragios.

El gobierno, al empezar el año de 1855, podia encontrarse apesorado, supuesto que estaba mas que nunca pujante la revolucion; pero como los ministros no veian el verdadero estado de las cosas, ofuzcados como estaban con los halagos de aquel poder que iba desmoronándose, lejos de sentir pesadumbre, se hallaban mas que nunca satisfechos por los triunfos que habian obtenido en el recinto de palacio, para ellos mas preciosos que los triunfos de sus armas. Habian logrado alejar de allí, y aun de la capital, á algunos individuos que les causaban grandes inquietudes, porque no aprobando aquella política, y siendo amigos particulares del general Santa-Anna, solian á veces ponerle mal con ellos, y producir aquellos arrebatos de mal humor, que se llamaron crisis ministeriales. Don Antonio de Haro y Tamariz estaba proscrito, y tenia que andar oculto para no ser víctima de las venganzas del gobierno; y habian sido confinados á diferentes puntos, fuera de la capital, otros personajes cuyas relaciones con el presidente eran, para los ministros un motivo perenne de congojas.

Entre ellos figuraba en primera línea el general Don Ignacio Basadre, que les hizo siempre crudísima guerra Liberal por educacion y por principios, dotado de claro talento, ilustrado por el estudio, por sus viajes y por sus relaciones con las grandes celebridades de la época, el general Basadre no podia aporcar el absurdo sistema que el gobierno dictatorial habia adoptado: si habia aceptado la dictadura, y trabajado acaso por el robustecimiento del poder, lo habia hecho, como otros muchos ciudadanos, con la mira de asentar en bases sólidas la libertad, salvándola de las exageraciones demagógicas. Hombre de carácter franco y decidido, manifestaba resueltamente sus opiniones al general San-

ta Anna, siempre que se presentaba la ocasión, y aprovechaba todas las que tenía, para aconsejarle que adoptara una política más conforme con el espíritu del siglo, que sus ministros no eran capaces de comprender. Ni su antigua amistad con el presidente, ni los favores que le dispensó, ni el temor de perder su gracia, le hicieron abandonar nunca el propósito que había formado, de procurar un cambio de sistema; antes bien, se valía de las buenas relaciones que con el dictador conservaba, para trabajar en aquel empeño con una constancia infatigable; y más de una vez logró que los ministros se bambolearan en sus puestos. Por fin, ellos triunfaron, y Basadre cayó en desgracia, habiendo sido desterrado de la capital en el mes de Setiembre, sin que desde entonces hubiera ya, para él un día, de sosiego, hasta que cayó la dictadura.

Cuando los ministros se vieron libres de aquel enemigo peligroso, y lograron que el dictador no volviese á escuchar sus seductores discursos, respiraron, y se creyeron invencibles.

Así era en efecto, en el sentido que ellos lo pensaban; porque desde entonces ya no volvió á resonar en torno del dictador sino la voz de las li-onjas. Quedaban en el gabinete elementos discordantes al parecer; la enemistad entre el ministro de la guerra y el de relaciones no se acababa; pero aunque se obstruían los dos, permanecía firme é invariable el vínculo que los unía.

La política del gobierno no se cambió en un ápice, en el sentido en que la humanidad podía apetecer un cambio en ella; antes por el contrario, se hizo más arribiliaria y terrible con el disgusto que causaron al gobierno los nuevos reveses de sus armas. Se conoció esto en las providencias que dictó con motivo del pronunciamiento de Cuautla. Recobrada aquella ciudad por las fuerzas que se enviaron al efecto, impuso el gobierno á los vecinos una multa de tres mil pesos, en castigo de su falta y mandó castigar *ejemplarmente á los neutrales*, para escarmiento de los que en tales casos no se presentaran á rechazar á los faciosos. Casi al mismo tiempo mandó al comandante general de Michoacán que formara una fuerte sección para que fuera á la hacienda de D. Epitacio Huerta, el valeroso caudillo que tan célebre se había hecho en aquel departamento, "á destruir cuanto allí encuentre."

La brigada Zuloaga continuaba sitiada en Nuzco, privada de auxilios y comunicaciones, y sin otro recurso para alimentarse los soldados, que granos de maíz que recojian de una tierra vecina. En tan desesperada situación todavía hicieron esfuerzos para salir de aquel conflicto; y el 13 de Enero se batieron desastrosamente, aunque con mala fortuna, con

una fuerte sección de tropas mandadas por el general Moreno y por el coronel Pinzon, que estaban protegiendo la colocación de una batería para atacar á los sitiados.

Aquella brigada había salido de Iguala para Ajuchitlan sin llevar los recursos suficientes para pagar las deudas contraídas por el coronel Don Rosendo Moreno, que hacia cuatro meses no recibía socorros para la guarnición de aquel punto; y apenas bastaban los fondos que llevaba para cubrir su presupuesto hasta el mes de Diciembre. A pesar de esto, el general Zuloaga, se interna por la costa para contribuir á la realización de un plan de campaña que sin noticia suya se cambió después cuando el gobierno quiso; se bate dos veces con honor; y el gobierno le deja abandonado en medio de sus enemigos, y en aquel mortífero clima, sin alimentos para los soldados, sin hilas para los heridos y sin medicinas para los enfermos.

Hacia ya treinta y siete dias que la brigada Zuloaga se encontraba de este modo en Nuzco, desnuda y hambrienta, teniendo que perder diariamente algunos soldados para procurarse granos de maíz y un poco de agua, cuando un parlamento dió lugar á que el coronel Don Rosendo Moreno supiese el verdadero estado de la opinion pública, y los movimientos que en consecuencia se estaban operando en toda la nacion. Le ilustró sobre esto en una conferencia el general Villareal, manifestándole francamente que el prestigio de la revolucion crecía á la par con el desconcepto de la dictadura que los tenía allí abandonados. Aquel mismo dia, que era el 18 de Enero, el coronel Moreno reunió á los gefes y oficiales que componian la brigada; y después de esponerles sencillamente las circunstancias políticas en que se hallaba la República, la desesperada situacion en que ellos se encontraban, y la inutilidad de hacer nuevos sacrificios, los invitó á que manifestaran francamente su opinion sobre lo que debia hacerse. Todos hablaron de la miseria y horribles privaciones que la brigada sufría, y del abandono en que la tenía el gobierno; pero se fijaron principalmente en la situacion en que se encontraba la República, necesitada de orden y de paz; en los deberes que tenían que llenar para con su patria, y en la obligacion de obsequiar la voluntad del pueblo que tan claramente se habia manifestado. De acuerdo todos en estas ideas, levantaron una acta por la cual reconocieron la autoridad de Santa-Anna, se pusieron á las órdenes del general Alvarez, y ofrecieron prestar obediencia al gobierno que emanara de la revolucion. (1) En seguida,

(1) Véase esta acta en el *Apéndice* bajo el Núm. 14.

el coronel Moreno dirigió á los soldados una proclama, en la cual les recordaba la valerosa resignacion con que habian sufrido las privaciones de aquella penosa campaña, escitándolos á cumplir los nuevos deberes que les imponia su carácter de soldados de la libertad. (2)

El pundonoroso general Zuloaga no estuvo presente á las conferencias, ni tomó parte en la resolucion de sus subalternos; pero no pudiendo tampoco impedir que la llevaran adelante, consintió en quedar como prisionero de guerra, entregándose á discrecion del general enemigo. Este no solo respetó su vida, sino que le trató con las consideraciones decididas al valor y á la desgracia, no obstante que las atrocidades cometidas por el gobierno de México, habrian autorizado muchas veces una represalia sangrienta. Mas adelante se verá como correspondió el general Zuloaga á esta noble conducta, y cuanto mas ganaba la revolucion con ser humana, que el gobierno con ser cruel.

Este acontecimiento valió á la revolucion mil quinientos hombres que fueron á engrosar sus filas, cinco piezas de artillería y ochenta cargas de municiones de fusil y de cañon.

El gobierno habia expedido diferentes órdenes para que se retirara la brigada de Costa Grande; órdenes que debia suponer eran inútiles, supuesto que estaban cortadas las comunicaciones, y no tomaba ninguna providencia para espedirlas. A fines de Enero mandó que se hiciera una informacion sumaria para averiguar el paradero de la expedicion; y cuando supo lo acontecido, dijo en el *Diario oficial* que aquella desgracia no tenia otro origen que la *traicion* de Moreno y la *cobardía* de Zuloaga. El primero, sin embargo, habia cedido á la ley de la necesidad, y á la conciencia de sus deberes que le mandaban obsequiar la opinion pública; y el segundo habia llevado su pundonor hasta el extremo de entregarse como prisionero, con la certidumbre de que seria fusilado, segun el atroz carácter que entonces tenia la guerra. Sabia que los enemigos podian hacerlo, autorizados por la ley de las represalias, y mas bien quiso ponerse en sus manos que tomar partido con ellos.

Como se habia ensangrentado tanto la lucha, no se acabó del todo con aquel hecho la ojeriza de los pronunciados del Sur contra la brigada Zuloaga que se habia adherido á la revolucion. Pensaban que sus enemigos habian dado aquel paso, arrastrados únicamente por la necesidad, y no por haber cambiado de opinion: recelaban de ellos, y no dejaban de fermentar proyectos de venganza, atizados por el odio

(2) Véase en el *Apéndice*, Núm. 15,

antiguo que no habia podido apagarse. Corrian los mas siniestros rumores sobre tentativas contra la revolucion, que se achacaban á los oficiales pronunciados recientemente; y todas estas circunstancias que agraban profundamente los ánimos, eran gémen de grandes peligros, y podian comprometer lances fonestos.

Aquella situacion dió lugar á que brillaran de nuevo en toda su plenitud, el celo, la prudencia y la generosidad del gobernador de Acapulco. Llamó á su presencia á los jefes y oficiales de la brigada Zuloaga; les manifestó los rumores que corrian; los escitó á que dijeran francamente si querian prestar sus servicios á la revolucion; hizo que renovaran su juramento los que mantuvieron la palabra dada en Nuzco, y ofreció proteger la libertad de los que quisieran retirarse. Mas de cincuenta lo hicieron; y lo habrian pasado muy mal si Comonfort no les hubiera servido de amparo contra el despecho de los del Sur. El los defendió, los trató con las mas esquisitas atenciones, les proporcionó recursos para vivir allí, y les dió lo necesario para embarcarse y pasar á San Francisco de California.

No saltaron entonces personas que advirtieron á Comonfort que recibiria mal pago aquella generosa conducta; y acertaron. Los jefes y oficiales favorecidos volvieron á empuñar las armas contra el favorecedor: éste los encontró en frente de sí mas tarde en el campo de batalla.

Casi al mismo tiempo que el de Nuzco, sufrió el gobierno de Santa-Anna otro gran desastre, hijo tambien de su imprevision, y del incomprensible abandono en que á veces tuvo á sus soldados. Atacada la plaza de Huétamo por una seccion del ejército libertador á las órdenes de Don Luciano Martinez y Don Ignacio Diaz, tuvo que sucumbir el 16 de Enero, despues de ocho dias de sitio, durante los cuales la guarnicion de la plaza con el coronel Don Francisco Cosío Bahamonde á la cabeza, hizo prodigios de valor rechazando los furiosos ataques de los sitiadores. Tomada por asalto la iglesia y la plaza del pueblo en la mañana del 16 por el capitán Don Marcos Miranda, ya fué inútil é imposible toda resistencia, que harto se habia prolongado, tratándose de una guarnicion enferma y mal alimentada. Cayeron en poder de los vencedores el coronel Bahamonde, 17 oficiales y mas de doscientos soldados, sin contar con los que habian muerto en los diferentes combates; siendo además el resultado de aquella jornada la adquisicion de dos piezas de artillería de á cuatro, nueve cajas de municiones y doscientos cincuenta fusiles. Los soldados prisioneros fueron puestos en libertad; los oficiales quedaron en disposicion de recobrar

la muy pronto; y el coronel Bahamonde fué fusilado el 17 por la mañana, en el mismo sitio que habia sido teatro de sus inútiles esfuerzos.

Hacia tiempo que Bahamonde se hallaba amenazado, y el gobierno lo sabia: el 31 de Diciembre le habia comunicado el comandante general de Michoacán, que grandes fuerzas pronunciadas estaban preparándose para atacar á Huétamo, pero que se mandarian tropas en su auxilio á las órdenes del coronel Don Ignacio Solís. Estos auxilios no se le enviaron á Bahamonde: hacia tres meses que no recibia fondos para el prest de la tropa: habia pedido sin cesar, y en vano, que se le socorriera, ofreciendo defenderse hasta quedar sepultado con su guarnicion bajo los escombros de Huétamo. Solo y abandonado á su suerte, aquel hombre saca del hospital á los soldados enfermos, y los coloca en las trincheras: se pone á su frente, se defiende con desesperación, sucumbe al fin, y es fusilado.

¿Cómo pagó el gobierno de Santa Anna este sacrificio?

Con fecha 20 de Enero el comandante general de Michoacán participó al gobierno que habia sucumbido la plaza de Huétamo, y que Bahamonde habia caído preso en poder de los enemigos. La contestacion del gobierno fué quejarse de faltas de obediencia á sus mandatos, y decir que las órdenes dadas á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, habian sido *eludidas*. „El gobierno, decia el ministro, en su comunicacion, tiene que lamentar que el citado coronel Bahamonde, por su inespertencia, ó por *falta de firmeza* para sostenerse en el punto que se le habia encomendado, concluyera con entregar á unos soldados que merecian mejor jefe, y la plaza de Huétamo; por cuya *cobarda* conducta quiere S. A. que en el acto de que aparezca por alguna parte y se presente á V. E., mande se le reduzca á prision, &c.”

El gobierno habia dado efectivamente órdenes á Bahamonde para que se retirara á Tacámbaro, pero lo habia hecho cuando sabia que no las podia ya recibir por estar circundado de enemigos. No le podia acusar de debilidad ni de cobardia; y es palpable además la contradiccion que existe entre estas calificaciones, y la falta que le achacaba de haber *eludido* unas órdenes, comunicadas para que se retirara de un punto peligroso, donde eran menester el valor y la firmeza.

En una carta que pocos dias despues dirijia Santa Anna á D. Luis G. de Vidal y Rivas, le decia hablando de otro individuo que tambien le servia con deciccion y lealtad: „Haga Vd que el coronel Orozco se encargue de la subprefec-

tura y comandancia militar de aquel punto, para evitar que el que está allí, vaya á cometer una torpeza como la de Bahamonde, porque *estos cosacos* inespertos se atarantan fácilmente, y no saben, &c.” De modo que el gobierno dictatorial no solo no agradecia el sacrificio de sus servidores mas leales, sino que escarnecia su memoria. No bastaba morir por él para dejarle satisfecho.

La toma de Huétamo dió á la revolucion extraordinario impulso en todos los pueblos situados por los confines de Michoacán, Méjico y Guerrero. Consecuencia de ella fué la desocupacion de Ajuchilán por las tropas que guarnecian la villa, las cuales se fueron á Tepatitlán con el coronel Don Juan Velez á la cabeza, y levantaron una acta para adherirse á la revolucion, porque su gobierno „les habia faltado en todo.” El 22 entraron en Ajuchilán Martínez y Castañeda, y encontraron allí tres piezas de artillería y buena cantidad de armamento, petrechos y municiones. Todos aquellos pueblos quedaron adictos á la revolucion; y segun decia Martínez en su parte dirijido al general Moreno. „no queda mas enemigo que la desolacion que nos ha causado á todos el frondable peso de la tiranía.”

Las medidas que dictaba el gobierno, daban bien á entender la mala ventura de sus armas en los demás puntos del departamento de Guerrero. Con fecha 26 de Enero decia el ministro de la guerra al general Don Simeon Ramirez, comandante general de Iguala que se hallaba en Tasco: „Los pueblos rebeldes deben ser *desaparecidos*, y todos los individuos que hallan tomado parte en hostilizar á las tropas nacionales, *serán pasados por las armas*.” De-de antes se le habia mandado á este general, que pasara á Tasco, para ir desde allí á batir á los pronunciados que se hallaban en el cerro de Huistaca. En Tasco, le decia el gobierno, „hay traidores que bien podrá V. S. *espeler*, en particular todos los dependientes y adictos del conspirador Don Antonio de Haro y Tamariz.” Cuando el general Ramirez dió parte de haber tomado á Huistaca, cuyo punto habian abandonado los del ejército libertador, decia que lo *arrasaria* todo, conforme á las órdenes que se le habian dado.

El sistema devastador del gobierno habia llegado á agriar los ánimos de sus enemigos en términos de inducirlos á vengarse con atroces represalias. No necesitan tanto los partidos que toman las armas en las guerras civiles, para que sea una verdadera plaga su tránsito por los pueblo; pero cuando el gobierno mismo decretaba framente actos de vandalismo y destruccion, no es de estrañar que mas de una vez las guerrillas sueltas de los pronunciados mancharan con

excesos parecidos la causa que defendían. Sucedia esto, sin embargo, á despecho de los principales caudillos de la revolución, que frecuentemente daban severas órdenes á sus subordinados, no solo para que respetáran las propiedades, sino para que fueran humanos y generosos con los enemigos á quienes vencieran. Señaladamente hizo esto el general en jefe del ejército restaurador, cuando hostigados los suyos por las depredaciones y desafueros que prescribía la dictadura, pensaron formalmente en entregar á las llamas las haciendas y demás propiedades de los que la eran adictos. Una circular expedida en el mes de Febrero, contiene sobre este punto, ideas y recomendaciones que espresan el espíritu de los pronunciados, pues que en ella se mandaba impedir á todo trance el incendio ó devastación de las fincas, „aun cuando sean pertenecientes á gefes ó personajes enemigos.” (3)

En Febrero de 1855, alentados los del Sur con la reciente fortuna de sus armas, se consideraron bastante fuertes para cometer mayores empresas que hasta entonces. Todos los planes del gobierno habían sido desbaratados; apenas le quedaban en el Sur mas poblaciones de importancia que Chilapa y Chilpanzingo; y el gefe de la revolución pensó que había llegado el caso de dar un golpe al mismo cuartel general. Con este fin se reunieron considerables fuerzas, que tomaron el 26 de Febrero á Chilapa despues de un reñido combate; y obtenido este triunfo, se dirigieron á Chilpanzingo con ánimo de atacar la ciudad. En el pueblo de Mazatlan, á cuatro leguas de distancia, hizo alto el general Alvarez con dos mil quinientos hombres, cuatro obuses y una pieza de á seis; á su retaguardia venia por Chichualco con mil hombres y tres obuses, su hijo el coronel Don Diego; y Don Jesus Villalva, con otros mil, se había situado entre Chilpanzingo y Tixtla.

Con estas fuerzas, que podian ser oportunamente apoyadas por Caamaño, los Navas y otros guerrilleros situados en diferentes puntos y á distancias convenientes, no habría sido difícil tomar á viva fuerza á Chilpanzingo, donde había una guarnición que no pasaba de 3.000 hombres, muy valientes sin duda, pero desalentados con los recientes descalabros, y cansados además de una lucha, en la cual prodigaban inútilmente su sangre y sus sacrificios. Pero Alvarez quiso emplear los medios de la persuasión, mas bien que los de la fuerza material que tenia en su mano; y con este fin dirigió una proclama á los soldados de la guarnición de Chilpan-

(3) Véase en el Apéndice Núm. 16.

zingo, procurando con sentidas frases atraerlos á sus banderas: (4) y como el gobierno había hecho correr la especie de que iba decidido á incendiar y arrasar la ciudad, dirigió otra proclama á los vecinos de ella, desmintiendo aquella calumnia con la protesta de los mas nobles sentimientos, tierna y afectuosamente espresados. (5)

Entonces tambien dirigió Alvarez una carta al comandante general de Guerrero, en la cual le invitaba con fuertes razones á meditar imparcialmente la verdadera situación del país, para tomar el partido que debía sugerirle su conciencia de buen ciudadano. En esta carta, que es muy notable, (6) suplicaba el caudillo del Sur al comandante general, que se abstuviera de darle una contestación de rutina, porque la ocasión era demasiado solemne para que un buen patriota apelase á tales subterfugios para eludir una respuesta categórica sobre las palpitantes cuestiones que se tocaban. A pesar de esto, aquel gefe no pudo prescindir de contestar fingiendo enojo, y aparentando que no quería entrar en discusión con un rebelde.

La aproximación de tantas fuerzas al cuartel general de Chilpanzingo, y los continuos reveces que sufrían las tropas desde principios del año, hicieron que el general Santa-Anna saliera otra vez para el Sur en el mes de Febrero; pero en esta ocasión no pasó de Iguala. Allí dictó sus órdenes para que se reforzara bien el destacamento de Mescala, atacado continuamente por las fuerzas de Don Jesus Villalva, que ya había derrotado varias veces el destacamento, y había hecho poco antes, que se le pasaran cien hombres de él con su comandante Don Francisco Gonzalez Conchillos. Aquel punto y el de Iguala parecían por entonces los más importantes al gobierno, seguramente porque eran la natural retirada que tenia el cuartel general en caso de perderse Chilpanzingo. Sucesivamente fueron llegando á Iguala los gefes de mayor confianza: Osollo, Cadena, Zirís, Güitán, Don Angel Santa Anna; y casi todos eran enviados á Mescala para reforzar aquel punto.

El 23 de Febrero se le decía á Güitán que tomara caballos para su regimiento en las haciendas, „de quien quiera que sean;” y quejándose el comandante de Iguala de que no estaban buenos los caballos de los granaderos de la guardia, se le contestó que si él hubiera cumplido las órdenes supremas „para tomar de las haciendas, ó donde hubiese, los

(4) Véase en el Apéndice Núm. 17.

(5) Véase en el Apéndice Núm. 18.

(6) Véase en el Apéndice, bajo el Núm. 19.

„caballos necesarios,” no habria que lamentar aquel inconveniente, concluyendo con prevenirle que „inmediamente proceda á remediar esta falta.” Al mismo tiempo se mandó que se concentraran en Iguala todas las fuerzas que se hallaban en Tasco y en Teloloapan.

Todas estas disposiciones del gobierno no bastaban para darle ninguna ventaja sobre sus enemigos. Tuvo sin embargo la fortuna de que en una pequeña escaramuza que ocurrió el 23 de Febrero en Petaquillas, cayera en sus manos el coronel Don Francisco Rosendo Moreno, que fué llevado á Chilpancingo y sentenciado á muerte por un consejo de guerra el 8 de Marzo. El comandante general demoró cuanto pudo la ejecución para dar lugar á que se despachara un curso de inulto: el gobierno le dió orden con fecha 3 de Abril para que le hiciera fusilar si no lo habia hecho, pues „no ha tenido facultad para demorarlo.” Moreno fué fusilado el 10.

El 6 de Marzo dió el gobierno unas instrucciones terribles al comandante principal de Iguala. Segun ellas, los facciosos debian ser „colgados en los árboles del camino... arrasados los pueblos y raperías... quemadas todas sus semillas, consumido todo su ganado, y destruidos cuantos medios tengan de subsistencia.” (7)

Durante su permanencia en Iguala, no echaba en olvido el dictador las demas atenciones de su gobierno, que fuera de los movimientos militares, eran para su extraña política las relativas á la policia y al espionaje. Con fecha 3 de Marzo, en Iguala, el ministro de la guerra dió orden al comandante general del Distrito para que hiciera salir de la capital á Muñoz Ledo, Riva Palacio, Payno, Fúrlong, y á todos los desafectos, tomando con actividad y secreto las medidas de policia necesarias para aprehender á Don Antonio Haro y Tamariz, que se haya oculto en esa capital instigando á los revoltosos, y pasándolo por las armas luego que se le aprehenda.”

Cuando el general Santa Anna volvió en esta ocasion á la capital, no hubo las solemnidades ni los festejos que la vez primera, aunque todavia querian hacer lo mismo sus aduladores. Poca cosa era la prision del Coronel Moreno, único suceso feliz que habia pasado, y cuyas consecuencias se reducian en suma para el gobierno, á la triste satisfaccion de cumplir una venganza. Por lo demas, el general Santa-Anna

(7) Son palabras copiadas á la letra de la comunicacion relativa; y adviértase lo mismo respecto de todas las citas que en esta obra se hacen.

habia visto de cerca el estado de las cosas, y habia tenido ocasion de conocer, por preocupado que estuviera, que los negocios de la lucha iban mal. Estó pues en silencio y de noche, sustrayéndose al estrépito de los repiques y de los cañonazos, que deben ser molestos para quien sabe que son inmerecidos é importunos.

El general Alvarez se habia retirado de Chilpancingo, impulsado por unos sentimientos que la religion y la humanidad aplaudirán siempre. Los principales vecinos y familias de aquella poblacion le habian suplicado que los libertara de los estragos de un sitio, ofreciéndole todo su amor, todo su respeto y toda su gratitud para cuando el curso natural de los acontecimientos le diera una victoria sin sangre. El accedió á esta demanda, no obstante que la condescendencia era un sacrificio de su amor propio de general; pero seguro como estaba del próximo feliz desenlace de la empresa, quiso hacer aquel bien á los habitantes de Chilpancingo, aunque fuese por lo pronto á costa de su fama guerrera; y se retiró á combinar otro plan de campaña, que le diese el triunfo sin que se derramara la sangre de sus hermanos. Entonces se dirigió el general Moreno con una fuerte seccion á Costa Chica, en Onotepec, y se dispuso á limpiar aquella comarca de enemigos, amenazando á Ayutla y Cruz Grande, donde estaban las mayores fuerzas de Noriaga, que habia vuelto á ser nombrado comandante principal de aquella demarcacion.

Bien conoció el gobierno que la retirada del ejército libertador de las inmediaciones de Chilpancingo, no habia sido para él un triunfo, ni para la revolucion una derrota. Así es que con fecha 6 de Marzo dirigió un agrio estratagemiento al comandante general de Guerrero, porque no habia atacado á Alvarez cuando éste se acercó al cuartel general. Sobradas razones tenia aquel jefe para disculparse de los cargos que se le hacian; pero desde entonces cayó en desgracia; y los continuos reveses que sufría el gobierno sin que todo su celo los pudiera evitar, acabaron por desconcertarlo en el ánimo del presidente y de los ministros, hasta que fué destituido á fines de Abril, y entregó el mando político y militar á Don Marcial Lázcano el 1.º de Mayo.

Lázcano llevó á su gobierno las mismas bárbaras instrucciones que se daban siempre á las autoridades. Encontró al departamento en mal estado, casi todo él en poder de la revolucion, el espíritu público decaído, y la opinion de los habitantes decididamente pronunciada contra el gobierno. Este le contestó que su antecesor tenia la culpa de todo aquello, por su debilidad y tolerancia; y el nuevo jefe, para no

incurrir en las mismas faltas, y atendiéndose á las órdenes terminantes que se le habían dado, empezó por aprehender á algunos individuos de Chilpancingo, distinguiéndose después por una serie de medidas atroces, que parecían las últimas boqueadas del gobierno dictatorial en el Sur.

Con fecha 20 de Mayo publicó el nuevo comandante general de Guerrero un bando, por el cual se sometía á los habitantes de Tixtla, y otros pueblos del distrito del centro, á condiciones verdaderamente imposibles, si querían que se les permitiera sembrar sus campos; se obligaba á las familias á perseguir á sus deudos que estaban en la huida, so pena de ser desterrados; y se dictaban otras providencias que parece increíbles. Era, las que el gobierno recomendaba á los jefes militares. No todos se atrevieron á dictarlas: algunos arrojaron más bien la saña de los tiranos, que los remordimientos de su conciencia y la execración de la humanidad: por eso el gobierno los llamaba débiles y hasta cobardes. Los que cumplían á la letra aquellas órdenes terribles, dejaron documentos que revelan bien el carácter de la política dictatorial. (8)

Siempre tuvo el gobierno ojeriza á la ciudad de Tixtla de Guerrero, porque la opinión de sus vecinos era favorable á la revolución, y muchos de ellos habían ido á engrosar las filas libertadoras, huyendo de persecuciones; pero nunca se pudo creer que se llevarán las venganzas hasta el punto de envolver en ellas á las pobres familias, á las mujeres, los ancianos y los niños, que eran sin duda inocentes, por más que sus deudos fueran culpables. Sobre todo; después de tantas devastaciones, después que la guerra civil lo incendiaba y lo arrasaba todo por todas partes, pueblos, haciendas, ganados, era ya demasiado el prohibir que cultivaran la tierra los pobres campesinos y las mujeres que no andaban derramando sangre. Aquello no era ya una crueldad; era una demencia, comparable á la de Nerón que tuvo el capricho de ver como ardía Roma.

Poco después, el 4 de Junio, el comandante general de Guerrero prohibió toda comunicación entre Chilpancingo y Tixtla, declarando que sería considerado como conspirador y juzgado como tal, todo individuo que sin permiso de la comandancia, mantuviera por escrito relaciones con aquella ciudad, ó fuera ó tornara de ella, y cesando en sus funciones todas sus autoridades y empleados. Esto habría conducido al extremo de la desesperación á los vecinos de Tixtla, si no los hubiera fortalecido la esperanza de que iba á de-

(8) Véase el bando contra Tixtla en el Apéndice Núm. 20.

aparecer muy pronto el poder que tan duramente pesaba sobre ellos.

Al paso que el gobierno de Santa-Anna daba estas órdenes terribles á sus subordinados, el general Alvarez se afanaba porque los suyos no se entregaran por desquite á los mismos excesos, haciéndoles entender que serian castigados con toda severidad los que cometieran cualquiera falta contra los pueblos, las haciendas y los individuos. Esta conducta, tan digna de respeto y aun de admiración, tratándose de gente alzada contra un gobierno que tanto la deprimía y tanto la autorizaba para cometer desmanes, dió lugar á uno de tantas especies falsas que el mismo gobierno hizo correr con la mira de introducir la discordia entre los caudillos revolucionarios. Hizo correr la voz de que el general Don Juan Alvarez estaba decidido á perseguir con gruesas fuerzas á las partidas de pronunciados que obraban desde el Mescala hasta el distrito de Cuernavaca; y para desmentir tan absurdo rumor, dirigió el caudillo del Sur á las tropas una proclama en la cual repetía su resolución de no consentir que se cometieran robos y depredaciones invocando la causa del pueblo, y añadía que estaba igualmente decidido á proteger con todas sus fuerzas á los que por cualquiera rumbo hicieran la guerra á la tiranía. (9)

En los departamentos de México y Michoacan prosperó la revolución desde principios de 1855 á la par con los progresos que tuvo en Guerrero. Los faustos acontecimientos de Nuzco, Ajuchitlan y Huétamo, habían dejado en paz, y libre de tropas enemigas, á una vasta extensión de territorio llena de poblaciones importantes en los confines de los citados departamentos. En el primero de ellos la causa de la libertad había hecho una importante adquisición con el esforzado adalid Don Plutarco Gonzalez, que desde principios del año figuraba al frente de las fuerzas pronunciadas en aquel departamento. Más tarde aquellas guerrillas pusieron sitio á Zaqualpan, que no pudo librarse de caer en su poder, sin que fueran en auxilio de la guarnición gruesas fuerzas salidas de Iguala y de Toluca, cuando ya el gobierno había dado orden para que aquella plaza fuera desocupada. Muy pronto hizo Gonzalez que se pronunciaran los principales pueblos del departamento, entre los cuales fué de suma importancia la toma de Sultepec, que dió por resultado la adhesión de todo aquel distrito. El bizarro caudillo dió mucho que hacer con su actividad y valor, á las tropas del gobierno que frecuentemente fueron por él derrotadas, y logró establecer tan rá-

(9) Véase esta proclama en el Apéndice Núm. 21.

pidas comunicaciones con los demás departamentos sublevados, que pudo obrar muchas veces en combinacion con los de Guerrero y Michoacan, estendiendo sin cesar la área de sus operaciones hasta poner en grande aprieto á Toluca.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Subtepec á principios de Abril, dieron ocasion á una de las muchas injusticias que solia cometer el gobierno dictatorial con los infelices pueblos. Cuarenta vecinos de aquel distrito fueron presos y conducidos el 5 de Abril á la capital, por suponerlos culpables de las demostraciones que se habian hecho allí contra la tiranía. Sin mas averiguacion, y sin tener en cuenta las amarguras de sus familias desoladas, aquellos honrados y pacíficos ciudadanos, casi todos labradores, fueron encerrados en Santiago Tlatelulco, donde permanecieron hasta fines de Julio. El gobierno supo entonces de una manera evidente, que aquellos presos no habian hecho nada malo, y mandó ponerlos en libertad con la misma indiferencia con que los habia arrancado de sus hogares. Nadie pensó en indemnizarlos de los perjuicios que habian sufrido, y ellos tomaron silenciosamente el camino de sus aldeas.

Los pronunciados de Michoacan tenian tambien un hombre nuevo que presentar á la República en abono de su causa. Se hallaba entre ellos el ilustrado patriota Don Santos Degollado, que habia tenido la gloria de ser uno de los primeros perseguidos por la administracion dictatorial, y cuya persecucion no habia cesado hasta el momento en que se libertó de ella, uniéndose á las fuerzas pronunciadas Degollado purificó con su solo nombre á la revolucion de Michoacan de las manchas que sobre ella habian arrojado las calumnias del gobierno y de sus aduladores. Menos conocidos que él los valerosos caudillos que hasta entonces habian figurado en ella, no habian podido cautivar á su favor una parte de las voluntades, por mas que era grande y deslumbrador el prestigio de sus hechos de armas: no habian podido separar de su empresa noble y generosa, el horror que inspiraban los estragos de la lucha, no obstante que debia partir con ellos la mala voluntad de la opinion, el gobierno mismo que los atacaba, y que no era ni mas humano ni mas moral que ellos en la lucha. Desde que apareció Degollado, la opinion se rectificó en gran manera; su nombre y sus antecedentes eran una garantía; y hasta los enemigos de la revolucion dijeron francamente, que no podia ser inhumana y vandálica, como se decia, una empresa en que tomaba parte aquel ciudadano. El nombre de Degollado fué para la revolucion de Michoacan lo que habia sido el de Comonfort

para la del Sur: un testimonio vivo de su justicia, de su moralidad y de sus miras elevadas.

Contaba tambien la revolucion con otro gefe distinguido, cuya esperiencia y conocimientos en el arte de la guerra eran una garantía de acierto para las operaciones militares: era el coronel Don Luis Gihardi. Este gefe habia venido á México, acompañado de una brillante reputacion adquirida en Bélgica, en España, y en Cerdeña su pais natal, donde habia peleado por la libertad italiana en las filas del famoso rey Carlos Alberto. El gobierno dictatorial le habia ofrecido reconocerle su grado, invitándole á tomar parte en el ejército, pero él habia desechado aquellas ofertas; y habiendo hecho proposiciones muy formales para someter á los bárbaros y colonizar la frontera del Norte, habia sido víctima de la inconstancia é inconsecuencia que solia ser el carácter del gobierno de Santa-Anna en muchos casos. Sin despachar ni rechazar su solicitud, le entretuvieron largo tiempo; llegaron á decirle que sí, y se lo negaron; y desazonado con aquella informalidad, espuesto á una persecucion por la franqueza con que hablaba de ella, y conociendo cuán peligroso era estar al alcance del ministro de la guerra, que le miraba de reojo, fuése á las filas revolucionarias á defender la libertad como siempre lo habia hecho. El general Gihardi prestó á la revolucion servicios de la mayor importancia.

En el mes de Enero se revolviéron tan gallardamente por Michoacan las intrépidas guerrillas de Huerta, Puebla, Tepejala y otros cañillos, que pusieron en mucho cuidado á aquella comitancia y al gobierno. Sus ataques continuados á las partidas enviadas en su persecucion, y sus frecuentes triunfos, arrancaron mas de una vez á las autoridades y gefes del gobierno, confesiones que no se habian hecho nunca sobre el verdadero estado de las cosas. Tales fueron las que el prefecto de Zamora, arrastrado por la fuerza de la verdad, estampó por aquellos dias en una comunicacion dirigida al comitante general del departamento, y que este transmitió al ministro de la guerra. Dacia el prefecto de Zamora, que la revolucion avanzaba como nunca, que contaba con fuerzas considerables, que manos espertas la estaban sin duda dirigiendo, y que esto se conocia hasta en la buena redaccion de sus papeles. Contestó el ministro de la guerra, que S. A. habia visto aquellas frases con profunda indignacion, que ellas revelaban por lo menos alguna vacilacion en el que las habia escrito, que se abstuviere el prefecto de volver á incurrir en semejantes faltas, y que se le hiciera saber que solo existia en su imaginacion aquellas buenas circunstancias que

El creía encontrar en un levantamiento de bandidos y facinerosos.

Esta ocurrencia y otras parecidas, indicaron al gobierno que era menester enviar á Michoacán jefes que hicieran la guerra según sus miras, y que restablecieran por medio de grandes escarmientos, el espíritu público que estaba en decadencia. Mandó, pues, al coronel Don Juan López de Santa-Anna, con instrucciones para fusilar á todos los que hubieran dado auxilio á los rebeldes, *cunquo los encontrara en sus casas*, para que hiciera lo mismo con los que hubieran presenciado los excesos de los facciosos, para incendiar los pueblos que les dieran acogida, y para tomar de las haciendas los caballos que necesitara su tropa.

El coronel Santa-Anna cumplió bien estas órdenes! ¡El gobierno no se pudo quejar de su enviado! Su tránsito por Michoacán fué como el de un sangriento meteoro. Viejos, mujeres y niños, que á su parecer eran rebeldes, fueron inhumanamente sacrificados por él y por los sicarios que le acompañaban.

Andan en boca de todos las atrocidades que cometió este jefe en Michoacán. Nosotros tememos que las haya exagerado mucho el espíritu de partido; pero no se necesita ser partidario de nada, mas que de la humanidad y de la civilización, para horrorizarse de algunos hechos demasiado auténticos, con que el coronel Santa-Anna llenó de terror los pueblos por donde iba pasando, cumpliendo siempre, y excediéndose quiza de las instrucciones que el gobierno le habia dado. Nada se ganaria con consignar tales horrores en la historia de aquella guerra civil, demasiado llena ya de escenas desgarradoras.

Escusado es decir que con ellas no aventajaba un ápice la causa del gobierno, ni tampoco con prodigar denuestos é injurias á sus enemigos. Con fecha 18 de Abril espidió una circular á todas las autoridades, diciéndoles finicamente, que *no se llamaban pronunciados los que hacian la guerra al gobierno, sino bandidos*. ¡Puerilidad increíble, que bien podia escitar desprecio y compasion por quien la tuvo, en medio de las atrocidades de aquella lucha sangrienta!

El coronel Pueblita, que se movia rápidamente en todas direcciones, entra en Acámbaro el 10 de Marzo, y encuentra allí dos piezas de artillería con buena porcion de municiones y armamento; y un mes despues entra en Taretán despues de un ligero combate con las tropas del gobierno que se retiraron á Pátzcuaro. En esta accion de Taretán fué gravemente herido Don Cipriano de las Cagigas, jóven tan ilustrado como valiente, que estaba en las filas de la re-

volucion desde el mes de Febrero. No pudiendo su carácter independiente sufrir ninguna especie de tiranía, se atrevió á censurar los actos del gobierno dictatorial, y á favorecer á algunas personas de las que eran perseguidas entonces. Perseguido á su vez por esta causa, tomó la resolucion de irse con los pronunciados de Michoacán, donde prestó á la revolucion buenos servicios, habiendo merecido por ello, y por sus recomendables prendas, que le distinguieran con particular afecto Degollado y los demás caudillos, y despues el general Comonfort. Cagigas no quiso tener mando ninguno, ni aspiró á formarse una posicion en aquella lucha; mas no por esto dejó de hacerse buen lugar entre sus compañeros, por su actividad, por su buen consejo, por su arrojo, y sobre todo, por el notable desinterés con que sufrió los peligros y las penalidades de aquella guerra.

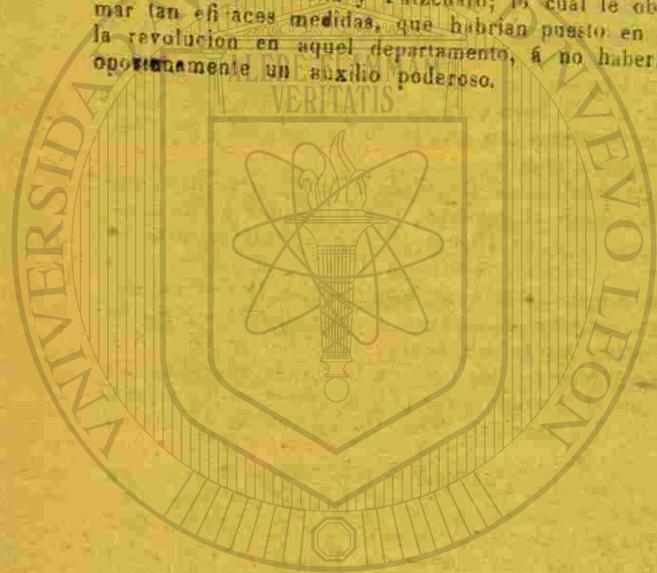
El 20 de Abril tomó Degollado á Puruándiro, plaza que tenia bien fortificada el gobierno, y que entrada á viva fuerza por las guerrillas de Huerta, Cuesta y Pueblita, despues de treinta y seis horas de resistencia desesperada, sufrió todos los horrores consiguientes á semejante lucha. Los pronunciados quisieron vengarse de los agravios que algunos vecinos de aquella poblacion les habian hecho; la plebe se entregó á espantosos desórdenes; y los jefes de la fuerza vencedora no pudieron evitar el horrible estrago que sufrieron las vidas y propiedades de los vencidos. Toda la guarnicion quedó en poder del vencedor.

El 22 se pronunció en Zamora Don Miguel Negrete con toda la guarnicion de aquella ciudad, la cual fué inmediatamente ocupada por el grueso de las fuerzas libertadoras. Degollado tomó algunos dias despues la Piedad, y casi todos los pueblos de aquel distrito se adhirieron espontáneamente á la revolucion.

Las escenas desoladoras de Puruándiro no fueron quizas sino represalias de lo que habia pasado en Zitácuaro veinte dias antes. El 1.º de Abril habian entrado en aquella villa las tropas del gobierno sin encontrar resistencia, porque no habia en la poblacion ninguna fuerza armada, habiéndose retirado de allí Don Joaquin Urquiza con la muy escasa que tenia á sus órdenes. A pesar de esto, la villa fué entrada á saco é incendiada por muchos puntos, sus habitantes muertos á lanzadas sin distincion de edad ni sexo, y algunos de ellos fueron arrastrados por las calles á la cola de los caballos. Estos hechos irritaron de tal manera los ánimos en los pueblos de aquellos contornos, que pocos dias despues se levantaron cuatro mil indios, y se presentaron al comandante Urquiza, pidiéndole armas para vengarse de aquellas atro-

ciudades. Urquiza, hombre tan honrado como valeroso, y muy querido en aquella comarca por su noble franqueza, marchó con ellos sobre Zitácuaro; y después de un sitio de cuatro días, en que gastó todas las municiones con que contaba, tuvo que retirarse á la Mesa de la Palma, dejando libre el paso á las tropas enemigas.

De este modo, en el mes de Abril de 1855, apenas le quedaban al gobierno en Michoacán mas poblaciones de importancia que Morelia y Pátzcuaro; lo cual le obligó á tomar tan eficaces medidas, que habrían puesto en conflicto á la revolución en aquel departamento, á no haberle llegado oportunamente un auxilio poderoso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

## CAPITULO OCTAVO.

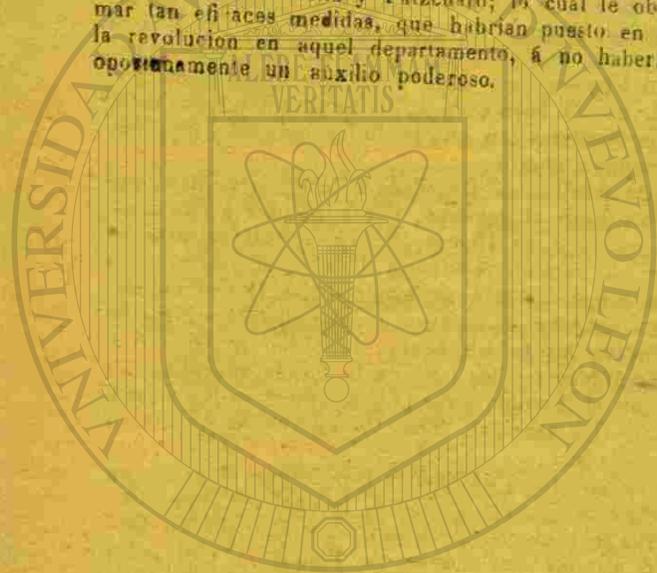
### CAIDA DE LA DICTADURA.

Nombramiento de Comonfort para general en jefe de la division del interior.—Marcha á Michoacán.—Cómo encontró la revolución.—Escesos que se cometian á nombre de ella.—Impresion que le causaron.—Sus medidas.—Zuloaga abraza la revolución.—Razones que tuvo para ello.—Otros disgustos.—Nuevo sacrificio.—Marcha Santa-Anna á Michoacán.—Entra en Zamora.—Proyecto de atacar á Comonfort.—Cuesta en Guanajuato.—Espedicion de Degollado hácia la capital.—Le persigue Tabera.—Desastre de Tizayuca.—Pronúnciase Vidaurri en Lompazos.—Toma de Monterey.—Pronúnciase Guerrero de Tamaulipas.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Indulto.—Combates en el Sur.—Derrota de Güitán en el Saltillo.—Pronúnciase La Llave en Orizava.—Consulta Santa-Anna al consejo de Estado sobre una constitucion.—Resolucion del consejo.—Enojo del gobierno.—Sus temores.—Primeros proyectos de fuga.—Vacilaciones de Santa-Anna.—Le desiden los hechos de Comonfort.—Por que éste no tomó á Pátzcuaro.—Marcha de Michoacán á Jalisco.—Peligro que corrió por no haber sido cubierta su retaguardia.—Toma de Zapotlán.—Arrojo de Comonfort.—Entra pacíficamente en Colima.—Medidas que dicta en favor del territorio.—Divúlgase el proyectado viaje de Santa-Anna.—Circular declarando perturbadores á los que lo digan.—Lo que dijeron los periódicos.—Sale Santa-Anna para Veracruz y se embarca.—Publicase el pliego cerrado.—Circular participando la salida del presidente á pacificar el Departamento de Veracruz.—Escóndense los ministros.—El 13 de Agosto, en la capital.

Desde el mes de Enero de 1855 una comision de los caudillos de Michoacán habia ido al Sur con el objeto de solicitar del general Alvarez un gefe de valor, capacidad y prudencia, que se pusiera al frente de la revolucion en aquel departamento, que pudiera con su prestigio uniformar todas las voluntades y refrenar las malas aspiraciones, y que diera el conveniente impulso á la causa popular en el interior de la República. Todas las miradas se fijaron al punto en Don Ignacio Comonfort, como que en él se encontraban reu-

ciudades. Urquiza, hombre tan honrado como valeroso, y muy querido en aquella comarca por su noble franqueza, marchó con ellos sobre Zitácuaro; y después de un sitio de cuatro días, en que gastó todas las municiones con que contaba, tuvo que retirarse á la Mesa de la Palma, dejando libre el paso á las tropas enemigas.

De este modo, en el mes de Abril de 1855, apenas le quedaban al gobierno en Michoacán mas poblaciones de importancia que Morelia y Pátzcuaro; lo cual le obligó á tomar tan eficaces medidas, que habrían puesto en conflicto á la revolución en aquel departamento, á no haberle llegado oportunamente un auxilio poderoso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

## CAPITULO OCTAVO.

### CAIDA DE LA DICTADURA.

Nombramiento de Comonfort para general en jefe de la division del interior.—Marcha á Michoacán.—Cómo encontró la revolución.—Excesos que se cometian á nombre de ella.—Impresion que le causaron.—Sus medidas.—Zuloaga abraza la revolución.—Razones que tuvo para ello.—Otros disgustos.—Nuevo sacrificio.—Marcha Santa-Anna á Michoacán.—Entra en Zamora.—Proyecto de atacar á Comonfort.—Cuesta en Guanajuato.—Espedicion de Degollado hácia la capital.—Le persigue Tabera.—Desastre de Tizayuca.—Pronúnciase Vidaurri en Lompazos.—Toma de Monterey.—Pronúnciase Guerrero de Tamaulipas.—Vuelta de Santa-Anna á México.—Indulto.—Combates en el Sur.—Derrota de Güitán en el Saltillo.—Pronúnciase La Llave en Orizava.—Consulta Santa-Anna al consejo de Estado sobre una constitucion.—Resolucion del consejo.—Enojo del gobierno.—Sus temores.—Primeros proyectos de fuga.—Vacilaciones de Santa-Anna.—Le desiden los hechos de Comonfort.—Por que éste no tomó á Pátzcuaro.—Marcha de Michoacán á Jalisco.—Peligro que corrió por no haber sido cubierta su retaguardia.—Toma de Zapotlán.—Arrojo de Comonfort.—Entra pacíficamente en Colima.—Medidas que dicta en favor del territorio.—Divúlgase el proyectado viaje de Santa-Anna.—Circular declarando perturbadores á los que lo digan.—Lo que dijeron los periódicos.—Sale Santa-Anna para Veracruz y se embarca.—Publicase el pliego cerrado.—Circular participando la salida del presidente á pacificar el Departamento de Veracruz.—Escóndense los ministros.—El 13 de Agosto, en la capital.

Desde el mes de Enero de 1855 una comision de los caudillos de Michoacán habia ido al Sur con el objeto de solicitar del general Alvarez un gefe de valor, capacidad y prudencia, que se pusiera al frente de la revolucion en aquel departamento, que pudiera con su prestigio uniformar todas las voluntades y refrenar las malas aspiraciones, y que diera el conveniente impulso á la causa popular en el interior de la República. Todas las miradas se fijaron al punto en Don Ignacio Comonfort, como que en él se encontraban reu-

nidas las cualidades que iban buscando los enviados de Michoacán; pero no queriendo el general en jefe que se alejara tanto del foco principal de la empresa el caudillo que tan eficazmente la servía con su actividad y sus consejos, nombró para aquel fin al general Don Florencio Villareal, persona tan capaz de llevar á cabo el pensamiento que se proponían, como digna de la honra que se le dispensaba.

Villareal se puso en camino para el departamento de Michoacán, donde su presencia habria dado seguramente notable impulso á la revolucion; pero al llegar al rio de las Balsas cayó enfermo, y tuvo que suspender su viaje.

Como aquella enfermedad se prolongaba, al mismo tiempo que las necesidades de Michoacán crecían y se hacían cada vez más urgentes, Comonfort suplicó al general Alvarez que le enviase á él al interior de la República. Tratabase de una expedición llena de peligros y dificultades, de una comisión delicada y comprometida, en la cual aguardaban grandes sinsabores y riesgos á que la desempeñase; y al solicitarla para sí el defensor de Acapulco, no pedía sino la gloria de los sacrificios que tendria que hacer por la causa del pueblo.

Resistióse mucho Alvarez á obsequiar aquellos generosos deseos. Comonfort era gobernador y comandante general del departamento de Guerrero, y como tal sus servicios eran allí sobremedida importantes; era el alma de la revolucion, el consejero y el amigo del general en jefe, la más firme columna de su empresa, su apoyo y su consolador en los contratiempos de aquella terrible lucha. No quería que se separara de los lugares donde juntos habían empezado á lidiar contra la tiranía; no quería que por atender á los de Michoacán, quedara mal atendido lo del Sur; y declaró por último, que antes de consentir en que Comonfort se separara de Acapulco, iría él mismo á ponerse á la cabeza de los pronunciados del interior.

Comonfort logró convencerle de la necesidad de aquella medida, pintándole los grandes elementos que había en el interior de la República para dar cuanto antes un golpe de muerte al gobierno; elementos que podían nulificarse de un momento á otro, [si no se aprovechaban al instante. El viejo caudillo tuvo que ceder; mas no pudo reprimir las señales de su dolor al despedirse de su amigo, que le hacía tanta falta para ayudarle en los asuntos de la política y de la guerra.

A principios de Mayo se embarcó Comonfort en Acapulco, y fué á desembarcar en el puerto de Zihuantanejo. Llevaba consigo unos trescientos hombres, la mayor parte

de los cuales habían pertenecido á la brigada Zuloaga, y recelaba mucho que se le pronunciasen en el camino. Con ellos sin embargo, y con escasísimos recursos, emprendió su marcha por la costa y por el Sur de Michoacán, hasta situar su cuartel general en Arío.

Las primeras impresiones que recibió al ver el estado de las cosas en aquel departamento, fueron bien amargas. Es verdad que la revolucion había ganado terreno, á medida que se habían multiplicado los motivos de ella; es verdad que las guerrillas eran numerosas y valientes, que llevaban casi siempre en los encuentros la mejor parte, y que las tropas del gobierno apenas les hacían daño alguno, procurando en vano comprometerlas en alguna batalla campal; pero la revolucion estaba con todo esto, como herida de muerte por la opinión pública, á causa de los excesos de toda clase que se cometían en su nombre. Había malvados que invocando la causa de la libertad, saqueaban los pueblos y las haciendas, ejercían espantosas depredaciones, cometían violencias y asesinatos, y se portaban en fin como verdaderos bandidos y salteadores. Todo el departamento estaba escandalizado con aquellas iniquidades, y no era menos grande el horror que ellas inspiraban, que el disgusto causado por las demasías de la dictadura. Los amigos de ésta podían hablar de robos, incendios y asesinatos, cometidos por partidas de hombres armados contra ella, de hombres que se decían partidarios de la revolucion y defensores de los derechos del pueblo, y confundidos así los buenos patriotas con los criminales, la opinión andaba recelosa y asustada, no sabiendo que partido tomar, pero casi desdichada por un gobierno que si era cruel é implacable con sus enemigos, no atacaba como aquella revolucion las vidas y las propiedades de todos.

Fué para Comonfort un tormento inexplicable el encontrar así desconcertada una empresa á la cual había consagrado tantos desvelos, y que le debía tantos sacrificios encaminados todos á conservarla sin mancha. Ante el descrédito que sus falsos amigos arrojaban sobre ella, veía con dolor que iban á nulificarse todas las esfuercos anteriores y á undirse bajo el peso de una execración general, las intenciones puras con que había dado su nombre á la revolucion, los peligros que había arrojado en las primeras campañas, los sinsabores de su viaje por el extranjero, todo lo que había hecho por libertar á su patria del yugo que la oprimía.

Se propuso, pues, limpiar á la revolucion de las manchas que algunos hombres viciosos habían arrojado sobre ella, y lo consiguió atropellando audazmente las contemplaciones que suelen tener los caudillos de un levantamiento con las

demasías de sus gentes. Con fecha 25 de Mayo espidió una circular á todos los jefes de guerrillas, prohibiendo terminantemente los desmanes de que se gozaban los pueblos, y que se habían cometido hasta entonces bajo el pretexto de que eran una triste necesidad de la guerra: estableció las reglas que debían observarse en la exacción de los artículos indispensables para las tropas, y amenazó con severos castigos á los que las infringieran, ora fuese atacando de cualquier modo la propiedad, ora faltando á las consideraciones debidas á los ciudadanos. (1) Despues de esto, dirigió la palabra á los pueblos de Michoacán, exhortándolos á hacer el último esfuerzo por el triunfo ya próximo de sus libertades, y asegurándoles que encontrarían en él un decidido defensor de sus intereses y de su reposo contra cualquiera que intentara atacarlos. (2)

Entonces tuvo lugar un acontecimiento que fué de no poca importancia para la revolución. El prisionero de Nuzco que tantos peligros había arrojado por ser fiel á su gobierno y á su conciencia militar, abrazó la causa revolucionaria, y pidió que le quitaran las ataduras de prisionero, para hacer la guerra á la dictadura.

Comonfort había llevado consigo al interior de la República al general Zuloaga, en su calidad de prisionero de guerra. Este había tenido ya tiempo suficiente para comprender las verdaderas miras de la revolución, y la impopularidad del gobierno por quien había hecho tantos sacrificios; había presenciado la noble conducta y los rasgos caballerescos de Comonfort; había comprendido las intenciones puras, y las miras elevadas de aquel jefe; é impulsado además por la gratitud que le inspiraban las atenciones de que había sido objeto entre sus propios enemigos, se decidió por fin á tomar partido con ellos. Con fecha 28 de Mayo dirigió á Comonfort una comunicación, que es muy digna de figurar entre los documentos mas notables de esta historia. (3) En ella recordaba el abandono en que le había tenido el gobierno durante su expedición por la Costa Grande, los peligros que había corrido de ser víctima de las represalias que se practicaban en sangüinaria conducta con los prisioneros, la circunstancia de que debía su existencia á la generosidad de sus enemigos, y las finezas con que estos habían delatado su amarga posición: y en virtud de estos antecedentes, y de que la persona de Comonfort prestaba á la revolución garantías de ór-

(1) Véase esta circular en el *Apéndice*, Núm. 22.

(2) Véase en el *Apéndice*, Núm. 23.

(3) Véase en el *Apéndice*, Núm. 24.

den y de moralidad, así como de grandes esperanzas para el país, concluía declarando que se adhería á ella, y ofreciéndole sus servicios. Zuloaga remitió á la historia la calificación de las circunstancias que le obligaron á lidiar primero por el gobierno de Santa-Anna, y despues por la revolución; y la historia no puede menos de hacer justicia á sus sentimientos de patriota y de soldado.

Todavía le aguardaban á Comonfort en Michoacán otros disgustos, además de los que le causó el espectáculo de los desórdenes que á la sombra de la revolución se cometían. Encontró tan exaltadas las pasiones entre los pronunciados de aquel departamento, que mas de una vez tuvo que contemporizar con ellas, cuando no se trataba de poner á salvo los fueros de la moral y de la justicia, sino de hacer el sacrificio de sus particulares afectos. Así sucedió, apenas había llegado, con motivo de una inexplicable animadversión que concibieron los caudillos del departamento contra tres personas que llevaba en su compañía, y con las cuales le ligaban estrechos vínculos de amistad. Estas eran el general Zuloaga, Don Mariano Ortiz de Montellano y el coronel Don Rafael Benavides. Zuloaga había dado brillantes muestras de su elevación de carácter durante el largo cautiverio que voluntariamente había sufrido, espuesto siempre á una muerte segura por no faltar á lo que consideraba como sus deberes; y Comonfort que no podía menos de apreciar en alto grado tan excelentes cualidades, había cobrado por su prisionero aquella estimación que siempre inspira la virtud á las almas nobles; estimación que acababa de aumentarse con el pensamiento que ya le había comunicado Zuloaga de ofrecer á la revolución sus servicios. Montellano los había prestado muy grandes desde los primeros dias del levantamiento; se había encontrado al lado del general en la heroica defensa de Acapulco; le había acompañado en su viage por los Estados-Unidos; siempre había estado dispuesto á todo para servir á la causa comun en la adversa y en la próspera fortuna; y Comonfort pagaba con entrañable afecto el respetuoso cariño de que le había dado constantes pruebas aquel ilustrado jéfen. En fin, Benavides estaba ligado por vínculos de antigua amistad con Comonfort; había estado en todos los secretos de la revolución desde que pensaron en ella los caudillos del Sur, y había servido con fé y con entusiasmo á la empresa que sostenían todos.

Levantóse contra estos individuos entre los pronunciados de Michoacán una aversión profuada que en vano procuró destruir el general en jefe: dieron en decir que no les inspiraban confianza, que temían de ellos una traición, que iban

á trastornar todos los planes de la guerra contra el gobierno; y tomaron empeño decidido en que Comonfort los apartara de su lado. Bien conocia él que todo aquello era una injusticia de las muchas que cometen las pasiones cuando están alborotadas; bien conocia que lejos de haber razon para temer nada malo de sus tres amigos, podían al contrario servirle de mucho en la nueva campaña con su cooperacion y sus consejos; pero no pudiendo vencer la obstinacion que los perseguia, ni calmar el odio que contra ellos fermentaba, tomó la resolucion de apartarlos de sí, y los mandó al Sur, de donde los habia sacado para que fueran sus compañeros íntimos en las penalidades que tal vez le aguardaban. Lástimas derramó el valeroso caudillo, cuando el patriotismo y la prudencia le obligaron á dar aquel paso; y los que comprenden algo de los sentimientos del corazón, cretán sin esfuerzo, que no fué aquel el menor de los sacrificios que le debió la causa del pueblo, entre los muchos que hizo por ella.

Poco antes que Comonfort llegara á Michoacan, habia salido para aquel departamento el general Santa-Anna. Las malas noticias que constantemente recibia, le hicieron emprender aquel viaje á principios de Mayo, y acaso le decidió á ello la circunstancia de que la revolucion de Michoacan, iba á contar en su seno al defensor de Acapulco.

Salió el dictador con lucido acompañamiento, llevando consigo los mejores de sus generales y los brillantes cuerpos de su guardia. Anduvo el camino de la capital á Morelia en medio de aplausos y festejos, y pasando por debajo de arcos que la adulacion le levantaba por todas partes; y puesto á la cabeza de una fuerte division, marchó á Zamora. Los pronunciados que ocupaban aquella ciudad desde el 22 de Abril; la abandonaron al aproximarse las fuerzas del gobierno, no teniendo por conveniente defenderse en una poblacion abierta y contra fuerzas muy superiores. A consecuencia de esto, Santa-Anna entró en Zamora con su division el día 15 de Mayo.

Algunos dias despues concibió el proyecto de dar un golpe al cuartel general de Comonfort que se hallaba en Ario; pero una furiosa tempestad que le cogió de noche en la sierra dirigiéndose á aquel punto, le sirvió de buen pretexto para abandonar la empresa, bien que no dejó de decirse que habria sido inútil llevarla adelante, supuesto que Comonfort y los suyos habian desocupado á Ario en cuanto supieron que se acercaban aquellas tropas.

Las de la revolucion se habian organizado en fuertes secciones para obrar y estenderse por diferentes puntos. Una

de ellas á las Órdenes de Cueta, se habia internado en Guajuato amenazando á la capital de aquel departamento el día 9, y poniendo en grande aprieto á la guarnicion, vieniendo despues á derrotar al comandante general del departamento cerca de Burras. Otra, compuesta de mil cuatrocientos hombres, y mandada por Don Santos Degollado, habia salido de Michoacán para hacer una correría por el departamento de México, tentar alguna maniobra sobre la capital de la República, y penetrar en el departamento de Puebla. Esta expedicion habria dado felices resultados, si el gobierno no hubiera andado entonces extremadamente activo para contrarrestar la actividad de las fuerzas pronunciadas. Estas podrian haber tomado á Toluca; producir algun levantamiento en la capital, ó en último caso, llevar la revolucion al departamento de Puebla, si se hubiera logrado alguna de las combinaciones que se habian preparado al efecto; pero todos los cálculos fueron fatalmente destruidos por una serie de contratiempos que acabó con el mayor de los desastres que habia sufrido la revolucion desde su origen.

Tenazmente perseguido Degollado desde que salió de Michoacán, por el general Tabera, no pudo detenerse en ninguna parte, ni permanecer en las inmediaciones de la capital en una actitud capaz de inspirar ánimo en los amigos de la revolucion que residian en ella. Don Plutarco Gonzalez se habia puesto en marcha para proteger los movimientos de Degollado, pero advertida á tiempo la autoridad militar de Toluca, habia enviado un cuerpo de tropas para atajarle el paso, y Gonzalez habia tenido que batirse con ellas el 26. Esto le impidió obrar en combinacion con Degollado, segun habian convenido, decidiéndose en consecuencia este caudillo á correr con su gente hacia la sierra, para realizar uno de los propósitos que habia formado al salir de Michoacán, que era el de llevar la guerra, en último caso, al departamento de Puebla. Así llegaron aquellos mil cuatrocientos hombres el 28 de Mayo á Tizayuca, donde los alcanzó y los atacó Tabera con una brigada numerosa y aguerida, compuesta seguramente de los mejores soldados que entonces tenia el gobierno. Los de Degollado no pudieron resistir sino muy corto tiempo á los fuegos de la infanteria enemiga, siendo ellos casi todos de á caballo; y el resultado fué que se desbandaron completamente, quedando en poder de Tabera cuarenta prisioneros que fueron fusilados el siguiente dia en el mismo pueblo de Tizayuca.

La dispersion fué tan completa, que se quedaron solos Degollado, Ghilardi y Cagigas. Los tres tomaron de nuevo el camino de Michoacan, andando á deshoras y por sendas

estraviadas, hasta que llegaron á Acámbaro: pero no los desalentó la desgracia que habían sufrido estimulados mas bien por ella, trabajaron sin descanso para reponer las pérdidas de aquella derrota, y pronto se les vió figurar de nuevo en la palestra al frente de nuevas guerrillas.

El desastre de Tizayuca no podía entristecer mucho á los revolucionarios, cuando tanto se multiplicaban, para compensarle, los acontecimientos felices. El 13 de Mayo se había pronunciado en Lampazos Don Santiago Vidaurri, y había tomado á Monterrey el 23, haciendo prisioneros al comandante general y á la mayor parte de los oficiales de la guarnición, y cayendo en poder suyo las municiones y armamento de la plaza. El 25 se había pronunciado la villa de Guerrero en el departamento de Tamaulipas. Estos dos hechos eran de grave trascendencia, porque debían influir poderosamente á favor de la revolución en los departamentos fronterizos, y porque venían á disminuir el terreno donde dominaba la dictadura, harto reducido ya por las pérdidas anteriores.

El general Santa Anna volvió á México el 8 de Junio, y se negó también entonces á que se le hiciera triunfal recibimiento, lo cual no impidió el que se dijera terminantemente que las facciones de Michoacan quedaban derrotadas. El público sabía sin embargo, que durante el viaje del presidente, no había habido triunfos ni derrotas, y veía también que la revolución hacía prosélitos por todas partes. Así es que se burló formalmente, bien que en secreto, de una circular expedida entonces, en la cual se declaraba que el presidente de la República, por un rasgo de generosidad y de clemencia, concedía indulto á los rebeldes que abandonáran las filas de la revolución y se presentáran á las autoridades.

A esta ocurrencia tan intempestiva respondieron los pronunciados en toda la República con nuevos golpes, y las poblaciones con nuevos pronunciamientos. Los del Sur atacan á los enemigos en las inmediaciones de Zumpango, de Tasco y Sochilapa, y dan muerte en estas refriegas á los coroneles Cadena, Suárez y Curnargo. Los de Nuevo Leon derrotan á Gúttian en el Saltillo, se apoderan de aquella ciudad, y extienden la chispa revolucionaria por el departamento de Coahuila y el de Tamaulipas. Pronúnciase Don Ignacio de la Llave en Orizaba, y prende el fuego en el importante departamento de Veracruz. Vega engrosa sus fuerzas en la Sierra Gorda, estendiéndolo por San Luis; López en Tehuantepec, comunicando aliento á los patriotas de Oajaca; Hinojosa y Villaseñor en Axtlan, fomentando el movimiento de Jalisco. No había en suma á fines de Junio, un

solo departamento donde no se hubiera protestado abiertamente contra la tiranía dictatorial; y visiblemente iba llegando la última hora de aquel poder opresor.

No era bastante á poner las cosas de mejor condicion para el gobierno, un paso que había dado el dictador con el objeto de reparar los desastres de su mala causa ante la opinion pública. Viendo que por todas partes le brotaban enemigos, ocurrióle que tal vez podría conjurar la tormenta, poniendo en práctica un pensamiento que sinceramente adoptado, le habria salvado tal vez en tiempo oportuno, pero que entonces acabó de perderle. Lo peor que pueden hacer los que gobiernan, es dar á los pueblos el derecho de decir: ya es tarde. Esto es lo que dijo entonces con sobrada razon el pueblo mexicano al gobierno de Santa-Anna.

El 25 de Junio convocó el dictador al Consejo de Estado, y sometió á su deliberacion dos cuestiones, sobre las cuales recomendó á los consejeros que hablaran libremente. Eran estas:

“1.ª ¿Ha llegado el tiempo oportuno de expedir un Estatuto ó ley constitutiva de la República?”

“2.ª ¿Cual es la autoridad, corporacion ó asamblea que deba expedir dicho Estatuto?”

El Consejo dijo que había llegado aquel tiempo, y que el mismo presidente debía hacer el Estatuto ó constitucion. Despues se le consultó sobre la forma de gobierno que debería adoptarse, y se dió libertad á los periódicos para que manifestaran su opinion sobre este punto: el Consejo respondió que debía adoptarse la forma republicana, y lo mismo dijeron los órganos de la prensa que de este particular trataron.

Aquella resolucion del Consejo causó profundo disgusto al dictador; y sus ministros se quejaron de que en el seno de aquel cuerpo escogido hubiesen penetrado las ideas revolucionarias. No esperaban ellos que los individuos del Consejo, aquellos hombres que merecian toda su confianza, y que no estaban contaminados ya por algunos prevaricadores, (1) hicieran una manifestacion tan clara, aunque indirecta, de que la nacion no estaba bien con la politica dictatorial. Los consejeros todos, menos dos ó tres, dijeron en sustancia que la República necesitaba alguna ley que no fuera la voluntad absoluta de un hombre; y lo dijeron en cuanto se les preguntó, sin va-

(1) Don Manuel Baranda, Don Antonio Florentino Mercado, y algunos otros, habían sido lanzados de allí por su independencia, por su franqueza, y por sus opiniones contrarias á toda opresion, y andaban confinados fuera de la capital.

cilar un momento, sin detenerse, como si hubieran estado llenos de aquella idea; con lo cual probaban al gobierno, que podía la opinion pública no estar tan satisfecha de su política, como lo ponderaban sus aduladores. ¿Que podía el gobierno esperar, no ya de sus adversarios, sino de los indiferentes, cuando sus amigos mas caros, los miembros de la corporacion mas adicta, pensaban de aquel modo?

Llegó á tanto el enojo del dictador, que faltó poco para que suprimiera el Consejo de Estado, que ya desde entonces no fué para él mas que una corporacion poco menos que revolucionaria y facinorosa. Si no dió aquel paso, fué porque estaba contemplando ansiosamente los que daba la revolucion, avanzando amenazadora y terrible á derribar su vacillante sôlo. Sin duda el gobierno dictatorial sentia ya entences que la tierra se movia bajo su planta, y no se atrevia á dar los furibundos golpes de otras veces, temeroso de que se abriera y le tragara.

Todo el mes de Julio de 1855 se pasó en angustiosa incertidumbre. Las cuestiones sobre constitucion estaban resueltas, pero el gobierno estaba muy lejos de obrar conforme á los consejos que se le habían dado. Antes que gobernar con una constitucion, aunque fuera la de San Juan, Santa Ana y sus ministros consultan en perecer mil veces. El dictador vacilaba entre dos pensamientos: el uno era marcharse; el otro hacer un esfuerzo desesperado sobre sus enemigos; combatian los ministros el primero; el segundo dependia de las circunstancias que se presentaran. No habia dinero; pero se habria conseguido arrendando las aduanas como se pensó, ó haciendo algun empréstito por ruinoso que fuera. Se habían sufrido grandes reveces; pero todavia el gobierno podia presentar en campaña mayor número de soldados que la revolucion, y á su servicio estaban jefes decididos, cuyo porvenir se ligaba íntimamente con su existencia. Una postrer tentativa podia haber sido fatal para la revolucion: bastaba un triunfo del gobierno en el Sur y otro en Michoacan, para que la dictadura hubiera afirmado su poder, y para que hubiera continuado por mucho mas tiempo, por un tiempo indefinido, aquel orden de cosas. No se hizo esta tentativa, porque la revolucion contaba con el génio y el brazo de uno de esos hombres que encadenan á sus plantas la victoria, y someten á su voluntad los acontecimientos; los hechos de Comonfort acabaron con las vacilaciones del general Santa-Anna, y le decidieron á marcharse.

El general Comonfort, despues de haber permanecido algunos dias en Michoacan, pasó al departamento de Jalisco,

co, que habia de ser por entonces el último teatro de su gloria como revolucionario.

En Michoacan habia hecho á la concordia y á la buena armonia de los suyos, el sacrificio de sus afecciones privadas; despues hizo á la humanidad el sacrificio de su reputacion de caudillo. Desde su llegada del Sur habia pensado tomar á Patzcuaro, poblacion importante, cuya ocupacion valia mucho para la causa de la revolucion, por su situacion topográfica y sus recursos. Habia hecho ya para ello todos los preparativos necesarios, y estaba dictando las convenientes disposiciones para el ataque, cuando llegó á enterarse que las guerrillas abrigaban proyectos de venganza contra aquella ciudad, y que para cumplirlos, pensaban entregarla al saqueo en cuanto cayera en sus manos. Por mas que hizo el general en jefe, no pudo disuadir de semejante propósito á aquella gente ofendida y apasionada; y conociendo que no habia de poder evitar una catástrofe, prefirió no tomar á Patzcuaro. ¡Rasgo de humanidad, tanto mas digno de admiracion, cuanto que son muy raros en las guerras civiles, y mucho mas en aquella!

Al pasar de Michoacan á Jalisco, Comonfort dispuso que cubriera su retaguardia Don Euimio Pinzon con su guerrilla; pero éste, por desacierto ó por imposibilidad, no cumplió aquella órden, y dejó espuesta á un gran desastre á la division; de suerte, que si los del gobierno hubieran sido mas avisados entonces, se habrian aprovechado de aquella oportunidad para dar muy fácilmente un golpe de muerte al mas formidable de sus enemigos. La providencia lo dispuso de otro modo, y permitió que llegara Comonfort á donde le aguardaba el génio de la guerra para ayudarle á dar el último golpe á los tiranos de su patria.

El 21 de Julio se presenta delante de Zapotlán, y toma las convenientes medidas para atacar aquella poblacion importante. La guarnicion está decidida á defenderse hasta morir, teniendo por auxiliares de su valerosa decision, dos líneas de formidables fortificaciones. Llega la mañana del 22, y los sitiadores atacan con furia; pero el éxito está muy dudoso, porque los defensores de la plaza no retroceden un paso. Entonces se adelanta Comonfort, y asalta personalmente las trincheras para dar pronto fin á la jornada; siguele Degollado, Ghilardi y Rueblita; los defensores se admiran de tanto arrojo, y continúan luchando desesperadamente; pero mas de cien cadáveres de sus compañeros yacen tendidos en las trincheras; los sitiadores han penetrado ya en la plaza marchando en pos de su valiente caudillo; toda defensa es ya inútil; y tienen que rendirse á la merced del vencedor.

Pero la lucha había sido obstinada y sangrienta, y los vencidos estaban allí fatigados e inertes, brindando á los vencedores á tomar venganzas terribles. Ya los soldados del ejército libertador blandían furiosos las armas para acabar con los gefes y oficiales rendidos; el caudillo les grita, pero es en vano; la fiebre de los combates y la sed de venganza los devora, y no pueden escuchar las órdenes de su gefe que les manda que perdonen. Entonces Comonfort se interpone entre los suyos y los vencidos, y salva la vida de éstos presentando su cuerpo de escudo contra las armas de los vencedores irritados.

De este modo los gefes y oficiales de la guarnición de Zapotlan debieron la vida al general Comonfort; y entre ellos había algunos á quienes había salvado ya en otra ocasión de una muerte cierta. Seguramente sobre las trincheras ensangrentadas de Zapotlan no hubo quien recordara á Comonfort el mal pago que solían tener aquellos beneficios; pero lo cierto es que no fué aquella la última vez que encontró delante de sí, haciéndole la guerra á los mismos á quienes había salvado la vida.

La toma de Zapotlan fué un hecho de armas, del cual se habló mucho, porque brilló en él con especialidad el denuedo del general en gefe. El dijo en su parte con la modestia del verdadero mérito, que habiendo asaltado simultáneamente las trincheras cuatro columnas en medio de los fuegos del enemigo, se ignoraba quien había penetrado el primero en la plaza. Fué él mismo: no obstante el humo de la batalla lo vieron los suyos que le seguían, y los enemigos que en vano intentaban rechazarle.

Desde Zapotlan se dirigió Comonfort á Colima: precediéndole la fama de bueno y de valeroso, y Colima le abrió sus puertas el 29 de Julio, mediante un convenio por el cual concedió á los gefes y oficiales de la guarnición la garantía de la vida. Era aquel un triunfo de la razón, con el cual debió quedar el vencedor mas satisfecho que con el triunfo de las armas. Para asegurarle, Comonfort abolió en favor del puerto de Colima y de todo el territorio, las gabelas que existían, declaró vigente el arancel Ceballos, abolió los derechos de consumo y las alcabalas, así como todas las contribuciones directas, y dió al territorio un Estatuto orgánico. Todo él se adhirió á la revolución.

Estos acontecimientos unidos á las tentativas de conspiración que en la misma capital se hicieron en el mes de Julio, decidieron por fin á Santa Anna á abandonar un puesto, del cual le arrojaban la opinión pública y el despecho general, con mas fuerza todavía que las armas de sus enem-

os. Se había gastado el último real de los cuantiosos fondos que aquel gobierno había tenido á su disposición, fruto de odiosas contribuciones, de negocios malos, de la venta del territorio; y al agotársele el postrer recurso, pudo ya el hombre ver claramente que se había agotado la paciencia de sus conciudadanos. Hizo pues secretamente sus preparativos de viaje, envió por delante á su familia, y mandó que varios cuerpos de tropa se situáran por el camino entre la capital y Veracruz.

Pero no podían tomarse tan en secreto aquellas disposiciones, que dejáran de traslucirse en el público y con ellas el objeto á que se encaminaban. Hablábale de la próxima salida del presidente, y murmurábase de ella, porque se suponía que iba á ser una verdadera fuga. Los peribólicos ministeriales dijeron que aquella especie era una calumnia, y el gobierno la desmintió en una circular fecha 2 de Agosto, en la cual se decía que los enemigos del orden para perturbar la paz, habían circulado la noticia de que el presidente iba á salir de la capital para ausentarse del país; y que siendo el fin principal de los anarquistas introducir la confusión y el desorden, se hacia saber á las autoridades, que aquello era una suposición gratuita y maliciosa; que los que la propagáran, serían considerados como perturbadores del orden, y corregidos como tales.

Dos ó tres dias despues decían todavía los ministros del dictador en las columnas de la prensa ministerial, que era un rumor absurdo, infame y malicioso el que habían esparcido los enemigos del orden, porque el general Santa Anna no era un cobarde ni un imbécil para huir como se suponía, ni se había de degradar de aquella manera.

A pesar de esto, el 9 de Agosto á las tres de la mañana, salió de la capital, acompañado de su estado mayor y de una escolta de lanceros; tomó el camino de Veracruz, y se embarcó, despues de recibir en las poblaciones del tránsito y en aquel puerto, las mismas pruebas de respeto y de fingido amor que en los dias de su mayor poder se le daban.

El mismo dia 9 se publicó un decreto, espelido el día anterior, por el cual se mandaba publicar el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones. Santa-Anna había nombrado para que le reemplazáran en el poder, al presidente del supremo tribunal de justicia, y á los generales Don Mariano Salas y Don Martin Carrera, y en caso de fallecimiento de éstos, á los generales Don Rómulo Diaz de la Vega y Don Ignacio Mora y Villamil.

El 19 apareció una circular del ministerio de gober-

nación, que también tenía la fecha del 8, en la cual se decía á los gobernadores de los departamentos, que el presidente había resuelto pasar al de Veracruz "para atender personalmente al restablecimiento del orden que ha sido alterado en algunos puntos de aquella demarcación." Esta fué la última palabra que dirigió el gobierno de Santa-Anna á la República: fué también la más inocente de sus mentiras. (5)

Después los ministros del dictador se escondieron; quedó desierto el palacio; y la capital veía pasmada aquella súbita desaparición del coloso, hasta que llegó el momento de sentirse el fragor de su caída. El día 13 de Agosto se apercibieron los habitantes de la capital de la mudanza que se había efectuado en su suerte: había huido el tirano, se habían ocultado los opresores, los ciudadanos eran libres: al verse libres después de tanto tiempo de ser esclavos, no pudieron contener los impulsos de su gozo y de sus resentimientos: soltaron el dique á las pasiones, agriadas por las penas de la servidumbre; no faltó quien hablara de venganzas, y las turbas se vieron arrastradas á deplorables excesos. Las casas de algunos de los ministros, y de los otros personajes que pasaban por amigos de la dictadura, fueron allanadas; sus muebles fueron hechos pedazos, ó quemados en grandes hogueras; una imprenta fué destrozada. Algunos dijeron que todo aquello había sido una gran justicia. . . . Apresurémonos á rechazar semejante idea con toda la energía de la razón y toda la fuerza de la verdad. La historia maldice á los opresores de los pueblos, que dan ocasión á semejantes escenas, y compadece á los que con ellas manchan el entusiasmo de los triunfos populares: pero si maldice las iniquidades del opresor, no por eso adula las faltas del oprimido; no puede llamar justicias á las devastaciones: la justicia es una cosa muy diferente.

Por lo demás, todas aquellas demostraciones de gozo por la libertad y de ira contra los tiranos, se esplican muy bien con los tormentos que la nación había sufrido. Ella había dado al gobierno de Santa-Anna cuanto había menester una

(5) Algunos días después se publicó un manifiesto del general Santa-Anna, que se suponía hecho en Perote, y que sin embargo había sido escrito en esta capital antes que saliera el dictador. En él se decía en sustancia, que el gobierno había sido muy bueno, y que la culpa de todo lo malo la tenían los que se habían rebelado contra él. Se dijo entonces, que el autor de aquel manifiesto había sido el ministro de justicia Don Teodosio Lares.

El manifiesto de Perote ha sido refutado después por Don Juan Suarez Navarro, en una serie de artículos que se han publicado en el Siglo XIX.

política regeneradora para llenar una gran misión: poder sin límites, recursos abundantes, cooperación de todos, sumisión general, nada le había faltado: hasta sus mismos enemigos habían guardado silencio para allanarle los caminos: hasta los partidarios más ardientes de la libertad se habrían sometido á su poder, si hubiera dado á las personas una garantía y á la sociedad una esperanza. Pero la política de aquel gobierno no solamente había sido una exageración de principios hipócritamente proclamados, sino que había sido una política de rídiculos y de barbarie: quiso dominar por el terror, y fué aborrecido; quiso deslumbrar con oropeles, y fué menospreciado; quiso ahogar en sangre la opinión pública, y pereció él ahogado en la sangre y en las lágrimas de sus víctimas.

La teogonía del paganismo castigaba con las penas del averno á los tiranos: Eneas encontró en la mansión de los tormentos á los que habían vendido á su patria por oro, á los que la habían oprimido estableciendo y mudando leyes por vil interés. (6) No es más suave según las creencias cristianas, el castigo que la justicia de Dios impone á los opresores de los pueblos: "¡Ay de los que establecen leyes iniquas. . . . para oprimir á los pobres . . . . para violentar á los humildes, y despojar al huérfano y á la viuda! . . . . Ay de tí, que llevas por todas partes la destrucción y que desprecias á los demás: ¿no serás tú destruido y despreciado?" (7) ¡Av del que edifica una ciudad con sangre! (8) . . . . Caerá el soberbio, y será precipitado, y no habrá quien le dé ayuda" (9) Lo que pasó en México cuando cayó el gobierno de Santa-Anna, no fué sino el cumplimiento de lo que dice la religión sobre los que destruyen y esclavizan, y una repetición de los hechos de la historia.

Con la fuga de Santa-Anna, quedaba cumplido el primer objeto de la revolución, que era derrocar la tiranía. Faltaba el segundo, que era convocar á la nación para que se cons-

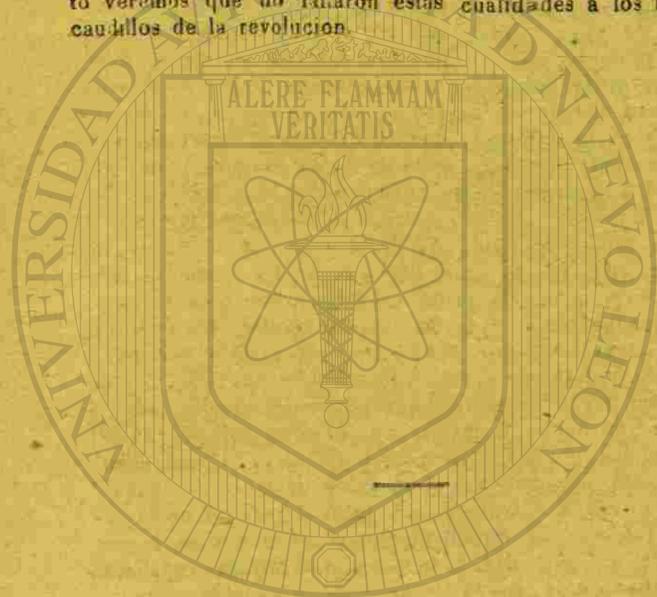
(6) Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem  
Imposuit; fixit leges pretio atque refixit.  
VIRG. ENEID. LIB. 6.

(7) Vae qui condunt leges iniquas. . . . ut opprimerent in  
iudicio pauperes et vim facerem causae humilium. . . . ut essent  
viduae praeda eorum, et pupillos diriperent! Vae qui praedaris; nonne  
et ipse praedaberis? et spernis, nonne et ipse sperneris?  
ISAIAE, CAP. X v. XXXII.

(8) Vae qui aedificat civitatem in sanguinibus. . . .  
HABACUC, Cap. II.

(9) Cadet superbus, et corruet, et non erit qui suscitet eum,  
JEREMIAS, CAP. L.

tituyera conforme á su voluntad. Habíase conseguido el primero á costa de muchos esfuerzos, de muchos peligros y de mucha sangre: para lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habían llevado la revolución hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habían mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolución.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO NOVENO.

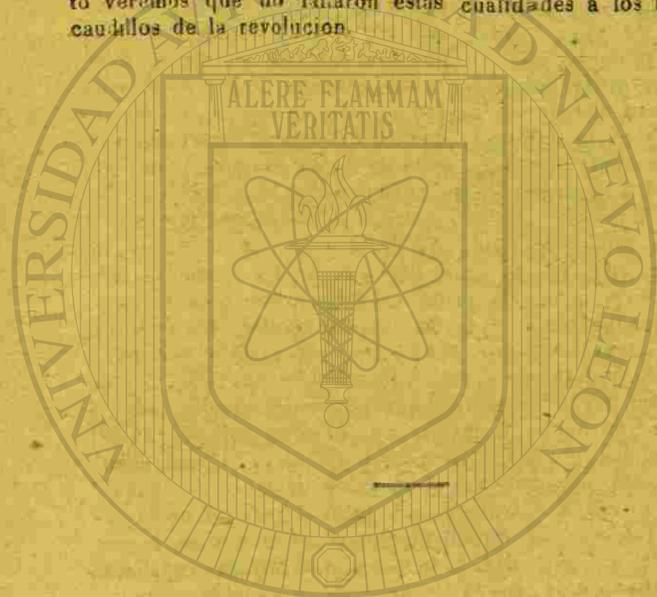
### TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayutla.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayutla en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolución.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la Guerra.—Vuelve á la capital.—Ajitacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolución; pero la revolución no estaba en la capital para recoger del suelo el poder que el dictador había abandonado. Podía levantarle el primero que pasara, y no había razon para llevarlo á mal, supuesto que era entonces un bien para la República darla siquiera un simulacro de gobierno. Los días que pasó sin él, desde el 9 hasta el 14 de Agosto, fueron días de la mas cruel ansiedad para los habitantes de México, que sentían rugir sorda y amenazadora la tormenta popular, y veían acercarse el monstruo de la anarquía á destruir cuantos restos habían quedado de orden público. Conservóse éste por los laudables cuidados del gobernador y comandante general del distrito y por la digna actitud de los cuerpos de la guarnicion, bien que no se salvó la tremenda crisis sin que se mezcláran con los buenos arranques patrióticos, desahogos de mala ley, como ya se ha relatado.

El 13 de Agosto, día de las grandes demostraciones populares, la guarnicion de México levantó una acta en la cual

tituyera conforme á su voluntad. Habíase conseguido el primero á costa de muchos esfuerzos, de muchos peligros y de mucha sangre: para lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habían llevado la revolución hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habían mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolución.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO NOVENO.

### TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayutla.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayutla en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolución.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la Guerra.—Vuelve á la capital.—Ajitacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolución; pero la revolución no estaba en la capital para recoger del suelo el poder que el dictador había abandonado. Podía levantarle el primero que pasara, y no había razon para llevarlo á mal, supuesto que era entonces un bien para la República darla siquiera un simulacro de gobierno. Los días que pasó sin él, desde el 9 hasta el 14 de Agosto, fueron días de la mas cruel ansiedad para los habitantes de México, que sentían rugir sorda y amenazadora la tormenta popular, y veían acercarse el monstruo de la anarquía á destruir cuantos restos habían quedado de orden público. Conservóse éste por los laudables cuidados del gobernador y comandante general del distrito y por la digna actitud de los cuerpos de la guarnicion, bien que no se salvó la tremenda crisis sin que se mezcláran con los buenos arranques patrióticos, desahogos de mala ley, como ya se ha relatado.

El 13 de Agosto, día de las grandes demostraciones populares, la guarnicion de México levantó una acta en la cual

declaraba su adhesión al plan de Ayutla, nombrando general en jefe á Don Rómulo Díaz de la Vega que era gobernador y comandante general del distrito, y encomendándole el nombramiento de dos individuos por cada departamento, para que eligieran presidente de la República. El general Vega nombró á los representantes, y éstos eligieron el día 14 para presidente provisional, al general Don Martín Carrera, quien entró al punto en el ejercicio de sus funciones.

Con esto se había infringido el plan de Ayutla, que era la ley de la revolución; al mismo tiempo que se le proclamaba; y fué una lástima que por tan mal camino hubiera subido al poder el general Carrera, tan digno de ocupar los primeros puestos del Estado.

El mismo día 13 muchos vecinos de la capital, á nombre del pueblo, levantaron otra acta, por la cual se adherían sin ninguna modificación al plan de Ayutla; mas prevaleció por entonces la acta de la guarnición, aunque todo el mundo veía patentemente que había de durar poco el orden de cosas creado por ella.

Empezó á gobernar el nuevo presidente, y empezó á tropezar con infinitas dificultades, porque ni sus personales prendas ni la bondad de sus medidas bastaban para hacer que se echara en olvido la ilegitimidad de su poder. Espidó la convocatoria para el congreso constituyente, é invitó á los caudillos de la revolución á que se reunieran en el pueblo de Dolores el 16 de Setiembre, con el objeto de conferenciar sobre la marcha que debía adoptarse; pero aquellas disposiciones no produjeron ningun efecto, porque el gobierno no era reconocido; y el general Carrera tuvo ocasión de ver que todo el respeto que inspiraba su persona se estrechaba en la bastardía de su autoridad. La renunció pues el día 11 de Setiembre, y entonces se adoptó ya sencillamente el plan de Ayutla, quedando otra vez como general en jefe de las tropas del distrito, Don Rómulo Díaz de la Vega.

Como quiera que sea, hay que confesar que el gobierno del general Carrera hizo un gran bien, porque salvó al país de los horrores de la anarquía. Tocóle hacer muchas cosas buenas, y tuvo la gloria de satisfacer las grandes y urgentes necesidades de entonces. Empezó á recoger los esparcidos escombros del edificio político, que habían derribado los esfuerzos de la revolución, los desmanes de la tiranía y la caída de los tiranos: dió las órdenes convenientes para que cesaran las hostilidades entre los pronunciados y el ejército, poniendo fin á las calamidades de la guerra: dictó medidas reparadoras é hizo nombramientos de autoridades que todavía subsisten: preparó bien el camino al gobierno de la re-

volucion, que pudo encontrar despues la cosa pública en vía de reforma y de arreglo: probó en fin, que la República queria la libertad con el órdel, y que si había luchado decididamente contra los que habían invocado el segundo para oprimirla, haria lo mismo contra los que invocaran la primera para desquiciarla.

Carrera al dejar el poder, dió un manifiesto á la nación, en el cual explicaba los motivos de su conducta, y las reglas por las cuales había guiado la política de su gobierno. (1)

Otra emergencia no menos peligrosa para la revolución, había brotado al mismo tiempo que la de la capital. Mientras que la guarnición de ella levantaba su acta de 13 de Agosto, infringiendo en su parte mas esencial el plan revolucionario, Don Antonio Haro proclamaba otro plan en San Luis, erigiéndose en primer jefe del movimiento político regenerador de la República.

De este modo, cuatro dias despues de la fuga de Santa-Anna, había ya en el país dos nuevos elementos con los cuales tenía que luchar la revolución; elementos tanto mas peligrosos, cuanto que ambos halagaban al pueblo en sus aspiraciones é intereses. Tanto el plan de México como el de San Luis proclamaban el principio de la libertad; y sin embargo, ni uno ni otro eran amigos de la revolución que había costado tantos sacrificios: uno y otro dejaban en pié la mayor parte de las ideas y de los abusos por cuya extirpacion habían combatido durante diez y ocho meses, los hombres de Acapulco, del Peregrino y de Zapotlán. El plan de México era una mala transacción de lo pasado, falto de apoyo, con la revolución que venia triunfante: el plan de San Luis era una grande ambición tendiendo la mano en adelante para amparar, pero realmente pidiendo ayuda al clero y al ejército, que se consideraban amenazados.

Firmes se mantuvieron los caudillos de la revolución contra el gobierno de Carrera, y no fué menor la energía con que se opusieron á las pretensiones de Haro. Sin embargo, aquí se trataba de una dificultad mucho mas grande que la primera. El plan de San Luis podia no considerarse como una usurpacion hecha por unos cuantos jefes, que aprovechándose de la ansiedad pública, habían creado un gobierno sobre las ruinas del antiguo. Haro no era una entidad intrusa en la revolución por las recientes circunstancias; no acababa de servir al dictador en los primeros puestos del Estado, como sucedía respecto de los hombres de la capital: Haro era un ciudadano proscripto por la dictadura, á la cual había he-

(1) Véase este *Manifiesto* en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXV.

cho una guerra implacable; un enemigo declarado de la tiranía desde el tiempo en que ésta se hallaba en todo su esplendor; era en fin uno de los hombres de la revolución que había triunfado. En consecuencia de todo esto, el plan de San Luis, que representaba por un lado las buenas tendencias de la causa popular, y que por otro ligaba con los intereses de ella el interés de clases poderosas, era una cosa temible para el plan de Ayutla y para sus hombres. Si uno de ellos no hubiera reunido en su persona las raras prendas que así dominan los acontecimientos como avasallan las voluntades, la revolución se habría perdido precisamente en la hora de su triunfo: al tocar la puerta de nuestras ciudades, éstas la habrían rechazado como á una desconocida, y ella habría tenido que volverse á sus montañas.

No fué así: Dios había querido que por entonces la sangre de Zapotlán fuese la última que se vertiera, y que la espada que allí había domeñado el postrer esfuerzo de la tiranía, no volviese á desenvainarse sino en una ocasión mas solemne, y en mas espléndido teatro, para firmar con ella una paz larga y venturosa.

El general Comonfort se dirigió de Colima á Guadalajara, cuando supo en Santa-Anna Acatlán, el 20 de Agosto, los acontecimientos ocurridos en México el día 13, así como los que habían tenido lugar en el mismo sentido, en San Luis, Zacatecas, y la misma ciudad de Guadalajara. Dió las órdenes convenientes en virtud del nuevo aspecto que ya presentaba la situación, y continuó su marcha hácia la capital de Jalisco, á donde llegó el 22. Allí fué recibido con el entusiasmo que siempre escitan los hombres generosos que libran por la libertad de su patria; y el día siguiente dirigió una proclama á los habitantes de la ciudad, manifestándoles el propósito de hacer por ellos y por la nación entera, cuanto estuviera en su mano para realizar las promesas del plan de Ayutla (2).

En Guadalajara dictó Comonfort las medidas convenientes para que la revolución marchara á su fin, sin estraviarse en el intrincado laberinto por el cual tenía que andar entonces; respondió á las invitaciones que se le hicieron para que reconociese el gobierno del general Carrera, con aquel poder de razones y de convicción, que recordando dos años de combates, pesaba tanto en la balanza de los acontecimientos; estipuló con Don Antonio Haro una conferencia para celebrar un avenimiento que diese por resultado la paz de la República; y despues de tomar para Jalisco disposicio-

(2) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm XXV.

nes bienhechoras, de haber hecho formar el Estatuto Orgánico del departamento, y de nombrar gobernador á Don Santos Degollado, salió de Guadalajara con su division el 13 de Setiembre, despidiéndose de los habitantes de Jalisco con aquellas palabras mágicas que anunciaban á los pueblos la próxima terminacion de sus infortunios, y un porvenir de libertad y de ventura. (3)

La conferencia con Don Antonio Haro debía ser en Lagos el 16 de Setiembre, y á ella estaba citado tambien Don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, que había proclamado en aquel departamento un plan distinto del de Ayutla, y que parecia inclinado á prestar su adhesion al de San Luis. Una brigada del ejército á las órdenes del general Márquez, que acompañaba al gobernador Doblado, daba en cierto modo robustez al pronunciamiento de San Luis, que era seguramente para el elemento militar, mas halagador que el plan de Ayutla, en el cual no constaban tan espresamente manifestadas las garantías que necesitaba el ejército. La República entera estaba pendiente de aquella conferencia; y como eran tan considerables las fuerzas que sostenian los nuevos intereses del plan de San Luis contra los intereses antiguos de la revolución, creyóse generalmente que iban á prevalecer las pretenciones de Haro.

Así habría sucedido probablemente, si el hombre á quien estaba entonces confiada la suerte de la revolución, no hubiera sido tan hábil político y prudente negociador, como intrépido soldado y valiente capitán.

De Guadalajara á Lagos, la marcha del general Comonfort fué una ovacion continua: los pueblos salian á victorearle y le colnaban de aplausos, y por todas partes era acogido con las muestras de cariño y de gratitud que escita el libertador de un pueblo. Las autoridades de Lagos y las personas mas distinguidas de la ciudad, salieron á recibirle el día 14 á dos leguas de distancia, y en la plaza principal se había erigido un arco de triunfo con inscripciones en honor del afortunado caudillo.

Una feliz casualidad, de esas que suelen acompañar al génio y constituyen la fortuna de los grandes hombres, hizo que en la mañana del 16 recibiera Comonfort la noticia de haberse acabado el gobierno del general Carrera, y de haber sido adoptado sin variacion alguna en la capital el plan de Ayutla. Con esto pudo ya presentarse en la conferencia, pertrechado con el poder de aquel importante acontecimiento, que aconsejaba la suision al mismo plan, á todos los

(3) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm XXVII.

que de buena fe querían que no se prolongáran los conflictos de la nación.

La conferencia se celebró á las diez del día en la casa del marqués de Guadalupe donde Comonfort estaba alojado. Este llevaba consigo al Licenciado Don Joaquin Angulo; Doblado y los generales Echegaray y Márquez representaban al departamento de Guanajuato y su guarnición; Haro personificaba el plan de San Luis, y representaba los votos de los pueblos que se le habían adherido.

No hubo mucho que discutir en la conferencia. Prescindiendo de que la revolución tenía una ley reconocida y aceptada por todos los que habían hecho la guerra á la dictadura, se presentaba palpante en aquellos momentos, el reciente hecho de haber caído ya un gobierno establecido, solo porque no había tenido por base aquella ley. Y si esto había sucedido á la administración del general Carrera, ¿cómo había de ser mas feliz cualquiera otra, que tuviese por fundamento las mismas infracciones, la misma ilegitimidad y el mismo desconocimiento del plan de Ayutla? Nada tuvieron que oponer los de la conferencia á esas y otras razones, dichas allí con el acento de la franqueza, de la convicción y del patriotismo, por el mismo hombre que había hecho la ley de la revolución, que la había sostenido en sangrientos combates, y que estaba dispuesto á defenderla contra sus nuevos enemigos, con la misma resolución que había manifestado ante el formidable poder de la dictadura.

La conferencia terminó á las tres de la tarde, dando por resultado los *convenios de Lagos*, por los cuales Don Manuel Doblado y Don Antonio de Haro y Tamariz, se obligaron á reconocer el plan de Ayutla sin ninguna modificación, y á respetar y obedecer al general Alvarez como general en jefe, y al general Comonfort como su segundo. (4)

Don Ignacio Comonfort acababa de salvar á la revolución de uno de los mayores peligros que había corrido desde su nacimiento en Ayutla. Acapulco y Michoacán habían revelado al guerrero y al patriota; Lagos revelaba al hombre de los buenos consejos.

Su proclama de aquel día está llena de las efusiones que aquel acontecimiento feliz debía causarle. Al felicitar á su patria por el triunfo de la causa popular, salieron de su boca ardientes votos de gratitud hacia el Supremo Hacedor de las sociedades, bellas palabras de amistad y de respeto para el venerable caudillo de la revolución, puros consejos de unión y fraternidad para todos sus conciudadanos. Aquellos acentos

(4) Véase este convenio en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXVIII.

fueron á comover las fibras de todos los corazones generosos, y fueron para las pasiones alborotadas como la voz de Dios que calma las tempestades. (5)

Celebrado el convenio de Lagos, marchó Comonfort á Guanajuato, donde le aguardaban las mismas muestras de respeto y de gratitud que en todas partes. Allí sirvió tambien su presencia para calmar los espíritus, que se hallaban agitados por las incertidumbres de la situación: hizo que se adoptara el plan de Ayutla como la única ley que por entonces podia salvar la patria; y despues de haber dictado sabias providencias para bien del departamento, salió de Guanajuato el 28 de Setiembre, despidiéndose de aquellos habitantes con una proclama, en la que les aconsejaba huir de toda exageracion, recomendándoles el amor al orden y á la libertad, como siempre lo hacia (6)

Su tránsito por el interior de la República fué una marcha triunfal: las ciudades le habrían las puertas y le recibían entre aplausos y regocijos; los habitantes del campo salían á los caminos para verle, y en todas partes era aclamado como un redentor del pueblo, que venia á dar al país libertad, justicia y felicidad.

Todos los periódicos de la capital y de los departamentos le preconizaban como el vínculo de union entre los mexicanos; todos los partidos ensalzaban á porfia sus virtudes, y todos le proponían como el ciudadano más digno de ocupar la presidencia. Si en el plan de Ayutla no hubiera estado señalada la manera de eleccion, Comonfort habria sido desde luego el jefe del Estado, en virtud de aquella aclamacion general.

Sobran razones para presumir que un sentimiento de modestia y de delicadeza le hizo retardar su viaje á Cuernavaca, para donde estaba citado con los demás caudillos. Idolo del pueblo, aplaudido como un héroe, circundado de la brillante aureola de triunfador, ensalzado por todas las clases y todos los partidos, designado en fin por la opinion pública como cabeza de la nueva situacion que iba á crearse, esta aura popular podia ser un obstáculo á la libertad de la eleccion: él debió conocerlo así, y hubo de comprender que convenia á su decoro no estar presente con el resplandor de su gloria á la eleccion presidencial. De otro modo, no se alcanzan los motivos que tuvo para no llegar á Cuernavaca sino hasta el 5 de Octubre, cuando desde el 16 de

(5) Véase esta proclama en el *Apéndice* Núm. XXIX.

(6) Véase en el *Apéndice* Núm. XXX.

Setiembre en que se hicieron los convenios de Lagos, no hubo motivo grave que le detuviera en el camino.

El general Alvarez nombró en Iguala el 24 de Setiembre los representantes de los departamentos que debían elegir al presidente provisional, conforme al plan de Ayala, disponiendo que se reuniesen en Cuernavaca el 4 de Octubre, para cumplir su encargo. En seguida marchó para aquella ciudad con su division, y llegó á ella el 2 de Octubre, en cuya fecha dió un manifiesto, anunciando que iba á terminar su mision, y que instalado el nuevo gobierno prestaría la debida obediencia al supremo magistrado que fuera elegido por los representantes.

Estos se reunieron en Cuernavaca el dia señalado: el general Alvarez los escojió en breves palabras á que eligiesen para la presidencia á una persona digna de ocupar tan alto puesto, por su probidad, por su patriotismo y por las demás cualidades necesarias en el primer magistrado de un pueblo libre. En seguida se quedaron solos, y eligieron presidente interino de la República al mismo respetable general que tan felizmente habia conducido la revolucion hasta aquel punto.

La eleccion del general Alvarez no gustó á todos. Habia corrido la voz de que el anciano caudillo no quería ser presidente, porque ni su edad, ni sus enfermedades, ni su género de vida le permitian ponerse al frente del gobierno. Contábase que tanto el jefe de la revolucion como los demás caudillos, se habian puesto de acuerdo desde mucho antes para hacer que Comonfort subiese á la primera magistratura; y se decia sin embozo, que la eleccion de Alvarez habia sido el resultado de malas intrigas. Para apoyar estas suposiciones, se comentaba de mala manera la circunstancia de que el general en jefe hubiera nombrado á los representantes en Iguala, y la de haber dispuesto que fuese Cuernavaca el lugar de la eleccion, sin aguardar á que Comonfort llegara y sin pedirle consejo sobre unos puntos tan importantes, como lo habia hecho siempre hasta entonces. En fin, se murmuraba altamente del resultado de la eleccion pre-identical; y Dios sabe hasta donde habrian llegado aquellas murmuraciones, si no hubiera alzado su voz para acallarlas el que ya entonces era el ídolo del pueblo. Comonfort llegó á Cuernavaca el 5 de Octubre, un dia despues de la eleccion; y viendo el nublado que se estaba formando á causa de ella, hizo callar á los descontentos, manifestando por medio de los periódicos, que á nadie habia juzgado mas digno de la presidencia que al venerable caudillo del Sur, que su gobierno era legítimo y eminentemente

te nacional, y que protestaba sostenerle con todas sus fuerzas (7).

El nuevo presidente nombró su ministerio, y dió al general Comonfort la cartera de guerra, nombrándole ademas general en jefe de las tropas del distrito, con cuyo carácter vino á la capital el 8 de Octubre.

Las pasiones se hallaban exaltadas; habiase despertado la ambicion de los partidos; la prensa habia empezado á desenfrenarse, rotas las prisiones que la habian tenido encadenada por tanto tiempo; habia una alarma general; y las dificultades de la situacion se aumentaban con la circunstancia de estar el gobierno en Cuernavaca, donde permaneció aun por algunos dias el nuevo presidente. En aquel periodo de tantas crisis debió la capital de la República la conservacion del orden al general Comonfort.

No es de omitirse aquí una circunstancia, que debe tenerse presente para juzgar bien algunos acontecimientos futuros. Triunfante la revolucion, habiase conservado en su seno el odio mas profundo hácia el ejército que la habia hecho tan cruda guerra. La idea de disolverlo iba prevaleciendo en la opinion que mas abiertamente podia manifestarse entonces, y acaso estaba tambien en el programa de los partidos dominantes. El hecho es, que si no se trató formalmente de la disolucion del ejército, hubo por lo menos grandes amagos de realizarla. Comonfort que como miembro del gabinete se habia opuesto ya á que se adoptasen violentas medidas en otros ramos, se opuso tambien como ministro de la guerra, á que se adoptase la relativa al ejército y á costa de esfuerzos increíbles, y de pasar tal vez por poco al frente revolucionario ante la exhibicion democrática de aquellos dias, consiguió que se aplazara para mas adelante aquella cuestion, no sin dejar establecido como punto esencial de la política futura, que la clase militar debia ser reformada como todas, pero en ningun caso destruida. Los individuos del ejército se lo agradecieron entonces, aunque despues muchos de ellos lo olvidaron.

Las dificultades no se acabaron con la traslacion del gobierno á la capital. El respeto que inspiraba el anciano caudillo del Sur, no era bastante á sofocar las manifestaciones de descontento que se hacian por todas partes. Asomaban en diferentes puntos de la República síntomas de nuevos pronunciamientos y rebeliones; y en Guanajuato se pronunció

(7) Véase en el Apéndice, bajo el Núm XXXI, la carta que dirigió Comonfort al Siglo XIX, sobre el asunto de que aquí se trata.

al fin el gobernador Don Manuel Dublado, desconociendo al gobierno de Alvarez, y proclamando presidente de la República á Don Ignacio Comonfort.

No necesitaba esto el presidente interino para abandonar un puesto que no habia ambicionado, y del cual deseaba separarse, para vivir con el sociogo que reclamaban su edad y sus modestas costumbres. Antes de saber las ocurrencias de Guanajuato y llenarla ya la principal mision de su gobierno con la convocatoria del congreso constituyente, determinó dejar el mando, y nombró presidente sustituto al hombre á quien designaba para aquel puesto la opinion pública: era tambien el que la opinion privada del venerable caudillo habia señalado de antemano como merecedor de tanta honra.

El 12 de Diciembre se publicó el decreto por el cual fué nombrado presidente sustituto de la República el general Don Ignacio Comonfort; y con este motivo hubo en la capital escenas lamentables de desorden, que promovieron gentes de contentadizas y apasionadas. Habian perjudicado para con ellas al ilustre caudillo, las ideas de moderacion y de templanza que habia manifestado en el seno del gabinete, y las alabanzas que le habian tributado otros bandos políticos que no habian sido antes partidarios de la revolucion reformadora. Pensaron, pues, algunos, que el advenimiento de Comonfort al poder, importaba tanto como un paso hacia la reaccion; y atrastrados por esta quimera, encendieron las pasiones populares, alborotaron á las tribas, y prorrumpieron en gritos sediciosos por calles y plazas.

No era hombre Comonfort que en medio de tales demostraciones, aceptase un puesto que por otra parte no podia ofrecer entonces ningun aliciente ni aun á la ambicion mas desmesurada; y aunque bien conocia que significaban muy poco los gritos que contra él se habian levantado, bastaba para su delicadeza y su decoro, el que se opusieran algunos, para que él se negara abiertamente á tomar posesion de la presidencia. En vano se señaló dia para la ceremonia, y en vano le rogaron el presidente interino, los hombres del gobierno, sus numerosos amigos, y aun los partidarios juiciosos de las opiniones que se habian alarmado: él permaneció invariable en su resolucion, y no cedió al fin sino á los dobles esfuerzos de la amistad y del patriotismo; que se juntaron en un momento solemne para vencer aquella resistencia.

Era grande la agitacion que reinaba en la capital: y Alvarez conoció que si se prolongaba aquella crisis, podia sobrevenir algun grave trastorno. Entonces el anciano presidente sale de palacio, dirijese á casa de Comonfort, le sa-

luda y le abraza con toda la efusion de camarada y de amigo; y casi con las lágrimas en los ojos, representándole el peso de sus años y de sus dolencias, é invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le habia nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó resignadamente la mision de honor y de sacrificios que se le confiaba.

La conducta del general Alvarez, descendiendo voluntariamente de la cumbre del poder, para volver á la vida privada, y rogando á otro con ese poder tan codiciado, es un rasgo de desprendimiento y abnegacion, de que ofrece pocos ejemplos la historia. En nuestro siglo de relajacion y de torpes ambiciones, solo podia elevarse á tanta altura el modesto ciudadano que pocos dias despues, ya en camino para el rincón de su tierra natal, escribia estas hermosas palabras, dignas de un republicano de los tiempos antiguos: "Pobre entré en la presidencia, y pobre salgo de ella; pero con la satisfaccion de que no pesa sobre mí la censura pública, porque dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria."

Puesto Don Ignacio Comonfort á la cabeza del gobierno, se restableció la calma que ya se iba perdiendo en la capital, y los descontentos se convencieron muy pronto de que el hombre de Ayutla y de Acapulco, aunque libre de las exageraciones políticas y esento de pasiones revolucionarias, era el hombre de la libertad, de la reforma y del progreso.

Su advenimiento al poder llevó la quietud á los ánimos que se agitaban en toda la República: los pronunciados de Guanajuato depusieron su actitud hostil, y le prestaron obediencia; y los pendones rebeldes que ya se levantaban para protestar contra el orden de cosas establecido, se humillaron á los pies del buen ciudadano que habia sabido inspirar á sus compatriotas tanto respeto, é infundirles tantas esperanzas.

La revolucion habia triunfado, y estaba consumada por fin la grande obra empezada en Ayutla. Nacida en un humilde pueblo del Sur, refugiada en las asperezas de sus montañas, y conducida al través de mil peligros por los varones esforzados que mecieron su pobre cuna, la hemos visto crecer, propagarse y engrandecerse, hasta el punto de reinar hoy como señora, y de ser en México la base del porvenir. Débil y flaca al principio, perseguida y ultrajada, ludibrio de los poderosos y escándalo de los humildes, hoy lle-

va sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdeñaban. No es la primera vez que nacen en un pueblo, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos explicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la redención universal del mundo; llegan con trabajo desde el Gólgota al Capitolio, y se albergan en la barca de un pecador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolución, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinión pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolución de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupción y de muerte que la demagogia había infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nación que le sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crueles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir; pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exagera el principio de la libertad, como exageró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolución ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: „vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre.” (8)

DIRECCIÓN GENERAL DE

(8) Empti estis pretio magno . . . Nolite fieri servi hominum  
SAN PABLO.

## CAPITULO DECIMO.

### MOVIMIENTOS REAGIONARIOS.

Gérmenes de descontento.—Exageraciones de la prensa.—Maldad de Vidaurri.—Temores del clero y del ejército.—Tumultos en Oajaca y en Puebla.—Grito de religión y fueros en Zacapoxtla.—Defecciones de algunos gefes militares.—Uraguá en la sierra Gorda.—Angustias de la situación.—Don Antonio Haro.—Sus conspiraciones.—Su entrevista con el presidente.—Su destierro y su fuga.—Pónose á la cabeza de la reacción.—Fuerza material y moral de los rebeldes.—Entran en Puebla.—Preparativos del gobierno.—Armase la guardia nacional.—Gefes y oficiales del depósito.—Notable medida de Comonfort.—Mal juicio que se formó de ella.—Vánse á la facción los gefes y oficiales del depósito.—Derrota de Uraguá y pacificación de la Sierra.—Su prision, y disolución de su guerrilla.—Insurrección de los pronunciados.—Motin de San Juan de Ulúa.—Graves daños de la situación.—Resuélvose Comonfort á llevar la guerra á Puebla, y marchar él mismo á la cabeza de las tropas.

NUESTRA historia debía terminar en el capítulo anterior, porque en él concluye la revolución de Ayutla. Sin embargo, el día en que nuestra relación acaba, no fué el día de la paz para México: todavía era preciso inmolar nuevas víctimas en los altares de la guerra, antes que se aplacará la deidad terrible: la caudilla figura de la paz no había de presentarse á los mexicanos sino en otro teatro de sangre y desolaciones. La revolución agregó á sus páginas otra página de luto y gloria, y es preciso darle un lugar en este libro.

Anaciguáronse los ánimos de la multitud cuando el general Comonfort subió á la presidencia, pero no se estirparon del todo los gérmenes de revolución que habían nacido en tiempo de Álvarez. Una ley sobre administración de justicia, en la que se había abolido el fuero eclesiástico, y coq-

va sobre sus hombros los destinos y las esperanzas de un pueblo, y tienen que humillarse ante ella los que antes la desdaban. No es la primera vez que nacen en un pueblo, y se alimentan de persecuciones, y crecen con la sangre de sus mártires, las grandes ideas regeneradoras de la humanidad. Por un oculto designio de la Providencia, que no nos explicamos, pero que siempre advertimos, las redenciones sociales y políticas de cada pueblo, se parecen á la redención universal del mundo; llegan con trabajo desde el Gólgota al Capitolio, y se albergan en la barca de un pecador, mucho antes de alojarse en el Vaticano.

Hemos visto á la revolución, despreciada y aborrecida, puesta en ridículo y ensangrentada en el cadalso, derrotar á sus enemigos en todas partes y de todas maneras: á los ejércitos en los campos de batalla, á los calumniadores en la opinión pública, á los verdugos en el suplicio donde pensaban acabar con ella. Bello episodio, al par que sangriento, de la lucha tenaz que sostiene el derecho contra la fuerza en todo el globo, la revolución de 1854 no es tan grande por haber derrotado á la tiranía, cuanto por haber alcanzado una espléndida victoria contra los gérmenes de corrupción y de muerte que la demagogia había infiltrado en su seno. No sabemos los bienes que hará á la nación que le sostuvo en medio de tantos dolores y á costa de tan crueles sacrificios, porque todavía está oscuro y tenebroso el porvenir; pero bienes positivos son haber dado á conocer á México, que el orden sin la libertad es un fantasma, que la libertad sin el orden es una quimera, y sobre todo, que entre los hijos de este país hay hombres que valen tanto para su patria como los mas famosos personajes de Grecia y Roma. Si ahora se exagera el principio de la libertad, como exageró la dictadura el principio del orden, y si por esta causa la República se pierde, no será culpa de la revolución ni de los hombres que la consumaron. Estos hombres pueden decir á los mexicanos: „vuestra libertad ha costado muy cara; no por vuestras pasiones volvais á caer en la servidumbre.” (8)

DIRECCIÓN GENERAL DE

(8) Empti estis pretio magno . . . Nolite fieri servi hominum  
SAN PABLO.

## CAPITULO DECIMO.

### MOVIMIENTOS REAGNARIOS.

Gérmenes de descontento.—Exageraciones de la prensa.—Maldad de Vidaurri.—Temores del clero y del ejército.—Tumbos en Oajaca y en Puebla.—Grito de religión y fueros en Zacapoxtla.—Defecciones de algunos gefes militares.—Uraguá en la sierra Gorda.—Angustias de la situación.—Don Antonio Haro.—Sus conspiraciones.—Su entrevista con el presidente.—Su destierro y su fuga.—Pónose á la cabeza de la reacción.—Fuerza material y moral de los rebeldes.—Entran en Puebla.—Preparativos del gobierno.—Armase la guardia nacional.—Gefes y oficiales del depósito.—Notable medida de Comonfort.—Mal juicio que se formó de ella.—Váase á la facción los gefes y oficiales del depósito.—Derrota de Uraguá y pacificación de la Sierra.—Su prision, y disolución de su guerrilla.—Insurrección de los pronunciados.—Motin de San Juan de Ulúa.—Graves daños de la situación.—Resuélvose Comonfort á llevar la guerra á Puebla, y marchar él mismo á la cabeza de las tropas.

NUESTRA historia debía terminar en el capítulo anterior, porque en él concluye la revolución de Ayutla. Sin embargo, el día en que nuestra relación acaba, no fué el día de la paz para México: todavía era preciso inmolar nuevas víctimas en los altares de la guerra, antes que se aplacará la deidad terrible: la caudilla figura de la paz no había de presentarse á los mexicanos sino en otro teatro de sangre y desolaciones. La revolución agregó á sus páginas otra página de luto y gloria, y es preciso darle un lugar en este libro.

Anaciguáronse los ánimos de la multitud cuando el general Comonfort subió á la presidencia, pero no se estirparon del todo los gérmenes de revolución que habían nacido en tiempo de Álvarez. Una ley sobre administración de justicia, en la que se había abolido el fuero eclesiástico, y coq-

trá la cual habían protestado algunos obispos, mantenía vivas las inquietudes, por el temor de que fuera el gobierno demasiado adelante en materia de reformas eclesiásticas. Algunos gefes del ejército, disgustados con los violentos desahogos de algunos amigos de la revolución, resentidos de las injurias que se prodigaban á toda la clase militar, y acaso temerosos de que se hicieran revolucionariamente las reformas anunciadas para el ejército, pensaron desde luego en una reaccion, é hicieron causa comun con los descontentos en materias religiosas.

Aunque la reaccion no tuvo disculpa, esplicanse muy bien, con las circunstancias de la época los primeros movimientos reaccionarios. Una parte de la prensa periódica se había desencadenado contra el clero y contra el ejército, y vomitaba diariamente los vituperios mas atroces contra los individuos de ambas clases. Dejase de los primeros, que habían fomentado y sostenido la tiranía dictatorial, y reproducianse con vehemente acritud todas las especies que son comunes en tiempos de revolución, sobre su espíritu de intolerancia y de retroceso. Acusábase á los segundos de los incendios y devastaciones que había ordenado la dictadura, y se repetía sin cesar, que habían sido los verdugos del pueblo. La conducta de Don Santiago Vidaurri, que pasaba entonces por la personificación mas nota de la idea democrática, estaba enteramente de acuerdo con aquellos arranques de la prensa periódica. En sus conversaciones, en sus escritos y en sus comunicaciones oficiales, no perdía ocasion de zaherir á la clase militar; y hasta llegó á espedir un decreto suprimiendo el ejército de la República, cuyos individuos eran calificados de inmorales, cobardes, genizaros, viles instrumentos de la tiranía y verdugos de la nacion. Pasaba entonces México por una de esas formidables crisis, en que campean todas las exageraciones; y era natural que temieran mucho, y se apercibieran á la resistencia, las clases que parecían amenazadas por el pico revolucionario.

El gobierno logró sofocar algunos tumultos que ocurrieron en Oajaca y en Puebla con motivo de la abolición de fueros; mas no pudo impedir que se juntáran en Zacapoaxtla algunos jefes y oficiales con buen número de soldados, y que unidos á los vecinos de aquel pueblo y de sus inmediaciones, levantarán, al grito de *religion y fueros*, una bandera rebelde.

El plan de Zacapoaxtla se redujo á desconocer al gobierno de Comonfort, y á proclamar las *Bases orgánicas* de 1843. La acta de pronunciamiento fué levantada el 19 de Diciembre, y firmada en primer lugar por el general Don

Francisco Gutiérrez y por los coroneles Don Luis G. Osollo y Don Juan Olloqui, que habían sido enviados por el gobierno al Estado de Puebla con dos cuerpos de caballería para que defendieran allí el órden público.

Contra los pronunciados de Zacapoaxtla fué enviado primeramente Don Ignacio de la Llave con una brigada numerosa, y toda ella se adhirió al pronunciamiento dejando casi solo al jefe que la mandaba. El gobierno envió despues mil quinientos hombres á las órdenes del general Castillo; y tambien se unieron á los rebeldes con su jefe á la cabeza, llevando á las filas rebeldes los considerables fondos que el gobierno les había dado para la campaña, varias piezas de artillería y gran provisión de municiones. Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, se pronunciaban en diferentes puntos de la República otros jefes que tomaban el camino de Zacapoaxtla, é iban á engrosar las filas de la nueva revolución.

Aunque no de acuerdo con ella, pero si alzado contra el gobierno, andaba por la Sierra Gorda el general Don José López Uruga, que había reunido mas de dos mil hombres en aquel territorio, y amenazaba sublevar los Estados de Querátaro y de San Luis, por haber arrastrado en su rebelion á varios personajes influyentes de aquellas comarcas.

El horizonte político se encapotaba de nuevo de una manera alarmante; la posición del gobierno iba haciéndose en extremo difícil y angustiosa; los jefes en quienes ponía su confianza, le vendían; diariamente era burlada su buena fé con nuevas defecciones; engrosábanse las fuerzas de sus enemigos, y él no sabia si podía confiar en un puñado de hombres del ejército, que le quedaban.

Atizaba la revolución desde la misma capital Don Antonio de Haro, no obstante que desde su regreso de San Luis vivía al parecer retirado de la política. El presidente le había tratado con las mayores consideraciones, le había pedido consejo sobre asuntos graves del Estado, y le había prodigado las pruebas mas patentes de estimacion y de afecto. Hasta le había ofrecido una legacion en Europa, y Haro se había escusado de aceptarla, protestando su deseo de vivir separado de los negocios públicos.

A pesar de esto, Haro conspiraba contra el gobierno de Comonfort con toda la energía de una ambicion, no satisfecha, y burlada en sus mas intensas aspiraciones. El gobierno lo sabia; pero disimuló por algun tiempo, fiado en que no tendrían ninguna mala consecuencia aquellas tentativas, ó acaso por evitar que el conspirador se convirtiera abiertamente en un rebelde, en cuyo caso era doloroso para Comonfort tomar duras providencias contra un hombre que era su ami-

go desde la infancia, que habia sufrido persecuciones por la libertad, y que habia hecho algo para derrocar la tiranía.

Llegaron, sin embargo, á ser tan públicos aquellos manejos, que ya el gobierno no pudo abstenerse de hacer algo para reprimirlos. Todo el mundo sabia, y decíase públicamente, que Don Antonio Haro mantenía inteligencias con los caudillos rebeldes y que desde su casa de México estaba dirigido la revolucion que debia llevarle á la presidencia. Entonces el general Comonfort llamó á su amigo; le dijo que tenia pruebas inconcusas de que estaba conspirando, y le suplicó en nombre de su amistad y de la patria, que se abstuviera de fomentar unos disturbios cuyo resultado no podia ser otro que traer sobre la nacion nuevas calamidades. Haro afectó en aquella entrevista un aire de liereza que sentaba mal con la gravedad del asunto que se trataba; y respondió al presidente que no era verdad aquello, que le habian engañado, y que no hiciera caso de libelitas: insistió el presidente en que tenia datos demasiado positivos de que era cierto el delito que le hacaban; le rogó de nuevo que no le obligara á sacrificar su amistad antigua y sus buenas relaciones, á los formales deberes que le imponia su carácter de jefe del Estado; repitió Haro su aterror negativa con aire de indiferencia y aun de chanza; y desdeñándose de su amigo, se fué desde allí á conspirar contra él con mas ahínco y mas osadía que nunca.

Pasaron aún algunos dias: el público siguió ablando, y el gobierno siguió recibiendo nuevas pruebas de la rebelde conducta de Haro. No podia ya la autoridad, sin mengua de su decoro, consentir aquello, ni las consideraciones de amistad podian sobreponerse en el gobernante á su estrecha obligacion de conservar la tranquilidad pública. Dióse una orden de prision contra Don Antonio Haro, y se le metió en una diligencia extraordinaria, para que le lleváse rápidamente á Veracruz, donde debia embarcarse para el extranjero.

Haro burló la vigilancia de los que le custodiaban, y á pocas leguas de Orizaba se escapó favorecido por las tinieblas de la noche. (1) Pocos dias despues se reunió con los

(1) Iban presos con Don Antonio Haro para salir fuera de la República, los generales Don Francisco Pacheco y Don Agustín Zires, acusados igualmente de complicidad en las conspiraciones que en la capital se fraguaban. A las doce de la noche del 5 al 6 de Enero, llegaron á un punto llamado *Sal si puedes*, entre Córdoba y Veracruz, donde se mandaron los caballos de la diligencia. Mientras se hacia esta operacion, el general Zires y Don Antonio Haro se apearon á satisfacer alguna necesidad acompañándolos un capitan y dos soldados con sus armas. A los po-

pronunciados de Zacapoaxtla, donde fué reconocido por jefe del movimiento.

En pocos dias se habia organizado una revolucion formidable. Los sublevados de Zacapoaxtla eran mas de cuatro mil hombres de los mejores del ejército, y estaban con ellos los jefes mas distinguidos. Favorecian el movimiento clases muy poderosas, que se creian amenazadas en sus intereses por la política dominante; una propaganda sorda y segura se ejercia por todas partes sobre los pueblos, invitándolos á impeler que prevaleciera el desenfreno demagógico. En fin, todos los individuos á quienes habia perjudicado la caída de la dictadura, apoyaban con ardientes votos á los pronunciados; y todos los intereses destruidos por el triunfo en la revolucion liberal, habian caido con su enorme peso de la balanza de la nueva rebelion. La bandera de Haro era ya en realidad una bandera reaccionaria, tanto mas peligrosa cuanto que en ella estaba escrita la palabra libertad al lado de la palabra orden: parecia un movimiento opuesto para poner coto á las exageraciones democráticas; y como se tenia por imposible que hubiera quien intentara una reaccion hácia las cosas que habian caido con Santa-Anna y su gobierno, no faltaron liberales que de buena fé se manifestaran adictos ó tomaran parte en la empresa.

Los de Zacapoaxtla se movieron de aquel punto á principios de Enero, y marcharon sobre Puebla. Las autoridades de aquella ciudad hicieron algunos preparativos de defensa, que no bastaron para rechazar á tantos enemigos y los pro-

cos momentos volvieron al carruaje Zires y uno de los soldados, quedándose fuera el otro con Haro y el capitan. Entonces se engañó en re estos dos últimos, sin que pudieran advertirlo los que estaban adentro, la ordinaria disputa de caballos, pretendiendo cada cual que el otro subiera primero. Tanto insistió Haro en su cortesanía, que el capitan calló al fin, y salió delante; pero no bien estuvo dentro del carruaje, cuando el cochero blindó el látigo, y los caballos partieron á escape, sin parar en largo trecho. El jefe que conducia los presos, cuando advirtió lo que habia sucedido, consiguió á duras penas que se detuviera el coche, y mandó al capitan con algunos soldados, que fueran á buscar á Haro; pero la noche era muy oscura, el sitio despoblado, se hallaban en medio de un inmenso bosque de árboles, una espesa neblina anublaba las tinieblas, los caballos habian corrido mucho; y en fin, Don Antonio Haro no se habia quedado allí sin una intención bien deliberada: el resultado fue que no paró el fugitivo. Aparte de las sérias consecuencias que aquel hecho tuvo, no dejó de ser celebrado por sus circunstancias; añadiendo nueva gracia al extraño lance, la rara analogía que tenia con él, el nombre del sitio en que se verificó.

nunciados entraron en Puebla el 23 de Enero, á consecuencia de una capitulación celebrada el día anterior, y en virtud de la cual los defensores salieron de la plaza con todos los honores de la guerra, después de obtener toda clase de garantías para los que allí habían defendido al gobierno.

Si antes de ocupar á Puebla ó inmediatamente después, se hubieran dirigido los pronunciados á la capital de la República, habrían entrado en ella sin costarles ningún trabajo, porque el gobierno no solamente estaba desprevenido, sino que carecía de todo medio de defensa, y no podía confiar en el escaso número de hombres que tenía que oponer á los rebeldes.

Una prodigiosa actividad desplegó el gobierno para conjurar el peligro: levantó en la capital buenas fortificaciones, armó y organizó varios cuerpos de milicia nacional, escitó fuertemente el espíritu público en favor del orden de cosas existente; y se dió en fin tan buena maña para hacer frente á la rebelión, que en un mes puso á la ciudad en estado de resistir cualquiera ataque que se intentara contra ella, y tuvo listos para esperar á los disidentes, ó para salir á batirlos al campo, mas de diez y seis mil hombres de todas armas.

Una de las medidas que entonces dió el presidente sustituto, reveló á la República que tenía al frente de sus destinos, un hombre bien diferente, por su carácter y por su genio, de cuantos le habían precedido en el mando. La disolución de varios cuerpos del ejército, que se verificó á consecuencia del triunfo de la revolución en el mes de Agosto, había dejado sin destino á muchos gefes y oficiales, que por aquella causa habían quedado en depósito. Pasaban de ochocientos los que se hallaban en este caso, en los momentos mismos en que se pronunciaban y se iban á aumentar las filas rebeldes, los que se encontraban de servicio en diferentes puntos fuera de la capital. Comonfort sabia que aquellos hombres no eran adictos á su gobierno, y que habían de convertirse en sus enemigos declarados, en cuanto tuvieran ocasión de pasarse con los disidentes, siguiendo el ejemplo y las huellas de todos los demás de su clase.

Un hombre vulgar, colocado á la cabeza del gobierno en tales circunstancias, habría procurado únicamente cerrar á los gefes y oficiales del depósito todas las salidas, imposibilitarlos de tomar parte en la rebelión, y rodearlos de dificultades para que no fueran á unirse á la bandera de sus antiguos compañeros. Comonfort hizo precisamente todo lo contrario: no queriendo tener cerca de sí enemigos encubiertos, no gustando de reservas ni disimulos, y resuelto á acla-

rar la posición relativa del gobierno y de los pronunciados, abridles la puerta, les allanó los obstáculos, y los puso en camino para que se fueran adonde los llamaban sus inclinaciones. Dispuso que todos los gefes y oficiales del depósito salieran de la capital, y fijaran su residencia en cuatro puntos distintos; hizo que se les diéramos una tercera parte de paga mensual en proporción de sus empleos, y los dejó que marcharan libremente á los puntos señalados.

Aquella disposición fué muy mal juzgada por los amigos y por los enemigos del presidente. Unos y otros la consideraron desde los mezquinos puntos de vista que proporcionan las reglas comunes, y se equivocaron. Decían los primeros, que era una solemne imprudencia dejar libres á tantos enemigos disimulados, para que fueran de seguro á engrosar las filas rebeldes, y que además de imprudencia era incomprensible caudor proporcionarles los medios de hacer el viaje, con la parte de sueldo que se les daba. Decían los segundos, que era una crueldad enviar aquellos hombres á que pereciesen de hambre y de miseria en los pueblos que se les había designado para residir, y que era una burla darles una cantidad tan pequeña, que no podía servirles lejos de sus familias y de sus deudos, sino para prolongar las angustias de su posición desesperada.

Amigos y enemigos se equivocaban hablando así, porque discurrían sobre la base de ideas vulgares, y la medida salía de esta esfera; era un ruego algo extraordinario. Bien sabia el presidente que aquellos hombres iban á tomar las armas contra él; pero como convenia más á su carácter decidido y franco tenerlos por enemigos en el campo de batalla, que en la disimulada prisión de un cuartel ó de un depósito, les abrió la puerta para que tomaran partido, cumpliendo sin embargo con el deber de darles algo mientras no fueran rebeldes, supuesto que de él dependían. De este modo se separaron los fieles de los que no lo eran; el gobierno pudo contar el número de los enemigos con quienes tenía que combatir, y la situación se despejó de modo que pudo ser bien comprendida, para ser mas tarde bien dominada.

En cuanto á los que censuraron la providencia como inhumana y cruel, no reflexionaron sin duda, que si era poco para los gefes y oficiales del depósito, la tercera parte de una mensualidad que Comonfort mandó darles, fúe sin embargo sobrado generoso con ellos, supuesta la certidumbre que tenía, de que iban á hacerle la guerra. Harto hizo seguramente en proporcionarles una parte de los gastos del viaje que iban á emprender en su daño; y los mismos interesados ne-

tuvieron motivo de quej, si pensaron en que aquel socorro venia de las manos de su enemigo.

Todos los gefes y oficiales comprendidos en aquella medida, salvas muy pocas escepciones, se fueron efectivamente á Puebla, y allí se firmó con ellos un cuerpo de tropa, que se llamó la *Legión Sagrada*.

La noticia de la toma de Puebla por los pronunciados, tuvo una buena compensacion con la que se recibió pocas dias despues, sobre la pacificacion de la Sierra. El General Ghilardi, enviado en persecucion de Uraga, habia terminado en quince dias una de las campañas mas felices que se conocen en las guerras civiles de México, no solo destruyendo las numerosas partidas de gente armada que se habian rebelado en todos aquellos pueblos, sino haciendo que se convirtieran en los mas decididos defensores del gobierno sus principales caudillos.

A mediados de Enero salió Ghilardi de Querétaro con la brigada de su nombre, y emprendió su marcha por aquellas escabrosidades, tomando las precauciones convenientes para sorprender á los facciosos en su mismo cuartel general. Dividida su brigada en dos secciones, y marchando con el mayor sigilo, llegó el 23 á las inmediaciones de San Pedro Toliman, villa situada en el corazon de la sierra, donde entró el dia siguiente, despues de algunos encuentros con los facciosos, que varias veces quisieron atajarle el paso, colocándose al efecto en las ventajosas posiciones que les ofrecia la fragosidad del terreno.

El general Ghilardi continuó practicando en San Pedro Toliman las diligencias pacificas que ya habia empezado desde Querétaro, para atraer al orden á los pronunciados de la Sierra Gorda. Nada consiguió con Uraga, obstinado al parecer en una empresa que daba esperanzas á su ambicion; mas por fortuna eran hombres ilustrados los otros gefes del movimiento, y ellos escucharon los consejos pacíficos y los ruegos humanitarios de Ghilardi, tanto mas persuasivos cuanto que salian de los labios de un hombre, que era terrible en la guerra. Don Antonio Montes Velazquez, Don Tomás Mejía, Don Francisco Padilla y otros caudillos, conocieron pronto su error; y como ejercian poderoso influjo en toda aquella comarca, no les fué difícil hacer que soltaran las armas fratricidas los hombres alumados que seguian la bandera rebelde; de tal manera que el 31 de Enero habia terminado ya la sublevacion de la Sierra Gorda, el territorio estaba en paz; y los mas influyentes caudillos de la insurreccion, Mejía, Montes, y Padilla, daban un manifiesto confesando el error que los habia estraviado, y escribian

al presidente seis dias despues, pidiéndole que los ocupara en la campaña de Puebla, donde le probarian la decision y lealtad con que estaban dispuestos á servirle.

Mucho honor hace al general Ghilardi la pacificacion de la Sierra. En aquellos sencillos habitantes hicieron gran impresion los hermosos conceptos de su proclama, que los invitaban á la paz, á la union y á la fraternidad. Hombres tambien de guerra y avezados á los peligros, los serranos debieron concebir estimacion y respeto por aquel militar que tan gallardo era para blandir la espada en los combates, como dulce y espreivo para decir pensamientos cristianos. Débese añadir que favoreció mucho la empresa de Ghilardi, y contribuyó eficazmente á la pacificacion de la Sierra, la circunstancia de que el coronel Montes Velazquez era tío de Don Ezequiel Montes, entonces ministro de justicia. El ministro Montes escribió á su tío, manifestándole el verdadero estado de la opinion y de las cosas, y aquellas relaciones acabaron de allanar todas las dificultades.

Uraga se quedó con unos doscientos hombres, sin recursos para continuar en su empresa, sin voluntad para adherirse á los pronunciados de Zacapoxtla, y espuesto á ser aprehendido por las tropas del gobierno, si llegaba á intentarlo. Primeramente salió de la Sierra con rumbo á Tampico; dudó despues si tomara el camino de Puebla, pero no se resolvió á ello, por no hacer allí un papel secundario; por fin, al cabo de algunos dias de andar errante tuvo que rendirse á discrecion el 18 de Febrero con toda su jente en San Bartolo, pueblo del distrito de Tulancingo. Don Sabá Lurbide, coronel de guardia nacional y prefecto de aquel distrito, tuvo la gloria de aquella jornada, en la cual sin derramarse una gota de sangre, se acabó una faccion que podia hacer daño, quedando á disposicion del gobierno cien infantes, cincuenta caballos, cincuenta y un oficiales y otras personas que acompañaban á Uraga. Este manifiesto entonces que desde el dia 6 en Tlanchinol, se habia puesto con su gente á las órdenes del gobierno, por no querer llevar adelante una campaña inútil, ni unirse á la faccion retrógrada. Fué conducido preso al departamento de Guerrero.

Todos los acontecimientos que se acaban de relatar, pasaron en los meses de Enero y Febrero de 1856; y durante aquel tiempo, se esperaba por instantes en la capital, que se movieran sobre ella los pronunciados de Puebla. Pasábanse sin embargo los dias sin que indicaran siquiera semejante intencion; y se llegó á saber de positivo, que era su ánimo aguardar allí las tropas del gobierno, para lo cual habian levantado algunas fortificaciones en la plaza.

La inacción de los de Puebla era la comprensión. Decíanse que esperaban á que su movimiento fuese secundado en otras poblaciones de la República, pero ninguna de importancia llegó á verificarlo, ni ellos supieron aprovecharse de un acontecimiento que pudiera haberles dado gran fuerza, si hubieran tenido actividad para favorecerle. El 13 de Febrero amaneció pronunciado el castillo de San Juan de Ulúa; unos cien hombres capitaneados por Salcedo, habían proclamado en la noche anterior el plan de Zacapoaxtla, amarrando y poniendo presos al comandante del castillo y á otros jefes que se negaron á tomar parte en el movimiento. El castillo disparó algunos cañonazos el día 13 sobre Veracruz; la ciudad fué declarada en estado de sitio y muchos de sus habitantes se salieron de ella, porque se dijo que los pronunciados iban á bombardearla. El gobernador y comandante general, Don Ignacio de la Llave, desplegó grande actividad, pero los pronunciados de Ulúa se mantuvieron firmes hasta el día 21, en cuya fecha un sargento hizo la contrarrevolución en la misma fortaleza. Salcedo y los demás cómplices del motin fueron presos y entregados á la justicia.

Todo el mundo conoció que los revolucionarios de Puebla no tenían las cualidades necesarias para llevar á buen término la empresa que habían acometido, cuando no les ocurrió apoyar un movimiento que tanto podía importarles.

Entre tanto hallábase cortadas las comunicaciones con Puebla; no estaban expeditas con Veracruz; habían cesado los viajes de las diligencias en una línea tan importante; dificultábase el paso de los correos; y hacíase cada vez mas dura de sobrellevar una situación en la cual perecían por falta de libertad, de movimiento y de seguridad, todos los ramos del comercio y de la industria.

Para poner un término á tamaños males, Comonfort resolvió á fines de Febrero llevar la guerra á Puebla, marchando él mismo á la cabeza de las tropas. Había llenado dignamente hasta allí su hermosa misión; había defendido la causa popular en todos los terrenos; el 18 de Febrero había abierto en persona las sesiones del congreso constituyente; había logrado reunir en un solo punto á todos los enemigos; nada le quedaba por hacer sino dar la paz á la República, y para ello era preciso destrozar la bandera contrarrevolucionaria. Quiso acometer personalmente aquella empresa, y su resolución fué tan feliz para su patria cuanto gloriosa para él, como se verá por los acontecimientos que se van á referir, y que son el mejor complemento de esta historia, así como fueron corona digna del ciudadano que mas noblemente figura en ella.

## CAPITULO UNDECIMO.

## PAZ DE LA REPUBLICA.

Crítica posición del gobierno.—Estado de la opinion.—Conflictos de Comonfort.—Rasgos de su carácter.—Marcha contra los pronunciados.—Campaña de Puebla.—El ejército de San Martín Tescmelucan.—Fuerzas que le componían.—Batalla de Ocollan.—Entrevista de Comonfort y de Haró.—Marcha el ejército sobre Puebla.—Ataque al cerro de San Juan.—Comonfort en el Carmen.—Sitio de Puebla.—Consternación en la ciudad.—Medidas de Comonfort.—Diligencias para capitular.—Propuestas de los sitiados.—No son admitidas.—Capitulación.—Entren en la ciudad las tropas del gobierno.—Castigo de los rebeldes.—Comonfort en Puebla.—Estado de la ciudad.—Conducta del presidente.—Su regreso á la capital de la República.—Fiesta de la paz.—CONCLUSION.

CRÍTICA por demás era la posición del gobierno en los últimos días de Febrero de 1856. Tenía en frente de sí una revolución que en dos meses había tomado proporciones gigantescas; que estaba representada por mas de cuatro mil hombres, de los mejores del antiguo ejército; que se había ya enseñoreado de la segunda ciudad de la República; que estaba sostenida por clases poderosas; que honraba grandes intereses, y era el fundamento de vehementes ambiciones; y que sin asustar recididamente á los amigos de la libertad, había logrado reunir debajo de sus banderas, las voluntades de los que por inclinación, por interés ó por opinioniones, eran mas amigos de lo que había caído con Santa-Anna, que de lo que había triunfado con la revolución de Ayutla.

Además de contar con tan poderosos elementos, la revolución que Haró acaudillaba, había llegado á crear ya una de esas situaciones en que el espíritu público de una nación,

La inacción de los de Puebla era la comprensión. Decíanse que esperaban á que su movimiento fuese secundado en otras poblaciones de la República, pero ninguna de importancia llegó á verificarlo, ni ellos supieron aprovecharse de un acontecimiento que pudiera haberles dado gran fuerza, si hubieran tenido actividad para favorecerle. El 13 de Febrero amaneció pronunciado el castillo de San Juan de Ulúa; unos cien hombres capitaneados por Salcedo, habían proclamado en la noche anterior el plan de Zacapoaxtla, amarrando y poniendo presos al comandante del castillo y á otros jefes que se negaron á tomar parte en el movimiento. El castillo disparó algunos cañonazos el día 13 sobre Veracruz; la ciudad fué declarada en estado de sitio y muchos de sus habitantes se salieron de ella, porque se dijo que los pronunciados iban á bombardearla. El gobernador y comandante general, Don Ignacio de la Llave, desplegó grande actividad, pero los pronunciados de Ulúa se mantuvieron firmes hasta el día 21, en cuya fecha un sargento hizo la contrarrevolucion en la misma fortaleza. Salcedo y los demás córficos del motin fueron presos y entregados á la justicia.

Todo el mundo conoció que los revolucionarios de Puebla no tenían las cualidades necesarias para llevar á buen término la empresa que habían acometido, cuando no les ocurrió apoyar un movimiento que tanto podía importarles.

Entre tanto hallábase cortadas las comunicaciones con Puebla; no estaban expeditas con Veracruz; habían cesado los viajes de las diligencias en una línea tan importante; dificultábase el paso de los correos; y hacíase cada vez mas dura de sobrellevar una situación en la cual perecían por falta de libertad, de movimiento y de seguridad, todos los ramos del comercio y de la industria.

Para poner un término á tamaños males, Comonfort resolvió á fines de Febrero llevar la guerra á Puebla, marchando él mismo á la cabeza de las tropas. Había llenado dignamente hasta allí su hermosa misión; había defendido la causa popular en todos los terrenos; el 18 de Febrero había abierto en persona las sesiones del congreso constituyente; había logrado reunir en un solo punto á todos los enemigos; nada le quedaba por hacer sino dar la paz á la República, y para ello era preciso destrozar la bandera contrarrevolucionaria. Quiso acometer personalmente aquella empresa, y su resolución fué tan feliz para su patria cuanto gloriosa para él, como se verá por los acontecimientos que se van á referir, y que son el mejor complemento de esta historia, así como fueron corona digna del ciudadano que mas noblemente figura en ella.

## CAPITULO UNDECIMO.

## PAZ DE LA REPUBLICA.

Crítica posición del gobierno.—Estado de la opinion.—Conflictos de Comonfort.—Rasgos de su carácter.—Marcha contra los pronunciados.—Campaña de Puebla.—El ejército de San Martín Tescmelucan.—Fuerzas que le componían.—Batalla de Ocollan.—Entrevista de Comonfort y de Haró.—Marcha el ejército sobre Puebla.—Ataque al cerro de San Juan.—Comonfort en el Carmen.—Sitio de Puebla.—Consternación en la ciudad.—Medidas de Comonfort.—Diligencias para capitular.—Propuestas de los sitiados.—No son admitidas.—Capitulación.—Entren en la ciudad las tropas del gobierno.—Castigo de los rebeldes.—Comonfort en Puebla.—Estado de la ciudad.—Conducta del presidente.—Su regreso á la capital de la República.—Fiesta de la paz.—CONCLUSION.

CRÍTICA por demás era la posición del gobierno en los últimos días de Febrero de 1856. Tenía en frente de sí una revolución que en dos meses había tomado proporciones gigantescas; que estaba representada por mas de cuatro mil hombres, de los mejores del antiguo ejército; que se había ya enseñoreado de la segunda ciudad de la República; que estaba sostenida por clases poderosas; que honraba grandes intereses, y era el fundamento de vehementes ambiciones; y que sin asustar recididamente á los amigos de la libertad, había logrado reunir debajo de sus banderas, las voluntades de los que por inclinación, por interés ó por opinioniones, eran mas amigos de lo que había caído con Santa-Anna, que de lo que había triunfado con la revolución de Ayutla.

Además de contar con tan poderosos elementos, la revolución que Haró acaudillaba, había llegado á crear ya una de esas situaciones en que el espíritu público de una nación,

mas bien por cansancio que por indiferencia, apetece cualquiera desenlase que ponga término á los males de semejantes crisis. Habíanse pasado ya dos meses, sin que nada se hiciera al parecer, ni en el terreno de las negociaciones, ni en el teatro de la guerra, para dar una solución á las cuestiones pendiente; y como todo se había paralizado, y todos los giros parecían, heridos de muerte por aquella general inacción, reuniábase todos los intereses del comercio y de la industria, de la propiedad y del trabajo, para desear vivamente un término cualquiera, ora fuese favorable al gobierno, ora fuese en favor de los pronunciados. Este egoísmo del interés material, que en todas partes se sobrepone al interés de las doctrinas, cuando duran mucho las crisis revolucionarias, vino á formar en cierto modo el espíritu público del país en los días de que hablamos, puesto que aquel deseo llegó á ser la última opinión de los que no tomaron una parte activa en la lucha, ni con el gobierno ni con el bando rebelde.

Comonfort tenía sobre sí la inmensa responsabilidad de aquella situación desesperante; todos los intereses perjudicados por ella, le pedían á gritos el remedio de los males que sufrían; la República entera le pedía la paz que necesitaba; y nadie se acordaba entonces de que ni él había creado las gravísimas dificultades de la época, ni siquiera había nacido en el tiempo de su administración el origen de aquellos conflictos: era el jefe del Estado; y el Estado, sin pensar en otra cosa le exijía la seguridad, las garantías y el sosiego que le arrebataba la rebelión.

Pujante ésa desde los primeros días de su nacimiento, el presidente se había encontrado sin fuerzas que oponerla; y aun despues que por un prodigio de actividad había logrado levantar tropas que podían competir en número con los disidentes, todavía debieron agitar su espíritu crueles inquietudes, al ver que todo su ejército se componía de soldados que podían seguir las huellas de sus compañeros, y de gente visóna, recién sacada del taller ó del campo para ser alistada en los batallones de la guardia nacional.

El, sin embargo, no solo no se arredró por aquellas dificultades, sino que aceptando resignado y sereno la posición que le deparaba la suerte, miró cara á cara la tempestad, y se preparó á luchar denodadamente con ella. Pa ó todo el mes de Febrero dando órdenes para que se concentraran en la capital los cuerpos de tropa que estaban en diferentes puntos de la República; activando la organización de la guardia nacional que á toda prisa se iba levantando; visitando los cuarteles de la ciudad para animar á la gente con su presencia y con sus palabras; disponiendo que estuviera bien

cuidado el camino de Puebla, para evitar cualquier sorpresa por parte de los pronunciados; y proporcionando á todos, los recursos de armas y de dinero con que habian de batirse y alimentarse.

En aquellos días de amargura y de prueba, en que se amontonaron sobre la vida de Comonfort todos esos afanes, juntos con los cuidados de su naciente administración, por todas partes y de todas maneras combatida y embarazada, nunca se le vió perder la serenidad de su semblante, ni el sosiego de su espíritu, ni el tono afable y bondadoso de sus palabras. Tolerante con todas las opiniones, indulgente con todas las faltas, generoso con todos sus enemigos, nunca pudo con turbar su ánimo, ni producir en sus palabras y acciones la menor descompostura, las injurias de la aposición, ni las injusticias de los pronunciamientos, ni las defecciones de los jefes militares que habian burlado su confianza. Cuando algunos ponderaban en su presencia la perfidia de éstos, decía tranquilamente: "¿qué han de hacer? Tamen que el gobierno de la revolución acabe con la clase militar, porque quiere reformarla: están engañados."

Aunque el gobierno había logrado poner mas de doce mil hombres sobre las armas, y había conseguido á costa de grandes sacrificios, bien que sin gravámenes para el erario, lo preciso para mantenerlos, era sin embargo muy dudoso el problema que en el campo de batalla iba á resolverse. Los pronunciados de Puebla eran gente decidida y acostumbrada á los peligros de la guerra; contaban al parecer con abundantes recursos y con poderosos auxiliares, y estaban animados por cuantas pasiones buenas y malas pueden servir de estímulo á los hombres para lidiar con brío y sostener desesperadamente una empresa: una derrota era para ellos la muerte ó la ignominia. No tenían tantos estímulos los del gobierno para mantenerse firmes en la lid, ni se encontraban tampoco colocados en la misma estrechura que los otros, para que no les quedara mas recurso que la victoria ó la muerte. De los soldados del ejército que con el gobierno estaban, se decía casi públicamente, aunque sin razón como lo demostró el resultado, que se pasarían á las filas rebeldes en cuanto se avistáran con ellas, ó que por lo menos no llegarían á blandir las armas contra sus antiguos compañeros; y en cuanto á los guardias nacionales aunque la causa de la libertad era bastante para enardecerlos, y se les veía dispuestos efectivamente á obtener el triunfo ó quedar en la demanda, bien se presumía que toda su buena voluntad no sería bastante para hacerles resistir el choque de tropas bien disciplinadas y aguerridas.

Ello es que todas estas reflexiones se hacían y todas estas circunstancias se comentaban de una manera harto desconsoladora, á medida que se acercaba el momento de venir á las manos. Los amigos de la reacción tenían una confianza ciega en el éxito de la campaña, los amigos del gobierno no desconfiaban por su parte, pero tenían motivos harto poderosos para abrigar dudas y recelos. Comonfort conocía tal vez mejor que nadie estos motivos, y sin embargo, nunca se le vió vacilar, porque sentía sin duda dentro de sí mismo algo que le inspiraba una confianza imperitubable. Cuando sus amigos ponderaban delante de él las dificultades de la situación y las incertidumbres de la empresa, se le respondía con un sencillo asentimiento de seguridad, que derramaba la confianza en torno suyo: „Peor estábamos en Ayutla y Acaapulco; y vencimos: el mismo sol que nos alumbró allá, nos ha de alumbrar en Puebla. ¡Vamo!”

Y repitiendo estas palabras, partió de la capital el 29 de Febrero á las doce del día, confiado en la justicia de su causa, en las medidas que había tomado, en el buen espíritu de su gente, en la lealtad de sus amigos, y en el auxilio de la Providencia.

Desde antes había dispuesto que el ejército avanzara con dirección á Puebla pasando rápidamente los desfiladeros de la inmensa montaña interpuesta entre México y aquella ciudad; cuya operación, ejecutada felizmente, dió por resultado que la vanguardia enemiga abandonara el pueblo de San Martín Texmelucan, donde se situó el cuartel general el día 1.º de Marzo, en cuya fecha llegó allí el presidente.

Formado el ejército en las llanuras del valle de San Martín Texmelucan, á siete leguas de Puebla, dispuso Comonfort que se levantara algunas fortificaciones en aquel pueblo que debía ser la base de las operaciones futuras; mandó hacer los necesarios reconocimientos del terreno, y examinó cuidadosamente por sí mismo sus accidentes topográficos, para señalar las posiciones que debía ocupar el ejército en su marcha, y evitar que le atacase la caballería de los pronunciados, mucho más numerosa y fuerte que la del gobierno.

En esto se pasaron seis días, que no fueron perdidos por otra parte, para que las tropas se animáran con la presencia del jefe, para escitar en ellas el buen espíritu militar, y para disipar en gran parte las dudas que aun se hacían correr entonces sobre la lealtad de los cuerpos permanentes. Si fué verdad que estos habían vacilado antes, hay que decir que los cautivó el caudillo popular con su prestigio, con sus virtudes y con su fortuna, puesto que le fue-

ra invariablemente fieles, no obstante que su fidelidad estuvo sometida á pruebas bien duras.

Impaciente Comonfort por acabar cuanto antes con una situación tan mala para el país, dió sus órdenes para que el ejército avanzara sobre Puebla, y este emprendió su marcha el día 7. Componíase de tres divisiones de infantería, que mandaban los generales Parodi, Moreno y Zuloaga, una de caballería mandada por el general Portilla, y una brigada móvil á las órdenes del general Ghilardi. En todo eran unos doce mil hombres con 40 piezas de artillería; cuya fuerza se aumentó despues, durante el sitio de Puebla, hasta 16.000 hombres de todas armas con 48 cañones de diferentes calibres. (1)

El mismo día 7 á la una del día, el ejército hizo alto á tres leguas de Puebla, situándose la division Parodi á la derecha en Rio Prieto y loma de Montero, con la descubierta en Coronango; la division Zuloaga á la izquierda en las llanuras de la hacienda de San Isidro, y ocupando el centro la brigada Doblado en el cerro de Ocoacán; estaban la division Moreno y la brigada Ghilardi en la hacienda de Santa Iné, y la caballería en el pueblo de San Miguel Xocilla, donde se situó el cuartel general. En estas posiciones pasó el ejército la noche del 7, dispuesto á acorrase más el siguiente día á la ciudad rebelada, segun las órdenes del general presidente, comunicadas desde Santa Iné, donde permaneció.

Los de Puebla estaban á la mira de todos los movimientos que Comonfort efectuaba con su gente, y tuvieron noticias exactas del que queda descrito. Creyeron que les sería fácil atacar al ejército por sorpresa, y con este objeto salieron de la ciudad por el puente de México el día 8 antes de amanecer, y se dirigieron apresuradamente á los puntos que las fuerzas del gobierno ocupaban. Ora intentasen atacarlas en marcha, ora caer sobre ellas de improviso en las mismas posiciones donde habían pasado la noche, el movimiento de los pronunciados revelaba claramente que había en sus gefes arrojo y decisión. El presidente había previsto esta salida, y había dictado sus órdenes para el caso de que se realizara; mas no pudo impedirse que los de Puebla marchando rápidamente y en buen orden, envolviesen casi del todo las posiciones del gobierno, á las siete y media de la mañana del día 8.

Eran los pronunciados como 3.500 hombres, (2) los cua-

(1) Véanse los estados de las fuerzas en el Apéndice, bajo el Núm. XXXII.

(2) Este era el número de los que salieron, segun el cál-

Les avanzaron osadamente, divididos en cinco columnas de infantería y dos de caballería, con 12 piezas de cañón, que lograron colocar en buen punto, cerca de Coronango, donde estaba la descubierta de la división Parrodi.

Dos de estas columnas de infantería, mandadas por Orozco, Solís y Miramon, y apoyadas por el fuego de los 12 cañones y por una de las columnas de caballería á las órdenes del coronel Guillen, cargaron impetuosamente sobre la derecha del ejército á las ocho menos cuarto, mientras que Ocallo y Aljovin atacaban el centro con otras tres, y la de caballería que mandaba Bastos. Al mismo tiempo el coronel Ochoqui con el resto de los caballos, marchaba á galope al pie del cerro de Orotón para ganar la llanura de la izquierda, y envolver por aquel lado al ejército de Comonfort.

A las ocho se hizo general la batalla, y dió principio una de esas escenas terribles, que si afligen siempre el corazón aunque se trate de una guerra entre ejércitos de diferentes naciones, con horriblemente desgarradoras cuando la lucha es entre hijos de un mismo pueblo. Por espacio de dos horas y media estuvieron luchando encarnizadamente los del gobierno y los pronunciados, sin que cajaran un punto los primeros en sus posiciones, y sin que un punto desmayaran los segundos en su empeño de avanzar para desalojarlos. Los tiros de cañón, el fuego granado de la infantería, las arremetidas de los escuadrones, no cesaron un instante en aquel espacio de tiempo: diez y ocho bocas de fuego por parte del gobierno, y las doce de los pronunciados barrián por igual con la metralla las pobres chozas de San Francisco Ocotlán y las filas de los combatientes. Por fin los pronunciados fueron rechazados en el ala derecha, cuyas baterías habían hecho en ellos horribles destrozos; pero tan violento fué el empuje con que embistieron al centro, que algunos cuerpos de guardia nacional, menos disciplinados que valientes, no pudieron conservar sus posiciones, y se dispersaron por la llanura de la izquierda, de tal modo que los pronunciados llegaron á apoderarse del cerro. El general Rosas Landa y el coronel Baz habían logrado contener por aquel lado á la caballería enemiga que trataba de envolverlos.

Dudosa estaba la batalla, porque era igual la obstinación por una y otra parte; pero al fin los pronunciados cedieron. Estaban destrozados por la metralla de las baterías

cuyo mas bajo. Sin embargo, el general Alcérreca dijo en su parte, que el general Parrodi y él calcularon al verlos desde su posición, que pasaban de 4,000 hombres de todas armas.

situadas en la loma; y véase además á lo lejos por el camino de Santa Inés, una inmensa polvareda que anunciaba la aproximación de nuevas tropas de refresco. Esto acabó de decidirlos, porque pensaron que aquellas fuerzas venían á reanudar el ardor de sus contrarios, precisamente en los puntos donde algo había desmayado la resistencia. Salió pues de las filas rebeldes el toque de alto el fuego, y este toque fué respondido en la línea del gobierno por órden del general Avalos, que peleaba en el punto mas peligroso del centro, al frente de su brigada de caballería. Eran las diez y media; el fuego cesó al instante, pero no sin hacer aún una nueva víctima; apenas había dado Avalos aquella órden, cuando cayó mortalmente herido por el último tiro de los contrarios.

Entonces se acercaron unos á otros los combatientes, pasando por encima de los muertos y moribundos de que estaba regado el campo: algunos de los pronunciados prorrumpieron en vivas al presidente, abrazándose con los soldados del gobierno; y pocos momentos despues se presentaron dos oficiales enemigos al general Villareal, segundo en jefe del ejército, diciéndole que Don Antonio Haro solicitaba tener con él una entrevista. Creyó Villareal, como creyeron todos los que allí estaban, que de aquel paso podia resultar la terminación de la guerra: respondió, pues, que no tenia en ello inconveniente, y que Haro podia dirigirse á un punto intermedio, donde se verian. Casi al mismo tiempo llegaron Haro y Villareal al sitio de la cita, acompañados uno y otro por varias personas de su respectivo bando; Haro abrió los brazos á Villareal, y expresó el dolor que le causaba el sangriento espectáculo que á la vista tenían; Villareal se lamentó igualmente de aquellos desastres, y Zuloaga que iba con él, hizo lo mismo, excitando ambos al jefe de la revolución á que se sometiese al gobierno para poner fin á tantas desgracias. En esto estaban sin haber concluido nada todavía, cuando se avistó en el campo el presidente, lo cual hizo que Villareal pusiese fin á la conferencia con Haro, quedando por encargo de éste en dar cuenta á Comonfort de lo que había ocurrido, y en pedirle tambien una entrevista. Cada uno se retiró entonces á su campo, y Haro dejó con Villareal al teniente coronel Don Agustín Iturbide, para que con él le enviara la respuesta del presidente.

Este había sabido á las seis de la mañana en Santa Inés, que los pronunciados habían salido de Puebla, y marchaban al encuentro del ejército; se había dirigido á Santo Toribio para observar los movimientos de los contrarios, y allí había escuchado los primeros tiros de cañón que anun-

ciaban el combate; desde allí viendo empeñada la batalla, y conociendo que era ocasión oportuna para apoderarse de Puebla, había dado orden á los generales Moreno y Ghilardi para que marcharan rápidamente con sus fuerzas sobre aquella ciudad; y observando por último, que se prolongaba la refriega, se había puesto en camino con dirección al campo de batalla, con su estado mayor y al frente de un cuerpo de caballería. La polvareda que esta gente levantaba, era la que los pronunciados habían visto algunos momentos antes de suspender el fuego.

Sorprendióse Comonfort, al llegar al campo, con aquella repentina suspensión de hostilidades; mas pronto le sacó de dudas Villarreal, explicándole lo que había sucedido, y manifestándole que Haro deseaba hablar con él. Entonces Comonfort recorrió la línea de batalla que formaba la división Zuloaga, animando á la gente con su presencia, y restableciendo completamente el orden en las filas. Estando en esto, llegó un enviado de Haro á preguntar si era ya tiempo de acudir á la conferencia que había pedido. Comonfort llamó á Turbide, y le encargó que llevara la respuesta afirmativa á su jefe. Poco después, Comonfort y Haro se vieron juntos en el mismo sitio donde antes había estado el segundo con Villarreal. Cuando se acercaron uno á otro, retiráronse á cierta distancia sus gentes, y los dejaron conferenciar solos, á bajo de un árbol, á la orilla del camino, y en medio de los dos ejércitos.

No es posible describir aquella escena, una de las mas interesantes que se han visto en las guerras civiles de la República. Era medio día: al fragor de la batalla había sucedido un silencio general: los combatientes estaban firmes en sus puestos, mecha en mano la artillería, lanza en ristre los ginetes, preparado el fusil los infantes, como si aquello no fuera mas que un breve descanso para volver de nuevo á la pelea: discurrían por el campo caballos sin ginetes, que ya huían espantados de los despojos y de los muertos, ya los hollaban en su precipitada carrera; oíanse los lamentos de los heridos, que se levantaban y volvían á caer desmayados, y echábanse de ver las últimas convulsiones de los moribundos: platicaban unos con otros los enemigos de las primeras filas, y abrazábanse como hermanos muchos de los que mutuamente acababan de destrozarse. Y en el centro, el presidente de la República y el jefe de la rebelión conferenciaban, á la sombra de un árbol, sobre la suerte de aquellos miles de hombres á quienes la discordia había conducido allí bajo dos distintas banderas, siendo todos hijos de una misma patria, cuya suerte dependía tambien de aquella entrevista.

Se ignoran los pormenores de ella, porque nadie pudo escucharlos. Nadie sabe lo que pasó entre aquellos dos hombres, que habían nacido en una misma ciudad, que habían sido amigos desde la niñez, que se habían educado en una misma escuela, que habían sufrido persecuciones y hecho sacrificios por una misma causa. Debió ser para ambos un momento muy solemne, aquel en que se encontraron allí, en medio de todos los horrores de la lucha fratricida salpicado de sangre y cubierto de destrozos el suelo que pisaban, y casi á la vista de la ciudad donde habían pasado sus juegos infantiles; llevando el uno sobre sus hombros los gravísimos deberes de jefe del Estado, cargado el otro con la responsabilidad de una empresa que había ocasionado la disolución que los rodeaba. Pero nadie ha podido contar lo que se dijo: solo se sabe que el presidente de la República concedió al caudillo de la revolución un armisticio de dos horas, ofreciéndole únicamente la garantía de la vida para él y para sus gentes, si en aquel término se ponían á disposición del gobierno. Haro dijo que no podía tomar por sí solo una resolución tan grave, y que iba á celebrar una junta de guerra con los suyos. Repitió esto mismo, acabada la entrevista, delante de Villarreal y otros generales, á cuyos ruegos accedió el presidente prolongando el plazo hasta las tres, por haber dicho Haro que no le parecía bastante el tiempo antes prefijado. Entonces ofreció volver él mismo á participar la resolución de sus gentes, y se retiró á su campo, como lo hizo Comonfort al día con los jefes que le acompañaban.

Cumplióse el plazo, y Haro no parecía, ni se presentaba ninguno por su parte á comunicar el resultado; y habiéndose pasado la hora señalada, Comonfort envió al campo enemigo al general Langberg, jefe de su estado mayor, con orden de manifestar á Haro que había espirado el término, y reclamar de él la restitución del batallón ligero de Guanajuato y cuatro piezas de artillería, que sus tropas se habían llevado del cerro de Ocotlan durante la conferencia y el armisticio. (3)

(3) Poco faltó para que le sucediera lo mismo al batallón de Tiradores. Este batallón, dice el parte general, perteneciente á la división de reserva, que se había hecho venir á la primera línea, suspendió como todos los demás sus fuegos por el imprudente toque que sin autorización ninguna mandó dar el valiente y malogrado general Avila, pues creyó que se habían pasado á nosotros, dando por terminado el combate; y quedando por este hecho dicho batallón en medio de las filas enemigas que victoreaban al supremo gobierno y abrazaban á nuestros sol-

Lugberg fué entretenido largo tiempo por varios éas fes de los pronunciados, sin que se le diera ninguna respuesta categórica, hasta que conociendo lo que pasaba, y observando los movimientos de los rebeldes, volvió á toda prisa á dar parte de que éstos habian levantado el campo, y se retiraban apresuradamente rumbo á Puebla.

Nunca se ha podido decir con mas verdad que entonces, que la guerra civil es una guerra de hermanos, porque no solo lo eran por la patria los que se batieron unos con otros en Ocotlán, sino que lo eran tambien por lo sangre. Padres habia que contaban uno ó mas hijos entre las tropas del gobierno, y otros hijos en las filas pronunciadas; esposas que tenían á sus maridos en un bando, y á sus hermanos en el otro. El general Echegaray, que defendió bizarramente su puesto en la toma de Montero contra el violento ataque de una de las columnas enemigas, decía en su parte con amarga sencillez, despues de contar como aquella columna habia sido rechazada: „en esta soluzona venia un hermano mio.”

El país se cubrió de luto con los resultados de la batalla de Ocotlán, sin que fuera bastante á disipar la inmensa pesadumbre causada por aquellos destrozos, la consideracion de que el gobierno habia obtenido una señalada victoria. Los pronunciados dejaron tendidos en el campo 119 muertos y 98 heridos, quedando en poder de los vencedores 180 prisioneros, y perdiendo además los vencidos unos 400 hombres que se les dispersaron. (4) Los del gobierno recogieron en el campo de batalla el mismo dia por la tarde á los heridos enemigos, y los llevaron á sus hospitales de sangre para curarlos juntamente con sus compañeros que se hallaban en el mismo caso. El dia siguiente recogieron los 119 cadáveres y los dieron sepultura; y todavia entences el ge-

dados: pero su coronel el general Don Alejo Barreiro, para evitar ser envuelto, lo concentró sobre la reserva por un pronto y enérgico movimiento, y no dejando en las filas de los facciosos ni un soldado tirador.”

(4) Así lo dijo el general Villareal en su parte, fecha en Puebla el 19 de Marzo.

El general Alvarez en el parte general de toda la campaña, dado en Puebla el 26, dijo que el enemigo habia dejado en el campo 119 muertos, 9 heridos, y 180 prisioneros, añadiendo que segun informes posteriores de los mismos gefes de la plaza, en esta accion perdieron 89 oficiales muertos, heridos ó prisioneros.

Los heridos del gobierno, segun la lista del inspector general Vander-Linden, fueron 85.

neral Vander-Linden, inspector del cuerpo médico militar, que cumplia aquellos tristes deberes, encontró otros 15 heridos tirados entre los muertos en los surtos del campo. Aquellos desgraciados habian permanecido allí cerca de cuarenta horas desangrándose, y muchos de ellos se fingian muertos, por temor de que los matára la escolta de caballería que acompañaba á Vander-Linden. Este los tranquilizó y los consoló, remitiéndolos en el acto á la ambulancia general, donde se les ministraron los alimentos y los auxilios que su situacion demandaba.

Entre los muertos á consecuencia de las heridas que recibieron en aquella jornada, se contaron el general Alvalos por parte del gobierno, y los coroneles D. José Diaz de la Vega y Don Manuel Aljovin por parte de los pronunciados. La nacion y el ejército perdieron en ellos á tres valientes militares; y al cubrirlos la misma tierra sobre la cual los habia dividido la discordia civil, nadie se acordó de otra cosa sino de llorar la desgracia que tan temprano los habia llevado al sepulcro.

Durante la accion de Ocotlán, no habria sido difícil tomar á Puebla, donde habian dejado poca gente los pronunciados. Comonfort lo habia previsto, y desde Santo Domingo, al oír los primeros cañonazos del combate, habia enviado para ello la órden correspondiente á los generales Moreno y Gihardi. No la recibieron oportunamente, ni la disciplina militar les permitió echar sobre si la responsabilidad de un movimiento que sin embargo estaba indicado por las circunstancias. Tambien habria sido difícil cortar la retirada á los enemigos, pero no se puso en práctica esta operacion por las mismas causas que impidieron la otra. Gihardi, sin embargo, penetró aquel dia, hasta las calles de la ciudad con algunos caballos, y Moreno avanzando con sus ayudantes y una escolta hasta el puente de México, descubrió el ramal de una mina que los pronunciados habian colocado en el mismo puente, para volarle cuando las tropas del gobierno pasaran. Moreno hizo cortar aquel ramal, y su noticia sirvió para que el dia 9 se destruyera completamente aquella mina.

Encerrados en Puebla los pronunciados, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en la misma ciudad. Defendida naturalmente por los cerros que la circundan, y aprovechadas bastante bien por la gente de Harro aquellas ventajas, era arrojó acometerlos allí, y una empresa harto difícil decretarlos; pero nada valieron castillos ni trincheras, nada el ardor ni la obstinacion de los sitiados, contra el valor y la decision de los del gobierno, doblamen-

te alentado por el reciente triunfo y por la presencia del afortunado jefe.

Sin descansar un punto despues de la batalla de Ocotlan, Comonfort se dirigió el día 8 de Marzo por la tarde sobre Puebla, y acampó su ejército en las inmediaciones de aquella ciudad, pasando él la noche en la hacienda de la Uruanga con la tercera division de infantería. El día siguiente los pronunciados, al aproximarse las tropas del gobierno abandonaron el puente de México, situado sobre el rio Atoyac, al pié del cerro de San Juan que domina la ciudad por aquella parte; y Comonfort colocó en lugar conveniente una batería que todo el día hizo fuego sobre aquella posicion.

Era indispensable, no solo para tomar la plaza, sino simplemente para establecer un sitio, ocupar alguna de aquellas eminencias, ó inutilizarla por lo menos para los sitiados; y una operacion estratégica, tan hábilmente concebida como valerosamente ejecutada por todo el ejército, salvó el día 10 aquellas primeras dificultades. Quería Comonfort ocupar el convento del Carmen, situado en un extremo de la ciudad al S.; y al efecto dispuso que mientras él mismo voltaba la falda del cerro de San Juan para atacar la garita de Cholula, Parrodi hiciera un ataque falso sobre el mismo cerro. El mismo presidente, y el general Rosas Landa con su brigada, atacaron poco antes de las tres de la tarde aquella garita, donde se defendieron bravamente por largo rato las fuerzas de infantería y caballería que estaban en ella con un cañon. Al mismo tiempo la artillería de la division Parrodi empezó á disparar constantemente contra el cerro de San Juan, mientras que algunos cuerpos de la misma division y de la de Moreno hacian fuego á los enemigos desde la falda, ó subian corriendo cerro arriba, llamando la atencion de los que defendian aquel punto. La presencia de Comonfort y la serenidad de Rosas infundieron tanto brio en los soldados, que en poco tiempo se hicieron dueños de la garita de Cholula. Tomóla personalmente Don Manuel Céspedes, jóven que habia tenido parte en la sublevacion de la Sierra, y que habia ido á solicitar la gracia de indulto. Céspedes pidió modestamente á Comonfort que le proporcionara ocasion de prestar algun servicio: el presidente puso á sus órdenes un escuadron de auxiliares: á la cabeza de ellos partió el jóven como un rayo y cayó sobre los que defendian la garita; estos no pudieron resistir mas, y se retiraron á la de México.

Entretanto, continuaba Parrodi, maniobrando tan hábilmente contra el cerro de San Juan, y engañando con tal pericia á los enemigos, que éstos tuvieron por indudable que la intencion de los del gobierno era tomar aquella posicion,

viendo el resultado de este engaño que saliesen de la plaza mas de mil hombres en auxilio de los del cerro y de la garita de México. Horroroso era el fuego que desde estos dos puntos hacian á la brigada Rosas que se habia apoderado de la garita de Cholula. Mas de dos horas duró aquel combate, en el cual todos los cuerpos del ejército tomaron una parte gloriosa; la division Zuloaga sosteniéndose heroicamente por la garita de Cholula, la de Parrodi fingiendo su obstinado ataque con destreza y arrojo sobre el cerro, la de Moreno apoyando la misma operacion por la izquierda desde el puente, y la brigada Ghilardi cargando con brio sobre la garita de México, para llamar la atencion de los enemigos por aquel lado.

Ardia la batalla de este modo en toda la estension que comprende la falda del cerro de San Juan, cuando Comonfort, viendo á los enemigos empeñados en defender aquel punto que creia seriamente atacado, dió la vuelta por la hacienda de la Noria, y dejando en ella al general Alvarez, segundo jefe de estado mayor, con vários cuerpos de caballería y dos piezas para conservar su comunicacion con el resto del ejército, avanzó osadamente á la cabeza de una brigada de caballería y tres piezas ligeras, y penetró el primero en las calles de la ciudad por el barrio de Santiago. Desde allí destacó al general Langberg con una pequeña fuerza para que ocupara el convento del Carmen; y pocos momentos despues, dejando en Santiago una parte de la fuerza que llevaba, él mismo con el resto de su escolta, y seguido de la brigada Traconis, entró en aquel convento á pesar del vivo fuego que le hacian los enemigos desde la Concordia, la Concepcion y la Catedral.

Poco despues de las seis cesaron los fuegos sobre el cerro de San Juan: á las siete se advirtió que no habia en él ningun movimiento de tropas: se mandaron exploradores, y se vió que los enemigos le habian abandonado, como tambien la garita de México. La habilidad y el arrojo que los del gobierno habian desplegado en las operaciones de aquel día, les hicieron temer que la plaza fuese ocupada aquella misma noche, y se replegaron á ella con todas sus fuerzas. A consecuencia de esto, dispuso Villareal en el acto, que el ejército avanzara ocupando la division Moreno el cerro de San Juan, la Parrodi y la brigada Ghilardi la garita de México, y la Zuloaga la de Cholula é inmediaciones del Carmen.

El día 11 dispuso el presidente que la division Parrodi se situara en San Francisco, la Moreno en la alameda nueva y puntos inmediatos, la brigada Ghilardi en San Javier, y la caballería en la Noria y en todas las garitas,

quedado la division Zuloaga en el Carmen. Por la noche atacó Ghilardi el convento de la Merced, y Parredi ocupó con su division por órden del presidente, los puntos de Anasco y de la Luz, así como las fortalezas de Guadalupe y Loreto que habian abandonado los defensores de la plaza.

El ataque de la Merced fué uno de los hechos notables de aquel sitio. Ghilardi tenia óden de hacer un esfuerzo para aislar aquel punto de los defensores de la plaza; pero él quiso ganarle para el gobierno: con este fin se usó al edificio que estaba cerrado por todas partes, hizo arriar una escalera, y subió por ella denodadamente, siguiéndole el coronel Dasi, el licenciado Villanueva, el coronel Marcucci, Don A. Roncari y otros oficiales de su brigada, con unos 150 hombres. Apenas estuvieron en la azotea, cuando los enemigos empezaron á hacerles un vivísimo fuego desde las traberas de una pared mas alta; y en medio de aquel fuego, Ghilardi buscó largo rato por todas partes algun conducto por donde penetrar en el edificio. Le buscó en vano, porque no le habia; y estando en esas diligencias, una bala le entró por el talon; y se le quedó metida en el pie izquierdo. Disimuló el general su desgracia; y diciendo que era inútil buscar más, bajó la escalera seguido de sus compañeros, desplomándose al fin de ella por falta de aliento y de vigor en su pie destrozado. El licenciado Villanueva habia recibido tambien una ligera herida. La de Ghilardi consternó á sus soldados, que le amaban con el amor que siempre inspiran los buenos jefes.

Al amanecer el dia 12 de Marzo, el ejército de Comonfort ocupaba todas las eminencias que dominan la ciudad; ésta se hallaba enteramente circunvalada, y los pronunciados estaban reducidos á un pequeño espacio en el recinto de ella. Todavía el gobierno no podia contar con la victoria, porque eran muchos los enemigos, y estaban bien suministrados; pero desde entonces ya éstos no tuvieron alguna probabilidad á su favor, ni siquiera en el concepto de sus partidarios mas decididos.

Se explicaba bien, por los azaras de la guerra, su desastre de Ocotlan, no obstante que allí vistieron á perder su prestigio entre aquellos que los consideraban infinitamente superiores á las tropas del gobierno; tambien se explicaba por el mismo principio el abandono del cerro de San Juan, á pesar de que revelaba en ellos falta de astucia para prevenir los recursos estratégicos de sus enemigos; pero el abandono de otros puntos de defensa, el abandono de los cerros de Loreto y Guadalupe, fueron cosas que trastornaron completamente á los amigos de la revolucion, porque no tuvie-

ron esiliacion satisfactoria. La escasez de artillería no era razon bastante para dejar buenamente á los enemigos las únicas defensas que tenia la ciudad: con 15 piezas que tenían, bien habrian podido defender mejor el cerro de San Juan y sostenerse algo en los de Guadalupe, y Loreto, desde donde podian arbillar los sitiadores, estrecharlos y reducirlos al último extremo en el pequeño recinto de la plaza.

Siendo tan obrías estas reflexiones, apenas se podian creer en la capital los acontecimientos que se acaban de referir, cuando en ella se supieron el dia 12 de Marzo, siendo tanto mas extraña aquella continuada serie de sucesos foliosos para las armas del gobierno, cuanto que los amigos de la revolucion sabian, y sus enemigos confesaban, que habia en ella hombres de inteligencia y de valor, muy capaces de correr el vuelo á tanta fortuna. Ello es que desde entonces la mente de los pronunciados se consideró perdida, aun en el concepto de los que mas confianza habian tenido en ella; y cuando la mala ventura de una empresa produce siempre disgustos entre los que la sostienen, empezó á haberlos muy grandes entre los mismos pronunciados, atribuyendo cada cual todo lo malo que les acontecia, ya á impericia del caudillo, ya á falta de sus compañeros.

El ejército sitiador empleó los dias 12 y 13 en construir parapetos y en practicar las horadaciones necesarias en los edificios, para acercarse mas y ofender mejor á los defensores de la plaza; de manera que el dia 14 se hallaba ya establecida una perfecta linea de circunvalacion, dentro de la cual se encontraban los sitiados al alcance de los fuegos de los sitiadores. Comonfort habia ordenado con admirable prudencia todos aquellos trabajos; y sin descansar un punto ni arredrarse por los fuegos enemigos, se le habia visto recorrer dia y noche todas las lineas, infundiendo en sus gestos, con el sosiego de sus palabras y la serenidad de su semblante, la confianza que dá la victoria. No era tanta, sin embargo, la tranquilidad de su corazon como la de su conciencia, y como la seguridad de sus esperanzas de triunfo: todos aquellos preparativos, todo aquel terrífico aparato de guerra, tenían por objeto derramar la muerte y la desolacion en la hermosa ciudad donde se habia nacido su cuna; y estas tristes reflexiones, que le habian asaltado desde el momento en que puso su mirada sobre la poblacion, luchaban en su pecho con los terribles deberes que su posicion le imponia. Por eso desde el primer dia que se acercó á la ciudad, habia mandado avisar á los habitantes para que se pudiesen salvar; y cuando todo estuvo dispuesto para el ataque el dia 14, hizo que se le pasára una comunicacion al jefe de la plaza,

Don Panfilo Galindo, manifestándole que el ataque se iba á emprender, pero que antes de hacerlo, consideraba justo y conveniente participárselo á los habitantes pacíficos, para que pudieran salirse y evitar los horrores de la guerra, de que hacia responsables á los sitiados: añádase en aquella comunicacion, que el presidente no queria entenderse para nada con Don Antonio Haro, porque habia violado el armisticio del dia 8 en la batalla de Ocollan.

La respuesta de Galindo se redujo á manifestar que no era él el comandante de la plaza sino Haro, y á transcribir una comunicacion de éste, en la cual, en medio de violentos desahogos contra el gobierno, se encontraban algunas explicaciones sobre la conducta que el jefe de la revolucion habia observado el dia 8. [5]

Como Haro invocaba en este oficio el testimonio de Villareal sobre las circunstancias relativas al armisticio, el presidente dispuso que este general diera un exato informe acerca de lo que habia pasado, y Villareal lo hizo, remitiendo una relacion de todas aquellas ocurrencias, casi igual en sustancia á la que de ellas se ha hecho ya en esta historia. [6]

La contestacion del caudillo rebelde no dejaba esperanza ninguna, y el tono de sus palabras daba bien á entender que contaba todavia con poderosos medios de resistencia. Dispuso, pues, Comonfort, que empezára el ataque, y que aquella misma noche se hiciera un vivo fuego de cañon sobre las líneas enemigas. Duró aquel fuego cuatro horas, y causó grandes estragos, empezando desde entonces los muchos que sufrió la ciudad durante el sitio. A medida que éste se iba estrechando, iba haciéndose cada vez mas horrorosa la situacion de los habitantes de Puebla. El sitiador mandó cortar el agua á los sitiados, y prohibió que entraran viveres en la plaza, al mismo tiempo que continuaban las hostilidades y que se avanzaban los parapetos, para cerrar por todas partes el perimetro que ocupaban los pronunciados.

Tenian por objeto aquellas medidas atemorizar á los sitiados y á los moradores pacíficos de la ciudad para que los primeros se vieran obligados á rendirse, sin necesidad de vivos ataques que causaran mayores desgracias; mas no por esto dejaban de sufrir los de Puebla todos los horros de aquella lucha, que diariamente se iba recrudeciendo, y no tenian trazas de acabarse sino entre lagos de sangre. Sitiados y si-

(5) Véanse estas comunicaciones en el *Apéndice* bajo el Núm. XXXIII.

(6) Véase el informe de Villareal en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIV.

luderes se acometian diariamente y se destrozaban de balcon á balcon, de azotea á azotea, de una acera á otra, estando á veces tan cerca unos de otros, por las heradaciones que los segundos practicaban, que solo los separaba el grueso de una pared.

La obstinada resistencia de los sitiados se reveló bien tristemente en todos aquellos combates, pero con especialidad en los que tuvieron lugar con motivo del convento de la Merced, cuyo punto se empeñaron en tomar los sitiadores, y defendieron con la mayor tenacidad los sitiados. Herido mortalmente Ghilardi el dia 11 en la primera de aquellas tentativas, tuvo que retirarse sin lograr su intento; mas no por eso desistieron de su empeño los sitiadores, y despues de varios ataques, una fuerza de la brigada Caamaño, á las órdenes del coronel Torres, logró cortar el 18 toda comunicacion entre la plaza y el convento, dejando aislados á los que le defendian. De la plaza salieron fuerzas considerables en la noche del 19 á reforzar la Merced; pero lo intentaron en vano, porque fueron rechazadas despues de un combate sangriento. Eran 120 los hombres que allí estaban: carecian de viveres con que alimentarse; sus heridos, que eran muchos, no tenian quien los curara; se encontraban completamente aislados, sin esperanza de socorro, desfallecidos por el hambre, devorados por la sed: y sin embargo, no se rendian. En la mañana del 21 prendiose fuego al convento, que estuvo ardiendo todo el dia sin que sus defensores dieran la menor señal de flaqueza: á las ocho de la noche quisieron salir de allí, rompiendo la línea de enemigos que los rodeaba por todas partes, pero fueron rechazados. Obligados á permanecer en el edificio que ardia, todavia no cedieron, hasta que al fin, per no morir abrasados, enviaron á Comonfort al comandante Don Julian Perez para tratar de rendirse, y lo hicieron el 22 á las dos de la mañana, ocupando en seguida el convento con 400 hombres el mayor general Alvarez.

Comonfort quiso ver á los valientes y honrarlos: acompañado de Villareal y de Moreno, pasó á la Merced, dió alimento y bebida á los rendidos que estaban sanos; mandó al hospital á los heridos; hizo apagar el incendio que por el edificio se propagaba: y á la vista de aquel ejemplo de constancia heroica, deploró con profunda amargura los efectos de la discordia civil, que tantas veces ha inutilizado las virtudes y el valor de los pechos mexicanos.

Los fuegos de cañon sobre la plaza continuaron con mas ó menos fuerza durante seis dias, hasta que el presidente mandó que cesaran del todo el 20 y el 21. Era el Jueves y

el Viernes Santo. Respectaronse aquellos días conagrados especialmente al recuerdo de la Redención humana, y durante ellos puso en práctica el general sitiador cuantos recursos le sugirió su genio para poner fin á aquella guerra de exterminio. El cielo bendijo sus esfuerzos, y apartó ya desde entonces de la conatempada ciudad el terrible azote con que la había afligido.

Entre las medidas dictadas por Comonfort para infundir un terror calculable á los habitantes y defensores de la ciudad, con el objeto de que se trahieran sin efusión de sangre, una de ellas había sido hacer venir de Veracruz cuatro morteros á la Gómer, del calibre de 32, con suficiente número de bombas, situarlos en el Molino del Cármen, y correr la voz de que iba á batir la plaza con aquellas formidables bocas de fuego. Aunque nunca fué su intención hacer uso de unos medios tan destructores, los tremendos preparativos, unidos á la estrechura en que ya se veían los de la plaza, produjeron los efectos deseados. Autorizáronse profusamente los habitantes: el obispo de la diócesis y los vice-cónsules de España y Francia hablaban al jefe de la revolución, y se dirigieron al presidente, aconsejando el primero que se entrase en negociaciones para un avenimiento, y solicitando los segundos una suspensión de hostilidades para que sus conciudadanos pusieran á salvo sus personas é intereses. (7)

Pasaba esto el día 21, el mismo tiempo que se colocaban en batería dos morteros de los cuatro que habían llegado. Por la noche Don Manuel Diaz de la Vega se presentó en el cuartel general con una comunicacion de Haro, que Comonfort no quiso recibir. El día siguiente por la mañana, Don José Vicente Miñon llevó otro oficio de los generales Castillo y Gutian, en el que autorizaban al mismo Miñon á fin de que manifestase las razones que tenia para no entrar en ningún arreglo á no ser por conducto de su primer capdillo. Comonfort recibió á Miñon con su genial cortesía, pero con visible desagrado, y respondió escaradamente que con Haro no se había de tratar. Entonces fué cuando Haro dirigió una carta á los generales Gutian y Castillo, manifestándoles que, pues su persona era obsáculo para entrar en un avenimiento que libertara á la poblacion de los horrores de la guerra, él resignaba el mando y se retiraba.

A consecuencia de este, recayó el mando de las fuer-

(7) Véase la comunicacion del obispo de Puebla y las de los vice-cónsules de España y Francia, y las respuestas que por orden del presidente se dieron en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXV.

zas sitiadas en el general Oronoz, quien pasó una comunicacion á las nueve de la mañana al presidente, participándole que había nombrado á dos generales para que en unos días Lic. Almazan, gobernador del Estado por la revolución, se presentáran en el lugar y á la hora que el mismo Comonfort señalase, con el fin de arreglar el parlamento. Eran las nueve de la mañana cuando se recibió esta comunicacion en el cuartel general. Ya entonces había dispuesto el presidente que hubiera una suspension de hostilidades hasta las doce, con el objeto de que pudieran salirse de la plaza los que quisieran hacerlo; pero al ver que el paso de Oronoz daba esperanzas de una pronta solucion pacífica de todas las dificultades, concedió un armisticio hasta las cinco de la tarde, y así se lo hizo saber al jefe de la plaza, manifestándole que la conferencia propuesta podia tener lugar entre las doce y las cuatro de la tarde, en la casa del licenciado La Rosa, frente al convento de la Soledad. (8)

A las doce se dió en la plaza el toque de parlamento, y poco despues se reunieron en el punto indicado los comisionados por una y otra parte. Lo eran por parte del presidente, el gobernador de Guanajuato Don Manuel Doblado, y los generales Don Vicente Rosas y Don Ramon Iglesias; y por parte de Oronoz el licenciado Don Pascual Almazan, y los generales Don Ignacio Ormasechea y Don Miguel Andrade.

Nada se concluyó en aquella primera conferencia, porque los comisionados de la plaza presentaron unas proposiciones que no fueron admitidas. En ellas se decía que la guarnicion de Puebla se ponía á disposicion del gobierno, que saldría de la plaza con los honores de la guerra, y que se situaría en los puntos que el mismo gobierno designara; que el gobierno garantizaba los empleos á los generales, jefes y oficiales de las tropas sitiadas; que ni ellos ni ninguna otra persona de las que habían tomado parte en la revolución, serian perseguidos ni molestados por ello; que el gobierno reconociera los contratos hechos por los jefes de la plaza para los gastos de la guerra; que el presidente proveya á la seguridad y al orden de la ciudad, luego que se ratificara el convenio; y por último, que los heridos de la guarnicion serian asistidos en los hospitales.

Esto era imponer condiciones; y el estado en que se encontraban los sitiados de Puebla, era más á propósito para implorar misericordia que para reclamar garantías. Circundados por todas partes, faltos de provisiones y de víveres, re-

(8) Véanse la comunicacion de Oronoz y la respuesta en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVI.

ducidos al último extremo, debilitados por la lucha y por sus propias discordias, relajada entre ellos la disciplina, ausentes ya á ocultos algunos de sus gefes, ninguna resistencia podía salvarlos, ninguna esperanza les quedaba, y no tenían mas remedio que recibir la ley del vencedor. Comofort conocía bien todas estas circunstancias, que ponían en su mano la suerte de sus enemigos. Entre ellos estaban muchos de aquellos á quienes había salvado la vida esponiendo la suya propia; y era la tercera vez que los encontraba en frente de sí haciéndole la guerra: allí estaban también los que habían burlado su confianza, convirtiendo contra el gobierno las armas y recursos que había puesto en sus manos. Prescindiendo de los que le debían consideraciones especiales, todos le debían como individuos del ejército, la conservación de la clase á que pertenecían, porque él la había salvado de una destrucción segura contra los primeros artanques revolucionarios. En virtud de tales antecedentes, bien pudo recelar Comofort que fueran peligrosos para la paz pública los que no habían sabido ser agradecidos, y quiso que todos quedaran á la merced del gobierno, para castigarlos por su rebelión, ó para que les sirviera de castigo hasta la clemencia que con ellos se usara.

Con esta mira, después de rechazar abiertamente las proposiciones hechas por los comisionados de la plaza, concedió el presidente á los sitiados una capitulación, reducida en sustancia á declarar, que las tropas de Puebla se sometían á la obediencia del gobierno, y que los generales, jefes y oficiales que existían en la plaza pasarían á residir á los puntos que el mismo gobierno designase, mientras éste determinaba la manera como habían de quedar en el ejército. (9)

Trabajo debió costar á los sitiados suscribir á tales condiciones, que realmente no eran una capitulación en el sentido ordinario de la palabra, supuesto que á la fuerza se les imponían, y que á pesar de ser tan duras todavía se presentaban como una concesión del vencedor. Llamóse capitulación aquel documento, sin duda porque no había otro nombre que darle; pero en realidad no fué otra cosa que una explicación de los términos en que los de la plaza se rendían, sin que apareciera la terrible fórmula de que se rendían á discreción. Ellos sin embargo aceptaron aquellas condiciones, ó por mejor decir, se sometieron á ellas; y con esto dejaron al gobierno todos los derechos del vencedor, menos el de quitarles la vida.

(9) Véase esta capitulación en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVII.

Puebla respiró cuando se hizo público aquel arreglo. Poco importaban los términos á los habitantes de la ciudad desolada: él ponía fin á la tremenda lucha que tanto los había afligido; y con esto quedaba satisfecha la primera de las necesidades que sentían entonces, y logrado el mas vehemente de sus deseos.

El 23 por la mañana los generales Traconis y Alvarez tomaron posesion de la plaza con algunas fuerzas del ejército, que llegarían á dos mil hombres. Hacia dos meses justos que el primero había salido de ella con su guarnicion, dejando la ciudad en poder de los pronunciados. Las providencias que el presidente dictó para la seguridad pública, fueron tan acertadas y tan enérgicas, que ni un solo desorden hubo que lamentar en aquellos momentos tan críticos. Fijóse un papel en las esquinas, que decía simplemente: „El que robe, será fusilado.“ Agregáronse á los cuerpos del ejército los soldados de la guarnicion de Puebla, que pasaban de 3,000, y se dejó en libertad á los que lo solicitaron; dióse órden para que los generales, gefes, y oficiales se presentáran en el convento del Cármen al general Paron; y se dictaron todas las medidas que la situacion reclamaba.

Asegurada la tranquilidad pública en Puebla, Comofort dirigió la palabra el 24 á sus habitantes. Recordóles todo lo que había hecho para evitar los horrores de la pasada lucha, las muchas veces que había brindado con la paz á los partidarios de la revolucion, los esfuerzos que había empleado para disminuirles tantos padecimientos. En medio de esto, el noble caudillo exhalaba en sentidas frases el dolor de que está penetrado su corazón, á la vista de aquellos estragos. Lloró enternecido sobre ellos, y maldijo indignado la guerra civil; y al recordar el triunfo con que el cielo había coronado sus afanos, acabó con estas sencillas palabras, dignas de un héroe cristiano: „¡Damos gracias á la Divina Providencia!“ (10)

Los habitantes de Puebla bendecían con todo su corazón aquella paz que tanto necesitaban; pero la capitulación no causó el mismo efecto en el resto de la República, entre los que deseaban que se impusiera á los rebeldes un ejemplar castigo. En el mismo artículo 4.º donde Comofort se había reservado el derecho de imponérselo, creyeron ver muchos una impunidad que dejaba en pie los gérmenes de la rebelión, puesto que al parecer se reconocían los empleos á los generales, gefes y oficiales de la faccion vencida. Empezaron, pues, las murmuraciones, y dijeron públicamente los

(10) Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVIII.

descontentos, que aquello había sido una de tantas transacciones vergonzosas, que no sirviendo más que para poner término á un conflicto, los han preparado mayores para después, haciendo interminables en México las guerras civiles.

Pronto tuvieron que callar los que murmuraban, porque Comonfort probó que era tan justiciero como elemento, cuando la salud de la patria lo exige. El 25 de Marzo espulso un decreto, determinando la manera como habían de quedar en el ejército los generales, gefes y oficiales capitulados. Aquella delimitación era un tremendo castigo: los generales, gefes y oficiales de la revolución, quedaban de soldados, tal vez en el ejército. Seguramente no habían imaginado mayor pena lo que más clamaban por que se hiciera un escrutamiento en los generales.

No sólo quien sospechaba que el presidente había tomado aquella resolución á consecuencia de las murmuraciones que la capitulación había suscitado, suponiendo que no había pensado en esto al concederla, y que después, recapacitando en los términos del art. 4.º se había valido de ellos para decir simplemente satisfecha la opinión de los murmuradores. La verdad es, que Comonfort siempre tuvo intención de castigar severamente á los pronunciados, y que si el 22 de Marzo no le había ocurrido esta pena convenida en su decreto del 25, seguramente pensaba en decretar ella, y en no reconocer sobre todo, grados ni empleos, cuando rechazó las proposiciones que hicieron los comisionados de la plaza. Después, aunque seguro de tenerlo que hacer para dictar aquella resolución, reunió á los generales de su ejército, á varios diputados y personas notables, para que le dijeran su parecer sobre el particular; y todos opinaron que estaba en sus atribuciones, y que la capitulación le autorizaba para imponer aquella pena á los vencidos. Los amigos de la revolución se lo llevaban á mal; pero es preciso decir que no eran jueces imparciales: si hubiera dejado sus grados y empleos á los gefes y oficiales rebeldes, tampoco se lo habrían agradecido, porque los partidos nunca agradecen nada, aunque se compongan de hombres capaces de agradecer.

El 28 de Marzo, á la una del día, hizo Comonfort su entrada triunfal en Puebla, á la cabeza de su ejército vencedor; pero los aplausos de que fue objeto en aquella ocasión solemne, no pudieron disipar la nube de tristeza que descendía en su semblante en la presencia de los estragos de la lucha. Seguramente vestido de negro, sin ningún disim-

(11) Véase el decreto en el Apéndice, bajo el Núm. XXXI.

tivo que revelara su dignidad, y sufriendo más bien que gozando con aquella ovación tan merecida, atravesó las principales calles de la ciudad, respondiendo con modestos ademanes y con una sonrisa melancólica á las aclamaciones de la multitud que le victoreaba; y se dirigió á la Iglesia Catedral á dar gracias á Dios por el triunfo que sus armas habían alcanzado. Después, al recibir las entusiastas felicitaciones que por su victoria se le dirigieron, repitió más de una vez estas palabras, señalando á los edificios medio derribados: „¡Con lágrimas debían celebrarse los triunfos adquiridos á tanta costa!“

En un banquete con que fué obsequiado aquel día, la ciudad de Puebla quiso sancionar sus hiecos con una corona de laurel; pero Comonfort que tales distinciones solo eran debidas á los que habían contra enemigos extranjeros, ó perseguidos por la libertad de su patria, mandó que aquel símbolo de gloria se colocara en el sepulcro del general Aylos, encargando á Porolla que presiciara aquella ceremonia con asistencia de todos los gefes y oficiales de caballería. En el mismo banquete leyó un poeta (12) una composición en alabanza del coronel Don Manuel Aljibia, que había sido herido en la batalla de Ocotlan, y no había muerto todavía. El poeta pedía en sus versos gracias para el herido, y oyeron la petición muchas personas de las que estaban presentes recordando el valor y las virtudes del jóven coronel. Comonfort se conmovió con aquellos vivos y palpitanes recuerdos de la lucha; y adelantándose con mucho á los deseos de los que imploraban su clemencia, digno como siempre de su fortuna y de su gloria, respondió con solemne acento: „Señores, los heridos no me pertenecen aún; los protege Dios; quedan todos perdonados.“ Así honraba Comonfort el valor desgraciado de sus enemigos, y de este modo celebraba sus triunfos, sin que la embriaguez de la victoria le desvaneciese un instante; ni menoscabara un punto el dominio que tenían en su corazón los sentimientos humanos y generosos.

Don Antonio Haro y otros caudillos de la revolución se habían ocultado el mismo día que la capitulación se celebraba. Lo mismo hicieron después otros muchos gefes y oficiales, que no se presentaron al gobierno, no obstante la amenaza de aplicarles la ley de conspiradores, espelida por Santa-Anna; sin después de tres años no se ocultaron muchos; pero con todo, pasaron de tres-cientos los que fueron conducidos

(12) Don Emilio Rey, comendante de escuadra y ayudante del general Parroli, quien le dedicó especialmente por su valor y comportamiento en la campaña.

dos á Izúcar de Matamoros, á las órdenes del general Favón, para que sufrieran la pena á que los habia condenado el presidente. (13) Despedidos los cabos y sargentos, é incorporados en el ejército, ó tambien con licencia absoluta los soldados, estaba concluida la mision de las tropas leales, y el presidente dispuso que regresáran á la capital de la República. He aquí las palabras con que las despidió.

Compañeros de armas: Nuestra grande obra queda consumada. La confianza que me inspiraban la justicia de la causa que defendiamos, vuestro valor y vuestra lealtad, ha sido coronada con un éxito brillante.

Os habeis hecho dignos del reconocimiento de la nacion, y yo os nombro los doy las gracias.

Volved con vuestras banderas victoriosas á la capital de la República; y tan suborridos, tan valientes, tan generosos como habeis sido en esta campaña, llevad á vuestros conciudadanos la paz que venisteis á conquistar y el juramento de sostenerla.

Contento de vosotros, porque todos y cada uno me habeis dado repetidas pruebas de adhesion y de respeto al supremo gobierno, no olvidaré nunca la dicha de haber sido vuestro general en jefe.

Partió el ejército, y Comonfort se quedó algunos dias en Puebla, dictando las providencias necesarias para dejar completamente restablecido y asegurado en la ciudad el orden público. Hecho esto, salió de allí el 31 de Marzo, sin aparato ni pompa alguna, con ánimo de volver secretamente á las tareas del gobierno, como si nada extraordinario hubiera hecho durante aquella ausencia.

Pero ya entonces no le fué posible sustrarse á las manifestaciones del entusiasmo público. Hasta entonces habia podido evitar que se hicieran públicos regocijos por los plausibles pero sangrientos triunfos que las armas del gobierno alcanzaban: pero terminada en un mes la campaña de Puebla, destruida con tanta fortuna y tanta gloria una revolucion que habia inspirado tan serios temores, y restablecida completamente la paz porque tanto habia suscitado la República, no pudo ya oponerse á que se celebraran tan faustos acontecimientos, ni privar á los valientes que le habian ayudado á realizarlos, de las ovaciones que la gratitud nacional les preparaba. El congreso le habia decretado un voto de gracias; el ayuntamiento de la capital habia hecho lo mismo; era general el empeño de tributarle los honores del triunfo; y se

(13) Se les conmutó esta pena por un decreto posterior que puede verse en el *Apéndice*, bajo el Núm. XL.

habian hecho grandes preparativos para la gran *Fiesta de la Paz* que debía celebrarse con la entrada del caudillo vencedor. Dando un nombre tan hermoso á aquellas solemnidades, el cuerpo municipal venció todas las resistencias del presidente.

El 2 de Abril llegó este á Tacubaya. Era precisamente el dia en que se celebraban en la Catedral y demás templos de México, unas solemnes exequias por las víctimas de la campaña de Puebla. Tan piadoso como esforzado, habia querido que se honrara la memoria de los muertos en la guerra, antes que se hicieran honores á los vivos que volvian de ella victoriosos.

El dia 3 de Abril entró Comonfort triunfante en la capital de la República, en medio del repique de las campanas, de las salvas de artillería, de los aplausos de la multitud y de un júbilo general. Rayó en delirio el entusiasmo de aquel recibimiento. El pueblo se agolpaba en las calles del tránsito; saludaba con ardientes aclamaciones al venturoso caudillo, y regaba de flores y coronas el camino por donde pasaba. Las autoridades y corporaciones de la ciudad, los establecimientos de educacion y de beneficencia, los ciudadanos de todas las condiciones y de todas las clases, le dieron los mas vivos testimonios del respeto, de la admiracion y de la gratitud que sus hechos habian inspirado. Todos le llamaban vencedor de la tiranía, libertador del pueblo, salvador de la patria, y todos agotaron las mas lisonjeras frases del idioma para darle la enhorabuena por sus recientes triunfos. (14) La poesia y la música le consagraron himnos; las artes reprodujeron su retrato; su nombre fué invocado como un símbolo de ventura, de gloria y de esperanza. Fueron en fin tan estremadas las demostraciones de entusiasmo con que sus compatriotas le recibieron, que pudo temerse que tanta aura popular le desvaneciera. Tales honores no pueden pasar sin hacer profunda mella en el corazón de quien los recibe: ó le pervierten con la vanidad, ó le enaltecen con la noble ambicion de merecerlos. Afortunadamente este segundo efecto es el que produjeron en el alma de Comonfort aquellas estrepitosas ovaciones. El sabe bien que el que ha llegado á la cumbre del poder, solo humillándose puede engrandecerse; (15) y ha conservado su amable familiaridad, su antigua sencillez y su natural modestia, en esa re-

(14) Véanse los discursos de felicitacion, y las respuestas del general, en el *Apéndice*, bajo el Núm. XLI.

(15) SAABEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*.

gion de lisonjas y de vanidades, donde tantos otros suelen perder aquellas virtudes.

Tres dias duraron las fiestas. Su descripción seria pálida junto al vivo recuerdo de los que casi acaban de presenciarse.

El mismo dia de su entrada en la capital Comonfort dirigió la palabra á su ejército para darle de nuevo las gracias por lo que habia hecho bajo sus órdenes:

«Soldados del ejército y de la guardia nacional: estáis en la capital de la República, después de la gloriosa campaña sobre Puebla. Habéis sido valientes e inerechido con la patria, á prueba de ella os da las gracias el presidente de la República, y os saluda lleno de orgullo vuestro general en jefe.»

El vencedor tuvo tambien palabras de congratulación que decir, y consejos paternales que dar á sus compatriotas:

«Mexicanos, vuelvo á esta hermosa capital con la dulce satisfacción de haber afianzado la paz y vencido á los enemigos de las libertades públicas. Si se ha derramado sangre, á nadie he hecho perecer en un pueblo, si he sido severo, es porque así lo exigian la justicia y la salud de la nación.»

«Conciudadanos: aprovechaos de los beneficios de la Divina Providencia, que vela sobre nosotros para que podamos constituirnos. Oid siempre á la guerra civil; y que el respeto y obediencia á la ley, sean en lo sucesivo nuestra única divisa.»

«Méxicos: Viva la República!»

«Viva la Independencia!»

El triunfo del gobierno en Puebla, hizo caer las armas de la mano á las pequeñas partidas que se habian levantado en diferentes puntos de la República: de manera que pocos dias después de los acontecimientos que se han referido, no habia ya en todo el país ni un estandarte rebelde, ni un faccioso armado: al cabo de veintiocho meses de continua guerra civil, Méjico estaba en paz.

Hemos concluido nuestra relación.

En cada una de las fases del período que hemos recorrido, se ha podido ver comprobada la observacion que hicimos al empezar: la exageracion política es causa de la revolución; y de las desgracias de los pueblos. La exageracion de un principio hizo de Santa Anna un tirano, y produjo la revolución de Ayutla: la exageracion de otro hizo temible aquella revolución, y retardó su triunfo; nuevas exageraciones vinieron á desconceptuarla en los dias de su costosa victoria, y trajeron en pos de sí una reacción for-

midable. ¿Cuanta sangre ha costado y cuantas lágrimas, salvar en todos estos casos la causa de la libertad y del orden, la causa de la justicia, la verdadera causa del pueblo. Y sin embargo, aun gemiria hoy la República agobiada bajo el peso del despotismo, ó agonizante entre las garras de la anarquía, si el hombre de Acapulco y de Puebla no hubiera sacado á su patria de tantos peligros, ora blandiendo su espada en los combates, ora poniendo en la balanza de la opinion el prestigio de su nombre y el peso de su prudencia.

Si México necesitaba un hombre; si se quejaba con razón de que en el seno de sus revoluciones, tan fecundas en calamidades, no se habiese formado nunca un génio capaz de someter las pasiones políticas al poder de su inteligencia; ó de encadenarlas á su carro de triunfo, ya parece que el cielo ha querido satisfacer esta necesidad y acallar esa queja. Con la ayuda de los buenos ciudadanos, Comonfort libertó á su país de la tiranía unitaria; si cuenta con el mismo apoyo, puede hacer mas todavía; puede preservarla de la tiranía de las facciones. Y si algo han de valer las lecciones de la historia, este auxilio no le podrá faltar, porque todos los ciudadanos que de buena fé profesen una opinion, pertenecerán á un partido ó militen bajo una bandera; todos los que sencilla y notablemente encaminen sus ideas al bienestar y á la gloria de su patria; todos caben y pueden estar bien bajo el estandarte nacional que Comonfort lleva en sus manos. Los únicos para quienes no hay lugar allí, son los que quieren arrojar la libertad en brazos del despotismo para que la ahogue ó la cubren por todas partes, coronada de serpientes como las furias, para que el mundo la aborrezca.

Hace un gran publicista que si los partidos pudieran hablar tranquilamente unos con otros para comunicarse sus doctrinas y descubrirse sus intenciones, llegarían á entenderse y á reconciliarse. Esta observacion debe ser exacta, porque sin perjuicio de que la verdad sea una, puede afirmarse que hay siempre muchos puntos de contacto entre las doctrinas políticas, por mas opuestas y divergentes que parezcan. Si en alguna parte se puede realizar este fin ó uno, en ninguna mejor que en México, donde la tolerancia está en el fondo de sus costumbres, donde la dulzura de carácter tempa el rigor de los partidos, donde los errores de la inteligencia están sometidos á los sentimientos del corazón, y si alguna vez ha sido posible aquí, nunca mas que en la ocasion presente, en que la inteligencia y el valor están en el poder, y con el poder está la libertad, y con la libertad está el orden; ideas que fueron siempre hermanas, y que han convertido tantas ve-

era en enemigas los espíritus menguado: ó turbulentos que no saben mandar sin oprimir ni obedecer sin conspirar.

Los hombres del pasado y los hombres del porvenir, los hombres de la tradición y los hombres de la reforma, los amigos del orden y los amigos de la libertad; todos están fatigados de lucha; estériles todos se horrorizan con el recuerdo de la sangre que se ha vertido, todos desean, aunque no lo digan, abrazarse como hermanos en los brazos de la patria. Y todos deben á Comtefort la conservación de sus principios; los unos le deben la libertad, porque él rompió con su espada las cadenas que los oprimían, los otros le deben el orden, porque él calmó con su prudencia las pañales alborotados. Si arrastrados todos por aquellos mismos recuerdos y por esta justa gratitud, se agruparan en torno del hombre para regular pacíficamente sus diferencias y explicar sus miras, el hombre podría consumar su obra de reparación, y la discordia huiría espantada de este suelo, donde ha desolado tantas desolaciones.

Los hombres de la tradición confesarian que el progreso es una ley universal, que esta ley se observa en todas las vicisitudes de la historia, que la inmovilidad política es imposible; y dirian con una de las mas hermosas celebridades de su partido: „Respetemos la magestad del tiempo; contemplamos con veneracion los pasados siglos, consagrados por la memoria y los vestigios de nuestros padres; pero no queramos retrogradar hacia ellos, porque ya no tienen nada de nuestra naturaleza real; y si pretendiéramos copiarlos, se desvanecerian.” (16)

Los hombres de la reforma confesarian que lo presente es el punto á lo pasado, como se unirá á lo futuro; que la marcha de las sociedades debe ser espontánea y no violenta; que deben respetarse las creencias y las tradiciones de los pueblos; que es preciso aprender las lecciones de lo pasado para no avanzar sin luz por las sendas del porvenir; y dirian tambien con uno de los mas eminentes escritores de su escuela: „El primero de los deberes que tienen los directores de la sociedad en nuestros dias, es adaptar su gobierno (el de la democracia) á los tiempos y á las costumbres, y modificarle segun las circunstancias y los hombres. — Abandonando el estado social de nuestros abuelos, y arrojando en monton detrás de nosotros, sus instituciones, sus ideas y sus costumbres, ¿con qué las hemos remplazado? — Hemos abandonado lo que el estado antiguo podia presentar de bueno, sin adquirir lo que el estado nuevo puede ofrecer de útil. — No se puede establecer el reinado de la liber-

(16) CHATEAUBRIAND.

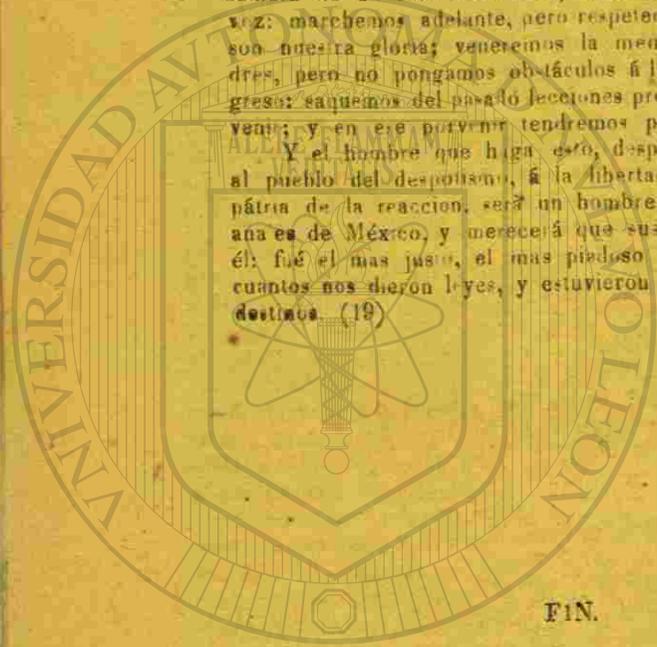
tad sin el de las costumbres, ni hoy fundamento para las costumbres sin las creencias. — Cuando lo pasado no alumbró el porvenir, el espíritu marcha en medio de tinieblas. — No debamos enpeñarnos en parecernos á nuestros padres, sino esforzarnos por alcanzar la especie de grandeza y de ventura que nos es propia. — La Providencia no ha hecho á la humanidad ni del todo independiente ni del todo esclava; para cada hombre ha trazado un círculo fatal, del que no puede salir, es cierto, pero en sus vastos límites el hombre es libre y poderoso; lo mismo son los pueblos. — Las naciones modernas no pueden impedir que en su seno las condiciones sean iguales; pero de ellas depende que la igualdad conduzca á la servidumbre ó á la libertad, á la luz ó á la barbarie, á la prosperidad ó á la miseria.” (17)

Los hombres de la tradición y los hombres de la reforma se estrecharian entonces la mano, y confesarian todos juntos que la ley del progreso se revela en la naturaleza del hombre, se verifica en la historia de las sociedades, se cumple invariablemente en la marcha de la civilizacion, y es una ley providencial; verian que el espíritu de Dios, luchando siempre con el espíritu de las tinieblas, marcha delante de la humanidad, como la nuba que guiaba á los israelitas en el desierto: y dirian con otra grande ilustracion de la época presente: „La humanidad marcha con pasos de gigante en la carrera de la emancipacion; la providencia la conduce. La humanidad es el Ulises de Homero, llevado por la mano de Minerva al través de los mares borrascosos. ¿Qué pueden contra el destino los sofistas? ¿Qué pueden contra la libertad los aduladores de los pueblos ni los aduladores de los reyes? Si las sociedades en su infancia tuvieron que refugiarse en el seno de la tiranía para conservar su mísera existencia, las sociedades adultas y civilizadas pueden marchar por sí solas sin necesidad de los tiranos. — Y cuando la humanidad ha quebrantado ya todos los yugos... cuando no tiene una fibra que no resuene con una vibracion dolorosa al recuerdo de sus penosos combates, de sus largos infortunios;... ¿Hay quien se atreva á aconsejarla que vuelva á recorrer los mares enemigos que presenciaron sus naufragios...? No: mas bello es su destino, mas ancho su horizonte, mas grande su porvenir. La inteligencia emancipada ya, brilla con todo su esplendor en el horizonte de los pueblos; ella, y ella solamente, con lucirá á las sociedades humanas. Aun tiene que combatir con rudos y temibles adversarios; pero no desma-

(17) TOUQUEVILLE.

yemas, porque si el cielo ha concedido á sus contrarios el combate, les ha negado la victoria" (18)

Entonces dejará de haber partidarios en México, y no habrá mas que mexicanos, unidos por un mismo sentimiento, marchando juntos por una misma senda, cobijados todos á la sombra de un solo estandarte; mexicanos que dirán á una voz: marchemos adelante, pero respetemos las tradiciones que son nuestra gloria; veneremos la memoria de nuestros padres, pero no pongamos obstáculos á la ley universal del progreso; saquemos del pasado lecciones provechosas para el porvenir; y en ese porvenir tendremos paz, justicia y libertad. Y el hombre que haga esto, después de haber salvado al pueblo del despotismo, á la libertad de sí misma, y á su patria de la reacción, será un hombre lleno de gloria en sus años de México, y merecerá que sus compatriotas digan de él: fué el mas justo, el mas piadoso y el mas esforzado de cuantos nos dieron leyes, y estuvieron al frente de nuestros destinos. (19)



FIN.

APÉNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

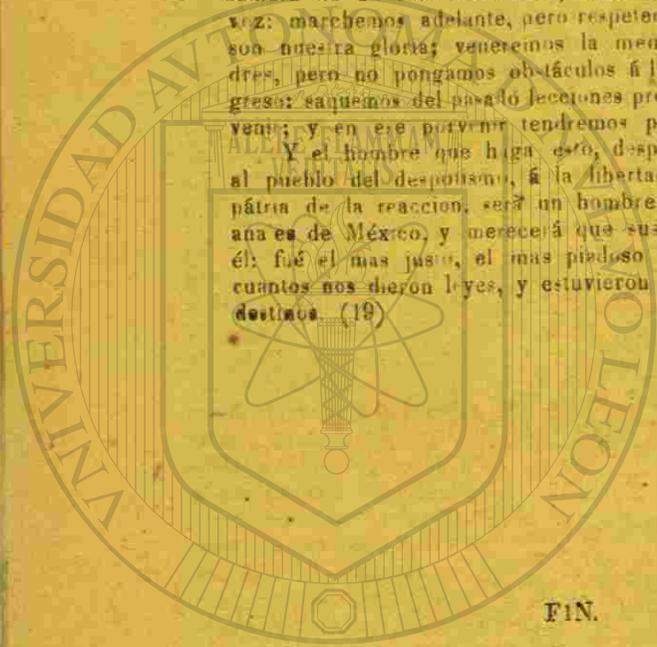
(18) Donoso Cortés.

(19) . . . . . quo justior alter  
nec pietate fuit nec bello major et armis.

VIRG. *Enéid.* Lib. I.

yemas, porque si el cielo ha concedido á sus contrarios el combate, les ha negado la victoria" (18)

Entonces dejará de haber partidarios en México, y no habrá mas que mexicanos, unidos por un mismo sentimiento, marchando juntos por una misma senda, cobijados todos á la sombra de un solo estandarte; mexicanos que dirán á una voz: marchemos adelante, pero respetemos las tradiciones que son nuestra gloria; veneremos la memoria de nuestros padres, pero no pongamos obstáculos á la ley universal del progreso; saquemos del pasado lecciones provechosas para el porvenir; y en ese porvenir tendremos paz, justicia y libertad. Y el hombre que haga esto, después de haber salvado al pueblo del despotismo, á la libertad de sí misma, y á su patria de la reacción, será un hombre lleno de gloria en sus años de México, y merecerá que sus compatriotas digan de él: fué el mas justo, el mas piadoso y el mas esforzado de cuantos nos dieron leyes, y estuvieron al frente de nuestros destinos. (19)



FIN.

APÉNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

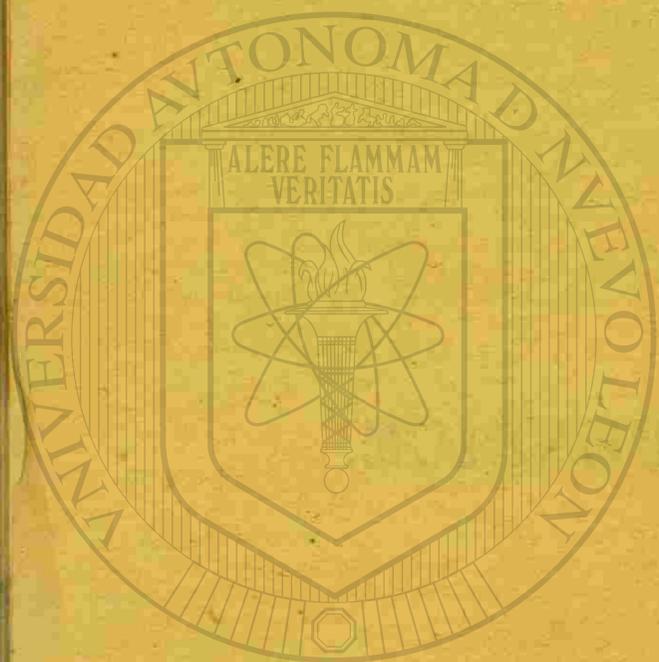
®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(18) Donoso Cortés.

(19) . . . . . quo justior alter  
nec pietate fuit nec bello major et armis.

VIRG. *Enéid.* Lib. I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

## NUM. I.

LEGACION MEXICANA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.

MUY RESERVADA.

N. York, Setiembre 2 de 1854.

Exmo. Sr.—Con fecha 5 del mes próximo pasado, me dice el Exmo. Sr. Don José Ramon Pacheco, nuestro ministro en Francia, lo que copio en seguida:

„Exmo. Sr.—El Exmo. Sr. ministro de relaciones con fecha 1.º de Julio próximo pasado, me dice lo siguiente:

Exmo. Sr.—Debiendo á la fecha haberse cangeado en Washington el tratado pendiente con los Estados Unidos, mediante la disposicion manifestada por aquel gobierno para su ratificacion, y las instrucciones al efecto dadas al Exmo. Sr. general Almonte, y considerando oportuno el serenísimo señor presidente que cuanto antes tenga verificacion el envío de los tres regimientos suizos contratados por V. E. para el servicio de la nacion, S. A. S. quiere que desde luego tome V. E. todas las medidas correspondientes para su traslacion á ella, á cuyo fin se le faculta para librar contra el espresado Sr. Almonte, á quien con esta fecha se comunican las órdenes debidas, hasta la cantidad de 500,000 pesos; y en el caso de que no sea posible á V. E. obtener fondos por medio de dicho libramiento en términos convenientes, con su aviso se le situará en esa la cantidad indicada.—Al decirlo á V. E. le reitero mi aprecio y consideracion.—Firmado, Bonilla.—Exmo. Sr. ministro plenipotenciario de la República en Francia.

Lo trascibo á V. E. con el fin de prevenirle, que siendo el asunto de la mayor urgencia, según se me manifiesta, y lo espresan las palabras del oficio que le he suébra

yado para llamar su atención, y teniendo el encargo preparado, y todo dispuesto por órdenes anteriores, debo librar muy próximamente contra V. E. las cantidades que aquí baya yo librando también á favor de los comisionados de Berna sobre los banqueros que me las han de adelantar.

Reitero á V. E. las seguridades de mi aprecio particular.—Firmado, *J. R. Pacheco*."

Lo que tengo el honor de trasladar á V. E. para su conocimiento y fines consiguientes, agregándole que en efecto el Exmo. Sr. ministro de relaciones me tenia dada órden para que entregara al expresado Sr. Pacheco hasta la suma de 500,000 pesos. V. E. se servirá decirme en contestacion lo que le parezca, á fin de contestar yo al Sr. Pacheco lo que convenga.

Dios y libertad.—*J. N. Almonte*—Exmo. Sr. D. F. de Arrangóiz, especial comisionado del supremo gobierno de los Estados-Unidos.

## NUM. II.

SECRETARÍA DE ESTADO Y DEL DESPACHO DE RELACIONES ESTERIORES.

El Exmo. Sr. presidente, Gran Maestro de la Nacional y distinguida Orden Mexicana de Guadalupe, restablecida por decreto de 11 del actual, en uso de las facultades que éste le concede, y teniendo en consideracion la lealtad, patriotismo y buenos servicios que Vd. ha prestado á la nacion, se ha servido nombrarle caballero de la expresada Orden. S. E. se promete que Vd. cumplirá con las obligaciones que le impone tan distinguido nombramiento; y al comunicárselo para su satisfaccion, tengo la honra de acompañarle un ejemplar de los estatutos de la Orden, suplicándole se sirva acercarse á la secretaría de ella para recibir las instrucciones necesarias.

Con tal motivo reitero á Vd. las seguridades de mi aprecio Dios y libertad. México, Noviembre 22 de 1853.—*Benilla*.—Sr. Lic. Don Juan B. Ceballos.

Exmo. Sr.—La nota oficial de V. E. fecha 22 del corriente, que hasta hoy á las once de la mañana he recibido, en que me comunica que el Exmo. Sr. presidente se ha servido nombrarme caballero de la Orden Mexicana de Guada-

lupe últimamente restablecida, no menos que la franqueza y lealtad con que debe proceder un hombre honrado, me precisan á manifestar: que como por mis convicciones, erróneas tal vez, pero profundas y de toda mi vida, creo que no puede convenir una institucion de esa clase á nuestro país constituido bajo la forma republicana y con las tradiciones en que durante treinta años se ha nutrido la presente generacion, me encuentro sin fé en la consecucion de los fines que se haya propuesto S. E. en el restablecimiento de la expresada Orden, y mi cooperacion por tanto, es del todo inútil. Me prometo por lo mismo que el Exmo. Sr. presidente no querrá exigirme el sacrificio de mis convicciones, costosísimo para mí y enteramente estéril para S. E. y para la causa pública, sino que antes llevará á bien el que me escuse de admitir la condecoracion de que se trata, seguro como debe estarlo, de mi reconocimiento por la benevolencia con que ha querido distinguirme.—Con este motivo reproduco á V. E. las seguridades de mi consideracion y aprecio.—Dios y libertad. México, Noviembre 24 de 1853.—*Juan B. Ceballos*.—Exmo. Sr. ministro de relaciones esteriore.

El Exmo. Sr. Presidente de la República, á quien he dado cuenta con el oficio de V. E. de ayer, se ha impuesto con el mas profundo desagrado de su contenido, y me ordena le manifieste en respuesta, los siguientes conceptos que son la expresion genuina y literal de su propio dictado.

S. E. al conferirle el distinguido honor de caballero de la Orden de Guadalupe, creyó adornarian á V. S. las cualidades que, como requisitos indispensables, son necesarias para merecerlo; cuales son la virtud, la lealtad, el mérito y patriotismo en todas las clases de la nacion, segun se expresa en el preámbulo de los estatutos; mas V. S. al rechazar esa decoracion se ha confesado exento seguramente de tan nobles y distinguidas cualidades. Esto ha hecho indagar á S. E. los antecedentes de V. S., y ha tenido el triste desengaño de saber que ningun servicio le habia merecido la patria, pues que aun su elevacion á la magistratura, que se le confirió en la Suprema Corte de justicia, fué efecto de una de esas intrigas parlamentarias de partido, en que, con harta vergüenza se elijen los reprobados medios de la suplantacion de sufragios, á la manifestacion de la verdadera voluntad de esos cuerpos deliberantes.

S. E. creyó sin embargo que las convicciones de V. S. fueran muy otras de las que ahora se envanece, porque no se combina muy bien con ellas el ataque á la representacion nacional que por mucho que la que V. S. disolvió vie-

lentamente, se hubiera atraído la animadversión general, al fin obraba legalmente bajo las instituciones entonces existentes. Parece pues, que no deba entrar en paralelo un ataque semejante, en que con el mayor escándalo se violan las leyes, por V. S., tan recomendadas al presente, con la admisión de un distintivo de honor, que no puede repugnar á ningunos principios, por democráticos y exagerados que se supongan.

S. E. que respeta los sentimientos y el modo de pensar de cada uno mientras con ellos no sean las leyes violadas, crea que si por los que V. S. abraza y profesa, no consideró deber admitir la gracia que le hacía, pudo escusarse simplemente ó elegir motivos mas honestos; pero nunca valerse del reproche insultante que V. S. tan desacertadamente ha escogido en ofensa de la autoridad y del respeto que se debe al supremo magistrado, y en cuya eleccion no se advierte otra cosa que el designio mal encubierto de querer lavar la mancha que V. S. echó sobre su vida pública á los ojos de los sectarios políticos de la comunidad de V. S., haciendo gala y alarde de una resistencia á favores, apreciados no obstante por buenos mexicanos. Si tal ha sido el propósito de V. S., no podrá desconocer que con ello solo habrá conseguido dar una prueba mas de versatilidad en sentimientos políticos, para servir á los bastardos fines de los perturbadoras del reposo público, que aun cuando fueran logrados, V. S. no alcanzaria el que dejara de considerársele como un refractario é inconsecuente, aun en los mas torcidos manejos, rejeterados en tan breve espacio de tiempo.

Finalmente, S. E. celebra haber tenido esta ocasion de conocer á V. S., y cuales son sus principios políticos, si algunos profesa; y de haber librado á la distinguida Orden, restablecida como un recuerdo perpetuo de las glorias nacionales, de un sugeto tan distante de poder pertenecerle sin mengua de su lustre.—Y al decirlo á V. S. de orden de S. E. el presidente de la República, le protesto en lo particular mi consideracion.—Dios y libertad. México, Noviembre 26 de 1853.—Bonilla.—Sr. Don Juan B. Ceballos.

MINISTERIO DE JUSTICIA, NEGOCIOS ECLESIASTICOS É INSTRUCCION PUBLICA.

Con esta fecha digo al señor ministro en turno de la Suprema Corte de justicia lo que sigue:—,Habiendo mani-

festado el Sr. magistrado Don Juan B. Ceballos en la comunicacion de 24 del corriente, dirigida al ministerio de relaciones, no estar conformes sus convicciones con las medidas dictadas por el gobierno supremo para excitar en los ánimos de los mexicanos los sentimientos de honor, que por desgracia han sido sofocados; merced á teorías y doctrinas anárquicas y disolventes; y no conviniendo de manera alguna se empleen en ningun ramo personas que profesen principios opuestos á los que ha adoptado el mismo supremo gobierno para restablecer el orden social y reorganizar la administracion pública, el Exmo. Sr. presidente, en uso de las amplias facultades con que está investido, y de conformidad con lo prevenido en la circular de 22 de Agosto para que el empleado que reprobare ó desprecie de cualquier modo los actos del supremo gobierno, sea inmediatamente depuesto de su destino, ha tenido á bien mandar: que el espresado Lic. Don Juan B. Ceballos quede desde luego depuesto de la magistratura que desempeñaba en esa Suprema Corte, y que su falta se supla como previene la ley, mientras se procede al nombramiento de la persona que debe sustituirlo.—Lo digo á V. S. para conocimiento de la Suprema Corte y demás efectos consiguientes.—México, Noviembre 29 de 1853. Loras.—Sr. Lic. Don Juan B. Ceballos.

Exmo. Sr.—Por la nota de V. E., fecha ayer, me he impuesto de que el Exmo. Sr. presidente ha tenido á bien prevenir que desde luego quede yo depuesto de la magistratura que desempeñaba en la Suprema Corte de justicia.—Al decirlo á V. E. en debida respuesta tengo la honra de protestarle mi atenta consideracion.—Dios y libertad.—México, Noviembre 30 de 1853.—Juan B. Ceballos.—Exmo. Sr. ministro de justicia y negocios eclesiásticos.

NUM III

Exmo. Sr.—Con fecha 21 del mes próximo pasado, tuve á bien S. A. S. el general presidente Don Antonio L. de Santa-Anna, nombrar en lugar mio, de administrador de esta aduana marítima, al Sr. Don Rafael Castro; y aunque en el oficio en que lo puso en mi conocimiento el jefe de la seccion respectiva de la direccion de impuestos, no me previno la entrega de la oficina, que se reservó sin duda para mas tarde, procedí á hacerla desde luego, habiendo sido mi respuesta la de que quedaba entregada al contador de

ella, á cuyo objeto me bastaron cuatro ó cinco horas, que serian las que trascurrieron entre el recibo de aquel oficio y la contestacion dada por mí.

Tal disposicion ni pudo ni debió sorprenderme mientras la atribuí únicamente al deseo de colocar en mi lugar á cualquiera otro individuo mas digno de los favores de S. A.; y hasta la circunstancia de que se me dejó desempeñando otro empleo en que también hay manejo de caudales, y que me fué igualmente concedido por el actual gobierno supremo, cooperó á persuadirme de que ni éste abogaba la menor idea de desconfianza acerca de mi honrado proceder, ni podría nadie formársela en vista de esta evidente prueba que así lo acreditaba. Poco después, sin embargo, he tenido el sentimiento de saber por conductos particulares, de varios individuos muy allegados á la administracion presente, ha salido la voz de que mi destitucion reconocia por origen haber malversado los caudales públicos en los últimos meses que desempeñé la aduana; y escuso encarecer á V. E. toda la indignacion y sorpresa que semejantes especies habrán producido en mi ánimo.

Jamás pensé, ni pude pensar tampoco, que de esa ruin manera se empleara la calumnia como una arma de partido, que si bien lastima profundamente á aquel á quien se dirige, deshonra siempre á quienes la usan. He visto, no obstante, que así han pretendido hacerlo los pocos enemigos que creo tener; y precisado á contrariar sus vergonzosos y miserables ataques con los únicos medios que me franquean las leyes, tengo el honor de ocurrir á V. E., á fin de suplicarle que se sirva decirme en contestacion, si acaso obran en el ministerio de su digno cargo, ó en cualquiera de los otros, algun dato, algun antecedente, algun indicio, por poco fundado que pueda ser, que haga, no diré ya probable, sino aun siquiera presumible el mal manejo que se me atribuye. Yo estoy intimamente persuadido de que si existiera el mas mínimo, se habria tenido buen cuidado de expresarlo en la comunicacion oficial en que se me separó del destino; y lo estoy igualmente, porque conozco el noble carácter de V. E., de que no solo como alto funcionario público, sino como simple caballero, no será capaz de rehúzarme la contestacion terminante que le pido, en que con toda claridad y franqueza se diga si he sido ó no íntegro y honrado en el manejo que fué á mi cargo. Si V. E. creyere lo contrario, conocerá que bien merece mi honor, tan villanamente ultrajado, esa corta reparacion; y si creyere lo contrario, encarecidamente le suplico libre sus respetables órdenes, y remita cuantos datos puedan encontrarse contra mí.

á este señor juez de hacienda, á quien con esta fecha me he presentado, á fin de que conforme á la última ley de 28 de Junio, me abra el correspondiente juicio, para que resulte de él, ó mi vindicacion completa, ó el esclarecimiento de los hechos culpables que se ha tenido la osadía de imputarme y que me harian merecedor del severo y ejemplar castigo que solicitaría yo mismo.

Notorios son los antecedentes de mi vida pública; notorio el origen de los escasos bienes de fortuna que poseo; y unos y otros me relevarian de dar todos estos pasos, si un sentimiento de delicadeza, superior á cualesquiera consideraciones, no me hubiera impulsado á darlos. V. E., segun entiendo, lo sabrá valorizar, y conocerá desde luego que no me será posible omitir sacrificio ni medio alguno de cuantos á mi alcance estuvieren, para conservar el buen concepto que haya podido merecer á mis conciudadanos, y legar á mis inocentes hijas lo único que tal vez podré dejarles: un nombre honroso y una reputacion sin tacha.

Péame sobremano que los nombramientos con que ha querido distinguirme S. A. S., los que jamás solicité, y de los cuales renuncié algunos, hayan sido el pretexto, ya que no la causa, para que se pretendiera arrojar una mancha de oprobio en mi carrera, oscura sí y humilde, pero íntegra y honrada. Espero, sin embargo, que no lo conseguirán muy fácilmente; que la verdad lucirá pronto, desvaneciendo la impostura; y que V. E. mismo se dignará cooperar á ese fin, obrando en el particular con la restitucion que le es propia. Así lo aguardo al menos, y al suplicarle se sirva dar cuenta con esta nota á S. A. S. el general presidente, le reitero las protestas de mi respetuosa consideracion."

Dios y libertad. Acapulco, Febrero 23 de 1854.—I. Comanfort.—Exmo. Sr. ministro de hacienda.—México.

SECRETARÍA DE ESTADO Y DEL DESPACHO DE HACIENDA Y

CRÉDITO PÚBLICO.

Seccion segunda.

Dí cuenta á S. A. S. el general presidente, con el oficio que en 23 del próximo pasado me dirige Vd., pidiendo se le diga si su separacion del empleo de administrador de la aduana marítima de ese puerto, fué motivada porque el supremo gobierno tuviera alguna noticia, ó existieran en

este ministerio algunos antecedentes sobre mal manejo de Vd. en el citado empleo; y en contestacion me manda S. A. decirle, que ningun auoucio se tuvo acerca de que Vd. se malversara en el destino que obtenia: que se le separó de él por traidor, cuyo crimen está ya manifiesto, y suficientemente comprobada la justicia con que el gobierno obró; y que en el patibulo espere Vd. la satisfaccion que solicita en su citado oficio, y de que es digno el mexicano que sacrifica á su ambicion la paz y prosperidad de su patria, y muy principalmente el que para satisfacer pasiones tan indignas, usa, como Vd. lo ha hecho, invocar el auxilio de los piratas de la Alta California (titulado gobernador de un departamento sublevado, y dictando medidas que comprometen seriamente los intereses mas sagrados de la sociedad.

Dios y libertad México, Marzo 3 de 1854.—Parrés.  
—Sr. Don Ignacio Comonfort.—Acapulco.

## NUM. IV.

## PLAN DE AYUTLA.

Los jefes, oficiales é individuos de tropa que suscriben, reunidos por citacion del Sr. coronel Don Florencio Villarreal, en el pueblo de Ayutla, distrito de Omotepc, del departamento de Guerrero.

## CONSIDERANDO:

Que la permanencia de Don Antonio López de Santa-Anna en el poder es un amago constante para las libertades públicas, puesto que con el mayor escándalo, bajo su gobierno se han hollado las garantías individuales que se respetan aun en los países menos civilizados:

Que los mexicanos, tan celosos de su libertad, se hallan en el peligro inminente de ser subyugados por la fuerza de un poder absoluto ejercido por el hombre á quien tan generosa como deplorablemente confiaron los destinos de la patria:

Que bien distante de corresponder á tan honroso llamamiento, solo ha venido á oprimir y vejar á los pueblos, recargándolos de contribuciones onerosas, sin consideracion á la pobreza general, empleándose su producto en gastos superfluos, y formar la fortuna, como en otra época, de unos cuantos favoritos:

Que el plan proclamado en Jalisco, y que le abrió las

puertas de la República, ha sido falseado en su espíritu y objeto, contrariando el torrente de la opinion, sofocada por la arbitraria restriccion de la imprenta.

Que ha faltado al solemne compromiso que contrajo con la nacion al pisar el suelo patrio, habiendo ofrecido que olvidaria resentimientos personales, y jamás se entregaria en los brazos de ningun partido:

Que debiendo conservar la integridad del territorio de la R pública, ha vendido una parte considerable de ella, sacrificando á nuestros hermanos de la frontera del Norte, que en adelante serán extranjeros en su propia patria, para ser lanzados despues como sucedió á los californios:

Que la nacion no puede continuar por mas tiempo sin constituirse de un modo estable y duradero, ni dependiendo su existencia política de la voluntad caprichosa de un solo hombre:

Que las instituciones republicanas son las únicas que convienen al país, con exclusion absoluta de cualquier otro sistema de gobierno:

Y por último, atendiendo á que la independencian nacional se halla amagada, bajo otro aspecto no menos peligroso, por los comatos notorios del partido dominante levantado por el general Santa Anna; usando de los mismos derechos de que usaron nuestros padres en 1821 para conquistar la libertad, los que suscriben proclaman y protestan sostener hasta morir si fuere necesario, el siguiente plan:

1.º Cesan en el ejercicio del poder público Don Antonio López de Santa-Anna y los demás funcionarios, que como él, hayan desmerecido la confianza de los pueblos, ó se opusieren al presente plan.

2.º Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nacion, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada Estado y territorio para que reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al presidente interino de la república, y le sirvan de consejo durante el corto periodo de su encargo.

3.º El presidente interino quedara desde luego investido de amplias facultades para atender á la seguridad é independencia del territorio nacional, y á los demás ramos de la administracion pública.

4.º En los Estados en que fuere secundado este plan político, el jefe principal de las fuerzas adheridas, asociado de siete personas bien conceptuadas que elegirá él mismo, acordará y promulgará, al mes de haberlas reunido, el Estatuto provisional que debe rejir en su respectivo Estado ó Territorio, sirviéndole de base indispensable para cada Estatuto,

que la nación es y será siempre una, sola, indivisible é independiente.

5.º A los quince dias de haber entrado en sus funciones el presidente interino, convocará el congreso extraordinario, conforme á las bases de la ley que fué espedita con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe esclusivamente de constituir á la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el art. 2.º

6.º Deseando ser el ejército el apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como en proteger la libertad del comercio interior y exterior, espidiendo á la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse, rigiendo entre tanto para las aduanas marítimas el publicado bajo la administración del Sr. Ceballos.

7.º Cesan desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta á los pueblos con el nombre de capitacion.

8.º Todo el que se oponga al presente plan, ó que prestare auxilios directos á los poderes que en él se desconocen, será tratado como enemigo de la independencia nacional.

9.º Se invita á los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Álvarez y Don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven á efecto las reformas administrativas que en él se consignan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

Ayutla, Marzo 1.º de 1854.—El coronel Florencio Villareal, comandante en jefe de las fuerzas reunidas.—Estevan Zambrano, comandante de batallon.—José Miguel Indart, capitán de granaderos.—Martín Ojendiz, capitán de cazadores.—Leandro Rosales, capitán.—Urbano de los Reyes, capitán.—José Jijón, subteniente.—Martín Rosa, subteniente.—Pedro Bedoya, subteniente.—Julian Morales, subteniente.—Dionisio Cruz, capitán de auxiliares.—Mariano Terraza, teniente.—Toribio Zamora, subteniente.—José Justo Gómez, subteniente.—Juan Diego, capitán.—Juan Luesa, capitán.—Vicente Luna, capitán.—José Ventura, subteniente.—Manuel Momblan, teniente ayudante de S. S.—Por la clase de sargentos, Máximo Gómez.—Teodoro Nava.—Por la clase de cabos; Modesto Cortés.—Miguel Perea.—Por la clase de soldados, Agustín Sanchez.—El capitán Carlos Crespo, secretario.

Es copia. Ayutla, Marzo 1.º de 1854.—Carlos Crespo, secretario.

## NUM. V.

### PLAN DE AYUTLA, REFORMADO EN ACAPULCO

En la ciudad de Acapulco, á los once dias del mes de Marzo de mil ochocientos cincuenta y cuatro, reunidos en la fortaleza de San Diego, por invitacion del Sr. coronel Don Rafael Solís, los jefes, oficiales, individuos de tropa permanente, Guardia Nacional y matrícula armada que suscriben, manifestó el primero: que habia recibido del Sr. comandante principal de Costa-Chica, coronel Don Florencio Villareal, una comedia nota, en la cual lo escitaba á secundar en compañía de esta guarnicion, el plan político que habia proclamado en Ayutla, al que en seguida se dió lectura. Terminada ésta, espuso S. S: que aunque sus convicciones eran conformes en un todo con las consignadas en ese plan, que si llegaba á realizarse, sacaría pronto á la nación del estado de esclavitud y abatimiento á que por grados la habia ido reduciendo el poder arbitrario y despótico del Exmo. Sr. general Don Antonio López de Santa-Anna; sin embargo, deseaba saber antes la opinion de sus compañeros de armas, á fin de rectificar la suya y proceder con mas acierto en un negocio tan grave, y que en tan alto grado afectaba los intereses mas caros de la patria. Oida esta sencilla manifestacion, espusieron unánimes los presentes, que estaban de acuerdo con ella, juzgando oportuno al mismo tiempo, que ya que por una feliz casualidad se hallaba en este puerto el Sr. coronel Don Ignacio Comonfort, que tantos y tan buenos servicios habia prestado al Sur, se le invitara tambien para que en el caso de adherirse á lo que esta junta resolviera, se encargase del mando de la plaza, y se pusiera al frente de sus fuerzas; á cuyo efecto pasó una comision á instruirle de lo ocurrido: encargo que se confirió al comandante de batallon Don Ignacio Pérez Vargas, al capitán Don Genaro Villagrán, y al de igual clase Don José Maín quienes inmediatamente fueron á desempeñarlo. A la media hora regresaron esponiendo que en contestacion les habia manifestado el Sr. Comonfort, que supuesto, que en el concepto de la guarnicion de esta plaza, la patria exigia de él el sacrificio de tomar una parte activa en los sucesos políticos que iban á iniciarse, lo haria gustoso en cumplimiento

que la nación es y será siempre una, sola, indivisible é independiente.

5.º A los quince dias de haber entrado en sus funciones el presidente interino, convocará el congreso extraordinario, conforme á las bases de la ley que fué expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe exclusivamente de constituir á la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el art. 2.º

6.º Deseando ser el ejército el apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como en proteger la libertad del comercio interior y exterior, espidiendo á la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse, rigiendo entre tanto para las aduanas marítimas el publicado bajo la administración del Sr. Ceballos.

7.º Cesan desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta á los pueblos con el nombre de capitacion.

8.º Todo el que se oponga al presente plan, ó que prestare auxilios directos á los poderes que en él se desconocen, será tratado como enemigo de la independencia nacional.

9.º Se invita á los Exmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Álvarez y Don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven á efecto las reformas administrativas que en él se consignan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.

Ayutla, Marzo 1.º de 1854.—El coronel Florencio Villareal, comandante en jefe de las fuerzas reunidas.—Estevan Zambrano, comandante de batallon.—José Miguel Indart, capitán de granaderos.—Martín Ojendiz, capitán de cazadores.—Leandro Rosales, capitán.—Urbano de los Reyes, capitán.—José Jijón, subteniente.—Martín Rosa, subteniente.—Pedro Bedoya, subteniente.—Julian Morales, subteniente.—Dionisio Cruz, capitán de auxiliares.—Mariano Terraza, teniente.—Toribio Zamora, subteniente.—José Justo Gómez, subteniente.—Juan Diego, capitán.—Juan Luesa, capitán.—Vicente Luna, capitán.—José Ventura, subteniente.—Manuel Momblan, teniente ayudante de S. S.—Por la clase de sargentos, Máximo Gómez.—Teodoro Nava.—Por la clase de cabos; Modesto Cortés.—Miguel Perea.—Por la clase de soldados, Agustín Sanchez.—El capitán Carlos Crespo, secretario.

Es copia. Ayutla, Marzo 1.º de 1854.—Carlos Crespo, secretario.

## NUM. V.

### PLAN DE AYUTLA, REFORMADO EN ACAPULCO

En la ciudad de Acapulco, á los once dias del mes de Marzo de mil ochocientos cincuenta y cuatro, reunidos en la fortaleza de San Diego, por invitacion del Sr. coronel Don Rafael Solís, los jefes, oficiales, individuos de tropa permanente, Guardia Nacional y matrícula armada que suscriben, manifestó el primero: que habia recibido del Sr. comandante principal de Costa-Chica, coronel Don Florencio Villareal, una comedia nota, en la cual lo escitaba á secundar en compañía de esta guarnicion, el plan político que habia proclamado en Ayutla, al que en seguida se dió lectura. Terminada ésta, espuso S. S: que aunque sus convicciones eran conformes en un todo con las consignadas en ese plan, que si llegaba á realizarse, sacaría pronto á la nación del estado de esclavitud y abatimiento á que por grados la habia ido reduciendo el poder arbitrario y despótico del Exmo. Sr. general Don Antonio López de Santa-Anna; sin embargo, deseaba saber antes la opinion de sus compañeros de armas, á fin de rectificar la suya y proceder con mas acierto en un negocio tan grave, y que en tan alto grado afectaba los intereses mas caros de la patria. Oida esta sencilla manifestacion, espusieron unánimes los presentes, que estaban de acuerdo con ella, juzgando oportuno al mismo tiempo, que ya que por una feliz casualidad se hallaba en este puerto el Sr. coronel Don Ignacio Comonfort, que tantos y tan buenos servicios habia prestado al Sur, se le invitara tambien para que en el caso de adherirse á lo que esta junta resolviera, se encargase del mando de la plaza, y se pusiera al frente de sus fuerzas; á cuyo efecto pasó una comision á instruirle de lo ocurrido: encargo que se confirió al comandante de batallon Don Ignacio Pérez Vargas, al capitán Don Genaro Villagrán, y al de igual clase Don José Maín quienes inmediatamente fueron á desempeñarlo. A la media hora regresaron esponiendo que en contestacion les habia manifestado el Sr. Comonfort, que supuesto, que en el concepto de la guarnicion de esta plaza, la patria exigia de él el sacrificio de tomar una parte activa en los sucesos políticos que iban á iniciarse, lo haria gustoso en cumplimiento

to del deber sagrado que todo ciudadano tiene de porponer su tranquilidad y sus intereses particulares, al bienestar y felicidad de sus compatriotas; pero que á su juicio, el plan que trataba de secundarse, necesitaba algunos ligeros cambios, con el objeto de que se mostrara á la nacion con toda claridad, que aquellos de sus buenos hijos que se lanzaban en esta vez los primeros á vindicar sus derechos tan escandalosamente conculcados, no abrigaban ni la mas remota idea de imponer condiciones á la soberana voluntad del pais, restableciendo por la fuerza de las armas el sistema federal, ó restituyendo las cosas al mismo estado en que se encontraban cuando el plan de Jalisco se proclamó; pues todo lo relativo á la forma en que definitivamente hubiere de constituirse la nacion, deberá sujetarse al congreso que se convocará con ese fin, habiéndolo así notorio muy esplicitamente desde ahora. En vista de estas razones, que merecieron la aprobacion de los señores presentes, se resolvió por unanimidad proclamar, y en el acto se proclamó el plan de Ayutla, reformado en los términos siguientes:

## CONSIDERANDO:

Que la permanencia del Excmo. Sr. general Don Antonio Lopez de Santa-Anna en el poder es un constante obstáculo para la independencia y la libertad de la nacion, puesto que bajo su gobierno se ha vendido sin necesidad una parte del territorio de la República, y se han hollado las garantías individuales, que se respetan aun en los pueblos menos civilizados:

Que el mexicano, tan celoso de su soberanía, ha quedado traidoramente despojado de ella, y esclavizado por el poder absoluto, despótico y caprichoso de que indefinidamente se ha investido á sí mismo, el hombre á quien con tanta generosidad como confianza, llamó desde el destierro á fin de encomendarle sus destinos:

Que bien distante de corresponder á tan honroso llamamiento, solo se ha ocupado en oprimir y vejarse á los pueblos, recargándolos de contribuciones avarosías, sin consideracion á su pobreza general, y empleando los productos de ellas, como en otras ocasiones lo ha hecho, en gastos superfluos y en improvisar las escandalosas fortunas de sus favoritos:

Que el plan proclamado en Jalisco, que le abrió las puertas de la República, ha sido falseado en su espíritu y objeto, con manifiesto desprecio de la opinion pública, cuya voz se sofocó de antemano, por medio de las odiosas y tiránicas restricciones impuestas á la imprenta:

Que ha faltado al solemne compromiso, que al pisar el suelo patrio contrajo con la nacion, de olvidar resentimientos personales y no entregarse á partido alguno de los que por desgracia la dividen:

Que ésta no puede continuar por mas tiempo sin constituirse de un modo estable y duradero, ni seguir dependiendo su existencia política y su porvenir de la voluntad caprichosa de un solo hombre:

Que las instituciones liberales son las únicas que convienen al pais, con exclusion absoluta de cualquiera otras; y que se encuentran en inminente riesgo de perderse bajo la actual administracion, cuyas tendencias al establecimiento de una monarquía ridícula, y contraria á nuestro carácter y costumbres, se ha dado á conocer ya de una manera clara y terminante con la creacion de órdenes, tratamientos y privilegios abiertamente opuestos á la igualdad republicana;

Y por último: considerando que la independencia y libertad de la nacion se hallan amagadas tambien bajo otro aspecto no menos peligroso, por los conatos notorios del partido dominante que hoy dirige la política del general Santa-Anna; usando los que suscribimos de los mismos derechos de que usaron nuestros padres para conquistar esos dos bienes inestimables, proclamamos y protestamos sostener hasta morir, si fuere necesario, el siguiente.

## PLAN.

1.º Cesan en el ejercicio del poder público, el Excmo. Sr. general Don Antonio López de Santa-Anna y los demás funcionarios que como él hayan desempeñado la confianza de los pueblos, ó se opusieren al presente plan.

2.º Cuando éste hubiere sido adoptado por la mayoría de la nacion, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada Departamento y Territorio de los que hoy existen, y por el distrito de la capital, para que reunidos en el lugar que estime oportuno, elijan presidente interino de la República, y le sirvan de consejo durante el corto periodo de su encargo.

3.º El presidente interino, sin otra restriccion que la de respetar inviolablemente las garantías individuales, quedará desde luego investido de amplias facultades para reformar todos los ramos de la administracion pública, para atender á la seguridad é independencia de la nacion, y para promover cuanto conduzca á su prosperidad, engrandecimiento y progreso.

4.º En los Departamentos y Territorios en que fuere

secundado este plan político, el jefe principal de las fuerzas que lo proclamaren, asociado de cinco personas bien conceptuadas, que elegirá él mismo, acordará y promulgará al mes de haberlas reunido, el Estatuto provisional que debe regir en su respectivo Departamento ó Territorio, sirviendo de base indispensable para cada Estatuto, que la nación es y será siempre una, sola, indivisible é independiente.

5.º A los quince días de haber entrado á ejercer sus funciones el presidente interino, convocará un congreso extraordinario, conforme á las bases de la ley que fué expedida con igual objeto en 10 de Diciembre de 1841, el cual se ocupará exclusivamente de constituir á la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del actual gobierno, así como también los del ejecutivo provisional de que habla el art. 2.º. Este congreso constituyente deberá reunirse á los cuatro meses de expedida la convocatoria.

6.º Dabiendo ser el ejército el defensor de la independencia y el apoyo del orden, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto.

7.º Siendo el comercio una de las fuentes de la riqueza pública, y uno de los mas poderosos elementos para los adelantos de las naciones cultas, el gobierno provisional se ocupará desde luego de proporcionarla todas las libertades y franquicias que á su prosperidad son necesarias, á cuyo fin expedirá inmediatamente el arancel de aduanas marítima y fronterizas que deberá observarse, rigiendo entretanto el promulgado durante la administración del Sr. Ceballos, y sin que el nuevo que haya de sustituirlo, pueda basarse bajo un sistema menos liberal.

8.º Cesan desde luego los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos, pasaportes, capitacion, derecho de consumo y los de cuantas se hubieren expedido que pugnen con el sistema republicano.

9.º Serán tratados como enemigos de la independencia nacional, todos los que se opusieren á los principios que aquí quedan consignados; y se invitará á los Exmos. Señores generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Alvarez y Don Tomás Moreno, á fin de que se sirvan adoptarlos, y se pongan al frente de las fuerzas libertadoras que los proclaman, hasta conseguir su completa realizacion.

10.º Si la mayoría de la nación juzgare conveniente que se hagan algunas modificaciones á este plan, los que suscriben protestan acatar en todo tiempo su voluntad soberana.

Se acordó además, antes de disolverse la reunion, que

se remitieran copias de este plan á los Exmos. Señores generales Don Juan Alvarez, Don Nicolás Bravo y Don Tomás Moreno, para los efectos que expresa el art. 9.º; que se remitiera otro al Sr. coronel Don Florencio Villareal, comandante de Costa Chica, suplicándole se sirva adoptarlo con las reformas que contiene; que se circulára á todos los Exmos. Sres. gobernadores y comandantes generales de la República, invitándolos á secundarlo; que se circulára igualmente á las autoridades civiles de este distrito con el propio objeto; que se pasára al Sr. coronel Don Ignacio Comonfort, para que se sirva firmarlo, manifestándole que desde este momento se le reconoce como gobernador de la fortaleza y comandante principal de la demarcacion; y por último, que se levantára la presente acta para la debida constancia.—Ignacio Comonfort, coronel retirado.—Idem Rafael Solís.—Idem teniente coronel, Miguel García.—Comandante de batallon, Ignacio Perez Vargas.—Idem de artillería, capitán Genaro Villagran.—Capitan de milicias activas, Juan Hernandez.—Idem de la compañía de matriculados Luis Mallani.—Idem de la primera compañía de nacionales, Manuel Maza.—Idem de la segunda, José Marin.—Teniente, Francisco Pacheco.—Idem Antonio Hernandez.—Idem, Rafael Gonzalez.—Idem, Múcio Pellecha.—Idem, Bonifacio Meraza.—Alférez, Mauricio Frias.—Idem Tomás de Aquino.—Idem, Juan Vazquez.—Idem, Gerardo Martínez.—Idem Miguel Garcia.—Por la clase de sargentos, Mariano Bocanegra, Jacinto Adams.—Concepcion Hernandez.—Por las de cabos, José Márcos.—Atanasio Guzman.—Marcelo Medrano.—Por la de Soldados, Atanasio Guzman.—Felipe Gutierrez.—Rafael Rojas.

## NUM. VI.

IGNACIO COMONFORT, CORONEL RETIRADO, GOBERNADOR DE LA PLAZA Y COMANDANTE PRINCIPAL DE LA DEMARCACION.

¡COMPAÑEROS DE ARMAS! En momentos tan solemnes me llamis, y estoy ya á vuestro lado. Próxima la patria á sucumbir por los desaciertos de una administración caprichosa y arbitraria, habeis levantado el estandarte de la libertad, resueltos á defender los derechos del pueblo soberano. Para tan patriótica empresa habeis juzgado de algun valer mis débiles servicios, y me tenis dispuesto á derramar mi sangre con vosotros.

Bajo el pretexto de una invasión pirática, el gobierno ha pretendido inundar de tropas el Sur, porque de este modo, apoyado en la fuerza, podría ejercer en él su despotismo; pero sus esperanzas quedarán burladas; esas tropas no llenarán la misión del tirano; y si algún enemigo exterior, efectivamente, invade nuestro territorio, pelearémos hasta rechazarlo, ó pasará sobre nuestros cadáveres.

**SURIANOS.** Los Excmos. Sres. generales Don Nicolás Bravo, Don Juan Álvarez y Don Tomás Moreno, han sido invitados por nosotros para ponerse al frente de las fuerzas libertadoras. Ellos, no lo duden, corresponderán muy dignamente al voto de confianza que les hemos otorgado: abrazarán nuestra causa porque es santa y justa; y nosotros, guiados por tan ilustres caudillos, iremos llenos de fé á buscar la victoria con que la Providencia premia á los pueblos que luchan por su libertad.

**SOLDADOS DE LA PATRIA!** Nobles son vuestros esfuerzos: pero para una causa tan sagrada no se desvirtúa fuerza es que seáis subordinados. Ayudadme á conservar el orden, á proteger la seguridad de los ciudadanos, y á probar al mundo, que pertenecemos al número de los pueblos civilizados. De este modo, podréis con la conciencia tranquila afrontar los peligros, en medio de los cuales hallareis siempre á vuestro compañero y amigo—*Ignacio Comonfort.*

Acapulco, Marzo 11 de 1854.

### NUM. VII.

Ejército restaurador de la libertad.—General en jefe.—  
Con la nota de Vd. de 11 del presente, han llegado á mis manos los ejemplares impresos del plan político que ha secundado la guarnición de esa plaza, en vista del que en Ayutla proclamó el patriota y valeroso coronel Don Florencio Villarreal; y quedo al mismo tiempo impuésito de que á consecuencia de tan fausto suceso, Vd. se ha hecho cargo del mando de las armas de toda esa demarcación.

En cuanto á la escitativa que se sirve hacerme de parte de sus subordinados, para que me ponga al frente de las fuerzas que sostendrán el mencionado plan, tengo el honor de decir á Vd. que la acepto, y que desde luego expediré mis órdenes á las tropas que me obedecen, que se titularán en lo sucesivo: "Ejército Restaurador de la Libertad," para que abraza la campaña sobre las fuerzas del general Santa-Anna, que han invadido parte del territorio de este departa-

mento, se ejecuten las operaciones militares que es necesario emprender para difundir y llevar á buen éxito el actual movimiento político, que no dudo encontrará las mejores simpatías en el país, porque él está de acuerdo con las ideas de los mexicanos acostumbrados á estimar y defender una libertad sagrada, adquirida á inmensos costos.

Me decido á dar á mis compatriotas una última prueba de mi amor á su bien social; porque sería traicionar á mis propias convicciones, conformarme pasivamente con la odiosa y despótica dominación del hombre, que burlando el voto nacional, se ha constituido en caudillo de un partido sanguinario, y tiraniza á su voluntad al pueblo mismo que generosamente lo llamará para afianzar sus libertades y derechos.

Mi edad bastante avanzada y mis notorias enfermedades, me exigían retirarme al descanso de la vida privada; mas al llamado de mis conciudadanos, he alejado de mí el bienestar particular, y vengo á sacrificarlo todo á la causa sagrada que desde tiempos muy atrás, sirvo con lealtad, porque ella es la de la patria, ella la que nos mandaron defender los nobles mexicanos que nos antecedieron en la memorable guerra de la independencia.

Por todo lo dicho, me adhiero solemnemente al movimiento iniciado en Ayutla, y secundado en esa plaza, protestando acatar las reformas que la nación estime conveniente hacerle, y no dejar las armas de la mano, hasta que consumado aquel, ya no sea necesaria mi persona, y se hallen al frente del poder público los dignos mandatarios que sean llamados á ejercerlo por la libre y espontánea voluntad de los mexicanos.

Tengo el honor de esponerlo á Vd., correspondiéndole las protestas de aprecio con que se sirve favorecerme.

Dios y libertad. Venta Vieja, Marzo 13 de 1854.—*Juan Álvarez.*—Sr. Don Ignacio Comonfort, gobernador y comandante principal de Acapulco.

### NUM. VIII.

**JUAN ALVAREZ, GENERAL DE DIVISION, EN JEFE DEL EJERCITO RESTAURADOR DE LA LIBERTAD.**

**COMPANEROS DE ARMAS:** Un suceso importante, y que podré llamar feliz, me obliga á dirigiros la palabra. La guarnición y vecindario del puerto de Acapulco acaban de secundar el plan político que en Ayutla iniciara el valien-

te coronel Don Florencio Villareal: he sido invitado para ponerme al frente de vosotros; y estoy pronto, porque los santos y justificados principios que en él se invocan, están identificados con mis propias convicciones, y lo sostendré gustoso hasta perecer en la demanda, ó ver logrado su triunfo completo, no obstante el penoso estado de mi quebrantada salud: porque un soldado viejo de la Independencia, no puede ser indiferente al peligro de la patria, ni dejar de empuñar las armas para proteger los derechos individuales de los mexicanos, hollados cruelmente por el abuso escandaloso de un poder arbitrario.

El general Santa-Anna, faltando de una manera indigna á la confianza de los pueblos, y á los compromisos solemnes que contrajo al pisar el suelo patrio, se entregó en brazos del partido patriota; del partido que como infamemente la cabeza del ilustre general Guerrero, y cuyas tendencias al despotismo son insinuadas. Persuadido como lo está, de que el Sur ha sido constantemente y será siempre el baluarte de la libertad, así como de su impotencia para subyugarlo, pone en juego todos sus recursos sacrificando el tesoro público, y adopta para conseguir sus miras, la traicion y la perfidia.

Soldados: Se supone que una invasion extranjera amagaba nuestras costas, y no se os creyó capaces de combatir y repelerla. ¡Camaradas, ó se ha desconfiado de vuestro valor y patriotismo, ó se os ha querido sorprender villanamente! En una palabra, sabedlo todo: esa invasion es una mentira, es una supercheria inicua, es un pretesto emboscado para llevar de tropas nuestros pueblos, desarmarlos sucesivamente, y despues dominarnos por la fuerza y el terror. ¿Cómo no repeler semejante agresion? ¿cómo dejarnos pacientemente oprimir? No, valientes surianos; que sepa el mundo que los indómitos hijos de las montañas no han dejenerado: que como han sabido siempre sostener su libertad y sus derechos, sabrán también pelear y morir por rechazar cualquiera agresion extranjera en defensa del territorio nacional.

¡Soldados, á la campaña! En esta lucha están empeñados el bien de la patria y vuestra misma reputacion: llevemos la guerra hasta la silla del déspota; y que la refulgente estrella de la libertad que comenzaba á eclipsarse para nuestro infortunado suelo, recobre su brillo y vuelva á derramar sobre nosotros sus puros resplandores. Jurad no dejar las armas de la mano hasta que en la nacion se consoliden los bienes inestimables que se le quieren arrebatar, y decid con vuestro antiguo grito: ¡VIVA LA REPUBLICA! ¡VIVA LA LIBER-

TAB! ¡VIVA EL SUR!—Juan Alvarez.—Peregrino, Marzo 14 de 1854.

### NUM. IX.

TOMAS MORENO, GENERAL DE BRIGADA Y SEGUNDO EN JEFE DEL EJÉRCITO RESTAURADOR DE LA LIBERTAD.

COMPANEROS DE ARMAS: Ya sabéis que se ha iniciado un movimiento político, cuyas tendencias son destruir la tiranía y recobrar la libertad que se pensaba arrebatarnos. A él he sido invitado por los valientes que han empuñado las armas para defender los derechos sagrados de los pueblos, y á tan honrosa invitacion he cedido, porque era imposible que fuera indiferente el soldado que desde sus primeros años consagró su vida á la patria. Por disposicion del Excmo. Sr. general Don Juan Alvarez, he sido nombrado segundo en jefe del ejército restaurador de la libertad, y aquí me tenéis dispuesto á correr vuestra suerte en medio de la guerra á que hemos sido provocados.

Soldados del Sur: Un camino de gloria se ha abierto delante de nosotros: una campaña comienza que afecta vivamente todos los intereses sociales, y muy en particular nuestro honor ultrajado. Marchémos á salvar aquellos, y venguemos éste con valor.

Soldados de la patria: ¡á las armas! Luchemos hasta arrojar al tirano del alto asiento que los pueblos reservan á sus hombres eminentes; que jamás la nota de cobardes manche el lustre de vuestro nombre. Combatid con la fé de que será nuestra la victoria, porque el cielo protegerá la causa justa que defendemos, y estad seguros de que en medio del peligro hallareis siempre á vuestro compatriota y amigo.—*Tomás Moreno.*

### NUM. X.

JUAN ALVAREZ, GENERAL DE DIVISION Y EN JEFE DEL EJÉRCITO RESTAURADOR DE LA LIBERTAD.

COMPANEROS DE ARMAS: El momento del combate se acerca: no le temáis, la victoria coronará vuestro valor, porque peleáis por la causa de los pueblos.

La prensa ministerial para desvirtuarla, nos denuncia villana y torpemente ante el mundo como traidores, asegurando que en nuestras filas se hallan los filibusteros que invadieron últimamente la Baja California, y que estamos en connivencia con el conde Raousset á quien hemos abierto la entrada por el puerto de Acapulco. . . . ¡Soldados! ved ahí el general Santa Anna; esa es su vieja táctica en la guerra civil que siempre ha formado. ¿Cuál es el extranjero que existe entre nosotros? ¿quién hay que conozca al conde de Raousset, ni quién ha sido alguna vez que yo le nombre como amigo. . . . ¿Sus relaciones, si con algún mexicano han existido hasta ahora, es sin duda con el mismo general Santa-Anna, porque él fué quien lo llamó á Mexico, cuando aun inundaba la sangre que se había derramado en Sonora y celebró con él un convenio para que levantara dos batallones de aventureros; él fué quien le ofreció una condecoracion en el ejército mexicano; él quien le despachó á la Alta-California con reservadas comisiones; y él en fin, quien lo recomendó en su tránsito hasta embarcarse en Acapulco, y cuidó finalmente de su seguridad personal por medio de escoltas. . . . Cuando los hechos hablan, se hace inútil toda discusion.

¡Soldados que militais bajo las banderas del dictador! Meditad un momento en la causa que defendeis y por la que vais á morir: es la causa de un solo hombre, por cuyo único engrandecimiento se ha derramado ya tanta sangre de nuestros compatriotas.

¡Soldados del Sur! Ya veis que el general Santa Anna, para humillaros, apela á una negra y atroz calumnia. Que la respuesta sea el silbido de nuestras balas y que en todos nuestros desfiladeros y montañas resuene este grito de guerra del suriano: ¡Viva la libertad! ¡viva la independencia! ¡muéran los verdaderos traidores!—*Juan Alvarez.*—Peregrino 15 de Marzo de 1854.

### NUM. XI.

IGNACIO COMONFORT, COMANDANTE PRINCIPAL  
DE LA DEMARCACION, A LAS TROPAS DE SU MANDO.

SOLDADOS DEL SUR: El general Santa-Anna está ya al frente de nosotros; y el estallido de los cañones será nuestro saludo. El momento del combate es llegado; vamos á pelear hasta vencer ó morir, porque al invocar los san-





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA